

A young boy with dark hair, wearing a dark jacket and pants, is running through a field of pink cherry blossom petals. The petals are scattered all over the ground and are also falling from the air. In the background, there are more trees with pink blossoms. The overall scene is soft and dreamy.

Como el viento entre los almendros

MICHELLE COHEN CORASANTI

«Una novela ambientada en Palestina de la transcendencia de *Cometas en el cielo*.»

Huffington Post

Lectulandia

En un pequeño pueblo rural de Palestina, la vida de Ichmad, de doce años, está a punto de cambiar. Con su padre encarcelado, el hogar familiar y sus bienes confiscados, Ichmad comienza su interminable lucha por salvar a su familia de la pobreza. Descubrirá así que tiene un gran talento para la ciencia, y con ello logrará trascender los estereotipos raciales y religiosos. Una novela que abarca siete décadas de una vida en un viaje de la infancia a la madurez lleno de conflictos y tristezas, de consuelo, alegrías y optimismo, guiado por aquellos contrastes que nos permiten comprender el mundo que nos rodea.

Lectulandia

Michelle Cohen Corasanti

Como el viento entre los almendros

ePub r1.0

algarri 12.12.14

Título original: *The Almond Tree*
Michelle Cohen Corasanti, 2012
Traducción: Ana Becció

Editor digital: algarri
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Sarah y Jo-Robert

«No hagas a otros lo que no quieres que te hagan a ti. Este es el único significado de la Torá; el resto son comentarios. [Y ahora] vete a estudiar».

*Rabino Hillel (30 a. C.-10 d. C.),
uno de los rabinos más importantes
del periodo talmúdico*

A Joe, quien me ha dado el valor de aceptar lo que habría preferido enterrar.

Agradecimientos

Las semillas de esta historia fueron sembradas hace más de veinte años. Aún estaba en el instituto cuando me marché al extranjero en busca de diversiones, aventuras y libertad lejos de mis padres. Mi primera intención había sido ir a París, pero mis padres rechazaron la idea y me enviaron a Israel a pasar el verano con la hija del rabino. En aquel entonces yo estaba tan desinformada con respecto a la situación imperante en la región que creía que palestino era sinónimo de israelí. Siete años después, cuando retorné a Estados Unidos, estaba más informada de lo que hubiera deseado.

Yo era una idealista y quería ayudar a instaurar la paz en Oriente Próximo. Al cabo de algunos años de estudio en una facultad de derecho de Estados Unidos, decidí que lo único que quería era salvarme. Cuando conocí a mi esposo y le conté mis experiencias, me dijo que yo tenía una historia y que debía escribirla. Como no estaba preparada, la enterré. Pero el pasado se las ingenia para salir a la superficie. Prefiero creer que yo necesitaba la perspectiva que me dieron esos veinte años para escribir esta historia.

Quiero dar las gracias a Joe, mi esposo, por ayudarme con la documentación y a escribir este libro, y a mis hijos, Jon-Robert y Sarah, por despertar en mí el deseo de hacer de este mundo un lugar mejor para todos. Quiero agradecer también a mis estupendos correctores de estilo, quienes me enseñaron a expresar con palabras mi historia: el diligente Mark Spencer; la erudita Masha Hamilton; la competente Marcy Dermansky; mi suegra Connie, que corrigió cada una de las distintas versiones; la eficiente Teresa Merritt y la talentosa Pamela Lane.

Mi especial agradecimiento a Les Edgerton, que revisó el manuscrito y ayudó a que este libro se convirtiera en realidad. Mi gratitud a Caitlin Dosch y Christopher Greco por brindarme su ayuda con los problemas de ciencias y de matemáticas. Mi agradecimiento también a Nathan Stock y al Centro Carter por su colaboración y su competencia, especialmente en todo lo relacionado con Gaza. Muchas gracias a Marina Penalva, mi agente, y a Pontas Literary & Film Agency, así como a Garnet Publishing, en particular a Sam y Stephen, quienes ayudaron a resolver todas las dificultades, y a los correctores Felicity Radford y Nick Fawcett por el trabajo minucioso que realizaron con el manuscrito. Muchas gracias, también, a Paddy O'Callaghan, Abdullah Khan y Yawar Khan por su constante apoyo. Por último, gracias a Moe Diab y a su inteligencia, quien dio vida a mi protagonista. Deseo agradecer asimismo a mis editores internacionales por su pasión y dedicación.

PRIMERA PARTE

(1955)

Mamá siempre decía que Amal era traviesa. Y toda la familia repetía en broma que mi hermana, con sus escasos años y sus piernitas endebles y regordetas, tenía más energía vital que mi hermano menor Abbas y yo juntos. Por eso, cuando fui a ver cómo estaba y observé que no estaba en su cuna, se me heló el corazón y un miedo tenaz se apoderó de mí.

Era verano y la casa respiraba lentamente a causa del calor. Solo en su habitación, aguardé un instante a que el silencio me dijera dónde se habría metido. La brisa movió la cortina blanca. La ventana estaba abierta de par en par. Me precipité al alféizar, rogando que, cuando me asomara, ella no estuviera abajo, que no se hubiera lastimado. Me daba miedo mirar, pero miré igual, pues no saber era peor. «Dios, por favor, por favor, Dios mío...».

Abajo no había nada, salvo el jardín de mamá: la misma brisa agitaba las flores de vivos colores.

En la planta baja, el aire estaba impregnado de aromas deliciosos y la mesa grande repleta de comida riquísima. A Baba y a mí nos gustaban muchísimo los dulces y mamá estaba preparando un montón para la fiesta navideña de esa noche.

—¿Dónde está Amal?

Cogí dos galletas de dátiles y, cuando se volvió, me metí una en cada bolsillo. Una para mí y otra para Abbas.

—Está durmiendo la siesta.

Mamá vertió el almíbar sobre el *baklava*.

—No, mamá, no está en su cuna.

—Entonces, ¿dónde está?

Mamá llevó la sartén caliente al fregadero y la enfrió con agua, que se transformó en vapor.

—¿Escondida?

Mamá salió disparada hacia la escalera rozándose con sus túnicas negras. Sin decir nada, fui tras ella con la intención de encontrarla yo antes y así ganarme las golosinas que llevaba en los bolsillos.

—Necesito ayuda.

Vi a Abbas de pie en lo alto de la escalera, con la camisa desabotonada.

Lo miré de mala manera: tenía que hacerle entender que yo estaba ayudando a mamá a resolver un problema serio.

Abbas y yo seguimos a mamá hasta el dormitorio de Baba y de ella. Amal no estaba debajo de la cama grande. Descorrí la cortina que tapaba el sitio donde mis padres guardaban su ropa esperando encontrar a Amal en cuclillas y con una gran sonrisa. Pero no estaba. Me daba cuenta de que mamá estaba realmente asustada. Sus ojos negros fulguraban de tal manera que también yo me asusté.

—No te preocupes, mamá —dijo Abbas—. Ichmad y yo te ayudaremos a encontrarla.

Mamá cruzó el dedo índice sobre sus labios para pedirnos a Abba y a mí que nos calláramos cuando pasamos por el vestíbulo rumbo al cuarto de nuestros hermanos menores. Como dormían, ella entró de puntillas y con un gesto nos indicó que nos quedáramos fuera. Mamá sabía cómo no hacer ruido mejor que Abbas y yo. Pero Amal no estaba allí.

Abbas me miró asustado y yo le di una palmada en la espalda.

Bajamos las escaleras. Mamá llamó a Amal una y otra vez, registró de arriba abajo el salón y el comedor, revolviéndolo todo y estropeando sus preparativos para la cena de Navidad con el tío Kamal y su familia.

Mamá corrió a la terraza cubierta y Abbas y yo fuimos tras ella. La puerta del patio estaba abierta. Mamá ahogó un grito.

Desde el ventanal vimos a Amal, en camisón, que bajaba el prado corriendo en dirección al campo.

Mamá llegó al patio en pocos segundos. Atravesó el jardín pisoteando sus rosales y desgarrándose la túnica con las espinas. Abbas y yo la seguíamos pisándole los talones.

—¡Amal! —gritó mamá—. ¡No sigas!

Sentía un dolor en el costado de tanto correr, pero seguí. Mamá se detuvo tan de golpe delante del «letrero» que Abbas y yo chocamos con ella. Amal estaba en el campo. Se me cortó la respiración.

—¡Detente! —gritó mamá—. ¡No te muevas!

Amal corría a la caza de una gran mariposa roja y su negra cabellera ondulada se agitaba al viento. Se volvió y nos miró.

—La tengo —dijo entre risas, señalando la mariposa.

—¡No, Amal! —le gritó mamá con severidad—. No te muevas.

Amal se quedó completamente quieta y mamá soltó un profundo suspiro.

Aliviado, Abbas cayó de rodillas. Nunca, jamás, bajo ningún concepto, debíamos ir más allá del cartel. Aquello era el campo del diablo.

La bonita mariposa se posó a unos cuatro metros de distancia, justo delante de Amal.

—¡No! —gritó mamá.

Abbas y yo alzamos la vista.

Amal miró a mamá con sus ojos traviesos y corrió hacia la mariposa.

Lo que ocurrió a continuación se desarrolló en cámara lenta. Como si alguien la hubiera lanzado al aire. Humo y fuego por debajo de Amal y la sonrisa desapareció. El ruido nos golpeó —nos golpeó realmente— y caímos hacia atrás. Cuando volví a mirar, Amal había desaparecido. Desaparecida. Y yo no oía nada.

Entonces me llegaron los gritos. Primero la voz de mamá, después la de Baba, desde alguna parte detrás de nosotros. Y me di cuenta de que Amal no había

desaparecido. Podía ver algo. Podía ver su brazo. Era su brazo, pero ya no estaba pegado a su cuerpo. Me restregué los ojos. Amal estaba destrozada, como su muñeca cuando nuestro perro la había despedazado. Abrí la boca y grité, tan fuerte que sentí como si me fuera a partir en dos.

Baba y el tío Kamal corrieron, jadeando, hacia el cartel. Mamá no los miraba, pero cuando llegaron al lugar empezó a gemir:

—Mi bebé, mi bebé...

Entonces Baba vio a Amal del otro lado del letrero que rezaba «Zona de acceso prohibido». Se abalanzó sobre ella, las lágrimas corrían por su rostro. El tío Kamal lo agarró por detrás con las manos.

—No...

Lo sujetaba con fuerza.

Baba trató de zafarse, pero el tío Kamal era más fuerte. Forcejeando, Baba se volvió hacia su hermano y gritó:

—¡No puedo abandonarla!

—Es demasiado tarde —dijo el tío Kamal con voz firme.

—¡Yo sé dónde entierran las minas! —le grité a Baba.

—Guíame, Ichmad —dijo sin mirarme.

—¿Vas a poner tu vida en manos de un niño? —El tío Kamal hizo una mueca de disgusto.

—No es un niño de siete años común y corriente —repuso Baba.

Dejé a Abbas con mamá y di un paso en dirección a los hombres. Abbas y mamá lloraban.

—Las sembraron con sus propias manos y yo hice un mapa.

—Ve a buscarlo —ordenó Baba, y dirigiéndose a Amal añadió algo que no conseguí entender porque volvió el rostro hacia el campo del diablo.

Corrí, pues, tan velozmente como pude, cogí el mapa, que tenía escondido en la galería, di varias vueltas buscando el bastón de Baba y regresé corriendo junto a mi familia. Mamá siempre me decía que no corriera con el bastón de Baba en la mano pues podía hacerme daño. Pero se trataba de una emergencia.

Baba cogió el palo y dio unos golpecitos en el suelo mientras yo trataba de tomar aliento.

—A partir del letrero, sigue recto —le indiqué. Las lágrimas me cegaban y me hacían escocer los ojos, pero no aparté la mirada.

Antes de dar un paso, Baba pinchaba la tierra delante de él. Avanzó unos tres metros y se detuvo. La cabeza de Amal se hallaba a un metro de distancia aproximadamente. Su cabello ondulado había desaparecido. De las quemaduras supuraba algo blanco. Como Baba no tenía los brazos lo bastante largos para alcanzarla, se acucilló y volvió a intentarlo. Mamá ahogó un grito. Yo quería decirle que usara su bastón, pero no me atrevía, no fuese a ser que él no quisiera tratar así a Amal.

—¡Regresa! —suplicó el tío Kamal—. Es muy peligroso.

—¡Los niños! —gritó mamá. Baba a punto estuvo de caer, pero recuperó el equilibrio—. Están solos en la casa.

—Iré yo —dijo el tío Kamal—. Me quedaré con ellos. —Y se marchó.

Me alegré, porque con sus comentarios no hacía más que empeorar las cosas.

—¡No los traigas! —le gritó Baba—. No deben ver a Amal en este estado. Y no dejes que venga Nadia.

—¡Nadia! —repitió mamá, como si fuera la primera vez que oía el nombre de su hija mayor—. Nadia está en tu casa, Kamal, con tus hijos.

El tío Kamal asintió y se marchó.

Mamá estaba en el suelo, con Abbas. Las lágrimas le corrían por la cara. Como si le hubieran echado una maldición y lo hubieran congelado en su sitio, Abbas tenía la mirada fija en lo que quedaba de Amal.

—¿Ahora por dónde, Ichmad? —preguntó Baba.

Según mi mapa, a unos dos metros de distancia de la cabeza de Amal había una mina. El sol quemaba, pero yo tenía frío. Dios, por favor, haz que mi mapa sea exacto. De lo que sí estaba seguro era de que no había patrones previsibles de su ubicación, que habían sembrado las minas al azar y que sin un mapa nadie podía localizarlas.

—Camina un metro a la izquierda —indiqué— y tiende el brazo.

Yo contenía la respiración sin darme cuenta. Cuando Baba cogió la cabeza de Amal, solté todo el aire que tenía acumulado. A continuación Baba se quitó la *kufiyya* y envolvió la cabecita de Amal, que estaba muy desfigurada.

Baba intentó coger el brazo de Amal, pero estaba demasiado lejos. Era difícil saber si la mano seguía pegada al brazo.

De acuerdo con mi mapa, entre él y el brazo de mi hermana había otra mina, y de mí dependía guiarlo para evitarla. Baba confiaba en mí y hacía exactamente lo que yo le decía. Lo guie lo más cerca posible y Baba recogió con delicadeza el brazo de Amal por el hueso y lo envolvió en su *kufiyya*. Todo lo que quedaba de ella era la cintura, pero se encontraba mucho más lejos.

—No avances —le advertí—. Hay una mina. Da un paso a la izquierda.

Baba llevaba a Amal abrazada contra su pecho. Antes de pisar, pinchó la tierra levemente. Lo guie. Debía recorrer como mínimo unos doce metros. Después, tuve de guiarlo para que pudiera regresar.

—A partir del cartel, todo recto, no hay minas. Pero hay dos entre donde tú estás y esa línea recta.

Le indiqué que diera un paso adelante y luego otro al costado. Me corrían gotas de sudor por la cara; cuando me pasé la mano, vi que era sangre. Sabía que era la sangre de Amal. Me la limpié una y otra vez, pero no se iba.

Hebras de cabello negro se despegaban del rostro de Baba como movidas por el viento. Su *kufiyya* blanca, que ya no lo cubría, chorreaba sangre. Su túnica blanca se

había teñido de rojo. Cargaba a Amal en brazos como cuando ella se dormía en su regazo y él la subía a su cuarto. Trayéndonos a Amal de vuelta del campo, Baba semejaba el ángel de un cuento. Los fuertes hombros le temblaban y tenía las pestañas humedecidas.

Mamá seguía en el suelo, llorando. Abbas la abrazaba, pero no tenía más lágrimas que verter. Velaba por ella como un hombrecito.

—Baba la sanará —le aseguraba—. Es capaz de arreglar cualquier cosa.

—Baba cuidará de ella.

Puse mi mano sobre el hombro de Abbas.

Baba se arrodilló junto a mamá. Acunaba a Amal con dulzura. Mamá se recostó contra él.

—No te asustes —le dijo Baba a Amal—. Dios te protegerá.

Nos quedamos así, consolando a Amal, durante largo rato.

—El toque de queda comienza en cinco minutos —anunció un soldado por el megáfono de su *jeep* militar—. Toda persona que sea vista fuera de su casa será arrestada o fusilada.

Baba nos dijo que era demasiado tarde para conseguir un permiso para sepultar a Amal. De manera que la llevamos a casa.

Abbas y yo fuimos los primeros en oír los gritos. Baba estaba inspeccionando nuestras naranjas. Él era así. Su familia había sido dueña de los naranjales durante generaciones y él decía que lo llevaba en la sangre.

—Baba.

Tiré de su túnica e interrumpí su trance. Dejó caer las naranjas que tenía en los brazos y corrió hacia el lugar de donde procedían los gritos. Abbas y yo lo seguimos.

—¡Abu Ichmad!

Los árboles traían los ecos de los gritos de mamá. Al nacer yo, ellos trocaron sus nombres por los de Abu Ichmad y Um Ichmad para incluir el mío, el de su primogénito, en el de ellos. Era la tradición de nuestro pueblo.

Mamá corría hacia nosotros con Sara, nuestra hermanita, que era un bebé, en brazos.

—¡Ven! —Mamá resollaba—. ¡Están en la casa!

Me asusté mucho. Desde hacía dos años, creyendo que Abbas y yo dormíamos, mis padres hablaban de ellos, decían que vendrían a quitarnos la tierra. La primera vez que los oí fue la noche en que Amal murió. Discutieron porque mamá quería enterrar a Amal en nuestra tierra, para que estuviese cerca de nosotros y no tuviera miedo, pero Baba se opuso, dijo que si venían a robarnos la tierra, entonces tendríamos que desenterrarla o dejarla ahí con ellos.

Baba cogió a la pequeña Sara y fuimos corriendo a casa.

Había más de una docena de soldados rodeando con alambre de espino nuestra tierra y nuestra casa. Mi hermana Nadia, de cuclillas debajo del olivo, sujetaba a mis hermanos, Fadi y Hani, que lloraban. Nadia era menor que yo y que Abbas, pero mayor que los otros dos. Mamá siempre decía que iba a ser toda una madraza con sus niños.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó Baba, agotado y sin aliento, a un soldado.

—¿Mahmud Hamid?

—Soy yo —respondió Baba.

El soldado entregó a Baba un documento.

Baba se puso blanco como la leche. Sacudió la cabeza mientras lo rodeaban soldados con fusiles, cascos de acero, trajes de faena verdes y pesadas botas negras.

Mamá nos apretaba a Abbas y a mí contra su cuerpo y yo sentía palpar su corazón a través de la tela de su túnica.

—Tiene treinta minutos para reunir sus pertenencias —dijo el soldado, que tenía la cara cubierta de granos.

—Por favor —dijo Baba—. Es nuestro hogar.

—Ya me ha oído —insistió el soldado—. ¡Venga!

—Quédate aquí con los pequeños —le indicó Baba a mamá, que se echó a llorar.

—¡Silencio! —ordenó el soldado.

Abbas y yo ayudamos a Baba a envolver y sacar de la casa los ciento cuatro retratos que había dibujado a lo largo de los últimos quince años; sus libros de arte, los de los grandes maestros de la pintura: Monet, Van Gogh, Picasso, Rembrandt; el dinero que guardaba en la funda de su almohada; el *oud* que su padre había hecho para él; el juego de té de plata que le habían regalado a mi madre sus padres; nuestra vajilla, los cubiertos, las cazuelas y las sartenes; la ropa y el traje de boda de mamá.

—Se acabó el tiempo —dijo el soldado—. Os trasladamos a otra parte. ¡En marcha!

—Una aventura.

Baba tenía los ojos húmedos y brillantes. Abrazó a mamá, que no paraba de sollozar.

Cargamos nuestras pertenencias en el carro. Los soldados abrieron un hueco en la alambrada para que pudiéramos pasar. Baba dirigía el caballo mientras subíamos la colina detrás de los soldados. Los aldeanos desaparecían a nuestro paso. Miré hacia atrás: habían cercado nuestra casa y los naranjales con alambre de espino, y alcancé a ver que estaban haciendo lo mismo un poco más lejos, al otro lado de la casa del tío Kamal. Clavaron un cartel con un martillo: «¡No entrar! Zona de acceso prohibido». Lo mismo que rezaba el letrero plantado a la entrada del campo minado donde mi hermanita Amal había muerto.

Viajé todo el rato abrazando a Abbas porque lloraba mucho, lo mismo que mamá. Yo también lloraba. Baba no se merecía aquello. Era una buena persona, valía más que diez de ellos. Y más: cien, mil, todos ellos juntos.

Nos condujeron a la cima de la colina a través de matorrales que me rasguñaban las piernas. Finalmente llegamos a una casucha de ladrillos de adobe más pequeña que nuestro gallinero. Delante había un jardín infestado de maleza, y eso debió de poner mala a mamá, que detestaba la maleza. Los postigos estaban cerrados y cubiertos de polvo. El soldado reventó la cerradura con un cortapernos y abrió la puerta de hojalata de un empujón. La casa tenía una sola habitación y el suelo era de tierra. Descargamos nuestras cosas y los soldados se marcharon llevándose nuestro carro con el caballo.

Apiladas en un rincón, vimos varias esteras con pieles de cabra dobladas encima. En el hogar había un hervidor, platos en la alacena y ropa en el armario. Todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo.

En la pared colgaba el retrato de un matrimonio y sus seis niños sonrientes. Estaban en nuestro patio, delante del jardín de mamá.

—Lo dibujaste tú —le dije a Baba.

—Es Abu Ali, con su familia —contestó.

—¿Dónde viven ahora?

—Con mi madre y mis hermanos, y con la familia de mamá —respondió—. Si Dios quiere, un día volverán, pero hasta entonces tendremos que guardar sus

pertenencias en nuestro arcón.

—¿Y este quién es? —pregunté señalando el retrato de un chico de mi edad que tenía una cicatriz roja en la frente.

—Es Ali —repuso Baba—. Le encantaban los caballos. La primera vez que montó uno, el animal corcoveó y Ali se cayó. Estuvo varios días inconsciente, pero cuando despertó lo primero que hizo fue montarlo de nuevo.

Baba, Abbas y yo dispusimos nuestros retratos de cumpleaños como un gráfico de barras en la pared del fondo. En la parte superior, Baba escribió los años, empezando en 1948 hasta 1957, que era el año en que estábamos. El único retrato de 1948 era el mío. Luego, debajo de cada año, en orden de llegada, añadimos los de los niños. Yo estaba arriba de todo, y después venían Abbas en 1949, Nadia en 1950, Fadi en 1951, Hani en 1951, Amal en 1954 y Sara en 1955. Pero solo había dos retratos de Amal.

En las paredes laterales, Baba, Abbas y yo colgamos los retratos de miembros de nuestra familia ya fallecidos: el padre y los abuelos de Baba. Junto a ellos, los de quienes habían partido al exilio: la madre de Baba abrazando a sus diez hijos delante del magnífico jardín que mamá había creado, antes de casarse, en la casa de la familia de él, cuando sus padres, que eran inmigrantes, trabajaban en los naranjales de la familia. Cuando Baba, que estudiaba en la escuela de arte de Nazaret, regresó a su casa y vio a mamá cuidando de su jardín, decidió hacerla su esposa. Baba colgó retratos de él con sus hermanos: en el puerto de Haifa, supervisando la carga de sus naranjas a bordo de un barco; en Acre, comiendo en un restaurante; en el mercado de Jerusalén; probando las naranjas de Jaffa; en Gaza, de vacaciones en un balneario.

Reservamos la pared del frente para la familia directa. Baba había dibujado muchos autorretratos en la escuela de arte de Nazaret. Y también nos había retratado a nosotros: haciendo un *picnic* en nuestro naranjal; mi primer día de clase; Abbas y yo en la plaza de la aldea mirando por los agujeros de la caja las imágenes en movimiento mientras Abu Hussein hacía girar la manivela, y mamá en su jardín. Este último, Baba lo había pintado a la acuarela, y era distinto de los otros, hechos con carboncillo.

—¿Dónde están nuestros dormitorios? —preguntó Abbas, recorriendo la habitación con la mirada.

—Tenemos suerte de que nos hayan dado una casa con una hermosa vista —dijo Baba—. Ichmad, ve fuera con él.

Baba me dio el telescopio que yo me había fabricado con dos lentes de aumento y un tubo de cartón. Era el mismo que me había servido para observar a los soldados cuando sembraban de minas el campo del diablo. Detrás de la casa, Abbas y yo nos encaramamos a un hermoso almendro desde el cual dominábamos la aldea.

Nos turnamos para observar, con mi telescopio, a los recién llegados, vestidos con pantalones cortos y camisas sin mangas, que estaban cogiendo las naranjas de nuestros árboles. Por la ventana de nuestro antiguo dormitorio, Abbas y yo habíamos

presenciado cómo se expandían sus tierras a medida que ellos se tragaban nuestra aldea. Trajeron árboles extraños y los plantaron en el pantano. Y los vimos crecer, altos y fuertes, gracias a los fétidos jugos que bebían. El pantano desapareció y en su lugar afloró una capa de tierra negra.

Vi sus piscinas. Desplacé mi telescopio hacia la izquierda y divisé el otro lado de la frontera jordana. Había miles de tiendas de campaña, marcadas con las letras UN, dispersas en el desierto. Le pasé el telescopio a Abbas para que él también mirase. Tenía la esperanza de conseguir un día lentes más potentes para ver los rostros de los refugiados. Pero había que esperar. Hacía nueve años que Baba no podía vender sus naranjas fuera de la aldea, de manera que nuestro mercado se había reducido mucho: de Oriente Próximo y Europa a 5024 aldeanos pobres. En otra época habíamos sido muy ricos, pero ya no lo éramos. Baba tendría que conseguir un trabajo, y no era tarea fácil. Me preguntaba si no estaría preocupado por eso.

En los dos años que vivimos en nuestra nueva casa, Abbas y yo pasamos muchas horas subidos a lo alto del almendro observando el *moshav*. Veíamos cosas que nunca antes habíamos visto. Chicos y chicas, mayores y menores que yo, con las piernas y los brazos desnudos, se tomaban de la mano, formaban círculos y bailaban y cantaban. Tenían electricidad y jardines con césped, columpios y toboganes. Y una piscina en la que nadaban chicos y chicas y hombres y mujeres de todas las edades, que llevaban puesta una prenda que parecía su ropa interior.

Los aldeanos se quejaban porque los recién llegados desviaban nuestra agua cavando pozos más profundos. Nosotros no estábamos autorizados a abrir pozos tan hondos como los de ellos. Nos irritaba ver que mientras que nosotros apenas teníamos agua para beber, ellos la usaban para nadar. Pero la piscina de aquella gente me fascinaba. Desde nuestro almendro, atisbaba al saltador y pensaba en la energía que debía de estar acumulando ahí de pie sobre la plataforma y en el modo en que esa energía se transformaba en energía cinética durante el salto. Sabía que el calor y la energía de las olas de la piscina no podían hacer retroceder al saltador y devolverlo al trampolín, de modo que me puse a reflexionar en cuáles serían las leyes físicas que lo impedían. Las olas me intrigaban tanto como a Abbas lo fascinaban los niños que chapoteaban en ellas.

De pequeño yo ya sabía que no era como los demás niños de la aldea. Abbas era muy sociable y tenía un montón de amigos. Cuando se reunían en casa, hablaban de su héroe, Gamal Abdel Nasser, el presidente de Egipto, que había hecho frente a Israel durante la Crisis del Canal de Suez, en 1956, y era un defensor del nacionalismo árabe y de la causa palestina. Yo idolatraba a Albert Einstein.

Los israelíes supervisaban nuestros programas de estudio y nos proporcionaban muchos libros sobre los logros de los judíos famosos. Yo leía todos los libros en los que podía encontrar algo sobre Einstein. Una vez que hube comprendido cabalmente la genialidad de su ecuación $E = mc^2$, pensé en cómo se le había ocurrido y quedé atónito: ¿de veras había visto a un hombre caer de un edificio?, ¿o se lo imaginó

sentado a su escritorio en la Oficina de Patentes donde trabajaba?

Ese día yo me disponía a medir la altura del árbol. El día anterior había clavado una estaca en la tierra y la había cortado a la altura de mis ojos. Tumbado en el suelo, con los pies apoyados contra la estaca, podía ver la copa del árbol por encima de la punta de aquella. La estaca y yo formábamos un triángulo rectángulo. Yo era la base, la estaca era la perpendicular y la línea de visión era la hipotenusa del triángulo. Antes de que tuviera tiempo de calcular las medidas, oí pasos.

—¡Hijo! —llamó Baba—. ¿Te encuentras bien?

Me puse en pie. Baba debía de haber regresado del trabajo. Trabajaba como albañil en la construcción de viviendas para los colonos judíos. Ninguno de los otros padres trabajaba en eso, en parte porque se negaban a edificar casas para los judíos en las aldeas palestinas previamente arrasadas y en parte por la política de los israelíes de «mano de obra hebrea»: los judíos solo contrataban a judíos. En el colegio, muchos niños mayores hablaban mal de Baba porque trabajaba para los judíos.

—Ven conmigo al patio. Me han contado unos chistes muy buenos en el trabajo —me dijo Baba, y se alejó caminando hacia la casa.

Volví a subirme al almendro y contemplé la tierra yerma que se extendía entre nuestra aldea y el *moshav*. Cinco años atrás la poblaban los olivares. Ahora estaba infestada de minas terrestres. Minas como la que había matado a mi hermanita Amal.

—¡Ichmad, baja ya! —gritó Baba.

Me bajé apoyándome en las ramas.

Sacó una rosquilla de una bolsa arrugada de papel color marrón que tenía en la mano.

—Me la dio Gadi en el trabajo. —Sonrió—. La he guardado todo el día para ti.

La jalea roja chorreaba por un costado.

Entorné los ojos y pregunté:

—¿Es veneno lo que sale de ahí?

—¿Por qué? ¿Porque es judío? Gadi es mi amigo. Hay toda clase de israelíes.

Sentí que se me cerraba el estómago.

—Todo el mundo asegura que los israelíes nos quieren ver muertos —dije.

—Cuando me torcí el tobillo en el trabajo, fue Gadi quien me trajo a casa en su coche. Perdió medio día de jornal por ayudarme. —Me acercó la rosquilla a la boca—. La hizo su esposa.

Me crucé de brazos.

—No, gracias.

Baba se encogió de hombros y le dio un mordisco. Cerró los ojos. Masticó lentamente. Luego se lamió las partículas de azúcar que habían quedado adheridas a su labio superior. Abrió un ojo y me miró. Después mordió otro trocito y lo saboreó de la misma forma.

Me rugió el estómago y Baba se echó a reír. Me convidó otra vez, diciéndome:

—No se puede vivir siempre enfadado, hijo.

Abrí la boca y dejé que me diera a probar un trozo. Era delicioso. Una imagen de Amal surgió espontáneamente en mi mente y de pronto me embargó un sentimiento de culpabilidad por el sabor que tenía en la boca. Pero seguí comiendo.

Una bandeja de cobre con sus vasos de té de distinto color dispersaba igual que un prisma la luz del sol que entraba a raudales por la ventana. Los azules, los dorados y los verdes rebotaban en las túnicas raídas de un grupo de ancianos con *kufiyyas* blancas sujetadas con un cordón negro. Los hombres del clan de Abu Ibrahim estaban sentados con las piernas cruzadas sobre cojines dispuestos en el suelo en torno a la mesa baja, con sus bebidas humeantes en la mano. En otra época habían sido ellos los dueños de todos los olivares de nuestra aldea. Los sábados se reunían allí, y apenas intercambiaban alguna que otra palabra o un saludo en aquella sala abarrotada de gente. Venían a la casa de té para escuchar a Um Kalsum, la «Estrella de Oriente», por la radio.

Abbas y yo esperábamos toda la semana para oírla cantar. Um Kalsum era conocida por su registro de contralto, su aptitud para producir aproximadamente catorce mil vibraciones por segundo con sus cuerdas vocales, su capacidad para cantar cada una de las escalas en árabe, y porque para ella era muy importante el sentido de sus canciones cuando las interpretaba. Muchas de ellas duraban horas. Por su inmenso talento los hombres se congregaban a escucharla en torno a la única radio que había en la aldea.

Mohamed, el maestro, se enjugó las gotas de sudor que le corrían por la nariz y quedaban suspendidas en la punta, sobre el tablero. Ambos sabíamos que no había forma de que consiguiera ganarme, pero nunca abandonaba, y yo admiraba esa cualidad suya. Uno de los hombres reunidos en torno al tablero de backgammon le dijo en broma:

—Bueno, maestro Mohamed, al parecer tu alumno te ha vuelto a ganar. ¡Anda, reconócelo! ¡Concede a otro la oportunidad de desafiar al campeón de la aldea!

—Un hombre nunca abandona hasta no haber terminado.

El maestro Mohamed liberó una ficha.

Con mi lanzamiento obtuve 6-6 y levanté mi última ficha del tablero. Miré a Abbas con el rabillo del ojo y vi que me estaba observando.

Una sonrisa asomó al rostro de Baba, que se apresuró a beber un sorbo de su té de menta: presumir no era lo suyo. A Abbas, en cambio, no le importaba, y ni se molestó en disimular que sonreía.

El maestro Mohamed me tendió una mano sudorosa.

—Me di cuenta de que lo tenía difícil cuando saliste con ese 5-6.

Su apretón de manos era firme. Después de haber obtenido una combinación tan alta con mi lanzamiento inicial, había recurrido a la estrategia del escape para ganarle.

—Mi padre me enseñó todo lo que sé. —Miré a Baba.

—El maestro es importante, pero es la velocidad de tu mente lo que hace de ti un

campeón con apenas once años —dijo el maestro Mohamed con una sonrisa.

—¡Casi doce! —exclamé—. ¡Mañana!

—¡Dadle cinco minutos! —dijo Baba a los hombres que se agrupaban alrededor de nosotros con la esperanza de jugar conmigo y ganarme—. Aún no ha bebido su té.

Aquellas palabras me reconfortaron. Me hacía feliz que se sintiera orgulloso de mí.

—¡Magnífico juego, Ichmad! —exclamó Abbas, dándome una palmada en el hombro.

Los hombres se reclinaron sobre los cojines, apiñados en torno a las mesas bajas de caballete alineadas a lo largo del salón sobre alfombras superpuestas. La voz de Um Kalsum se elevaba sobre la barahúnda de voces varoniles.

El empleado emergió de la trastienda con sendas pipas en las manos —largas boquillas de colores colgaban de sus brazos y el carbón ya estaba encendido sobre el tabaco— y las colocó delante de los hombres del grupo de Abu Ibrahim. Un humo dulzón, que se mezcló con el humo de los candiles que colgaban de las vigas del techo, comenzó a espesar el aire. Uno de los hombres contó que una vez se había agachado y se le habían roto los pantalones. Abbas y yo reímos con los demás.

De pronto entró el *mukhtar*, con los brazos en alto, como si quisiera abrazar a todos los presentes. Aunque el gobierno militar no lo reconocía como el jefe que habíamos elegido, el *mukhtar* lo era, y los hombres con problemas acudían a verlo en la casa de té todos los días. Se encaminó hacia su lugar en el fondo de la estancia, pero al ver a Baba se detuvo y le dio una palmada en la espalda.

—Que también a ti Dios te dé paz —dijo Baba—. ¿Te has enterado de que Ichmad estará tres grados adelantado el año próximo?

El *mukhtar* sonrió.

—Un día será el orgullo de nuestro pueblo.

A medida que llegaban, los hombres saludaban a Baba y luego nos saludaban a Abbas y a mí. Cuando empecé a ir con Baba a la casa de té, me sentía raro, pues se trataba de un territorio de hombres que me miraban de un modo extraño. Al principio, muy pocos habían querido jugar al backgammon conmigo, pero una vez que les demostré que sabía jugar, me acogieron como a un invitado de honor. Me había ganado mi lugar. Ahora era una suerte de leyenda: el campeón de backgammon más joven de la historia de mi aldea.

Cuando Abbas oyó hablar de mis victorias, decidió acompañarnos. Deseaba aprender a jugar como yo. Mientras yo jugaba, él conversaba y cambiaba ideas con los hombres. Abbas siempre caía bien a todo el mundo. Ya de pequeño tenía carisma.

A mi derecha había un grupo de hombres de unos veinte años, vestidos a la manera occidental: pantalones con cremallera y camisas con botones. Leían periódicos, fumaban cigarrillos y bebían café árabe. Muchos de ellos aún eran solteros. Llegaría el día en que Abbas y yo formaríamos parte de ese grupo.

Uno de ellos se levantó las gafas con el dedo índice.

—¿Cómo voy a hacer para ingresar en la facultad de Medicina? —dijo.

—Ya encontrarás la forma —respondió el hijo del fabricante de sandalias.

—Para ti es fácil decirlo —replicó el hombre de gafas—. Tienes un comercio del que un día te harás cargo.

—Bueno, al menos tú no eres el tercero. Yo, en cambio, ni siquiera puedo casarme —terció otro—. Mi padre no tiene más tierras. ¿Dónde viviríamos mi esposa y yo? Mis dos hermanos, con sus respectivas familias, están viviendo en casa, conmigo y mis padres, y no tenemos más que una habitación. Ahora, Jerusalén...

La batería de la radio se agotó justo en medio de la canción de Um Kalsum ¿A quién acudiré? Los aldeanos resoplaron y las voces subieron de tono. Llegó el dueño a toda prisa a ver lo que sucedía con el enorme aparato. Hizo girar los botones de mando, pero no salía sonido alguno.

—Perdonadme —dijo—, pero es necesario recargar la batería. No puedo hacer nada.

Los hombres se disponían a marcharse.

—Esperad, por favor. —El propietario se acercó a Baba y le preguntó—: ¿Te importaría tocar algunas canciones?

Baba hizo una leve reverencia.

—Será un placer —respondió.

—Caballeros, aguarden, por favor. Abu Ichmad ha aceptado entretenernos con su maravillosa música.

Los hombres regresaron a sus sitios y Baba tocó el *oud* y cantó canciones de Abdel Halim Hafez, Mohamed Abdel Wahab y Farid al-Atrash. Algunos cantaban con él mientras que otros cerraban los ojos y escuchaban, y otros fumaban sus narguiles y bebían té. Baba cantó durante más de una hora. Cuando dejó a un lado el instrumento, le gritaron:

—¡Sigue!

Baba cogió el *oud* y volvió a tocar.

No quería defraudarlos, pero ya era casi la hora de cenar.

—Mi esposa se pondrá nerviosa si la comida se enfría —se excusó—. Por favor, venid todos a casa mañana por la noche, después de cenar. Celebraremos los doce años de Ichmad.

Cuando ya nos íbamos, los aldeanos nos dieron las gracias a gritos y estrecharon las manos de Baba.

Era muy tarde, pero la plaza de la aldea bullía de actividad. En el mercadillo, en el centro de la plaza, vimos a los vendedores ambulantes que exponían, dentro de vasijas alineadas en el suelo, peines, espejos, amuletos para alejar a los malos espíritus, botones, hilos, agujas y alfileres, rollos de telas de colores brillantes, pilas de ropa y de zapatos nuevos y de segunda mano, libros y revistas, ollas y sartenes, cuchillos y tijeras, herramientas de labranza. Vimos también pastores con sus cabras y ovejas. Y jaulas con pollos, y, sobre unas lonas tendidas en el suelo, albaricoques,

naranjas, manzanas, aguacates y granadas conviviendo con patatas, calabacines, berenjenas y cebollas. Había encurtidos en frascos de vidrio; tinajas llenas de aceitunas, pistachos y semillas de girasol. Un hombre, detrás de una gran cámara fotográfica de madera, medio oculto por una tela negra, tomó una foto de una familia delante de la mezquita.

Pasamos delante del vendedor de la parafina que poníamos en nuestros quinqués y que usábamos para cocinar, y del herbolario, cuyas mercancías tapaban con sus aromas el olor a petróleo de su vecino. Allí se podía comprar diente de león para la diabetes, la constipación, las afecciones del hígado y de la piel; manzanilla para la indigestión y las inflamaciones; tomillo para los problemas respiratorios y eucalipto para la tos. Al otro lado de la calle vimos a las mujeres charlando junto a los hornos comunitarios mientras horneaban sus hogazas.

Pasamos por delante del Jan, el hostel de dos habitaciones, ahora vacío, donde antes se alojaban los visitantes cuando llegaban a nuestra aldea a vender sus mercancías, o venían a los festivales o para la cosecha, o pernoctaban de camino a Amman, Beirut o El Cairo. Baba me contó que los viajeros llegaban en camello y a caballo. Pero eso había sido antes, cuando no existían los puestos de control ni los toques de queda.

El rugido de los *jeeps* militares que en ese momento entraron a toda velocidad en la aldea tapó las conversaciones. Volaron piedras que dieron en el blanco. Los *jeeps* se detuvieron en seco con un chirrido de neumáticos. Mohamed Ibn Abd, que era amigo mío y estaba en mi clase, pasó corriendo y cruzó la plaza, seguido por dos soldados con cascos y Uzis pisándole los talones. Le dieron alcance, lo tumbaron y cayó encima de una lona cubierta de tomates. Le pusieron las culatas de sus Uzis en la cabeza. Abbas y yo quisimos correr a ayudarlo, pero Baba nos detuvo.

—No os metáis —dijo, y nos llevó a casa.

Abbas apretaba los puños. Y a mí me dio mucha rabia. Baba nos ordenó callar con la mirada: «Delante de los soldados o de los aldeanos, no».

Nos alejamos en dirección a la colina donde vivíamos, más allá de grupos de casas como la nuestra. Yo conocía a cada uno de los clanes que habitaban esos hogares, formados a través de generaciones, cuando los padres dividieron las tierras entre sus hijos varones para que el clan permaneciera siempre unido. La tierra de mi familia ya no existía. Doce años atrás, el día de mi cumpleaños, casi todos los hermanos de mi padre habían sido obligados a marcharse a los campamentos de refugiados situados al otro lado de la frontera, en Jordania. Ahora mis hermanos, mis primos y yo no tendríamos naranjales ni casas propios. Cuando pasamos por delante de la última de las casas de ladrillos de adobe, sentí que las sienes me latían de furia.

—¿Por qué me lo has impedido? —le pregunté en cuanto estuvimos solos.

Baba dio todavía un par de pasos y se detuvo.

—No habrías hecho más que meterte en problemas —dijo.

—Tenemos que defendernos. Si no hacemos algo, ellos seguirán atacándonos.

—Ichmad tiene razón —intervino Abbas.

Baba nos mandó callar con la mirada.

Pasamos por delante de un montón de escombros. Donde antes había habido una casa, ahora había una tienda de campaña no muy alta. Tres niños muy pequeños se aferraban a la túnica de su madre mientras esta cocinaba en un fogón, al aire libre. Cuando la miré, bajó la cabeza, retiró la cazuela, se agachó y se introdujo en la tienda.

—Durante doce años he visto entrar a muchos soldados en nuestra aldea —dijo Baba—. Sus corazones son tan distintos como ellos lo son de nosotros. Los hay malos, buenos, miedosos, codiciosos, decentes, inmorales, generosos, mezquinos..., son seres humanos, igual que nosotros. ¿Quién sabe cómo serían si no fueran soldados? Esto es una cuestión política.

Yo apretaba tanto los dientes que me dolía la mandíbula. Baba no veía las cosas como las veíamos Abbas y yo. Había suciedad y basura desparramada por el camino, y estiércol y moscas por todas partes. Pagábamos impuestos, pero no nos prestaban servicio alguno: nos habían catalogado como aldea. Nos habían robado casi toda nuestra tierra y habían dejado apenas medio kilómetro cuadrado para seis mil palestinos.

—No se trata a los seres humanos como ellos nos tratan a nosotros —afirmé.

—Ichmad tiene razón —intervino Abbas.

—Eso es lo que me entristece —dijo Baba—. A lo largo de la historia, los conquistadores siempre han tratado así a los conquistados. Los malvados necesitan creer que somos inferiores para justificar la forma como nos tratan. Si pudieran comprender que todos somos iguales...

Incapaz de seguir escuchándolo, corrí a casa gritando:

—¡Los odio! ¡Que se vuelvan por donde han venido y nos dejen en paz!

Abbas corría detrás de mí.

—¡Un día lo comprenderéis! —gritó—. No es tan simple como parece. Nosotros debemos seguir siendo honrados.

Baba no tenía idea de lo que estaba diciendo.

A mitad del camino, por la cuesta que nos llevaba a la cima de la colina, aspiré el aroma de las flores. Me alegraba vivir a solo cinco minutos de la plaza. Yo no era como Abbas, que estaba todo el tiempo fuera jugando y correteando con sus amigos. Yo era un lector, un pensador, y de tanto trotar me dolían los pulmones. Abbas era capaz de correr el día entero sin sudar siquiera. Yo no podía competir con sus cualidades atléticas.

Las buganvillas en tonos morado y fucsia trepaban por las espalderas que Baba, Abbas y yo habíamos hecho para adornar las paredes de la casita. Mamá y Nadia estaban ocupadas llevando más bandejas con pasteles a la despensa que se habían montado debajo de una lona, cerca del almendro. Llevaban una semana preparándolos.

—Entrad inmediatamente —ordenó Baba, que subía jadeando detrás de nosotros—. Hoy el toque de queda empieza más temprano.

No podía conciliar el sueño. Mi cabreo me volvía invisible, por eso, cuando el sueño visitó al resto de la familia, a mí me pasó por alto. De manera que fui el único que oyó los ruidos procedentes de fuera de la casa. Pasos. Primero pensé que debía de ser el viento al sacudir el almendro, pero después, cuando se tornaron más fuertes, más cercanos, supe que no. Nadie, salvo los soldados, andaba fuera de noche. Si por algún motivo salíamos de casa podían fusilarnos. Debían de ser los soldados. Me quedé muy quieto, acostado, aguzando el oído y tratando de discernir qué clase de pasos eran y cuántos los pies. Se trataba de una sola persona y no calzaba botas militares. Debía de ser un ladrón. Como nuestra casa era muy pequeña, para que cada uno de nosotros pudiese dormir acostado teníamos que sacar muchas cosas. La comida de mi fiesta de cumpleaños estaba fuera. Alguien se acercaba sigilosamente. Pasé por encima de los cuerpos dormidos, temeroso de que alguien me viera a través de la ventana, pero más miedo tenía de dejar que alguien robase la comida que mamá y Nadia habían preparado con tanto esfuerzo, con los productos que Baba había comprado después de ahorrar durante todo el año.

El frío me cogió desprevenido. Me protegí el pecho con los brazos y, descalzo, allá fui. No había luna. No lo vi. Una mano sudorosa me tapó la boca. Sentí la presión de un objeto frío de metal contra mi nuca. Era el cañón de un revólver.

—Baja la voz —masculló empleando el dialecto de la aldea—. Dime cómo te llamas, el nombre completo —exigió.

Cerré los ojos y visualicé las lápidas del cementerio.

—Ichmad Mahmud Mohamed Othman Omar Ali Hussein Hamid —dije, deseando que mi voz sonara varonil; pero sonó como la de una niña.

—Te arrancaré la lengua si descubro que mientes. —Me obligó a volverme y me sacudió con violencia—. ¿Qué está haciendo en mi casa un niño rico como tú?

La cicatriz en su frente era inconfundible. Ali.

—Los israelíes nos quitaron la tierra.

Me sacudió con tanta violencia que pensé que vomitaría.

—¿Dónde está tu padre?

Me zarandeó otra vez y me dio un empujón hacia atrás. Me agarré de sus brazos con todas mis fuerzas y pensé en mi familia que dormía, cada uno en su estera, en nuestra casa, que era la casa de Ali.

—Está durmiendo, doctor —contesté, y añadiendo el título como prueba de respeto, para que no fuera a cortarme el cuello allí mismo, junto a los pastelillos de cumpleaños.

Pegó su cara a la mía. ¿Y si me preguntaba qué hacía papá?

—En este preciso instante mis camaradas están enterrando armas por toda la aldea —dijo.

—Por favor, doctor —supliqué—, si estuviera en posición vertical podría prestar

más atención a lo que dice.

Me propinó un golpe que me echó hacia atrás, y después me cogió y me enderezó. Advertí que en el suelo había una bolsa abierta. Estaba llena de armas. Aparté la mirada, pero era demasiado tarde.

—¿Ves esta pistola? —Me apuntó a la cara—. Si a mí o a mis armas nos sucede algo, mis camaradas harán picadillo a tu familia.

Asentí con la cabeza, mudo ante aquella perspectiva espantosa.

—¿Cuál es el sitio más seguro para esconderlas? —Miró en dirección a la casa—. Y recuerda, la vida de tu familia depende de ello. No se lo digas ni a tu padre.

—Nunca, jamás lo haría —prometí—. Él no entiende. No tenemos más remedio. Entiérrelas detrás del almendro.

Me llevó hasta allí apuntándome con la pistola en la nuca.

—No necesita el arma. —Separé las manos de los costados del cuerpo—. Yo quiero colaborar. Todos deseamos la libertad, para nosotros y para nuestros hermanos que están en los campamentos.

—¿Qué hay debajo de la lona? —preguntó.

—La comida para mi fiesta.

—¿Fiesta?

—Cumpló doce años.

Ya no sentía la pistola contra la piel.

—¿Tienes una pala?

Me siguió.

Cuando terminamos, Ali se metió en el pozo y depositó la bolsa con las armas con el mismo cuidado con que una madre acostaría a su bebé en el cochecito. En silencio, con la pala echamos dentro la tierra del montículo que se había formado junto al pozo, hasta que la bolsa quedó cubierta.

Ali cogió un puñado de galletas de dátiles de debajo de la lona y se las metió en los bolsillos y en la boca.

—Vendrán palestinos adiestrados en el uso de estas armas —dijo, arrojando partículas blancas por la boca—. Las cuidarás hasta que llegue el momento oportuno o mataremos a tu familia.

—¡Por supuesto!

No podía creer la suerte que tenía de convertirme en un héroe de mi pueblo.

Me disponía a regresar a mi estera, pero Ali me cogió del hombro.

—Si se lo cuentas a alguien, os mataré a todos.

Me volví y lo miré de frente.

—Usted no lo entiende. Yo quiero ayudar.

—Israel ha construido una casa de cristal y nosotros la haremos añicos. —Cortó el aire con su puño y me devolvió la pala.

Regresé a casa feliz y contento. Me tumbé en la oscuridad junto a Abbas, emocionado e ilusionado con mi participación en aquello. Hasta que se me ocurrió

pensar: ¿y si los israelíes lo descubrían? Me meterían preso. Arrasarían nuestra casa con un *bulldozer*. Mi familia tendría que vivir en una tienda de campaña. O nos enviarían al exilio. Deseaba hablar con Baba, o con Abbas, pero si lo hacía Ali y sus camaradas nos matarían. Estaba atrapado entre el diablo y las llamas del infierno. Debía cambiar las armas de sitio. Le diría a Ali que aquel lugar no era seguro. Por el momento, sin embargo, desenterrarlas era imposible. ¿Dónde las pondría? De día alguien podía verme. Tendría que esperar hasta el toque de queda. Por la tarde toda la aldea vendría a casa. ¿Y si llegaban los soldados? El cementerio de la aldea... Cavaban fosas nuevas casi todos los días. A la salida de la escuela iría a explorar en busca de un sitio.

Debía cerciorarme de que nada pareciera sospechoso. Me incorporé para levantarme cuando mi madre puso en el suelo, delante de mis ojos, la tarta de cumpleaños. Me dio un empujoncito para que volviera a echarme y me besó en las mejillas.

—¿Por qué tienes los ojos tan irritados? —preguntó.

Me encogí de hombros.

Mis hermanos y hermanas se agruparon en torno a mí.

—Contigo el trabajo de parto fue de quince horas... —empezó a contar mamá.

—¿Puedes volver a contárnoslo más tarde? —le pedí.

«Dentro de un rato podríamos estar todos muertos y ella se pone a contar la historia de mi nacimiento», pensé.

Mamá señaló el retrato que Baba había hecho de ella: embarazada, tumbada en el suelo, entre nuestros naranjos. Escondida detrás de los cajones repletos de naranjas.

Me enjuagué el sudor de la frente.

—Mientras te paría, los tanques israelíes entraron en nuestra aldea a sangre y fuego —continuó sin apartar la mirada de mí—. Los soldados separaron a los hombres de las mujeres. Apuntándoles a la cabeza con sus pistolas, obligaron a los hombres a marchar en dirección a Jordania. Las mujeres desenterraron las tinajas donde guardaban el dinero, y reunieron su oro y sus ropas. Y también ellas emprendieron la marcha cargando sus fardos sobre la cabeza, con las llaves de sus casas atadas al cuello y los niños en los brazos. Para cuando te di a luz, los soldados ya se habían marchado. —Sonrió—. Gracias a ti, no somos refugiados. —Hizo una seña a mi hermana Nadia—. Trae su café al rey del cumpleaños. —Apenas podía respirar.

Nadia puso la taza blanca llena de café árabe delante de mí. Me lo bebí todo de golpe, sin olvidar de dejar un poco en el fondo de la taza.

Mamá me observaba.

—Te vas a atragantar.

Le di la taza. La hizo girar tres veces, la tapó con un platillo, la puso boca abajo sin despegarla del plato y la separó lentamente de este hacia afuera. Los posos del café se acumularon en el fondo. Mamá miró con atención el interior de la taza buscando signos capaces de predecir mi futuro.

Se puso tensa y su rostro se ensombreció. Cogió el cántaro y echó agua sobre la borra de café. Baba se echó a reír y Abbas se tapó la boca con la mano.

—¿Qué es? —pregunté.

—Nada, cariño. No es un día propicio para leer tu futuro.

Me dio miedo. ¿Era por las armas? ¿Me iba a morir?

Mamá se pasaría el día preparando más pasteles y pastas para mi cumpleaños.

Debía asegurarme de que no notase nada raro ahí fuera.

—Me apetece una galleta de dátiles —dije, e hice amago de abandonar la cama.

Mamá me obligó a echarme de nuevo.

—Nadia, ve a buscar una galleta para Ichmad.

De pronto me acordé de todas las que Ali había cogido.

—No, déjalo, no importa.

Mamá entornó los ojos, como si tratara de adivinar los motivos de mi extraño comportamiento.

—¿Estás seguro?

—Comí muchas anoche.

Baba metió una mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó una bolsita marrón y me la dio. Su rostro resplandecía. Cuando cogí la bolsita nuestras miradas se cruzaron.

—Son las dos lentes de aumento que querías —dijo—. Para tu telescopio.

—Pero ¿de dónde has sacado el dinero? —pregunté.

Sonrió.

—Las estoy pagando desde el año pasado.

Besé su mano. Me atrajo hacia él y me abrazó.

—¿A qué esperas? —dijo Abbas.

Baba me entregó un libro: *Einstein y la física*.

Coloqué el cristal de aumento de tres centímetros entre mis ojos y el libro abierto. Con la otra mano puse el cristal de dos centímetros y medio encima del de tres.

—¿Por qué te tiemblan las manos? —preguntó mamá.

—La emoción.

Moví las lentes para enfocar hasta que vi con toda nitidez la letra de imprenta.

Abbas me alcanzó una regla.

—Tres centímetros —dije.

Me sentía como una mosca tsetsé bajo un microscopio.

—Aquí tienes. —Abbas me tendió mi telescopio artesanal y un cuchillo.

Medí cuidadosamente y corté dos agujeros en el tubo de cartón, inserté las lentes y las aseguré con tela. A través del telescopio el libro se veía enorme.

—Dos veces la potencia.

Abracé a Baba otra vez. ¿Qué había hecho?

Sonó la campana de la escuela.

—No quiero llegar tarde —dije.

Procurando que nadie me viera, antes de ir a la escuela pasé por el almendro para comprobar que todo estaba bien.

—Te acompaño —dijo Baba—. Me he tomado el día libre para ayudar a tu madre a prepararlo todo para esta tarde.

A la salida de la escuela me dirigí al cementerio, encontré la fosa adecuada y de allí fui directamente a mi almendro. La tierra estaba como la había dejado.

De pronto, se presentó Baba.

—Ven a sentarte a mi lado. Me han contado chistes nuevos.

El corazón me latía tan aceleradamente que no podía pensar con claridad. Le mostré el telescopio que llevaba en la mano.

—Me está llamando...

—¿Cómo podría competir? —dijo Baba.

Me subí a nuestro almendro. Abbas y yo lo habíamos bautizado *Shahida*, «el testigo», pues eran tantas las horas que pasábamos trepados a ese árbol observando a los árabes y a los judíos, que para nosotros era como un compañero de juegos y, por lo tanto, correspondía que tuviese un nombre. Al olivo que se hallaba a la izquierda de *Shahida* le habíamos puesto *Amal*, «esperanza», y el que estaba a su derecha era *Sa'dah*, «felicidad».

Baba se apoyó contra la pared de ladrillos de adobe de nuestra casa, y desde allí me miraba. Dirigí las lentes de mi nuevo telescopio a la piscina del *moshav* Dan.

—Me pregunto si Einstein se habrá fabricado su propio telescopio —dijo Baba—. Harías bien en seguir su ejemplo.

—¡Abu Ichmad! —llamó mamá—. Necesito tu ayuda.

Baba se encaminó hacia la casa.

Dirigí las lentes de mi telescopio hacia el oeste de la aldea. Ubicada en la cima de la colina, nuestra casa representaba el punto más alto de la aldea. Las viviendas que quedaban eran todas de ladrillos de adobe, con forma de cubo. El sudor me entraba en los ojos. ¿No terminaría nunca ese día?

Baba regresó.

—La comida está lista —dijo.

Un libro dio contra el almendro y cayó al suelo. Bajé de la rama de un salto.

—Odio las matemáticas. —Abbas pateó la tierra—. Nunca seré capaz de aprender esto.

—El hombre que necesita del fuego lo sostendrá en su mano —dijo Baba.

—Lo he intentado, pero siempre me quemo.

—Ichmad te ayudará. —Baba pasó un brazo por mi hombro—. Dios te ha dado una mente extraordinaria para las matemáticas con una finalidad.

Abbas puso los ojos en blanco.

—¿Cómo olvidarlo?

—Si pasaras menos tiempo con tus amigos y más tiempo con tus libros, como Ichmad, no tendrías problemas con las matemáticas.

Baba enarcó las cejas y le dio un coscorrón.

—¡La comida!

El tono de voz de mamá era suave; se limitaba a recordarle a Baba lo que le había mandado hacer.

—Ya vamos, Um Ichmad —dijo Baba—. Vamos, niños.

Caminamos hacia la casa, Baba en el medio, con un brazo apoyado sobre el hombro de Abbas y el otro sobre el mío.

Cuando entramos, mi hermanita Sara corrió a recibir a Baba y a punto estuvo de hacerlo caer. Baba y mi madre se miraron y ella sonrió.

—Déjalo respirar —dijo mi madre.

—Aquí está. —Baba señaló mi retrato de ese año, que colgaba en el sector de la pared dedicado a los cumpleaños.

—Te pareces a tu padre. —Mamá me pellizcó las mejillas—. Mira esos ojos de esmeralda, ese cabello abundante y esas pestañas negras tan tupidas. —Suspiró—. Eres mi obra maestra.

Abbas y mis hermanos se parecían a mamá. Tenían la piel color canela tostada, el cabello rebelde color azabache y los brazos largos.

—Coge estos —dijo mamá, alcanzándole a Nadia unos platitos con humus y tabulé, que ella dejó en el suelo de tierra.

—Venid, mamá ha preparado un festín —nos llamó Baba. Se sentó con las piernas cruzadas delante de los platitos—. Os juro —añadió mirándonos a Abbas y a mí— que es la mejor cocinera de todo el país.

Miró a mamá, que apretó los labios y bajó la cabeza.

Abbas y yo nos sentamos uno al lado del otro, como hacíamos siempre a la hora de comer. Nuestros hermanos se sentaron en el suelo en torno a los platos.

—Es tu preferido —dijo mamá—. *Sheij El Mahshi*.

No podía mirarla a los ojos.

—No, gracias.

—¿Te sucede algo?

Mamá miró a Baba.

—Estoy muy excitado con la fiesta.

Mamá sonrió.

—Esas son tuyas —dijo dirigiéndose a Baba, y señaló una fuente de berenjenas muy pequeñas rellenas con arroz y piñones. Baba era vegetariano, no admitía que en su nombre se matara ni siquiera un animal para comer.

Baba se sentó sobre el muro de piedra con su *oud*, al lado de Abu Sayeed, el violinista.

Yo me disponía a regresar al almendro cuando sentí la mano de Baba en mi hombro.

—Ponte junto a tu retrato —me pidió.

Abbas andaba detrás de la casa con un grupo de amigos suyos. Sentí un nudo en el estómago. Me quedé de pie al lado de Baba, junto al caballete con mi retrato.

Los hombres se pusieron en fila, pasaron los brazos sobre los hombros de sus compañeros y comenzaron a bailar el *dabke* en el centro del patio. Otros fueron detrás de la casa. Yo sentía las axilas húmedas. Los invitados estaban ataviados con sus mejores ropas. Los ancianos vestían las túnicas tradicionales.

Los niños gritaban, los bebés chillaban y todos reían mientras Baba cantaba dejando el alma en ello. Con autoridad, Abu Sayeed dio unos golpecitos en la caja de

su violín, encajó este cuidadosamente debajo de su mentón y, con una floritura, agitó el arco en el aire como si de una varita mágica se tratara. Cada vez más niños se dirigían al patio trasero.

—¡Ven!

Abbas vino en mi busca. Miré a Baba. Asintió. Salí disparado, dejando atrás a Abbas, hacia la parte trasera de la casa, donde había un grupo de chicos sentados en el suelo.

Abbas me dio un puñado de arena. La eché en un cubo de agua. Todos se acercaron y se apiñaron alrededor. Tras remover el agua, extraje del cubo la arena seca.

El público aplaudió con entusiasmo. Observé que mis hermanos Fadi y Hani, cada uno con un palo en la mano, se encaminaban hacia el sitio donde estaban enterradas las armas. Todos los días buscaban juntos alguna pista para resolver misterios que no existían.

El sudor me bañaba la cara.

—Venid con nosotros, hermanos.

—Queremos más —cantaron los niños.

—No, gracias —dijo Fadi.

—Estamos a la pesca de algo gordo.

Hani siempre respondía lo mismo cuando Abbas y yo le preguntábamos qué estaban haciendo él y Fadi.

Froté las cerdas de un cepillo contra la lana del jersey mientras los miraba hurgar en la tierra justo encima de las armas. Acerqué el cepillo a la cabeza de Abbas. El pelo se le erizó de inmediato.

«Por orden del gobernador militar, esta noche el toque de queda comenzará dentro de quince minutos. Toda persona sorprendida fuera de su casa será arrestada o fusilada», dijo de pronto, con marcado acento árabe, una voz amplificadora.

Los soldados irrumpieron como langostas en mi fiesta de cumpleaños. Se quedaron mirando el pelo de Abbas. Sin razón aparente, esa noche el toque de queda empezaba una hora antes.

—Se acabó la fiesta —dijo un soldado—. Todos a sus casas.

Agitaban las armas contra nosotros. Me volví en busca de Fadi y Hani.

—Muévete —me ordenó otro soldado. Corrí a toda prisa hacia la entrada de la casa, pero los soldados se quedaron junto a mi almendro. Me costaba respirar. Los invitados se dispersaron. Baba convidó a los soldados a galletas.

—No te enfades tanto —dijo Baba—. Lo hemos pasado muy bien. Volveremos a hacerla el año próximo.

—Daos prisa —dijo mamá, dirigiéndose a mis hermanas—. Ayudadme con las esteras.

Nadia y Sara colocaron diez esteras sobre el suelo de tierra, donde antes habíamos comido. Los soldados se marcharon y mamá sopló los quinqués.

Tumbado en mi estera, en la oscuridad, yo trataba de ahuyentar los terribles pensamientos que me acosaban recordando el siguiente problema del libro de física que estaba leyendo. Así y todo, seguía escuchando los ruidos que hacían los soldados fuera, desenterrando las armas.

Una piedra disparada con un tirachinas cobra aceleración recorriendo una distancia de dos metros. Al final de esta aceleración la piedra se dispara del tirachinas a una velocidad de 200 metros por segundo. ¿Cuál sería la aceleración promedio impartida a la piedra?

La piedra fue acelerada desde una posición inmóvil. Su velocidad final es de 200 m/s; recorre en su aceleración una distancia conocida, 2 metros; $v^2 = 2ad$; $(200 \text{ m/s})^2 = 2a(2\text{m})$; por lo tanto $a = 40\,000/4 = 10\,000 \text{ m/s}^2$.

Estaba empezando otro problema cuando oí ruidos fuera. Me senté en la estera y entorné los ojos para ver mejor en la oscuridad, pensando en qué debía hacer. ¿Eran los combatientes por la libertad, o los soldados?

Pum! La puerta de hojalata se vino abajo. Mamá gritó. Las linternas estallaron en la habitación igual que petardos. Mis hermanos se dirigieron rápidamente al rincón suroeste de la estancia. Mamá alzó a Sara, que tenía cinco años y gritaba, y los siguió. Baba me empujó al rincón. Nos acurrucamos muy juntos, tan pegados que nos fundimos en uno.

Siete soldados de rostro hermético, que respiraban agitadamente e iban armados con fusiles, bloquearon la entrada.

—¿Qué quieren? —preguntó mi madre con voz temblorosa.

Una sensación de horror se apoderó de mí cuando la cruda luz de sus linternas nos enfocó a los dos, atrapados en el rincón. Un soldado, con un cuello capaz de soportar el peso de un burro, dio un paso hacia nosotros con la culata del fusil apoyada en el hombro. Con un dedo en el gatillo apuntó directamente a Baba.

—Hemos capturado a tu cómplice. Lo ha confesado todo. Ve a buscar las armas.

—Por favor —balbuceó Baba—. No sé de qué está hablando.

Intenté abrir la boca para hablar, pero no conseguí emitir sonido alguno. Sentía como si el corazón me fuera a reventar en el pecho.

—Vamos, mentiroso de mierda. —El soldado temblaba de arriba abajo—. Te aplastaré contra la pared como a una cucaracha.

Mis hermanos se aferraron a Baba. El soldado se acercaba en actitud amenazadora y Baba nos empujó detrás de él y abrió los brazos para protegernos. Mi madre se interpuso, cubriéndonos con los brazos y formando una doble pared entre nosotros y ellos.

—¡No sabemos nada! —No parecía la voz de mamá sino más bien la voz frágil y chillona de una de esas viejas locas de nuestra aldea.

—¡Cállese! —gruñó el soldado.

Me faltaba el aire. Estaba a punto de desmayarme.

—¿Creíste que podías salirte con la tuya ayudando a un terrorista a introducir armas ilegalmente en el país? —preguntó el soldado a Baba en un mal árabe.

—Lo juro por Dios —dijo Baba con voz temblorosa—. No sé nada.

—Eres un imbécil si creíste que no lo descubriríamos.

El soldado agarró a Baba del camión como si de un pollo se tratara y lo arrastró hasta el centro de la habitación. Su piel olivácea se tornó blanca a la luz de las linternas de los soldados israelíes.

—¡Déjelo en paz! —grité, y me arrojé sobre el soldado.

Me derribó y me pateó con su bota con puntera de acero.

—¡No te muevas del rincón! —dijo Baba de una manera que yo nunca le había oído. Con la mirada me ordenó que volviera al rincón. Me sentí obligado a obedecer.

—¿Vino anoche un terrorista a tu casa?

El soldado levantó los brazos y golpeó con la culata de su fusil el rostro cincelado de Baba. Brotó sangre. Baba se desplomó asfixiándose.

Mamá musitó una plegaria.

—¡No le hagas daño a mi Baba! —gritó Abbas cogiendo al soldado por el brazo.

El soldado se lo sacudió de encima igual que a una mosca. Abbas cayó al suelo. Mamá lo levantó y lo llevó al rincón.

Mientras Baba yacía en el suelo en posición fetal, el soldado le hundió el cañón del fusil en el costado.

—¡Basta! —gritó mamá—. ¡Lo está matando!

—¡Cállese! —El soldado se volvió hacia ella y en tono desafiante añadió—: O usted será la próxima.

Mamá se tapó la boca con las manos.

—Te daré una última oportunidad, terrorista —prosiguió el soldado, mirando a Baba—. Tu destino está en mis manos. —Y le dio un culatazo.

—¡Estás haciendo daño a Baba! —Abbas arremetió de nuevo contra el soldado. Mamá lo agarró del camión y le tapó la boca.

En voz baja y tono vacilante, un soldado dijo:

—Es suficiente, comandante.

—Yo te diré cuando sea suficiente.

Baba estaba inmóvil. Miré su pecho con la esperanza de percibir algún movimiento. El comandante alzó el arma y la descargó sobre la blanda espalda de Baba. No salió aire de su cuerpo. Me quedé helado.

Pensé en Baba sentado en el patio, bebiendo té y riendo con sus amigos. Qué locura la mía. Debería haberlo escuchado y no meterme en política. Ahora había matado a mi padre. Comencé a temblar violentamente.

Fuera, alguien gritó:

—Comandante, hemos encontrado fusiles y granadas enterrados en la parte trasera de la casa.

Cada una de aquellas palabras penetró en mi corazón como una bala.

—Sacad esta mierda de aquí. Despeñadlo. No tenemos por qué cargar con terroristas.

—¡No os llevéis a Baba! —Abbas se abalanzaba sobre ellos mientras mamá lo cogía del cuello.

Hani se soltó y corrió hacia el soldado. El tipo le sujetó las manitas a la espalda. Algunos soldados rieron.

—Tu mesías ha llegado —dijo un soldado—. El defensor del honor de tu padre.

Hani se debatía furiosamente, pero no lograba soltarse. Fadi lo agarró por las piernas y trató de liberarlo.

Mamá tuvo una arcada.

Un soldado le escupió.

Baba yacía en el suelo, con los labios inocentemente entreabiertos y los ojos

cerrados, como si durmiera. Le salía sangre de la nariz y de debajo de la cabeza. En ningún momento aparté los ojos de él cuando los soldados se llevaron a rastras su cuerpo hacia la oscuridad de la noche.

—¡Fuerza, Baba! —gritó Abbas—. ¡Fuerza!

Desde el exterior de la casa me llegó el sonido de tres disparos a quemarropa. Me dio un vuelco el corazón. Miré a mamá. Estaba en el suelo, abrazada a sus rodillas, meciéndose. Nadie vendría a salvarnos. Mis músculos se tensaron. ¿Cómo haríamos para sobrevivir?

Los gemidos de mi familia penetraban en mis huesos. Quería estar muerto en lugar de Baba y sabía, como sabe un niño de doce años, con idéntica claridad y certeza, que jamás volvería a ser feliz.

El rugido de los tanques y de los *jeeps* militares se oía cada vez más fuerte y una sensación de náusea me subió a la garganta. No podía tragar el queso de cabra que tenía en la boca. Mamá bebía su té a pequeños sorbos junto a la cocina y no parecía darse cuenta de nada. Desde que se habían llevado a Baba, hacía dos semanas, tenía la mirada vacía. Era como si cada día se alejara de nosotros un poco más.

Los militares venían a por mí. Sentí un retortijón.

Pensé en Marwan Ibn Sayyid. Tenía doce años cuando vio a un soldado pegarle a su padre en la calle. Marwan se arrojó sobre él. Lo encerraron en una cárcel para adultos con delincuentes israelíes. Estuvo allí dos años antes de que su caso llegara al tribunal militar. Marwan intentó matarse dos veces en su celda. Finalmente, lo condenaron a seis meses. Cuando lo pusieron en libertad, corrió a la calle apuntando a los soldados con una pistola de plástico. Lo mataron en el acto.

Abbas se sentó a mi lado, en el suelo, con mis hermanos en torno a los platos de pita, *zatar*, aceite de oliva, *laban* y queso de cabra. Siguieron comiendo, completamente ajenos a mi destino. Quería mirar por la ventana, pero con un gran esfuerzo evité hacerlo. Quería que mi familia disfrutara de esos instantes de paz.

El chirrido de los neumáticos al pie de la colina me devolvió a la realidad. Mi familia quedó paralizada. ¿Cómo podría yo protegerlos? Abbas me cogió de la mano.

Eché un vistazo a la habitación, quizá por última vez. Las esteras y las mantas de piel de cabra, amontonadas en un rincón. El estante con mis libros de química, física, matemáticas e historia. Por encima de ellos, los queridos libros de arte de Baba. Los botes de arroz, lentejas, garbanzos y harina. La tetera de plata de mamá, en la cocina. Los retratos de Baba, en la pared. Y su amado *oud*, que su padre había hecho para él, sin que nadie lo tocara desde aquella noche.

Pisadas de botas en la colina. Se hundían en la tierra y lo aplastaban todo.

—¡Salgan todos de la casa! —gritó en el patio, a través del megáfono, la voz sin rostro del ejército.

¿Me darían una paliza delante de mi familia y de los vecinos? ¿Me darían un castigo ejemplar para que todos aprendieran la lección cuando vieran mi sangre seca sobre la tierra agrietada? ¿Sería mi final? Por mucho miedo que sintiera, casi me alegraba. Por fin todo habría terminado.

Mamá estaba aterrorizada. Abrí la puerta de hojalata, que yo mismo había reparado. En el patio había una docena de soldados con máscaras. Parecían insectos gigantes.

Uno se levantó la máscara y gritó:

—¡Fuera! ¡Ahora mismo!

Era un adolescente mofletudo, un muñeco grotesco que había cobrado vida. Otro

soldado apuntó con su fusil a la puerta abierta y disparó un bote de gas lacrimógeno al interior de la casa. No me tocó por escasos centímetros y pegó violentamente contra la pared del fondo.

—¡Deprisa! —nos urgió mamá a medida que el gas iba llenando la estancia.

Los ojos me ardían. Me eché al suelo —el humo sube, quédate a la altura del suelo— y me arrastré hasta donde estaba el *oud* de Baba mientras los demás se empujaban unos a otros para salir.

No podía seguir conteniendo la respiración. Y el *oud* de Baba se hallaba muy lejos aún.

—¡Ichmad, Sara! —gritaba mamá.

¿Sara? Alargué el brazo y me moví lo más rápido que pude en medio del humo, buscando a Sara. No estaba. No podía irme sin ella, pero necesitaba respirar pronto. Mis dedos se enredaron en algo: la larga cabellera de Sara. Tenía la carita húmeda y tibia. La alcé. Yo seguía conteniendo la respiración y tenía los ojos llorosos y doloridos. Avancé, ciego, sintiendo el pecho a punto de estallar, con aquel cuerpecito desmayado en mis brazos. Una vez fuera, aspiré una gran bocanada de aire fresco.

Salía mucho humo por la puerta abierta. Estábamos descalzos y en pijama. Los ojos de Nadia eran dos tajos enrojecidos. Mamá respiraba con esfuerzo. Sara tenía un corte enorme en la frente y la cara ensangrentada. Debió de tropezar en medio de la confusión. Depositó su pequeño cuerpo desmadejado en el suelo y, sobreponiéndome al dolor, soplé aire dentro de su boca.

—¡Despierta, Sara, despierta! —le supliqué, abofeteándola con suavidad. Volví a soplar—. ¡Respira!

Mamá sollozaba. Yo seguía soplando en la boca de Sara.

—¡Agua! —grité.

—¡Han hecho trizas el cántaro! —repuso mamá, desesperada. Y miró a los soldados, que no daban muestras de vernos en torno al cuerpecito de Sara, de advertir que esa niña de cinco años se ponía azul ante sus ojos. Aun el que se hallaba más cerca estaba demasiado lejos.

Abbas cogió la mano de Sara y la frotó enérgicamente, como si quisiera despertarla.

Mamá se inclinó por encima de mi hombro y me suplicó:

—Sálvala, Ichmad.

Sara nunca se movió. Sus ojos nunca pestañearon. Yo seguí soplando aire en su boca y dándole palmaditas en la cara. Todo era en vano. Estaba azul e inmóvil. Mi hermosa, inocente hermanita. Sentí deseos de llorar, pero se me habían secado las lágrimas. Una pena profunda me envolvió como un manto.

—¡Ichmad, por favor! —imploró mamá.

Alcé a Sara y, tras apoyarla contra mi hombro, continué dándole palmadas en la espalda al tiempo que la sacudía. Quizá se había atragantado con algo. Insistí con las sacudidas y las palmadas.

—¡Despierta, Sara, anda, despierta!

Era inútil.

—Se ha ido, hijo —dijo mamá, resignada.

Nadia, llorando y gimiendo, arrancó a Sara de mis brazos y la estrechó entre los suyos.

—¡Matasteis a mi hermana! —gritó Abbas—. ¿Qué más queréis?

Los soldados apuntaron con sus Uzis en dirección a nuestra casa.

—¿Estáis todos fuera? —preguntó mamá, presa del pánico.

Mientras los soldados disparaban contra la casa, miré alrededor. Abbas, Nadia, Fadi, Hani, el cuerpo de Sara. Estábamos todos.

—¡Aléjense de la casa! —gritó el soldado con cara de crío.

Ya estábamos fuera, ¿qué más querían?

La ausencia de *bulldozers* me había despistado. Los soldados entraron en la casa con cartuchos de dinamita. Nosotros seguíamos allí, en el patio, mientras ellos colocaban las cargas.

—Mi padre es inocente —dije.

Los soldados me miraron con furia y bajé la cabeza.

—Claro que sí —se burló el de cara de niño.

Quería contarles la verdad. Fue en plena noche. Yo no lo había planeado. No quería que nada de todo aquello sucediera.

—¡Decid adiós a vuestra casa, terroristas! —gritó un soldado.

Me temblaban las piernas.

—¿Adónde vamos a vivir? Por favor —supliqué, gimoteando como un niño, no como el hombre que deseaba ser.

—¡Calla! —ordenó otro soldado.

Abbas vino a mi lado.

—¡Deténganme! —rogaba—. ¡No castiguen a estos niños!

—A ti no te queremos —dijo Cara de Niño.

Abbas miraba a los soldados con expresión de odio. Nadia apretaba a Sara contra su pecho, como si quisiera protegerla. Yo agarraba con fuerza la mano de Hani, que lloraba. Fadi levantó una piedra del suelo e hizo ademán de lanzarla. Lo cogí del brazo y lo agarré con la otra mano, como a Hani.

De pronto se me ocurrió pensar en la fina bandeja de plata con su tetera, también de plata, que mi madre tanto quería porque había sido el regalo de boda de sus padres. Pensé también en los retratos de Baba: su padre muerto; su hermano Kamal subido a una escalera cogiendo naranjas y metiéndolas en los cestos que habíamos fabricado con ramas de granado húmedas. Los retratos de Baba y sus hermanos: en el mar Muerto, nadando, con el carro de naranjas y el burro en la costa; en la playa de Haifa, sonrientes, con el oleaje detrás y el carro de naranjas a un costado. Y el cuadro preferido de Baba: sus padres haciendo un *picnic* frente a un campo de girasoles. Los retratos de los familiares exiliados de Baba y de mamá; muertas mis hermanas, Amal

y Sara; preso mi Baba; perdido también el traje de boda beduino de mamá, bordado a mano, que ella conservaba, según me decía siempre, para mi futura esposa; el *oud* de Baba, todo perdido para siempre. Y Sara, especialmente ella, una niña que nunca había hecho daño a nadie.

Mi madre se arrojó a los pies del soldado y se aferró a sus tobillos.

—¡Por favor, no tenemos adonde ir! —exclamó desesperada, y sentí que se me partía el corazón. En efecto, no teníamos adonde ir. ¿Qué había hecho?

Me acerqué a ella. Traté de levantarla por los brazos.

—Mamá, por favor, levántate. —Noté su cuerpo caliente—. No tienes que hacer esto. Encontraremos otro sitio donde vivir. —Vi que apretaba los dientes para no gritar—. No debemos suplicar.

Me sentía como si una gruesa manta me envolviera en una densa oscuridad. No había salvador alguno, ni tío, ni hermano, ni padre que viniera a rescatarnos. Me correspondía a mí proteger a mi familia.

Temblando, mamá alzó los ojos al cielo.

Cuatro soldados salieron de nuestra casa.

—Ya está; los hemos colocado todos —anunció el último en salir.

Ambos se alejaron corriendo de la casa.

La tierra tembló bajo mis pies. El aire se cubrió de humo mezclado con partículas de lo que habían sido generaciones de retratos, la túnica blanca que mamá había confeccionado para mi cumpleaños, sus rosas, su menta y su perejil, sus tomateras, nuestro tablero de backgammon, nuestra ropa, las esteras y los cántaros. Todo destrozado, hecho añicos. Tosíamos todos, menos los soldados.

Las llamas se elevaron carbonizando rápidamente las paredes, hasta que no quedó más que un montón de ceniza. Nuestro hogar había desaparecido. Solo quedaban escombros humeantes. Cuando aquel infierno se apagó, vi que *Amal* y *Sa'dah*, nuestros dos olivos, ardían. Fue tal mi desesperación, que se me aflojaron las rodillas. Pero entonces reparé en nuestro almendro: estaba intacto, solo había perdido sus flores.

Los soldados se quitaron las máscaras de gas.

—Los terroristas no merecen casas —soltó Cara de Niño.

Cinco horas estuve esperando delante del puesto militar, en pijama y al sol, a que me autorizasen a sepultar a Sara. Pero no lo conseguí. ¿Qué haríamos con el cuerpo? Si la enterrábamos sin permiso, los soldados eran muy capaces de desenterrarla.

Cuando regresé junto a nuestro almendro, encontré a Nadia sentada en el suelo meciendo a Sara con dulzura. Mamá tenía a Fadi y Hani en brazos. Abbas y yo nos pusimos a revolver con las manos los escombros aún calientes en busca de cualquier cosa que pudiéramos salvar.

Esa noche, Nadia envolvió a Sara en mi *kufiyya*.

—Que Dios la proteja de los gusanos.

Mamá y Nadia permanecieron junto al cuerpo de Sara toda la noche para no

dejarla sola. Cuando Abbas por fin se durmió, hacía rechinar los dientes con tanta fuerza que uno de los incisivos se le partió. Yo permanecí despierto toda la noche. En cuanto finalizó el toque de queda, bajé corriendo al puesto militar y aguardé durante horas bajo un sol abrasador hasta que me otorgaron el permiso para enterrar a mi hermana.

Abbas y yo fuimos al cementerio y cavamos un hoyo junto a la tumba de Amal. El sol era como fuego en nuestras espaldas, pero no paramos hasta que nuestro hoyo tuvo dos metros de profundidad. Abbas y yo estábamos tan deshidratados que ya no sudábamos.

—Los israelíes pagarán por esto —mascullaba Abbas—. Lo único que entienden es la violencia. Es el único idioma que hablan. —Hizo una pausa y añadió—: Ojo por ojo.

Mamá se acercó al hoyo con el minúsculo cuerpo. Nadia no soltó su mano en ningún momento. La besamos en las mejillas. Fadi y Hani apretaron los puños. La mirada de Abbas era dura como una piedra. Mamá bajó el cuerpo de Sara a la tumba, pero se negaba a dejarla ir. Nadia lloraba.

—No —dijo mamá—. Es un error.

Le quité a Sara y la deposité en el suelo de la tumba. Me mordía los labios para no llorar. Salí del hoyo y juntamente con Abbas lo tapamos con tierra. Mientras lo hacía, no podía dejar de imaginar a Baba en el fondo de un agujero como ese, cubierto con la tierra que había arrojado sobre él un *bulldozer* israelí. Sin esperanza.

¿Adónde iríamos? ¿Qué haríamos? Necesitábamos una casa que nos protegiera del calor infernal en verano y de las lluvias torrenciales en invierno. No podíamos construir una, y tampoco nos alcanzaba el dinero para comprar una tienda de campaña.

El tío Kamal nos compró una tienda en el mercado del pueblo. Durante las dos últimas semanas habíamos dormido a la intemperie, debajo de *Shahida*, vestidos con la ropa que mamá nos había hecho con unas alfombras que trajo el tío Kamal. Abbas y yo nos servíamos de piedras para clavar estacas de cedro al pie del almendro y, cuando comenzaba el toque de queda, los seis nos metíamos allí bien apretujados, los pequeños encima de los mayores. Debido a las altas temperaturas, al calor de los cuerpos, al sudor, a la falta de aire y a que no podíamos movernos, dormir resultaba imposible.

En cuanto terminó el toque de queda fui corriendo de nuevo al puesto militar decidido a averiguar qué le había ocurrido a Baba.

Todos los días, durante cuatro semanas, hice la cola con centenares de pobladores que acudían a solicitar permisos para casarse, o sepultar a sus seres queridos, o levantar una casa, o marcharse de la aldea para ir al hospital, a trabajar o a clase. Un puñado de aldeanos trataba, como yo, de saber algo de un ser querido que había sido arrestado o a quien se habían llevado de la aldea a un lugar desconocido. Al final del día regresaba a casa sin saber siquiera si Baba seguía con vida. «Puede que hoy sea distinto», me decía cuando llegaba a la cola.

Abu Yossef se puso en la fila detrás de mí.

—No vendrás a pedir permiso para volver a edificar, ¿verdad? —preguntó.

El calor era sofocante. El aire estaba infestado de olor a cloaca, estiércol de burro y basura sin recoger.

—No soy tan tonto —repuse.

Sacudió la cabeza.

—¿Aún sin noticias de tu padre?

—No hizo nada.

—Dicen que lo maltrataron mucho.

Miré a las treinta personas que tenía delante en la fila. Probablemente vivían más cerca que yo. Si no hubiera toque de queda, habría dormido en el puesto.

—¿A qué has venido? —pregunté.

—A pedir autorización para comprar albaricoques y naranjas de mis propios árboles, los que plantó mi bisabuelo y que mantuve vivos tanto en la sequía como en la guerra.

—Espero que mi padre se encuentre bien. —Bajé la vista al suelo.

—Estará bien —dijo Abu Yossef.

—No es fuerte.

—No subestimes a tu padre. Es más luchador de lo que crees.

—Ichmad —me llamó Abbas—. Ven, necesito hablar contigo.

—Te guardo el sitio —se ofreció Abu Yossef, y me indicó con un gesto que me

fuera.

Gotas de sudor chorreaban de las cejas y el mentón de Abbas.

—Anoche arrestaron al tío Kamal.

—¿Por qué?

—Por ayudar a un terrorista.

¿Había ido Ali también a su casa?

—¿Qué terrorista? —pregunté.

—Baba —contestó Abbas. Tenía los ojos inyectados de sangre.

Nos habíamos quedado solos.

Regresé a la tienda, extenuado, cinco minutos antes del toque de queda. Seguía sin saber nada de Baba. Durante las seis semanas siguientes me presenté en el puesto militar cada día. Me ponía en la fila y esperaba el día entero, sin suerte. Ya no iba a la escuela.

Estaba cocinando arroz con almendras sobre un fuego que había hecho cerca de nuestro almendro, cuando se presentó el hijo del barbero. Nos saludamos.

—Ayer soltaron a mi padre —dijo—. ¿Sabes dónde está el tuyo?

—No nos dan ninguna información —contesté—. Ya van para dos meses.

—Mi padre quiere verte —dijo evitando mirarme—. Se trata de tu padre.

Temí que fueran a arrestarme si me sorprendían hablando con un preso político que acababa de quedar en libertad. Pero se trataba de Baba. ¿Cómo no iba a ir?

El barbero se encontraba sentado en un rincón del local. Tenía un parche en el ojo izquierdo y las manos cubiertas de quemaduras de cigarrillos.

—Lo siento, no puedo ponerme de pie —dijo con voz temblorosa.

—¿Tiene noticias de mi padre?

—Está en el Centro de Detención Dror —respondió—, en el desierto del Néguev.

—¿Está vivo? —pregunté, incapaz de contener la alegría.

—Casi. —El barbero desvió la mirada—. Quiere que le hagas una visita. Debes sacarlo de allí.

Por primera vez me pregunté qué habría sido peor: que matasen a Baba o que este sobreviviera sometido a continuas torturas. Si ellos no lo mataban, lo harían las víboras y los escorpiones del desierto.

Acudí todos los días al puesto del gobernador militar a suplicar que se me permitiese viajar al Centro de Detención de Dror. Un mes después, el gobernador me concedió el permiso.

Sabía que debía ir y confesárselo todo a Baba. Insistiría en que intercambiáramos nuestros lugares. No soportaba que él estuviese en la cárcel por un delito que yo había cometido. Era sencillamente espantoso.

Con el escaso dinero que Abbas y yo habíamos reunido vendiendo las almendras de nuestro árbol, compré los seis billetes de autobús que precisaba para mi viaje. Abbas no se tomó la molestia de preguntarme si podía acompañarme. Sabía que no había dinero para los dos.

Había oído rumores sobre aquella región, tan inhóspita, tan árida que nada podía vivir en ella. El Néguev. Chorros de arena como vidrio molido entraban por la ventanilla abierta, pegándome en la piel y en los ojos y acumulándose en las comisuras secas de mis labios.

El autocar se detuvo ante una prisión rodeada por una alta alambrada de espinos y sendas torres de vigilancia en las esquinas. Creí que lo que más deseaba era apear me de aquel autocar sofocante y mugriento, pero cuando vi lo que me esperaba me pregunté si no sería la puerta del infierno lo que tenía delante. Enganchado al alambre de espinos había un cartel con una calavera negra y una advertencia escrita en árabe y en hebreo: «¡Atención! ¡Peligro de muerte!». El hebreo era un mero formulismo: ahí dentro no había presos políticos judíos. Tenía las piernas entumecidas después de tantas horas sentado en el asiento de vinilo, pero las obligué a andar deprisa y pasé con la cabeza gacha por delante del puesto de vigilancia, donde los guardias de expresión adusta permanecían apostados con sus fusiles y sus pastores alemanes.

Debía de haber unos mil presos vestidos con monos negros trabajando en ese lugar, que era, literalmente, un horno. Ninguno levantó la vista cuando llegó el autocar. Yo sí tenía que mirar, ¿y si Baba estaba allí? ¿Y si no lo reconocía? Estudié rápidamente a cada uno de aquellos hombres calculando su estatura y desechando a los que no se ajustaban a la media, ya que solo los de estatura media podían ser mi Baba. Algunos metían arena con la pala en unas bolsas enormes o arrastraban bloques de hormigón a una estructura maciza de tres plantas a medio construir. Sus monos negros atraían el calor del sol abrasador. Busqué a Baba en los andamios, entre los que mezclaban el cemento o izaban los bloques.

Un prisionero demacrado, esquelético, hundió su pala en el montón de arena, pero cuando quiso levantarla empezó a temblar, la arena se desparramó delante de su carretilla y por fin se desplomó. Quedó ahí tendido, sin que nadie le hiciera el menor caso, como un pájaro aplastado.

Al lado de la zona de trabajo, dentro del área cercada por la alambrada de espinos, había otro terreno y en él unas tiendas de campaña de grandes dimensiones, sin paredes laterales y suelo de tablones con esteras dispuestas en hilera.

Me apresuré hasta un lugar, cerca de la entrada, donde cientos de palestinos sentados en el suelo escuchaban a un soldado que voceaba los nombres de los convictos. Había mujeres y niños, ancianos e hijos que, como yo, habían ido allí solos. Estaban llamando a cada uno de los prisioneros por sus nombres, en orden, mientras aquella pequeña multitud aguardaba. No había forma de guarecerse del sol. Tampoco había agua.

Al cabo de dos horas el soldado gritó «Mahmud Hamid». Al entrar en el centro de detención los guardias se abalanzaron sobre mí.

—¿A quién vienes a ver? —preguntó uno.

—A mi padre: Mahmud Hamid.

Traté de parecer más alto de lo que era a mis doce años. Traté de comportarme como un hombre valiente.

—Es tuyo —dijo el guardia en hebreo a alguien que se encontraba detrás de mí. Con un gesto me indicó que pasara por debajo del arco detector de metales.

Otro guardia, armado con un Uzi, me escoltó hacia una puerta. El miedo disolvió los músculos de mis piernas mientras mi vista se acomodaba a la escasa luz del lugar. Una vez dentro, vi guardias toqueteando a unos hombres desnudos que estaban de pie contra la pared.

—Desvístete —ordenó mi guardia.

Mi cuerpo tembloroso se negó a obedecer.

—Desvístete.

Obligué a mis brazos a moverse. Mecánicamente me quité la camisa que el día anterior me había hecho mi madre con una sábana vieja. Había rebuscado durante horas en las tinajas de la plaza de la aldea hasta que encontró botones iguales. El resto del día lo había pasado pegándolos a mano y cosiendo con hilo negro cada uno de los ojales. Con una mano envuelta en un guante de goma, el guardia me arrancó la camisa y la arrojó al suelo de tierra.

—¡Quítate todo!

Me quité las sandalias, los pantalones y la ropa interior, lo puse todo junto a mi camisa y me quedé desnudo, de pie frente al guardia, con la vista fija en el suelo.

—Contra la pared —ordenó.

Temblando, me apoyé contra la pared.

—Sacude la cabeza.

Sacudí la cabeza.

El guardia me pasó sus dedos enguantados por el pelo y el olor a cigarrillo de su aliento me revolvió el estómago. Empujó mi cabeza hacia atrás y con una linterna examinó mi nariz y mi boca. Cerré los ojos. Sentí la sangre en el paladar cuando me introdujo una sonda metálica por la nariz y las orejas. ¿Qué estaría buscando?

Yo no iba a llorar ni a quejarme ni a suplicar. Las manos enguantadas descendieron por mi cuerpo hasta mis nalgas y mis piernas, que el guardia apartó de un puntapié. Apreté los ojos con fuerza y pensé en Baba. Baba, que estaba allí por mi culpa. Yo era capaz de soportar cualquier cosa con tal de volver a verlo. Para decirle cuánto lo lamentaba.

—Ponte en cuclillas.

El guardia me separó las nalgas y ahogué un grito de dolor cuando el instrumento me penetró el recto. Contuve la respiración. Cuando el instrumento me raspó por dentro se me llenaron los ojos de lágrimas. Era cuanto podía hacer para no gemir. El instrumento se retorció dentro de mí. Cuando el guardia lo extrajo sentí que se me taponaban los oídos.

Humillado y desnudo, permanecí de pie delante del guardia, que no era mucho mayor que yo, mientras este examinaba cada milímetro de mis prendas.

—Vístete —dijo por fin, arrojando la ropa a los pies.

En la minúscula sala de espera nadie miraba a nadie. Cada uno de nosotros sabía por lo que el otro había pasado antes de entrar y nos sentíamos avergonzados. El velo cubría los rostros arrugados de las mujeres acucilladas en el suelo de cemento. Hombres de piel curtida, con túnicas y pañuelos hechos jirones, se apoyaban contra la pared. En vano trataban los padres de distraer a sus niños, que lloraban y gritaban y se empujaban mutuamente. Me puse en un rincón y los conté. Doscientos veinticuatro. Calculé que cuarenta y cuatro debían de tener menos de cinco años; sesenta y ocho entre seis y dieciocho; sesenta entre diecinueve y cincuenta y nueve, y cincuenta y dos más de sesenta. El verano del desierto y el número de personas se llevaban el aire de aquella habitación.

Varias horas después, un guardia me condujo a una cabina de cristal en la que había un teléfono. Dos guardias ayudaron a un hombre con grilletes y cadenas, vestido con un mono negro, a entrar en la estancia. El alma se me cayó a los pies. Baba vino renqueando hacia mí. Cuando los soldados irrumpieron en nuestra casa y lo golpearon se me había hecho un nudo en el estómago. De pronto ese nudo se hizo el doble de grande.

Tenía el costado izquierdo de la nariz hinchado y torcido. La ceja y el pómulo izquierdos eran más grandes que la ceja y el pómulo derechos. Sentí deseos de huir de allí. Creí que me iba a desmayar. Pero cuando Baba se sentó en la silla, al otro lado del cristal, y levantó el auricular, lo imité. No levantó la mirada ni por un instante. Tenía el cuero cabelludo cubierto de costras. Su cabello sedoso había desaparecido.

—No duele —dijo.

—¿Cómo estás? —balbuceé. Miré alrededor y vi a los familiares de los demás presos apiñados ante las ventanas de cristal.

—*Alhamdu-lillah* —contestó Baba en voz baja. Alabado sea Alá.

¿Qué podía decir?

—¿Cómo está tu madre? —preguntó. Mantenía la cabeza gacha.

—Quería venir, pero es muy caro.

—Me alegro de que no me haya visto así.

Me restregué los ojos.

—¿Alguien ha averiguado lo que sucedió? —prosiguió Baba—. Te juro, por la vida de Alá, que no hice nada. —Se le quebró la voz y respiró hondo—. Esto es una gran equivocación. —Se esforzaba por hablar—. Pero mucho me temo que los israelíes se tomarán todo el tiempo del mundo para descubrir la verdad. Mi compañero de celda lleva aquí cuatro años sin que hayan formulado cargos contra él. Puede que tú y tu madre tengáis que mantener a la familia durante un año o más. Si Dios quiere, me soltarán antes, pero hemos de prepararnos para lo peor. —Le costaba mucho respirar.

—¿Un año?

—Pueden detenerme todo el tiempo que quieran, aunque no sea culpable. No necesitan acusarme de nada.

El auricular se deslizó de la mano sudorosa. Cuando volví a acercarlo a mi oído, Baba dijo:

—Soy...

A mi izquierda una mujer se echó a llorar mientras cinco niños se aferraban a sus piernas. A mi derecha, un hombre mayor se tapaba la cara con las manos.

—Todo es culpa mía —lo interrumpí. Mi voz era casi un susurro.

Baba levantó la vista por primera vez.

—No entiendo.

Con voz entrecortada empecé a referir la historia que me había llevado allí desde tan lejos. La vergüenza que sentía me impedía mirarlo.

Baba se acercó al cristal. Me faltaba el aire.

—Ichmad, hijo mío, tienes apenas doce años. Prométeme que a ningún alma viva le contarás jamás que no fui yo sino tú. No se lo digas ni a tu madre.

Nuestros ojos se encontraron por primera vez desde que había empezado mi confesión. Estaba blanco como una paloma.

—¿Por qué han de castigarte a ti por mi culpa?

—Te meterán en la cárcel —repuso Baba, y advertí que se ponía tenso—. Si no lo hicieran, habría otros que mandarían a sus hijos menores de edad a perpetrar estos actos de liberación. No son estúpidos. Si fueras tú quien estuviera aquí mi castigo sería peor.

—Pero yo debo asumir la responsabilidad.

—Mi deber como padre es protegerte. —Se golpeó el pecho. En sus manos vi manchas de quemaduras de cigarrillos—. Un hombre no es nada si es incapaz de cuidar a su familia. Prométeme que harás algo importante con tu vida. No te dejes arrastrar a esta lucha. Haz que me sienta orgulloso de ti. No dejes que mi cárcel arruine tu vida. Debes hallar la mejor manera de ayudar a tu madre. Ella no tiene experiencia, no sabe lo que es estar sola. Ahora eres tú el hombre de la familia.

—Por favor, no digas eso. Pronto volverás a casa. —Sentí que me caía dentro de un pozo y no tenía donde agarrarme.

—No, no saldré. —Me miró a los ojos—. Prométeme que ocuparás mi lugar.

—No sé si puedo...

—Cuando tengas un hijo te darás cuenta de lo que significa amar a alguien más que a ti mismo. —Se le quebró la voz—. Preferiría clavarme una daga en el pecho antes que verte sufrir. Quién sabe lo que serían capaces de hacerte los soldados. —Se aclaró la garganta—. No gastes dinero en venir a verme. Necesitarás cuanto ganes para sustentar a la familia. Transmíteles mi voluntad. Nos escribiremos. Yo estaré bien. No permitas que la culpa se instale en tu corazón, porque es una enfermedad, como el cáncer, que te devorará hasta que de ti no quede nada.

—¿Qué haremos sin ti?

—Tu madre y tus hermanos te necesitan. Prométeme que triunfarás en la vida. Me gustaría decirte tantas cosas... —La emoción le impedía hablar—. Apenas nos quedan unos instantes —añadió deprisa—. Ve a la tumba de mi padre todos los viernes y riega las plantas.

La comunicación se interrumpió. Alcé la mano abierta y apliqué la palma al cristal, y él hizo lo mismo. Estuvimos unos instantes mirándonos hasta que vino el guardia y se lo llevó. Baba estaba tan delgado que era como si aquel hombre solo sacudiera un uniforme. Me saludó con la mano y el guardia lo condujo hacia la puerta. Desapareció sin mirar atrás.

Me quedé allí, como esperando algo: que el guardia regresara con él, me dijera que había sido un error y lo liberaban. A mi alrededor todos lloraban. Los cinco niños que estaban a mi izquierda decían adiós a su padre con la mano. Vestían harapos y tenían el vientre hinchado.

Le había prometido a mamá que no le contaría a Baba lo que le había pasado a Sara y a nuestra casa.

—Mientras esté allí encerrado no puede hacer nada al respecto —me había dicho con firmeza.

Ahora comprendía que ella tenía razón. Si Baba se enteraba de que Sara había muerto, no podría soportarlo.

El valor, me di cuenta, no consistía en no tener miedo, sino en no ser egoísta, en anteponer el interés de otra persona al propio. Yo me había equivocado con Baba. No era un cobarde. ¿Cómo haríamos para sobrevivir sin él?

Al salir de la escuela, Abbas y yo fuimos a la plaza del pueblo a hacerle un recado a mamá. Nos cruzamos con carretas tiradas por burros y mujeres que llevaban cestas sobre la cabeza. Al vernos, todos se batían en retirada, como hacían cuando los soldados se pavoneaban por la aldea.

En la plaza los albaricoques y las manzanas brillaban a la luz del sol. Las ovejas y las cabras balaban. Dos niños miraban muy atentos las imágenes de una caja de cuentos.

Nos encaminamos hacia la casa de té y me acordé del día en que gané el campeonato local de backgammon. Baba invitó a té a todos los presentes; le llevó un año abonar la cuenta. Por la radio transmitían las últimas noticias de Jordania, pero no me entretuve.

En la tienda de comestibles echamos un vistazo a los estantes de madera que había detrás de la caja. Café árabe, té, latas de sardinas, bidones de aceite de oliva. En el suelo, detrás de los anaqueles, había unas grandes vasijas de barro que contenían trigo bulgur, sémola y arroz. Tres soldados entraron detrás de nosotros.

—Querría una bolsa de arroz, doctor —dije—; y anótela en la cuenta de mi padre.

—Su cuenta ha sido cancelada —dijo el dueño de la tienda sin dejar de mirar a los soldados. Luego se agachó y añadió en voz baja—: Lo lamento.

No me atreví a discutir con él, pero ¿cómo iba a ser el hombre de la casa si no era capaz conseguir un poco de arroz?

Abbas y yo nos marchamos de la tienda con las manos vacías, conscientes de que la noche anterior habíamos comido el último arroz que nos quedaba. No teníamos nada más.

Por donde iba encontraba padres con sus hijos. Y para no estar pensando todo el tiempo en Baba, hacía juegos matemáticos. Calculaba el número de aldeanos que acudían a diario a la plaza. Pensaba en los factores que influían en la ecuación, o sea cuántos iban cada día a la mezquita, las horas que permanecían abiertas la casa de té y la tienda, el número de veces que la gente iba al pozo del pueblo.

Para mí, la tienda de campaña simbolizaba la ruina. Estaba constantemente llena de moscas, mosquitos, pulgas y ratas. Mientras dormíamos los insectos iban directos nuestras bocas.

Entreabrí la lona para arrastrarme al interior, pero, antes de que pudiera hacerlo, mamá, que en ese momento salía, me empujó. Tenía una carta en la mano.

—¿Qué dice aquí?

La puso en mis manos. Abbas, que estaba a mi lado, empezó a leerla conmigo.

Las palabras se elevaban del papel como olas de calor. Cerré los ojos. No había error posible. La releí. Por primera vez en mi vida agradecía a Dios que mamá fuera analfabeta. Era una carta-formulario escrita en árabe con una sola frase manuscrita.

«El prisionero Mahmud Hamid ha sido condenado a catorce años». Miré a Abbas. Estaba blanco como el *labneh*.

Estrujé la hoja de papel con la mano.

—¿Es sobre tu padre?

—Sí.

—¿Le ha ocurrido algo?

—No.

Apreté la carta contra mi pecho.

—¿Dice cuándo vendrá a casa?

—No.

Abbas y yo nos miramos de nuevo. Él sabía que no debía hablar.

—¿Es sobre la sentencia? —preguntó mi madre.

Me latían las sienes.

—Es sobre la sentencia, ¿verdad? —insistió.

Como no contesté de inmediato, me arrebató la carta, la desplegó y la miró como si pretendiera leerla.

Se volvió hacia Abbas.

—Dime lo que dice —exigió.

Abbas permaneció callado.

Catorce años. Es decir, redondeando, 730 semanas, 5113 días, 122 712 horas, 7 363 720 minutos, 441 824 200 segundos. ¿Cuál de esos números sonaba como la menor cantidad de tiempo? Respiré hondo y traté de que mi voz transmitiese firmeza.

—Catorce años —dije.

—Catorce años —repitió ella. Su rostro se tornó ceniciento.

—Sí.

—¿Cómo ha podido hacernos esto? ¿Se olvidó de que tenía una familia? Siempre predicando que no había que meterse en política, y ha puesto en peligro nuestras vidas...

—No, no comprendes. —Sentía la garganta seca, me costaba hablar—. Pueden condenarlo aunque no sea culpable.

Mamá respiró hondo.

—¿Y las armas? ¿Se ocultaron solas?

—Pudieron haberlas escondido ellos —argumentó Abbas.

Me enjuagué la frente con el dorso de la mano. No podía sacarme de la cabeza la imagen de Baba con el mono negro, encadenado como un animal. Pensé en él, allá, en aquella cárcel, forzado a palear arena bajo un sol abrasador. ¿Y si no sobrevivía? Aquello no era la muerte, traté de razonar. Eran solo catorce años. Me puse a conjurar mentalmente las imágenes más horribles: Baba colgado cabeza abajo mientras lo quemaban con cigarrillos, encadenado a una silla, arqueándolo hasta dejarlo parálítico... Yo sabía que todas esas historias eran ciertas.

—Tienes razón. —Mamá sacudió la cabeza—. Tu padre jamás habría hecho algo

semejante. —Le flaquearon las piernas.

Abbas y yo la sujetamos y la ayudamos a sentarse. Lloraba, ocultó el rostro arrugado con sus brazos robustos. Su dolor me asustó.

—¿Qué haremos? ¡Decidme!

—¡Yo me haré cargo! —respondí.

—¿Haciendo qué? —dijo con un hilo de voz.

Yo me sentía cada vez más apesadumbrado.

—Trabajaré en la construcción de las casas para los judíos —contesté.

¿Qué otra cosa podía hacer? No me quedaba más remedio.

—¿Cómo voy a permitirlo? —dijo—. Eres un niño.

—Cuando las cosas vienen bien dadas es difícil elegir. Cuando vienen mal dadas, no tienes otra opción.

Acababa de repetir lo que me había respondido Baba cuando le pregunté por qué trabajaba para los judíos.

—Verás. Aprenderé a sacar dinero de la boca del león —añadí.

A mi madre se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Que Alá bendiga cada paso que des y cada bocanada de aire que respires —dijo.

—También yo trabajaré —intervino Abbas.

Mamá negó con la cabeza.

—Eres muy pequeño.

—Será más fácil si estamos los dos juntos. —Abbas me miró con una sonrisa.

—Empezaré mañana mismo —dije con determinación.

Me acordé de que aún no le había contado lo del arroz. Esa noche no comeríamos. Ser un hombre era más duro de lo que parecía.

—¡Y yo! —exclamó Abbas.

—Tú no tienes más que once años —le recordó mamá.

—Cuando las cosas vienen bien dadas es difícil elegir. Cuando vienen mal dadas, no tienes otra opción —repitió Abbas, y soltó una risita.

A la mañana siguiente, mamá salió de la tienda para hervir agua y encontró fuera una bolsa de arroz. Arriesgándose, Abu Jalil, el dueño de la tienda de comestibles, nos la había traído mientras dormíamos. Mamá nos preparó té con agua del pozo y con las mismas hojas de té que mantenía en remojo desde hacía una semana. Cogí el cántaro y vertí agua fría en nuestro té para que no tuviésemos que esperar a que se enfriara. Abbas y yo nos lo bebimos de un trago y bajamos corriendo la colina.

Éramos los únicos a la entrada de la aldea. Recordé que Baba me había contado que él había empezado a trabajar para los judíos por casualidad. Se había levantado una mañana muy temprano para ir al *moshav* a trabajar en la recolección de naranjas. Había sido el primero en llegar a la entrada de la aldea justo cuando pasaba un camión de trabajadores judíos. Tendió el brazo, creyendo que era el camión del *moshav*. El conductor paró y le dijo que eran obreros de la construcción y que podían

emplear a un árabe siempre que fuese fuerte y barato. Baba decidió probar.

Abbas y yo nos plantamos en el medio de la carretera en cuanto oímos el motor. El camión se nos venía encima. No me importaba. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de obligarlo a parar. A escasos metros de donde yo me encontraba, el conductor clavó los frenos y el camión patinó a un costado de la carretera. Corrí hasta la ventanilla del conductor, mientras que Abbas se colocaba delante con los brazos abiertos.

—Por favor, contrátenos.

Había estado ensayando toda la noche lo que le diría en hebreo.

—Sois unos niños. —El conductor nos miró de arriba abajo.

—Somos fuertes.

—Apartaos de mi camino. —El hombre hizo sonar la bocina.

—Hoy trabajaremos gratis. Si no somos buenos, no nos pague. Por favor, denos una oportunidad.

—¿Gratis? —El conductor enarcó las cejas—. ¿Dónde está la trampa?

—Mi padre no puede trabajar. Somos una familia numerosa. —Respiré hondo—. Necesitamos dinero.

—Si no sois buenos, os volveréis andando.

—No lo lamentaré.

—Ya lo estoy lamentando. —Con un gesto nos indicó que subiéramos a la parte de atrás del camión, con los demás obreros.

Nos acomodamos en la caja. Los trabajadores de piel cetrina iban sentados a la izquierda, los de piel clara a la derecha.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —preguntó en hebreo, con marcado acento árabe, uno de piel aceitunada.

—Vamos a trabajar —contesté en árabe.

—En este país hablamos hebreo —dijo él—. Los árabes y el árabe no nos gustan.

Abbas abrió la boca para contestar. No tenía miedo de defenderse y defender a los demás, lo que lo había llevado a pelearse repetidas veces en la escuela. Le apreté la mano con todas mis fuerzas y lo miré fijamente.

Abbas y yo nos desplazamos al rincón y el camión se alejó de la aldea a toda velocidad. Todos nos miraban con odio, como si fuéramos gusanos. En cuanto estuvimos a solas, le hice prometer a Abbas que jamás respondería, dijeran lo que dijeren. Era consciente de lo difícil que sería para él, pero tenía que comprender que el bienestar de nuestra familia dependía de nosotros. Me dio su palabra. Yo sabía que no me defraudaría.

Durante la pausa, los obreros judíos askenazíes de Rusia, Polonia, Rumanía, Transilvania y Lituania se sentaban juntos debajo de un grupo de olivos y conversaban entre ellos en un idioma que yo no entendía. Aprendíamos el hebreo en la escuela, pero eso no era hebreo. Bajo el sol entornaban los ojos —casi todos ellos los tenían muy claros— hasta convertirlos en dos pequeñas ranuras y la piel se les ponía roja y reluciente. Eran nuestros jefes. Nos daban las órdenes sin moverse de la sombra, que buscaban bajo los árboles o en el interior de las estructuras que nosotros construíamos.

Bajo otro grupo de olivos se sentaban los judíos sefardíes de Irak, Yemen, Argelia, Libia y Marruecos. Bebían té y café, y entre ellos hablaban en árabe. El iraquí le dijo al yemenita que el askenazí hablaba en yidis.

Los askenazíes se reían de los sefardíes cuando bebían sus líquidos humeantes.

—¿No tenéis bastante calor? —dijo un ruso, señalando el café.

El ruso señaló el café.

El sefardí no entendió la palabra «calor».

Durante la pausa, Abbas y yo seguíamos trabajando.

—¡Los hermanos robots!

Nuestro jefe principal, Yossi, un judío polaco, nos indicó con un gesto que nos acercáramos. Nos había puesto ese apodo cuando advirtió que no interrumpíamos el trabajo para descansar.

Abbas me miró y vi la desconfianza reflejada en sus ojos.

—No pasa nada —lo tranquilicé.

Yossi nos encontró a mitad de camino. Éramos tan pequeños que los dos juntos cabíamos en su sombra.

—He cambiado de idea. Merecéis el jornal entero de un árabe. Pero sabed esto: si llego a ver a alguno de los dos holgazaneando, puedo volver a cambiar de idea.

Me pregunté qué había querido decir con eso del jornal entero de un árabe. No ganábamos ni una fracción de lo que ganaba Baba.

—No lo decepcionaremos —dije.

Abbas y yo llenábamos una carretilla tras otra con bloques de cemento y las llevábamos desde el camión, al borde de la carretera, hasta la obra en construcción, donde los descargábamos. Empujábamos juntos la carretilla. Me dolía la espalda. Tenía la ropa sucia y empapada de sudor. Construíamos las casas de los cimientos al tejado. La primera semana levantamos la primera planta y dos tercios de la segunda.

El sol caía a plomo. Abbas y yo estábamos cargando los bloques en la carretilla cuando de pronto Abbas se apretó la espalda con las manos y gimió.

—¿Te encuentras bien? —Vi el dolor reflejado en su cara. Parecía un viejo, no un niño de once años.

—Tengo tiesa la espalda de tanto doblarla.

—Ponte derecho. Yo te alcanzaré los bloques. Limítate a cargarlos en la carretilla.

Me agaché y le di los bloques a Abbas. Una vez llena la carretilla, se la llevamos al albañil. Cuando pasamos por donde se encontraban los sefardíes, mi mirada se cruzó con la del iraquí.

—¿Qué miras? —preguntó él en su hebreo con marcado acento árabe.

Los muchos años de beber té y café habían dejado su huella en sus dientes. Estaba a una distancia de doce metros y me amenazó haciendo ademán de retorcerme el pescuezo. Bajé la vista y seguí adelante empujando la carretilla.

—*Ben Zonah*.

Hijo de puta. El iraquí me insultó en hebreo, pese a que los israelíes suelen insultar en árabe.

A la hora de almorzar todos cogimos del camión nuestras bolsas de papel y nos fuimos a comer a donde acostumbábamos. Abbas y yo comimos solos.

Los iraquíes y los yemenitas revolvían el arroz y formaban bolitas con los dedos antes de llevárselo a la boca. Los askenazíes usaban tenedor, cuchillo y cuchara. Mamá nos había preparado un paquete con un pan de pita y una bolsa con arroz y almendras.

—Ten.

Le di a Abbas el pan. Lo partió en dos y me dio el trozo más grande.

—No, tómalo tú.

Abbas no quería aceptarlo.

—Por favor, Abbas —insistí—. Si tú no lo coges lo tiraré.

Hice ademán de arrojarlo, y entonces lo aceptó. Cogí el pedazo más pequeño y puse la bolsa de arroz en el suelo, entre los dos, para que nos sirviésemos usando el pan a modo de cuchara. Cuando terminamos de comer, los askenazíes y los sefardíes arrojaron sus bolsas a la basura. Yo doblé las nuestras y me las guardé en el bolsillo para que mamá pudiera volver a utilizarlas al día siguiente.

Todos los días, antes de marcharnos, Abbas y yo pasábamos por el vertedero. El día anterior habíamos encontrado una camisa vieja y una batería de radio. Dos días antes, un cochecito de plástico. Aunque nos sentíamos como carroñeros, no por eso dejábamos de hurgar en los desechos. Nos tenía sin cuidado que durante todo el viaje los judíos se rieran de nosotros porque nos llevábamos a casa su basura.

El iraquí era el peor. No sé por qué. Cuando parábamos para dejarlo delante de su casa, había por lo menos quince niños de todas las edades, sucios y solos, corriendo por todas partes. Salía a recibirlo su esposa, una mujer con bigudíes en el pelo, embarazada y a la que le faltaba un diente. Vivían en una casa árabe, en otro tiempo encalada y que ahora era del color del barro. Se veía un patio lleno de basura, sogas con ropa colgando y el jardín cubierto de maleza.

Cuando el sol empezaba a ponerse por el oeste, Yossi paró en medio de la carretera, a la entrada de nuestra aldea, y Abbas y yo saltamos del camión. Fuimos

andando hasta nuestra tienda de campaña. Yo sentía los músculos de la espalda tan tensos que me tambaleaba al caminar, como si arrastrara cadenas con los pies.

Mamá me pidió que le escribiera a Baba una carta y le contara que Abbas y yo habíamos encontrado trabajo. Dijo que era importante que supiese que estábamos bien. Baba nos envió una carta en la que nos pedía que no dejáramos de ir a la escuela. Con gran tristeza le contesté que era imposible.

No podía quitarme el alquitrán de las manos. Como el agua no servía, usé arena, un truco que me había enseñado Baba. Estaba pensando en que de tanto frotar podía lastimarme la piel cuando oí los pasos de alguien que subía la colina.

—Ichmad —llamó el maestro Mohamed.

Avergonzado, escondí las manos detrás de la espalda.

—Tus ausencias a clase son inexcusables.

¿Qué quería que hiciera?

Se acercó, pero manteniéndose a un metro de distancia.

—No des la espalda a tu talento. Deja que sea la luz que te guíe en la vida. Cuando encuentres obstáculos en tu camino, concéntrate en esa luz. —Me cogió del mentón para obligarme a mirarlo—. Estás destinado a hacer grandes cosas.

—No hay alternativa —dije, sin eludir su mirada.

—Siempre hay una alternativa.

—Tengo que trabajar todo el día. —Me volví para no ver su terrible expresión compasiva.

Entonces recordé el día en que aprobé el tercer curso. Durante la breve ceremonia, en el aula, el maestro Mohamed entregó a cada alumno un diploma. Después me llamó.

—Este certificado es para el mejor alumno de la clase. —Me dio la mano y un beso en cada mejilla—. Mirad bien a este niño. Será el orgullo de nuestro pueblo.

Baba hizo la uve de la victoria con los dedos.

—Me gustaría darte clases particulares —dijo el maestro Mohamed—. Todos los días, después del trabajo. Empecemos esta noche. ¿Has comido?

—Sí —mentí. Me moría de hambre.

—Ven a mi casa. Aún tenemos dos horas antes del toque de queda.

Las llagas abiertas en los pies me dolían a cada paso que daba. Al llegar a su casa, nos sentamos a la mesa de la cocina.

—¿Te traigo algo de comer? —preguntó.

—No, gracias. —No deseaba ser una carga. Me rugía el estómago, y me lo apreté con un puño.

Escribió un problema de matemáticas en una teja de pizarra y la tendió hacia mí. Sentía la mano débil y me ardía de tanto subir el alquitrán caliente al andamio, pero no me importaba. Si una persona como el maestro Mohamed creía en mí, yo haría lo que hiciera falta.

De pronto vi una sombra. Debía de ser un soldado, pues ya nadie nos visitaba. Abbas se acurrucó a mi lado. Me volví lentamente y exclamé:

—¡Pero si es el tío Kamal!

Lo habían soltado. Tenía las mejillas hundidas y los hombros caídos. Cojeaba.

—¿Qué te ha pasado?

Abbas sacudió la cabeza.

—Me caí —respondió el tío Kamal.

Entonces reparé en su bastón.

—Me torcí el tobillo —añadió.

Llevaba las muñecas vendadas.

Fadi y Hani estaban sentados en el suelo, fuera de la tienda, comparando casquillos de balas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. Podrían meterte preso de nuevo.

—Tenía que verte.

Ni Abbas ni yo habíamos hablado nunca con nuestro tío de hombre a hombre. Al menos tres veces por semana venía a jugar al backgammon o a fumar un *narguile* con Baba. Hablaban de la época anterior a la creación del Estado de Israel, cuando viajaban por toda Palestina.

Baba y el tío Kamal evocaban las llanuras costeras del Mediterráneo, con sus playas de arena bordeadas de franjas de tierras fértiles. Las cadenas montañosas. Las colinas de Galilea, verdes todo el año gracias a sus arroyos y las abundantes lluvias. Las colinas onduladas de la orilla oeste con sus crestas rocosas y sus valles fértiles. Abbas y yo trazábamos el itinerario de sus viajes en un mapa que habíamos dibujado y que dividía Palestina en distritos: Acre, Haifa, Jaffa, Gaza, Tiberíades, Baysan, Nazaret, Yenín, Nablus, Ramala, Jerusalén, Hebrón, Beerseba, Tulkarem, al-Ramla y Safed. Cada vez que Baba y el tío Kamal mencionaban una de las más de seiscientas aldeas palestinas o numerosas ciudades, nosotros las marcábamos en el mapa.

Jaffa, la novia de Palestina, ocupaba a menudo sus conversaciones. Así aprendimos, Abbas y yo, que en el siglo XIX los palestinos desarrollaron la naranja Shamouti, también llamada naranja de Jaffa. En 1870, Jaffa, que era un puerto muy importante, exportaba gran cantidad de esta variedad de naranjas, más otras mercancías, a través de las redes mundiales e imperiales de distribución. Baba hablaba incluso de Tel Aviv, la ciudad que los judíos levantaron en la arena cerca de Jaffa. El único lugar del que Baba no hablaba bien era del desierto del Néguev, que, decía, por desgracia continuaba siendo un desierto.

El hombre que teníamos delante no se parecía en nada a Kamal, ese tío nuestro que disfrutaba riendo y contándonos sus grandes aventuras. Resultaba penoso verlo en el estado en que se encontraba. Como jefe de la familia, dije lo que habría dicho

Baba.

—Te agradecemos todo lo que has hecho por nosotros. —Vertí agua del pozo en la olla y Abbas la puso a hervir—. Pero tienes diez hijos a los que mantener.

—Quiero ayudar —insistió.

Traté de que mi voz sonara como la de un adulto.

—Te devolverán allá.

El tío Kamal echó un rápido vistazo alrededor y, bajando la voz, preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a tu padre?

—En sus cartas afirma que se encuentra bien. Nos ha contado que uno de los guardias lo oyó cantar. Le han dado un *oud* y ahora toca para ellos.

Cuando el agua comenzó a hervir, Abbas añadió el arroz.

—Sí, estoy seguro de que también debe de ser duro para esos pobres guardias. ¿Cómo estáis vosotros?

—Abbas, lleva a Fadi y a Hani dentro. —Señalé la tienda y Abbas obedeció de inmediato. Formábamos un buen equipo.

—Que Alá tenga misericordia de ti, tío Kamal —dijo Hani antes de entrar en la tienda.

Fadi se quedó mirando al tío Kamal.

—¡Anda!

Abbas lo empujó dentro y luego regresó a mi lado.

—¿Cómo estáis, muchachos? —preguntó el tío Kamal.

—Bien —contestamos Abbas y yo al unísono.

—Esto es muy injusto —susurró—. Temo por vuestro padre. La prisión...

Me llevé un dedo a los labios. ¿Y si, Dios no lo permitiera, mi madre o mis hermanos lo oían?

—Ya hablaremos más tarde —dije.

—Les importan un comino los derechos humanos. —Se inclinó y preguntó en voz baja—: ¿Qué puedo hacer?

—Tienes una familia —insistí.

—También vosotros vivís en una tienda —terció Abbas.

—Nunca pondrán en libertad a vuestro padre. ¿De quién eran esas armas? ¿Las escondieron ellos para apropiarse de esta colina? Tienen torres con francotiradores...

—El tío Kamal sacudió la cabeza.

Retiré el arroz del fuego.

—Hablemos luego, ¿quieres?

—Hacen lo que les da la gana —continuó.

—Por favor, ahora no.

Señalé ostensiblemente en dirección a la tienda con la cabeza.

—Catorce años —dijo.

Mamá salió de la tienda con los trapos mojados que había usado para bajar la fiebre de Nadia, que había pasado muy mala noche. ¿Y si contagiaba a Fadi o a Hani,

o, peor aun, a Abbas o a mí? No podíamos enfermar.

Abbas le alcanzó a mamá un tazón de arroz.

—Dentro de unos minutos empieza el toque de queda.

El tío Kamal miraba el suelo.

—Debe de ser espantoso para vosotros.

Impasible, como si quisiera protegerme de su compasión, contesté:

—Nos arreglamos.

—Entonces, ¿te dijo tu padre lo que le hicieron? —preguntó sin mirarnos.

¿Por qué no entendía que yo no deseaba hablar de eso?

—Tengo que ver a mamá... —dije.

—¿Qué aspecto tenía? —insistió.

Me abrumaron las imágenes de Baba engrillado como un animal. Mi tío Kamal se cubrió la cara con las manos.

—Quiero ayudar. —Sus músculos faciales se tensaron y se echó a temblar—. Por favor, discúlpame. Sinceramente. Estoy muy alterado. Lo siento. —Se le llenaron los ojos de lágrimas. Dio media vuelta y se alejó colina abajo.

—¡Estamos bien! —le grité.

Pero no lo estábamos. ¿Cómo podía hacer yo para comprarle zapatos a Hani? La hebilla de una de sus sandalias, que ya le iban pequeñas, se había roto, y hacía dos semanas que andaba descalzo. Ninguno de nosotros había comido hasta saciarse desde que nos habían destrozado la casa; el hambre nos perseguía constantemente. Había tardes en las que pensaba en introducirme furtivamente en el *moshav* Dan a robar fruta. Pero luego me acordaba del alambre de espino, de los guardias armados, de los golpes. Le estaba fallando a mi familia.

Todas las noches, después de cenar, iba a casa del profesor Mohamed. Y durante un rato conseguía salir de mi purgatorio. El momento que pasaba con el maestro Mohamed era el mejor de mi jornada. Yo sabía en el fondo que el maestro Mohamed tenía la llave que me permitiría cumplir el deseo de Baba.

Cuando estaba con él sentía que yo no soportaba solo el peso de mi responsabilidad, que formábamos un equipo. Cuando estaba con él, veía que existía una posibilidad. Si la condena de Baba había sido una suerte de prueba, yo creía en la ciencia para ayudarlo. Cuando regresaba de casa del maestro, justo antes del toque de queda, seguía estudiando a la luz de la luna y de las luces del *moshav* Dan. Y también le daba clases a Abbas, aunque a menudo se sentía demasiado cansado para estudiar conmigo.

Antes de acostarme, me lavaba detrás de una sábana que había colgado de *Shahida*, el almendro. Había comprado una pequeña tina de latón y durante el día mamá cargaba el agua hasta la colina. Yo era el último en asearme todas las noches.

Sabía que la única manera de mejorar nuestras condiciones de vida era que yo siguiera trabajando de firme.

Se me revolvía el estómago cuando empujaba la carretilla llena de bloques de cemento hasta la base de la casa, dentro de la cual estaba Abbas, clavando las vigas con un martillo. Yo había insistido en que hiciera ese trabajo. Con el calor que hacía, era muy duro trabajar fuera durante el Ramadán. Sin embargo, aunque el sol quemaba, yo tenía escalofríos y sentía la piel húmeda.

Por mucha sed que tuviera, no iba a beber ni un sorbo de agua. Según el imán, si yo ayunaba durante el Ramadán, Alá no solo perdonaría todos mis pecados sino que también respondería a mis ruegos. El sol caía a plomo sobre mi cuerpo, apenas cubierto por mi ropa raída.

No veía la hora de avistar el nuevo cuarto creciente de la luna que marcaría el final de aquel largo mes de ayuno. Pero pronto me arrepentí. Era el mes más sagrado del año. El mes en que el Corán había sido revelado. Durante los veintinueve días transcurridos yo solo había comido una pequeña ración de arroz y un poco de agua al romper el alba, y el resto del día había ayunado. Llevábamos trabajando desde las seis de la mañana y empezaba a oscurecer.

Se me habían reventado las ampollas y tenía la palma de las manos en carne viva. Me sangraban, pero aun así seguía cargando ladrillos. A pesar de la hora, el aire era como fuego. Yo ya no sudaba. Se me nublaba la vista. Este día no parecía acabar nunca. Pero, pasara lo que pasase, yo debía continuar. Me repetía constantemente las palabras del imán: «Si ayunas todo el mes, tus pecados te serán perdonados».

Descargué la carretilla tan pronto como me fue posible y una vez que lo hube hecho apenas me quedó energía para levantar la cabeza. Me pareció que había niebla en el aire, lo cual era imposible.

Súbitamente el iraquí me agarró de la camisa y me dio un coscorrón. Levanté instintivamente los brazos para protegerme la cara y me encogí atontado.

—¡Avee! —gritó el ruso—. Déjalo ya.

—Es muy lento —replicó el iraquí—. Tengo que hacerlo entrar en vereda.

El ruso dio dos pasos hacia el iraquí.

—Déjalo en paz.

—Te lo advierto —dijo el iraquí—, no me deshonres delante del árabe. No volverá a escucharme si no hago entrar en vereda a este y al bastardo de su hermano.

A Dios gracias Abbas estaba lejos de allí.

—La bondad genera lealtad —sentenció el ruso.

El rostro del iraquí adquirió un peligroso tono rojo.

—Déjalos que se tomen el día. —Se le hincharon las venas del cuello—. La casa se hará sola.

Lo último que recuerdo es que vomité a un lado de la carretilla y que todo se volvió negro. Me cayó agua fría en la cabeza. Una cara borrosa me observaba. Era

Abbas.

—Gracias a Dios —dijo con voz entrecortada—. Te desmayaste.

—¿He bebido agua?

—No. ¿Te traigo un poco?

—No, de ninguna manera.

Tiró de mí para ayudar a incorporarme.

—El camión ya está aquí —dijo Abbas.

Despacio, me puse de pie y me quité el polvo del pelo y de la ropa. Abbas me ayudó a caminar. Subimos en el camión con los demás hombres. El olor a sudor me daba náuseas.

Vimos a unos niños que esperaban a la entrada del pueblo. Un camión que venía del *moshav* paró detrás del nuestro y los niños corrieron al encuentro de sus padres, para abrazarlos y besarlos, riendo felices. Miré a Abbas. ¿Era rabia o tristeza lo que veía en su cara?

Mientras subíamos andando hacia la cresta de la colina, de las casas emanaban aromas a cordero asado y estofado con ajo y verduras. Abbas caminaba con la cabeza gacha. Todo el mundo estaba preparando el desayuno de celebración.

—¿Crees que mamá ha preparado una comida especial? —preguntó esperanzado.

Por él rogué que así fuera. Habíamos estado viviendo de pan de almendras, mantequilla de almendras, almendras crudas, almendras tostadas, almendras y arroz y sopa de almendras. El almendro era una bendición. Pero hoy era un día de fiesta. Todos los años, para esta fiesta, nos reuníamos y comíamos *katayif* en honor de Amal. Era su postre preferido. ¿Podríamos hacerlo este año?

—¿Cómo hacía Baba para mantenernos? —preguntó Abbas.

—Vivíamos sobre todo del dinero que él había ahorrado cuando era dueño de los naranjales —respondí—. Y ganaba dos veces más de lo que Yossi nos paga a nosotros dos. No podemos hacer el mismo trabajo que hace un adulto. Y tenemos más gastos. No olvides que todo lo que poseíamos fue destruido.

Tenía más hambre de lo habitual. El estómago se me retorció como si quisiera fagocitarse a sí mismo. Me lo apreté con las manos para mitigar el dolor.

Empecé a calcular el número de almendras que daba nuestro árbol cada año. Pero antes conté el número de ramas que tenía.

—Ichmad —dijo Abbas—. Ve a lavarte.

—¿Y el llamado a la oración del almuédano?

—Te lo perdiste —contestó Abbas—. Ya se ha avistado el cuarto creciente. Anda, tú eres el mayor.

Mamá me alcanzó el cántaro y yo me vertí agua en las manos para lavarme la boca, la cara, los brazos y los pies. Tal vez lo estaba haciendo muy deprisa. El imán decía que era necesario purificarse para la oración. Era muy importante que yo lo hiciera bien. A lo mejor servía para ayudar a Baba. Cuando Nadia terminó de lavarse, fui a lavarme las manos de nuevo.

—¿Qué haces? —preguntó Abbas.

—No me las he lavado bien.

—¡Date prisa! —exclamó Abbas—. Me muero de hambre.

Advertí las profundas ojeras en torno a sus ojos hundidos.

Abbas, Fadi, Hani y yo nos pusimos en hilera, hombro con hombro, fuera de la tienda, mirando a La Meca. Mamá y Nadia detrás de nosotros. Todos muy erguidos, con la cabeza gacha y las manos a los costados.

—*Allahu Akbar*, empezamos. Dios es grande.

Con los ojos cerrados imaginé que estábamos comiendo estofados, verduras salteadas, y las carnes *halal* que solíamos comer para romper el ayuno. Surgieron visiones de fuentes: crujiente *falafel* caliente, *baklava* dulce.

Lo que había era un bol de arroz para cada uno. Después de comer, Abbas y yo nos sentamos en un rincón a leer el Corán a la luz de un farol. Nuestra ropa estaba demasiado gastada como para entrar en la mezquita. En secreto, recé para que los luchadores palestinos por la libertad capturasen a un israelí y Baba saliera libre mediante un intercambio de prisioneros.

Esa noche, en la oscuridad, escuché sollozar a mamá. Debió de creer que yo dormía. Se me retorció el estómago de hambre. Entonces se me ocurrió una idea. Podía fabricar armas para cazar animales.

Como los viernes por la tarde no íbamos a trabajar porque era el día de descanso de los judíos, Abbas y yo salíamos juntos. Nos encaminábamos hacia el poco campo de pastoreo que quedaba en nuestra aldea. Una vez allí, poníamos trampas e intentábamos cazar pajaritos y conejos. Caminábamos con cautela, buscando nidos y zonas de alimentación, y también hoyos con agua. Tuvimos suerte y dimos con una madriguera de conejos.

Nos tumbamos en el suelo, uno a cada lado del agujero, y colocamos encima el lazo que yo había armado con una vara y un pedazo de alambre que había encontrado en el vertedero. Y esperamos a que saliera el conejo.

Desde mi puesto en el suelo atisbé una manada de ovejas que venía hacia nosotros. Las veía a través de la hierba alta. Levantaban polvo con sus patas cortas y sus balidos semejaban la resonancia de un instrumento musical. Avanzaban brincando de lado y dando cabezazos, como jugando.

En medio de ellas apareció una pastora, una muchacha delicada, de rizado pelo azabache que le llegaba hasta la cintura y brillantes ojos verdes. Era tan menudita que me pregunté cómo podía ocuparse sola de toda la manada. Con su cayado pinchaba a las ovejas que se descarriaban. Nuestras miradas se cruzaron. Era lo más hermoso que había visto en mi vida. Le sonreí y ella me correspondió, pero en un abrir y cerrar de ojos desapareció con sus ovejas.

El sábado por la mañana corrí hasta la madriguera del conejo con una lanza, una tabla, palos con la punta ahorquillada y un lazo de alambre. Le dije a Abbas que no era necesario que viniera, que yo podía colocar solo las trampas, pero en realidad

tenía la secreta esperanza de volver a ver a la pastora. Puse los palos a cada lado de la madriguera, tendí el lazo, que quedó colgando a modo de travesaño, y aguardé.

El viento me trajo el sonido de una voz de muchacha que gritaba:

—¡Socorro!

Con mi lanza y el tablón en la mano corrí en esa dirección. La pastora estaba subida a un árbol y un chacal roñoso se le echaba encima. Corrí y me puse delante del árbol agitando los brazos para espantarlo, pero no se amilanó. Entonces vi la espuma que le salía por la boca. El animal avanzaba como en trance. Arremetí contra él y le clavé la lanza en el cuello y con la otra mano le golpeé la cabeza con la tabla. Cayó a tierra presa de convulsiones. Lo aporreé una y otra vez con todas mis fuerzas hasta que dejó de moverse.

Estaba como atontado, asustado, quizá porque me quedé mirándolo sin poder creer lo que había hecho sin vacilar y sin miedo alguno. La pastora bajó del árbol y me arrojó los brazos al cuello. Debió de reparar en lo impropio de aquel gesto, pues me soltó enseguida y dio un paso atrás.

—¿Te ha mordido? —pregunté para romper el extraño silencio.

—No, gracias a ti. —Se sonrojó.

—¿Y a tus ovejas?

—No, que yo sepa. Los chacales siempre huyen. Con este ha sido distinto.

Sonrió y empezó a arrear a las ovejas con su cayado. En pocos segundos había desaparecido.

Me sorprendió oír un crujido en la maleza, detrás de mí. ¿Y si había más chacales? Giré sobre los talones, pero no vi nada. ¡La trampa! Atrapado en mi lazo había un gran conejo blanco. Lo cogí de las orejas y lo llevé a casa. Quizá mi suerte estaba cambiando.

Al día siguiente, los judíos declararon «clausurada» la zona donde yo había encontrado a la pastora y prohibieron pasar. La noticia de que yo había matado al chacal rabioso circuló por toda la aldea. A mi paso, los aldeanos me felicitaban con la mirada. Abbas me pidió varias veces que le repitiera los pormenores de la historia. Mis hermanos me consideraban un héroe, pero yo me sentía vacío. No creía que matar tuviera nada de heroico. El animal estaba enfermo y yo lo había hecho en defensa propia y para sobrevivir, pero no me sentía orgulloso por ello. A la única persona a quien confié mis sentimientos fue a Baba. Me escribió a vuelta de correo diciéndome que él se habría sentido igual.

El camión plataforma se paró delante de nuestra obra para entregar unos árboles.

—¿Adónde vais vosotros dos? —preguntó el yemení.

—A comprar un árbol —dije.

Abbas sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—¿Del Fondo Nacional Judío? —preguntó el yemení con suspicacia.

El camionero me mostró los árboles que traía ese día: cipreses, pinos, almendros, higueras, algarrobos y olivos. Abbas se quedó detrás de mí, a un metro de distancia.

—Me llevo aquel. —Señalé un olivo.

El hombre se rascó la ceja. Pagué con mi jornal el arbolillo y un poco de abono mineral.

—¿Estás loco? —Abbas tenía gesto tenso.

—Lo plantaremos en honor de Baba.

—¿Un árbol del Fondo Nacional Judío? Nos han robado nuestra tierra e impedido explotarla. Ellos no necesitan nuestro dinero. Controlan más del noventa por ciento de la tierra.

Me encogí de hombros.

—Si no es aquí, ¿dónde podría comprarlo?

Esa tarde, al regresar del trabajo, Abbas y yo reunimos a la familia alrededor del almendro y les enseñé el pequeño olivo.

—Cada año plantaremos un olivo en honor de Baba, hasta que salga en libertad —anuncié.

Con las mismas palas que yo le había prestado a Ali y luego había usado para enterrar a Sara, Abbas y yo cavamos un hoyo lo bastante grande para el arbolillo y lo plantamos. Luego le echamos alrededor el abono que mamá había preparado con estiércol de burro bien fermentado. Por último, mamá esparció el abono mineral.

Mamá y mis hermanos se sentaron en torno al árbol y yo leí en voz alta la parte de la carta en la que Baba se refería al olivo:

«Tu idea de plantar un olivo en mi honor me llenó los ojos de lágrimas. No me importa si compras el árbol en el Fondo Nacional Judío. Rezo por nuestro pueblo y por los israelíes judíos, para que un día sean capaces de trabajar juntos y de construir el país en vez de destruirlo».

Dejé la carta. Mis ojos encontraron los de Fadi.

—Estáis locos, los dos.

Quiso levantarse, pero mamá lo contuvo.

—Piensa en lo que más te gusta recordar de Baba —dije.

—Nadie podía construir cosas como Baba —dijo Abbas—. ¿Te acuerdas del carro?

Abbas y yo habíamos ayudado a Baba a fabricarlo con madera. Yo tuve la idea de hacer las ruedas con latas. Cuando nos llevaba en aquel carro por el centro del pueblo, todos nos miraban.

—¿Y el lanzacohetes? —intervino Fadi.

Baba había hecho la plataforma con pedazos de caños y una botella de agua vacía. El cohete alcanzó las ramas altas del almendro.

—¿Y la comba? —recordó Nadia.

Baba había recogido trozos de cuerdas que había encontrado en el sitio donde trabajaba.

—No olvidéis los arcos y las flechas —dijo Abbas—. Y la diana de cartón.

Baba, Abbas y yo habíamos arrancado ramas del almendro para hacer las flechas. Fabricamos el blanco pintando un punto negro con círculos alrededor y lo colgamos del árbol. Abbas y yo estuvimos horas tratando de darle a ese punto.

—Nada como el tablero de backgammon —dije—. Recordad las piedras que pintó para usarlas como piezas.

Baba había jugado conmigo horas y horas, hasta que me convertí en un jugador imbatible.

—Vayamos al cementerio, a la tumba del abuelo —propuse.

Todos los viernes, al salir de la mezquita, Baba iba al cementerio a regar las flores que había plantado en la tumba de su padre. Cuando lo llevaron a la cárcel, me ocupaba yo de regarlas.

—Entonces vayamos a la mezquita —dijo mamá—. Tu padre iba todos los viernes.

Pensé que eso era importante para mamá.

En la mezquita, Abbas, Fadi, Hani y yo nos ubicamos sobre las alfombras que cubrían el suelo de baldosa esmaltada. Mamá y Nadia se quedaron atrás, con las mujeres. Nuestro tío Kamal estaba allí en compañía de sus hijos. Me entristeció percibir que todos nos tenían lástima. Miré el *mihrab* orientado hacia La Meca. Recordé que Baba me había mostrado el lugar donde Mehmet Pachá, que fuera gobernador durante el reinado de los otomanos, había inscrito su nombre y la fecha de 1663. Abbas tenía las mejillas humedecidas por las lágrimas. Era muy doloroso mirar a los padres con sus hijos, ver al tío Kamal y saber que Baba estaba preso y Sara y Amal muertas.

Nos sentamos en las esteras para orar, y el imán, desde el *minbar* de mármol blanco, comenzó a pronunciar un sermón sobre la importancia de la relación padre-hijo, sobre cómo los niños eran pequeños por muy poco tiempo y, por lo tanto, los padres debían tomarse el tiempo necesario para disfrutar de sus hijos. Cuando vi en el rincón al barbero acompañado de su hijo me dije que Baba también regresaría. Los adoquines de piedra caliza y la bóveda de crucería de la mezquita, que siempre había

contemplado con asombro y admiración, ahora me deprimían. Por mi culpa Baba no podía gozar de su belleza con nosotros.

De regreso a la tienda pasamos por la base cuadrada de ladrillos de barro de lo que otrora había sido nuestro hogar. Recordaba cada uno de los retratos que Baba había dibujado, especialmente el de Baba conmigo en brazos el día que nací. Parecía el hombre más feliz de la Tierra. Si él hubiera sabido entonces el sufrimiento que todos padecerían por mi culpa...

Nos sentamos en torno al fuego y les conté a mis hermanos acerca de los naranjales de Baba y lo caritativo que era con los aldeanos, y que acudía a sus casas a tocar música cada vez que tenían algo que celebrar.

Quería que mis hermanos supieran quién era su padre, que supieran cómo era, que no lo olvidaran. Para Abbas y para mí era más fácil —habíamos pasado más tiempo con él—, pero Hani era muy pequeño.

Transcurrió el tiempo, lejos quedaron los días en que éramos una familia feliz y completa. Cuando la lluvia invernal descargó sobre nuestra tienda, cerré los ojos y pensé en la boda de mi primo Ibrahim. Recordé a Baba comiendo *baklava* dulce y bailando *dabke* con los demás hombres. Pensé en todas las bodas en que Baba había tocado el *oud* y en cuán bonito sería que pudiera tocar para mí una de sus alegres melodías. A Baba le encantaba la lluvia. «Es buena para la tierra —decía—. Los árboles la necesitan». Cinco años después de que hubiéramos perdido nuestra tierra todavía se alegraba cada vez que llovía.

Ahora el agua entraba en la tienda, que estaba húmeda y fría. El suelo de tierra era barro. Me imaginé que habíamos regresado a casa y escuchábamos el tamborileo de la lluvia sobre el tejado, bien tapados con nuestras mantas de piel de cabra, pero el frío seguía calándome los huesos.

—¿No os bañáis? —nos preguntó el iraquí a Abbas y a mí.

—Está sucio —contesté mirándome el pantalón.

Aunque mamá y Nadia nos lavaran la ropa cada día en la tabla de lavar, las manchas no se iban.

—Tenéis los pies embarrados —dijo el yemení—. ¿Qué usáis?

Metimos los pies debajo y escondimos los zapatos que mamá nos había hecho con una goma usada.

Esa noche, Abbas y yo llevamos a casa una de esas cajas grandes de cartón probablemente de embalaje de las neveras de los judíos y la cubrimos con un plástico. Mamá durmió en ella, fuera, y cuando despertó estaba seca. Y llevamos una todos los días hasta que cada uno de los miembros de mi familia tuvo la suya.

Cada vez que Abbas y yo llevábamos a casa la basura de los judíos, teníamos que aguantar sus comentarios y sus burlas. No sabía cuánto tiempo más iba a soportarlo Abbas sin reaccionar.

El frío de enero me penetraba en los huesos. Mamá me había tejido un jersey, pero lo tenía siempre empapado a causa de la lluvia incesante. Abbas y yo estábamos doblando y amarrando la última varilla corrugada antes de que echaran el hormigón del quinto piso de un edificio de apartamentos. Afortunadamente, el encofrado de hormigón del piso de arriba nos protegía del diluvio que estaba cayendo.

—¿Abbas?

Observé a mi hermano: le castañeteaban los dientes y le temblaban los dedos. Si pudiera proporcionarle una chaqueta adecuada...

—Pide la hormigonera —dije. Yo quería acabar de preparar el piso.

Me miró, dio media vuelta y se alejó hacia los andamios. Caminaba encogido, como si quisiera preservar el calor de su cuerpo achicándose. Cuando llegó, le hizo una seña a la grúa para que trajera la hormigonera.

—¡Hijo de perra! —gritó el iraquí. Apretó con tanta fuerza la paleta que tenía en la mano que su puño se tornó blanco. Un rato antes me había escupido en un pie. Su flema era tibia y pegajosa. Cuando me agaché para limpiarme, dijo:

—Se te acabó el tiempo.

Yossi nos explicó a Abbas y a mí que ese día se cumplía el primer aniversario de la muerte del hijo del iraquí, por lo que era mejor que no le hiciéramos caso pues no estaba en sus cabales.

Oí el ruido que hizo la paleta al caerse, me volví y vi al iraquí abalanzarse sobre Abbas. Me precipité por el encofrado, pero demasiado tarde. El iraquí empujó a Abbas y lo hizo caer del andamio. Cayó de espaldas y sus brazos y piernas se agitaron. Reverberó un grito visceral y después un ruido sordo, espantoso.

—¡Abbas!

En segundos llegué a la planta baja y corrí hasta él, que estaba tendido en el barro. Le salía sangre por debajo de la cabeza y la lluvia le caía encima.

—¡Abbas! —Me agaché a examinar su cabeza, aterrado—. ¡Levántate!

Yossi le alzó el brazo, inerte. Lo aparté de un empujón.

—Déjalo.

Las lágrimas se mezclaron con la lluvia mientras yo inmovilizaba a mi jefe en el suelo.

Yossi no se defendió.

—Su pulso —dijo.

Los demás me apartaron y me sujetaron. Era mi hermanito. Mi mejor amigo. Mi responsabilidad. Mi fracaso, si había muerto. La lluvia me nubló la vista.

Yossi cogió la muñeca de Abbas y le tomó el pulso.

—Está vivo.

Los israelíes se pusieron en acción.

—¡Un tablón! Yo lo llevaré. No hay tiempo para una ambulancia.

—¡Fuerza, Abbas, fuerza! —gritaba yo una y otra vez, pero no reaccionaba—. Te pondrás bien, Abbas —lo animé.

Los obreros me soltaron.

El lituano y el ruso colocaron el tablón en el suelo, junto a Abbas, y lo deslizaron por debajo de su cuerpo, lo alzaron y lo metieron en la parte trasera de la camioneta de Yossi. Subí de un salto y me senté a su lado cubriendo con mi cuerpo su cabeza para protegerlo de la lluvia, agarrándome fuerte del lateral de la camioneta para no caerme mientras Yossi volaba por los caminos de tierra y luego por las calles pavimentadas a toda velocidad. La secuencia de lo que acababa de ocurrir pasaba una y otra vez por mi mente. Me habría quemado vivo si con eso hubiera podido evitarlo.

Yossi hacía volar la camioneta, pero el viaje me parecía interminable. Mi cuerpo se bamboleaba hacia atrás y adelante como si fuera parte del vehículo. Dejamos atrás las grúas, los edificios a medio acabar y las casas nuevas. Cerca de estas se hallaban las viejas, construidas con ladrillos de barro y piedra del lugar. Yo seguía protegiendo a Abbas con mi cuerpo, pero, a pesar de mis esfuerzos, estaba empapado.

—Estoy aquí. No permitiré que nada malo te suceda.

Llegamos al servicio de urgencias. Yossi entró corriendo y volvió a salir con varias personas vestidas de azul que empujaban una camilla, donde colocaron a Abbas para ingresarlo a toda prisa. Permanecí a su lado hasta que desaparecieron tras las puertas de vaivén. Quise entrar, pero una enfermera me detuvo.

—Necesitamos algunos datos.

—Ya voy, Abbas —dije—. Por favor —me volví hacia la enfermera—. Mi hermano tiene apenas doce años.

—Déjelo pasar —intervino Yossi—. Su hermano lo necesita.

La enfermera se obstinó en preguntarme por la historia clínica de Abbas y el seguro.

—¿Es alérgico a algo? ¿Le han dado anestesia alguna vez?

Eché a correr por los pasillos hasta que lo vi.

—¿Adónde lo llevan? —pregunté al hombre con cara de luna que empujaba la camilla.

—Cirugía. —Cara de Luna no se detuvo—. A su izquierda encontrará la sala de espera. Traiga a sus padres. Cuando termine la operación el médico saldrá a hablar con ellos.

Cogí la mano de Abbas y la apreté.

—No puedo dejarlo solo.

—No está permitido —dijo—. Vaya en busca de sus padres.

Una enfermera surgió de no sé dónde.

—Venga, siéntese. Están haciendo todo lo posible. Deje que lo atiendan.

Apreté la mano débil de Abbas y susurré:

—Fuerza, Abbas. Fuerza.

Lo ingresaron en el quirófano.

La enfermera me condujo a una sala de espera donde había gente sentada en sillas de plástico. Una pareja joven lloraba en un rincón. La mujer apoyaba su rostro contra el pecho del hombre, que trataba de acallar su llanto. Una mujer con la cara llena de arrugas y la espalda encorvada no se movía de la puerta; estaba con la boca abierta, como en trance. Un hombre de rostro impasible y con los hombros caídos se paseaba de un lado a otro de la sala, nervioso. Los niños, aburridos, se empujaban unos a otros. Encontré una silla vacía en un rincón. Yossi se sentó a mi lado.

—No tienes que quedarte —dije, algo avergonzado por haberlo agredido.

—Quiero saber cómo está. Lo siento muchísimo. —Sacudió la cabeza—. Avee no era el mismo de siempre hoy.

—¿Quién?

—El israelí de Irak.

—Mi hermano no mató a su hijo.

—No trato de justificar lo que ha hecho. Avee es prisionero de su propio odio. —Alzó las cejas—. La gente tiene que aprender.

Yo pensaba darle una lección que jamás olvidaría. Le iba a hacer el mismo daño que él había hecho a mi hermano. Apreté los puños y me lo imaginé sufriendo por lo que había hecho. Luego vi al hombre que caminaba impaciente por la sala y pensé en Baba, encadenado como un animal. Pensé en mamá y en mis hermanos y en Nadia, la única hermana que me quedaba, solos mientras yo me pudría en la cárcel. Pensé en la promesa que le había hecho a Baba. No, me dije. No podía defraudar a mi familia. Debía sobreponerme.

—¿**D**ónde están tus padres? —preguntó el médico cuando al fin salió del quirófano.

—No han podido venir —contesté—. Yo los represento.

Abrió la boca para decir algo, pero pareció arrepentirse y preguntó:

—¿Puedo llamarlos por teléfono?

—No; por favor, dígame cómo está —dije sin disimular mi preocupación.

El médico era un hombre alto, de piel blanca. Hablaba como el ruso. Una mascarilla de papel colgaba de su oreja izquierda.

—De acuerdo, soy el doctor Cohen. En este momento, tu hermano se encuentra en estado de coma. Hay que esperar y ver si recupera la conciencia.

—¿Sí?

—Cuanto más se prolongue el coma, menos posibilidades habrá. He juntado dos vértebras rotas con las sanas y le he extirpado el bazo, que se había roto. La hemorragia interna era importante, pero creo que la hemos detenido. Puedes pasar a verlo. Está en la sala de recuperación.

El médico señaló la dirección.

Abbas estaba en la tercera cama contando desde la puerta. En la primera vi a un niño parecido a Hani envuelto en gasa blanca. Había una mujer con velo sentada junto a su cama. La segunda la ocupaba un chico de la edad de Abbas; en vez de piernas tenía muñones vendados. Un hombre y una mujer con velo estaban sentados a su lado. Debía de ser el pabellón de los árabes.

Abbas parecía más pequeño en aquella cama hospitalaria. Había monitores y tubos por todos lados. Me puse de puntillas y me incliné sobre los barrotes que había a los lados de su cama para decirle al oído:

—Aquí estoy, Abbas, a tu lado.

Le tomé la mano que tenía una cánula pegada con cinta adhesiva. Estaba fría. Con cuidado de no tocar los tubos, subí la manta para taparle los hombros. Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Si hubiera podido correr más deprisa, si hubiera llegado antes, si hubiera ido yo mismo a pedir la hormigonera...

Su piel oscura contrastaba con las sábanas blancas.

—¿Mejor así? —pregunté, con la esperanza de que pudiera oírme y supiera que yo estaba allí. Reprimí un impulso de sacudirlo suavemente para tratar de despertarlo.

Se me agolpaban los recuerdos. El de mi primer día de clase, cuando Abbas se aferró a mi pierna y no quería soltarme. Baba tuvo que suplicarle: «No te aflijas, pronto irás tú también al colegio», le había dicho.

Me acordé del día en que Abbas y yo nos habíamos subido al almendro para observar a los israelíes de la granja *moshav*. El motor del tractor rugía a medida que abría surcos perfectos en el campo. El arado removía la tierra negra y fértil. Después

de las primeras lluvias los vimos sembrar la tierra. Con mi telescopio observamos la aparición de los primeros brotes que luego se transformaron en calabazas, judías, berenjenas. Las cosecharon en julio. Vestidos con unas camisetas sin mangas de brillantes colores, trabajaban desde el alba hasta la puesta del sol. Lo que más nos dolía era verlos recolectar nuestras naranjas Shamouti. Eran nuestras preferidas, de piel gruesa, sin semillas y muy jugosas. Cuando el viento soplaba con fuerza, en primavera llegaba hasta nosotros el aroma de sus flores, y en verano el de sus frutos.

Pensé en Abbas cuando se había puesto a saltar, sonriente y formando con los dedos la «V» de la victoria, la primera vez que jugué al backgammon en la sala de té y gané. Baba había sonreído orgulloso. Baba. ¿Cómo haría para contarle esto? No, no se lo contaría. Al menos hasta que supiéramos cómo evolucionaría mi hermano. Baba no podía hacer nada. ¿Cómo se lo diría a mamá?

Acerqué mi silla lo más que pude a la cama y me apoyé contra los fríos barrotes para que me sintiera respirar.

—Abbas, ya sé que es muy agradable descansar aquí, calentito y seco. Has estado trabajando mucho. Pero ya es hora de volver a casa. Por favor, Abbas, abre los ojos. Mamá nos está esperando. —Le apreté el dedo y le soplé en la cara. Nada—. ¿Me oyes? Estás dormido. Las cosas son difíciles por el momento, pero ya verás que todo se arreglará. Muy pronto también Fadi podrá trabajar.

Abrí la bolsa que me había entregado la enfermera y que contenía las sandalias de Abbas y su ropa manchada de sangre. Saqué la sandalia del pie izquierdo, descubrí su pie izquierdo, se la puse y la sujeté. Observé que la mujer del velo me miraba. Hice lo mismo con el otro pie. Quería estar seguro de que pudiera levantarse y marcharse cuando despertara.

Yossi entró en la habitación. Su presencia me disgustó. Quería estar a solas con mi hermano.

—Nos has dado un buen susto —le dijo a mi hermano.

¿Y si la presencia de Yossi asustaba a Abbas?

—Salgamos al vestíbulo —dije—. No quiero que nos oiga.

Caminamos juntos hasta el pasillo.

—Deja que te lleve a tu casa —dijo—. Tus padres estarán preocupados.

Me apoyé contra la pared.

—Debo quedarme —dije—. Si despierta y se ve solo, se asustará.

—Hoy no despertará. Te traeré por la mañana, en cuanto termine el toque de queda.

—No, no puedo abandonarlo.

—Tus padres se preocuparán.

—Dame un momento.

Regresé a la habitación y me senté en la silla, junto a la cama de Abbas.

—¿Te acuerdas de cuando Mohamed y yo queríamos ir a la plaza y tú insistías en venir con nosotros? —le susurré en el oído—. Escondí tus zapatos para que mamá no

me obligara a llevarte. —Cerré los ojos—. ¿Y te acuerdas de la peonza roja que Baba había hecho para ti? No podías encontrarla en ninguna parte. Yo la robé. —Abrí los ojos y miré su pecho, que subía y bajaba—. ¿Y cuando luchabas con tus problemas de matemáticas? Tendría que haber encontrado tiempo para explicarte cómo resolverlos en vez de solucionarlos en tu lugar. Lo siento. Pero estos errores son poca cosa en comparación con otros que he cometido.

Las palabras se atropellaban en mi garganta. No sabía cómo decirlo.

—Tú estás en un hospital y no en el colegio por mi culpa. Si no me hubiera levantado de la cama esa noche, ahora estarías subido al almendro espiando a los judíos o tirando al blanco con el arco y las flechas.

Abbas, que siempre se movía, ahora estaba completamente quieto. ¿Y si no volvía a levantarse?

—Yo no quería que te sucediera esto. Créeme. Con gusto ocuparía tu lugar. Ojalá pudiéramos volver a la época en que jugábamos a las carreras con los cochecitos de juguete que Baba nos fabricaba. Si te mueres o no despiertas, nunca nos recuperaremos. Moriremos todos contigo.

Me incliné sobre los barrotes y lo besé en ambas mejillas.

—Vendré mañana a primera hora.

Apreté su mano izquierda mientras lo observaba: la cicatriz en la ceja de cuando lo hice tropezar en el escalón de la escuela. No podía llevarlo conmigo a casa y no podía dejarlo solo. ¿Qué hacer? No tenía elección.

Salí al pasillo. Yossi me esperaba en la puerta.

—Obtendré permisos para ti y tus padres —me dijo.

—Solo somos mi madre y yo.

Yossi se dirigió a su camioneta y yo lo seguí por detrás, volviéndome para mirar la puerta de la habitación de Abbas.

La lluvia caía con fuerza mientras yo ascendía penosamente a causa del barro y mis desvelos. El sendero succionaba mis sandalias poniendo a prueba las correas cada vez que daba un paso. Cuando llegué a la tienda, vi la sábana colgada del almendro: Fadi se estaba duchando con el agua de la lluvia. Asomé la cabeza al interior de la tienda.

—¿Dónde estabais? —Mamá estaba muy nerviosa—. ¿Y el arroz?

Me había pedido que comprara arroz con mi paga. Me senté y miré hacia fuera, me quité las sandalias y extendí los pies para que se lavaran con la lluvia. Una vez que estuvieron limpios, me agaché para entrar y me senté frente a ella.

—¿Dónde está Abbas? —Mamá era muy habilidosa tejiendo sombreros—. He terminado el suyo. Ahora estoy haciendo el tuyo. —Alzó el sombrero de Abbas—. Os abrigará las orejas en el trabajo.

En el rincón, Nadia le daba de comer arroz a Hani.

—¿Se está duchando? —preguntó mamá.

Nuestros ojos se encontraron.

Interrumpió su labor.

—¿Ha ocurrido algo?

Bajé la mirada.

—Por favor, Ichmad, dímelo.

Nadia se volvió.

—Hubo un accidente en el trabajo.

Me agarró de los brazos.

—Dímelo todo.

—Se cayó. —Me costaba decirlo—. Del andamio.

Ella tragó saliva.

—¿Está muerto?

Pensé en Abbas tendido en el suelo con un charco de sangre debajo de su cabeza.

Las manos de mamá me apretaban los brazos. No había palabras para expresar mi pesar. Sencillamente, no tenía que haber ocurrido.

—Está en coma —murmuré mirándome las manos—. Sigue vivo, solo que no están seguros de que vaya a despertar.

La miré.

Se llevó las manos a la cabeza. Abrió la boca como si fuera a gritar, pero no emitió ningún sonido. Finalmente, dijo:

—Voy a verlo.

—Mi jefe nos llevará mañana.

—Se pondrá mejor si voy —afirmó convencida. Como si fuera a ser verdad por el solo hecho de decirlo.

—Los médicos no están seguros.

—Tu hermano sorprenderá a todos. Tú debes trabajar.

—Tengo que estar a su lado.

Mi madre había pasado del miedo y el terror a la convicción más absoluta.

—No podemos vivir si tú no trabajas. Y ahora tendremos las facturas de Abbas.

—No puedes ir sola con Yossi.

—Iré con Um Sayyid. Su esposo también está en coma. Su hijo la lleva cada día.

Y retomó su tejido.

El mundo debería haberse detenido, pero seguía girando.

En cuanto acabó el toque de queda, acompañé a mamá andando hasta la tienda de Um Sayyid. Estaba sentada en la trasera de un carro tirado por un burro, delante de la tienda, mientras su hijo Sayyid iba sentado delante y cogía las riendas.

—¡Um Sayyid! —agité mis brazos.

Ella se volvió.

—¿Cómo estás? —le preguntó a mamá.

—Abbas está en el hospital. ¿Puedo ir con vosotros?

—Mi carro es tuyo —contestó.

Ayudé a mamá a subir al carro y sentarse al lado de Um Sayyid. Iban las dos mirando hacia atrás con las piernas colgando.

Yossi me estaba esperando a la entrada de la aldea.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó.

—Ha ido a ver a Abbas.

Yossi me entregó el permiso para que mamá pudiera ir al hospital. Le hice señas a Sayyid para que parara el carro y le di el permiso a mamá.

Ese día el iraquí no estaba. Al verme llegar, el ruso salió a mi encuentro.

—¿Cómo se encuentra Abbas?

—Está en coma.

Bajé la cabeza y corrí a la pila de bloques. Llené una carretilla tras otra con bloques de cemento y los coloqué en el contenedor para que la grúa los izara al quinto piso. La lluvia había lavado la sangre de Abbas.

A la hora del almuerzo, comí solo mi pita con almendras. Me puse a calcular cuánto pesaba la casa que habíamos edificado el mes anterior. El peso de la casa era un buen indicador de la energía empleada en su construcción. Tendría que analizar los materiales de construcción pesados y de alto consumo energético.

Sabía que el cemento era una forma procesada de piedra caliza y de ceniza. Para hacer hormigón, la piedra caliza debía calentarse mediante un horno de combustible fósil, que liberaba CO₂. Por cada 1000 kg de cemento producido, se emitían 900 kg de CO₂.

El acero, que empleábamos para muchas cosas, entre ellas las varillas destinadas a reforzar la base de hormigón a fin de sostener las vigas de los pisos y los tejados, se producía a partir de mena de hierro. Para producir una tonelada de acero usando

solamente mena se necesitaban 3000 kWh de energía. Analicé después el resto de los materiales pesados de construcción. Según mis cálculos, la casa pesaba cien toneladas.

Volví a coger la carretilla antes de que acabara la hora del almuerzo. Trabajé más que nunca en toda mi vida. Por Abbas y Baba, y por mí mismo, desplazaba los bloques de cemento, mezclaba el mortero, levantaba las vigas. Calculaba cuántos bloques necesitaríamos para construir el resto del edificio, el número de bloques para cada sector y cuánto cemento me haría falta para hacer una casita para mi familia. En esa casa había un cuarto para cada niño, fregaderos nuevos, bañeras blancas, agua corriente y electricidad.

Me dolía la espalda y era como si me arrastrara por aguas profundas. Cada uno de mis movimientos demandaba más energía que antes de que a mi hermano pequeño lo hubiesen quebrado como a una rama. Sin embargo, tenía las orejas abrigadas, porque mamá me había dado el sombrero de Abbas.

Cuando regresé a la tienda, mamá me estaba esperando.

—Tiene que bajar la inflamación —me explicó—. Podría quedar paralítico, si es que llega a despertar.

Nadia me miraba con ojos tristes mientras acunaba a Hani.

Salí y me subí a *Shahida*, mi almendro. Estaba desesperado por hablar con alguien. Le dije: «Haré cualquier cosa. Te daré mis ojos, mis brazos, mis piernas, si haces que Abbas se ponga bien».

Suplicaba al almendro como si el árbol tuviera el poder de sanarlo: «Trabajaré más que nadie. Daré un sentido a mi vida». Se levantó viento y agitó sus hojas. «Por favor, no permitas que muera. Abbas es muy bueno. No se toma un solo descanso en el trabajo. Tendría que haber ido al colegio. Lo mandé a buscar la hormigonera porque yo podía unir más deprisa las barras de acero. Él no era tan rápido como yo. Lo siento. Perdóname. Debí haber ido yo».

Me quedé despierto toda la noche calculando distancias, pesos, cualquier cosa. Yossi, al menos, había obtenido un permiso para que mamá fuera al hospital a ver a Abbas hasta que le dieran el alta.

El día se confundía con la noche. Trabajé mentalmente en problemas lógicos de matemáticas, elaboré formas de hacer una batería termoeléctrica, un motor eléctrico, una radio inalámbrica. Calculé la velocidad de un misil disparado desde un avión, la fuerza de una bala disparada con una ametralladora.

Mamá rezaba toda la noche.

Al tercer día de hospital, mamá regresó a casa sonriente.

—Abbas despertó.

Nunca dos palabras trajeron tanta dicha.

—Sus ojos pestañearon y me miró. Consigue materiales para hacer otra tienda; Abbas necesitará estar solo conmigo.

Salí disparado a la plaza del pueblo.

Una semana después, mamá trajo a Abbas a casa. Fadi, Hani y yo los esperábamos al pie de la colina. Abbas venía tumbado en un carro con mamá y Um Sayyid a cada lado. Me di cuenta de que el hecho de que hubiese despertado no significaba que estuviera bien.

No fue una buena idea traerlo a casa. En nuestra aldea no había médicos ni enfermeras. En un caso de urgencia, necesitaríamos permiso de los militares para llevarlo al hospital. Y aun cuando tuviéramos la suerte de obtener ese permiso, posiblemente no lograríamos pasar los retenes. Pero ¿qué opción teníamos? No podíamos pagar el hospital por más tiempo.

—Llegamos —dijo mamá.

Abbas abrió los ojos.

De un salto me subí al carro, me agaché y lo besé en las mejillas y la frente.

—Gracias a Dios —dije.

—El dolor de espalda me está matando. —Abbas entornó los ojos. Hablaba lenta y entrecortadamente.

Al oír su voz me llevé una mano a la boca.

—Que Alá mejore tu salud y acelere tu recuperación —dijo Hani.

Fadi apretó la mandíbula. Fadi, Hani y yo pasamos a Abbas al tablón que los aldeanos usaban para transportar los muertos a sus tumbas. Gimió de dolor cuando lo cargamos a hombros, subimos con él la colina y lo acomodamos en su nueva tienda. Mamá se arrodilló a su lado.

Abbas era incapaz de moverse o de hacer algo con su cuerpo. Mamá se ocupaba de él como si fuera un recién nacido. Lo bañaba con una esponja y le daba de comer arroz con la cuchara. Disponíamos de menos dinero que nunca. Yo tenía hambre todo el tiempo. Fadi, de diez años ya, abandonó el colegio para ayudarme a trabajar. Por la noche, cuando volvía de casa del maestro Mohamed, intentaba darle clases a Fadi, pero el niño estaba agotado y Abbas muy enfermo.

Todos los días mamá movía los miembros de Abbas para colocarlo en distintas posiciones. Lo sentaba y le daba piedras para que las levantara. Entre ella y yo, cada uno a un costado de Abbas, lo poníamos en pie. Al principio lo sosteníamos. Después, mientras mamá le colocaba un pie delante del otro, él se apoyaba con todo su peso en nosotros. Al cabo de unas semanas empezó a caminar. Se quejaba de que le dolía mucho, pero mamá era implacable. Al principio, apenas podía dar unos pasos, pero cada día mamá insistía para que diera otro, y otro. Se le habían formado unas ojeras oscuras que no desaparecían. Le temblaban las manos. Pero estaba mejorando.

Aun así yo no podía dormir, pues lo escuchaba gemir y gritar de dolor.

Me eché agua en la cara para quitarme el polvo de cemento de los ojos.

—El *moshav* está construyendo un matadero —dijo mamá.

Me volví y observé los mechones de pelo gris que antes habían sido negros.

—¿Dónde?

—En la zona donde solías cazar conejos.

—Pero si el *moshav* está en el sur —dije, secándome las manos—, ¿por qué edificar en el norte?

Mamá se encogió de hombros.

—También nos están quitando tierras al este. Necesitan más pastos para cierta raza de ganado. Busca trabajo allí.

—Nos roban la tierra y encima los ayudamos —gritó Abbas desde su tienda.

Fadi y yo encontramos empleo en el matadero en construcción. Yo tenía dieciséis años y Fadi doce. Aunque el matadero estaba edificado en un terreno que pertenecía a nuestra aldea, nos cercaron con una alambrada de púas, lo cual nos obligaba a ir a la única puerta que había, que era también la única salida, y aguardar allí con los demás obreros a que los guardias nos permitieran salir. De semana en semana aumentaba el número de habitantes de la aldea que pedían empleo a los israelíes. Con la tierra que nos habían dejado dentro de la cerca no podíamos labrar, no era suficiente y además estaba agotada.

El matadero y su complejo de factorías, cuyas paredes eran de hormigón, estuvo terminado y en funcionamiento al cabo de un año. Nos ofrecían los trabajos que los judíos no querían y nosotros estábamos contentos de tener trabajo.

Mientras esperábamos a que nos escoltaran a nuestros puestos de trabajo, yo escuchaba el ganado. Sus constantes mugidos se oían en todo el pueblo. Aquel ruido era tan fuerte que muchas veces mamá no oía el llamado a la oración del almuédano. Yo observaba a los israelíes montando a caballo, al galope por el corredor entre dos corrales, esgrimiendo sus largos látigos, que no dudaban en chasquear mientras conducían a los animales a la muerte.

Yo esperaba a que ellos sacrificaran la primera vaca para poder comenzar mi labor. Obligaban a cada una de las vacas a entrar sola en un pequeño corral. Tres israelíes amarraban una soga alrededor de las patas del animal y a golpes lo tumbaban en el suelo. Entonces venía un hombre y la ponía patas arriba, mientras los demás, incluido el que inmovilizaba su cabeza con una barra de metal afilada, la sujetaban. Otro le pasaba una cadena alrededor de una pata trasera. El matarife kosher, el *shojet*, entraba y rezaba una oración y a continuación cortaba la yugular y la carótida de la vaca.

Después que el *shojet* degollaba la res, la izaban por la pata encadenada para que se desangrara. La vaca así colgada se debatía bramando varios minutos mientras la

sangre brotaba a chorros. Mi trabajo consistía en empujar la sangre con una pala para que se fuera por unos agujeros que había en el suelo y cayera directamente en los tanques que había justo debajo. Al final del día, a pesar del drenaje, yo estaba manchado de sangre de pies a cabeza.

Mientras trabajaba, observaba cómo los jefes decapitaban a la res: siempre con tres golpes. Los demás la desollaban y luego enrollaban la piel y se la llevaban. Esos eran los buenos trabajos. Trabajos para israelíes.

Nuestros aldeanos arrastraban la carne para colgarla en las cámaras frigoríficas. La sangre y las entrañas de las reses, que yo ayudaba a echar por los agujeros, iban a parar a las secciones de encurtido, enlatado y embalaje, donde trabajaban los niños como Fadi, que tenían dedos pequeños. Había también un edificio al que llegaba, por una canalización, la grasa, que luego era transformada en jabón de sebo. Las cabezas y las pezuñas se transformaban en pegamento y los huesos en fertilizante. Nada se desperdiciaba.

Las reses chillaban, pateaban y se debatían. Ahora entendía por qué Baba y Albert Einstein eran vegetarianos. Tras nuestra experiencia en el matadero, en mi familia nadie nunca volvió a comer carne.

El *moshav* Dan tenía una buena razón para no querer el matadero justo al lado. En verano, el lugar se impregnaba de sangre humeante y un olor hediondo y penetrante. En invierno, la sangre y las tripas me congelaban las manos y los pies. Iba a trabajar tiritando y de regreso me castañeteaban los dientes. Hora tras hora, día tras día, caminaba con los pies metidos en las tripas de las reses de seis de la mañana a cinco de la tarde, con una pausa de treinta minutos para almorzar.

De las chimeneas del matadero y de las factorías adyacentes salía un humo negro, aceitoso y espeso que cubría nuestra aldea. Como no teníamos alcantarillado, la suciedad, la grasa y los productos químicos que vertía el matadero penetraban en la tierra. Brotaban a la superficie las burbujas de ácido carbónico y la grasa y la bosta endurecían la tierra. Cada tanto la tierra se incendiaba y todo el pueblo se precipitaba a apagar el fuego con cubos de agua del pozo.

Las cajas de cartón habían desaparecido hacía tiempo y la lluvia que entraba por la lona me mojaba la cara. Las alfombras estaban empapadas y llenas de barro. El frío no daba tregua. Habían transcurrido cuatro años y seguíamos viviendo en una tienda de campaña. Era más grande que la original, pero no menos insoportable.

—Ayudadme —gimió Abbas—. No puedo levantarme.

—Estás entumecido. —Mamá lo ayudó a incorporarse—. Es por la lluvia.

—Necesitamos una casa —dije.

—Aún estamos pagando las facturas de Abbas —repuso mamá—. Y tampoco tenemos autorización.

—Nunca nos darán autorización mientras Baba esté en la cárcel —repliqué—. Mira a Abbas. ¿Qué otra opción tenemos?

Durante dos meses, Fadi y yo hicimos ladrillos de barro después de trabajar, los viernes por la tarde y los sábados. Hani nos ayudaba cuando salía del colegio. Edificamos una casita de una habitación al lado de nuestra tienda. Mamá y Nadia cubrieron el suelo con las alfombras que habíamos usado en la tienda. No trasladamos allí todas nuestras pertenencias. Como sabíamos que aquello era ilegal, para no correr el riesgo de perder nuestras posesiones más valiosas poniéndolas en un solo lugar, dejamos algunas en la tienda.

La primera noche que dormimos en nuestra nueva casa, escuché el tamborileo de la lluvia en el tejado acostado en una estera y tapado con una manta. Me desperté de mañana, seco y descansado.

—He logrado dormir un par de horas de un tirón —comentó Abbas.

Normalmente, el dolor que sentía era tan fuerte que no podía dormir más de veinte minutos cada vez. Me sentí orgulloso de comprobar que mis hermanos y yo éramos capaces de trabajar juntos para aliviar su sufrimiento. Las cosas iban a cambiar.

Pero, al día siguiente por la tarde, cuando Fadi y yo regresábamos a casa del trabajo, vimos humo en la colina. Subimos a todo correr y encontramos a Hani llorando, a Abbas maldiciendo a los judíos y a mamá y Nadia arrojando tierra con la pala sobre las últimas llamas de lo que había sido nuestra nueva casa. Cuando mamá nos vio, se echó al suelo de rodillas y se puso a rezar. Invocó a Alá, a Mahoma o cualquier otro que según ella podría ayudarnos. Nuestra casa era un montón de escombros.

—Los colonos israelíes se enteraron —contó—. Y los soldados vinieron a inspeccionar.

Nadia sacudió la cabeza. Tenía los ojos rojos e hinchados.

—Como no pudimos mostrarles un permiso, rociaron la casa con parafina y la incendiaron.

—Tratamos de salvar las esteras, las mantas, cualquier cosa. —Mamá sacudió la cabeza—. Demasiado tarde.

—Nuestra casa estaba en llamas. —Nadia levantó sus manos envueltas en trapos—. Gracias a Dios, Abbas y Hani se hallaban en la tienda y no en la casa cuando llegaron los soldados. Pero las llamas se propagaron rápidamente y alcanzaron la tienda.

Mamá vio el susto reflejado en mi cara.

—Apenas tuvimos tiempo de sacar a Abbas —dijo—. Usamos toda el agua que teníamos en el cántaro; no hubo tiempo para ir al pozo.

Fadi cogió una piedra grande y descendió la colina a la carrera. Quise ir tras él, pero el fuego aún no estaba completamente extinguido y no podía dejar a mamá y Nadia solas.

Cuando se apagó, bajé a toda prisa a la plaza del pueblo. Necesitábamos otra tienda. Estaba regateando el precio de la tela, cuando vi a dos soldados con cascos de visera protectora llevándose a rastras a mi hermano esposado hacia el *jeep*. Dejé la tela y salí corriendo.

—¿Qué sucede? —le pregunté a Fadi en árabe.

—Destruyeron nuestra casa —dijo—. No tenía opción, hermano.

Los soldados tenían dieciocho o diecinueve años y sus rostros eran infantiles, pero no tanto como el de él, que apenas tenía doce.

Uno de ellos le dio una bofetada.

—¿Te he dado permiso para hablar?

Lo sacudió.

La rabia me embargó, pero no perdí la calma.

—¿Adónde lo llevan? —pregunté con voz serena.

—Adonde llevamos a todos los que nos arrojan piedras —contestó—. A la cárcel.

El otro soldado metió a Fadi a empujones en la parte trasera del *jeep* y lo obligó a tumbarse boca abajo en el piso. A continuación subió al *jeep* y plantó sus botas militares negras en los brazos de Fadi, que los tenía esposados a la espalda. Hice una mueca como si me doliera a mí.

—¡Te sacaré! —grité mientras el *jeep* se alejaba—. ¡No temas!

Apenas quedaban quince minutos para el toque de queda. Como no podía ayudar a Fadi, gasté todos mis jornales en tela para la tienda, estacas de cedro y sogas, y regresé al almendro. Toda la familia estaba sentada en el suelo, debajo del árbol.

Me había vuelto frío a la hora de anunciar malas noticias.

—Se han llevado a Fadi.

Mamá me miró incrédula.

—¿Por qué?

—Les arrojé una piedra. A los soldados.

Ella levantó los brazos al cielo.

—Alá, por favor, ten piedad de nosotros.

Su fe, a la luz despiadada de la realidad, era difícil de comprender.

A Abbas le temblaba el cuerpo de furia.

—Estos judíos solo entienden la violencia.

Nadia arropó a Hani entre sus brazos. Los dos lloraban.

—Mamá —dije—, has de ir tú mañana al puesto militar. Tengo que trabajar. Un solo día que falte y pierdo mi empleo.

Durante toda la semana, estuvo yendo cada día al puesto militar, pero no conseguía saber nada. Entonces llegó una carta de Baba. Fadi estaba con él, preso en el Centro de Detención Dror. Los israelíes exigían el equivalente de tres semanas de mis jornales para liberar a Fadi. Escribí a Baba diciéndole que viajaría en cuanto reuniera el dinero.

Cuatro semanas más tarde, tomé el autobús para ir en busca de Fadi. No podría ver a Baba, pues el único día de visita era el primer martes del mes y ya habían transcurrido tres semanas. Mamá quería a su hijo en casa lo antes posible.

El Fadi que salió de la cárcel no era el mismo que había ingresado. Alrededor de los ojos tenía la piel amarillenta, como la que dejan los morados antes de desaparecer. En las muñecas, cicatrices rojas. Se lo veía más sosegado, aunque no en buena forma, como si los soldados lo hubieran quebrantado.

En el autobús nos sentamos juntos, al fondo.

—Vi a Baba —farfulló—. No volveré a hacerlo. Nunca más.

Lo abracé.

—Todos cometemos errores.

—Baba es muy fuerte —dijo con cierta admiración.

Entendí perfectamente a qué se refería.

A la puesta del sol, los guardias nos escoltaron de regreso a la aldea. El maestro Mohamed, que nos esperaba junto a la puerta, echó a andar hacia nosotros. ¿Le había sucedido algo a mamá? ¿O a Baba? Quizás era Abbas. ¿Por qué no vino alguien de mi familia? ¿Y si habían muerto todos? Los obreros charlaban a mi alrededor, pero yo lo único que oía, y cada vez más fuerte, eran los pasos del maestro Mohamed acercándose.

—Los israelíes organizan un concurso de matemáticas para los estudiantes del último año del colegio —me dijo—. Podrías ganar una beca para estudiar en la Universidad Hebrea.

Por un instante me dejé llevar por el entusiasmo, pero enseguida recordé cuál era mi situación.

—No tengo tiempo.

—No puedes desperdiciar tu talento. Ahora te parece que no hay salida, lo sé, pero tú puedes elegir un camino mejor.

Ojalá fuera cierto, pero lo que el maestro me proponía era imposible. ¿Qué podía hacer aparte de lo que ya hacía? Cinco años habían transcurrido desde la lesión de Abbas, pero yo seguía pagando las facturas médicas. Se encontraba mejor cada día, pero no podía trabajar. Los únicos empleos que podíamos conseguir exigían un esfuerzo físico que Abbas nunca podría hacer. Sufría dolores continuos. Sus amigos lo visitaban o él iba a sus casas, o a la casa de té, pero mucho más no era capaz de hacer.

—Mis hermanos no ganan suficiente dinero sin mí.

—Si lo logras, encontraré trabajo para tus hermanos en la empresa de mudanzas de mi primo.

—Es mi deber mantenerlos.

—Si te gradúas en la facultad, podrás ganar mucho dinero. Empecemos por ver si ganas el concurso.

—No, no puedo.

Se le borró la sonrisa.

—No soy tu padre, Ichmad, pero me cuesta creer que sea esto lo que él desea para un hijo con un talento como el tuyo.

Escribí a Baba una carta para contarle acerca del concurso y mi decisión de no participar. Me envió una respuesta casi de inmediato:

Mi queridísimo Ichmad:

Debes participar en el concurso y hacerlo lo mejor que puedas. Yo te querré lo mismo, ganes o pierdas, pero me decepcionarás si no lo intentas. Sé que la familia sufrirá al comienzo, pero a largo plazo será mucho mejor si

obtienes un título universitario. Podrás conseguir un empleo mejor y más interesante. Cuando uno hace lo que le gusta, el dinero llega solo.

Te quiere,

BABA

Cuando le dije al maestro Mohamed que finalmente había decidido presentarme al concurso, se le llenaron los ojos de lágrimas y me abrazó.

El maestro y yo nos apeamos del autobús en la estación central. No había soldados esperándonos, tampoco nadie nos registró ni nos pidieron los documentos de viaje. Por la ventanilla del autobús habíamos visto Tel Aviv, una ciudad tan moderna y limpia que era difícil imaginarse que pudiera existir en el mismo país que mi aldea. La ciudad de Herzliya, aunque más pequeña, rebosaba de animados cafés, música y libertad.

—El gobierno militar no tiene autoridad aquí —explicó el maestro Mohamed.

Un chófer israelí paró su Mercedes junto a nosotros.

—¿Necesitan un taxi?

—Al Instituto Herzliya.

El maestro me indicó que me acomodara en el asiento trasero.

—¿Se está fresco ahí atrás? ¿Quieren que encienda el aire acondicionado?

Miré a mi alrededor. ¿Con quiénes hablaba?

—Gracias —contestó el maestro—. Estamos acostumbrados al calor.

Yo no podía asimilarlo todo de golpe. Discurríamos por calles bordeadas de casas blancas que parecían castillos, con buganvillas rojas, moradas y rosas en sus paredes y estallidos de color en sus cuidados jardines. A mamá le habría encantado ver esos jardines. Había Mercedes y BMW aparcados delante de casi todos los portales.

—¿A esto se parece el paraíso? —pregunté.

El maestro Mohamed me dio una palmada en la rodilla.

—Esperemos que sí.

Las olas rompían en la playa cuando el taxi llegó a una escuela de piedra blanca medio cubierta de buganvilia roja. Pensé en Baba y en su hermano nadando en aquel océano. Una vez dentro, pasamos por un gimnasio, un teatro, una cafetería, una biblioteca, un estudio de arte, un salón de música con un piano y varias aulas enormes.

—¿Cómo puedo competir?

Pensé en la escuela de nuestra aldea, tan pequeña que asistíamos por turnos, compartíamos los libros y trabajábamos en mesas deterioradas, leíamos en pizarras rajadas y la tiza se racionaba.

El maestro Mohamed marchaba con paso decidido.

—El genio nace, no se enseña.

—Seguro que la preparación influye.

Quería regresar a mi aldea inmediatamente.

—Muchos hombres importantes pueden atribuir su éxito al hecho de que tuvieron las ventajas que otros no tenían.

El auditorio, donde iba a tener lugar la parte escrita del concurso, era del tamaño de toda mi escuela. Las cabezas se volvieron a mirarnos y una multitud de ojos me escudriñó. La ropa que llevaba, gastada y raída, me quedaba floja. Las chicas y los chicos israelíes, en cambio, llevaban vestido o traje y corbata. Yo no pertenecía a ese lugar y volví a preguntarme por qué me había dejado convencer.

La secretaria me examinó por encima de las gafas de lectura que llevaba ajustadas en la punta de su nariz aguileña.

—Necesito su documento de identidad.

Le entregué el carné con mi mano callosa. Aunque la palabra «Árabe» estaba claramente escrita, la secretaria no tuvo necesidad de verla para darse cuenta. Mi pueblo era homogéneo.

—Usted es el único árabe.

Me condujo a una silla ubicada cerca de ella. ¿Pensaba que iba a copiar, o temía que fuera a asesinar a alguien? El chico sentado a mi izquierda chupaba su goma de borrar. Me pareció que la chica detrás de mí tenía dificultades para respirar. Conté 523 estudiantes. Una energía nerviosa llenaba la sala. El celador distribuyó las hojas.

—Tienen dos horas para terminar el examen —dijo.

Cuarenta minutos después, mientras las cabezas de los demás concursantes seguían bajas y sus lápices y gomas se movían frenéticamente, yo entregué mi examen terminado.

—Las preguntas eran demasiado fáciles —le comenté al maestro Mohamed, que me esperaba fuera—. No puede ser.

—Es tu genialidad lo que te proporciona la capacidad para reducir lo complicado a sencillo.

Me dio una palmada en el hombro y sonrió.

Mamá me estaba esperando fuera de la tienda, cruzada de brazos.

—¿Dónde estabas?

No se lo había dicho porque no lo habría consentido.

—Fui a un concurso de matemáticas —contesté con una sonrisa forzada, que esperaba fuera contagiosa—. Me propongo obtener una beca para ir a la universidad.

No me devolvió la sonrisa. Aguardé su respuesta conteniendo la respiración.

—Ni lo pienses. —Estaba furiosa. No podía recordar la última vez que la había visto tan enfadada—. El que mira muy alto termina con dolor de cuello.

—Es importante para mí.

—Nosotros. No. Somos. Ricos —articuló cada palabra por separado—. Tenemos gastos. Quién sabe si Abbas podrá volver a trabajar. No puedo mandar a Nadia a trabajar, pues entonces ¿quién querría casarse con ella?

—El maestro Mohamed prometió ayudarnos.

El rostro de mamá se enrojeció. Nunca lograría convencerla. Pero Baba tenía razón. Tendría más posibilidades de éxito si iba a la universidad. Mejor no discutir con ella ahora. Seguramente no ganaría el concurso. Los israelíes no iban a permitir que lo ganara el hijo de un prisionero árabe.

Le escribí a Baba para contarle que había dado mi primer examen y que temía haber cometido algún error. Baba me contestó que una mente inteligente se mueve rápidamente, como una bala.

El maestro Mohamed me entregó la carta. Cogí el sobre con ambas manos, puse mi sucio índice en el ángulo de la solapa, que estaba pegada, y lo abrí desgarrándolo. A continuación, extraje el papel de pergamino.

Estimado señor Hamid:

En nombre de la Facultad de Matemáticas de la Universidad Hebrea, nos complace informarle que es usted uno de los diez finalistas. Está invitado a participar en un concurso de matemáticas que tendrá lugar en presencia de público el día 5 de noviembre de 1965, a las 17 horas, en el Auditorio Golda Meier del Instituto Herzliya.

Atentamente,

Profesor Isaac Schulman

—¿Qué te parece?

El maestro Mohamed estaba ilusionado y ansioso.

Me latía el corazón en los ojos y los oídos. El mundo se había detenido. Le escribiría a Baba inmediatamente.

—El éxito no consiste en que nunca te caigas, sino en que te levantes cada vez que te caes.

Los ojos del maestro Mohamed se habían puesto vidriosos. Me estaba consolando.

—Me he clasificado.

Una gran sonrisa iluminó su cara.

—No puedes retroceder y empezar de nuevo, pero sí puedes comenzar ahora y construir un final distinto.

Me senté a escribirle a Baba en cuanto llegué a la tienda. Se puso contentísimo. Pasara lo que pasara, me contestó a vuelta de correo, me apoyaba al ciento por ciento.

La noche antes del concurso no pude dormir. Una lluvia helada azotaba nuestra tienda, se filtraba por los agujeros y mojaba mi manta. El viento soplaba con tanta fuerza que la despegaba del suelo. Fui a trabajar exhausto.

Por la tarde, apenas podía mantener los ojos abiertos. Cuando el maestro Mohamed y yo llegamos al instituto, lujosos vehículos paraban uno tras otro delante del portal del colegio y los prodigios desembarcaban vestidos como si fueran a juzgarlos por su apariencia.

Yo, con mi ropa de trabajo manchada de sangre, una camisa y el pantalón con cordón, llamaba la atención, como un burro en la línea de salida de una carrera de purasangres. Quería desaparecer, pero luego pensé en Baba moviendo arena bajo el

calor del Néguev y comprendí que debía quedarme.

Los diez concursantes estaban sentados en el centro de un espacioso escenario de madera, en sillas dispuestas en herradura en torno a una pizarra. Yo era un humilde palestino sentado entre los israelíes más brillantes del país. Ninguno de ellos me dirigió la palabra.

El pesado telón rojo de terciopelo se abrió y vi a los espectadores. Sus ojos se movían con curiosidad de un concursante a otro, como si la inteligencia fuera algo que pudiera distinguirse desde la butaca de un auditorio. Percibí que me miraban. Ojalá hubiera tenido una muda de ropa. Mamá se iba a enfadar muchísimo si se enteraba de que había venido directamente del trabajo, manchado de sangre y sudor. Ella, claro, no aprobaba que yo estuviera allí. Quizá tenía razón.

—Hola. Soy el profesor Isaac Schulman, director del departamento de Matemáticas de la Universidad Hebrea. Bienvenidos a nuestro primer concurso nacional de matemáticas.

Aplausos.

—En el escenario se encuentran los diez finalistas. Cada uno de ellos ha demostrado poseer una capacidad extraordinaria.

El profesor Schulman explicó las reglas. Cada estudiante tendría tres minutos para resolver cada problema. Si un concursante se equivocaba, debería abandonar el escenario. Los cinco últimos participantes ganarían becas para estudiar en la Universidad Hebrea de Jerusalén y competirían entre sí a fin de obtener distintos tipos de ayudas. La más importante recaería, desde luego, en el primer puesto.

El participante número uno se mecía en su silla. Llevaba la kipá prendida en el pelo negro y tieso, y se le desplazaba cada vez que movía la cabeza.

El examinador se acercó al micrófono.

—Sea C el círculo unitario $x^2 + y^2 = 1$. Se elige aleatoriamente un punto p en la circunferencia de C , y otro punto q se elige aleatoriamente del interior de C . Estos puntos se escogen independiente y uniformemente sobre sus dominios. Sea « R » el rectángulo con lados paralelos a los ejes « X » e « Y » con diagonal « PQ ». ¿Cuál es la probabilidad de que ningún punto de « R » esté fuera de « C »?

Cuando el participante número uno cogió la tiza y empezó a escribir, yo ya había resuelto el problema en la pizarra imaginaria que tenía en mi cabeza. Podía ganar. No importaba que yo no tuviera las oportunidades que otros tenían. Poseía el talento. Pero ¿y si los israelíes me planteaban problemas insolubles? ¿Quién me defendería?

—La probabilidad es $4\pi^2$.

—Correcto —dijo el profesor.

El auditorio estalló en un aplauso.

Cuando la participante número dos se puso en pie, vi que su hombro izquierdo era más alto que el derecho.

—Encuentre, con justificación, el valor máximo de $f(x) = x^3 - 3x$ en el conjunto de los números reales x satisfaciendo $x^4 + 36 \leq 13x^2$.

Gotas de sudor perlaban su frente mientras observaba la pizarra vacía. El sonido de la campanilla retumbó en el recinto. El público ahogó una exclamación. La participante número dos bajó la cabeza y se retiró del escenario.

Yo era el participante número tres.

Oí la sangre que fluía por mis venas cuando me acerqué a la pizarra. Todos me miraban con desdén. Cogí la tiza.

—Sea k el entero positivo más pequeño con la propiedad siguiente: existen enteros m_1, m_2, m_3, m_4, m_5 distintos, tales que el polinomio $p(x) = (x - m_1)(x - m_2)(x - m_3)(x - m_4)(x - m_5)$ tiene exactamente k coeficientes. Encuentre, con demostración, un conjunto de enteros m_1, m_2, m_3, m_4, m_5 con el cual se alcanza este mínimo.

—El mínimo es $k = 3$, y se obtiene con $(m_1, m_2, m_3, m_4, m_5) = (-2, -1, 0, 1, 2)$ — dije mientras lo escribía.

Posé la tiza, me volví y miré directamente al público. Los israelíes sentados en la primera fila me miraban boquiabiertos.

Perplejo, el examinador me miró.

—Es correcto.

Cada vez que era mi turno, me mantenía concentrado y resolvía cada uno de los problemas que me planteaban. Casi se me para el corazón cuando el sexto participante se equivocó. Había ganado una beca. Y ahora competía para obtener las mejores ayudas. Diez turnos después, quedamos solos el concursante número ocho y yo.

Mi oponente se dirigió a la pizarra.

—Una flecha, lanzada al azar, se clava en una diana cuadrada. Suponiendo que dos partes cualesquiera de la diana con la misma área tienen la misma probabilidad de ser impactadas, encuentre la probabilidad de que el punto impactado esté más cercano al centro que a cualquiera de los lados del cuadrado. Expresé su respuesta en la forma $(a\sqrt{b} + c)$, donde a, b, c y d son enteros positivos.

El concursante número ocho cerró los ojos, se meció de atrás adelante, deteniendo su movimiento solo para manchar sus pantalones negros con la tiza de sus manos. Empezó a escribir.

Sonó la campanilla. La sala estaba en silencio. Mi oponente no bajó del escenario porque, si yo no resolvía el problema correctamente, el concurso seguiría.

El maestro Mohamed se sentó en el borde de la silla y se aferró a sus brazos.

—Factorice este polinomio: $7x^3y^3 + 21x^2y^2 - 10x^3y^2 - 30x^2y$.

Respiré hondo y empecé a escribir en la pizarra, diciendo en voz alta la respuesta mientras la escribía: $x^2y(7y - 10)(xy + 3)$.

Cuando terminé, miré al examinador. Estaba boquiabierto.

—Es correcto —declaró.

El maestro Mohamed levantó los puños en el aire. El participante número ocho se

acercó y me dio la mano.

—La mente más espabilada que he conocido —dijo.

Me temblaron los labios y se me humedecieron los ojos. De pronto ya no éramos un palestino y un israelí; éramos dos matemáticos. Me dio una palmada en el hombro.

—Me llamo Zoher. Espero verte pronto en la universidad.

De pura emoción se me hizo un nudo en la garganta y solo atiné a asentir con la cabeza.

El presentador me colgó una medalla al tiempo que un fotógrafo del *Yediot Ahronot* tomaba la foto. Se me revolvía el estómago. Se acercaron otros concursantes a darme la mano. Fui presa de una telaraña de emociones. Una energía extraordinaria llenaba la sala. Los israelíes, los mismos que mantenían a Baba en prisión, me aplaudían.

Al día siguiente, una gran foto mía con la medalla colgando del cuello apareció en la primera plana del periódico israelí. El titular ponía: «Muchacho árabe calcula su camino a la victoria». Envié el artículo a Baba. Me mandó a vuelta de correo una caricatura que había hecho de sí mismo con una enorme sonrisa que cubría las tres cuartas partes de su rostro.

La noche previa a mi partida a la universidad no pude conciliar el sueño. Sabía que las ayudas que había ganado eran únicamente para costear mis gastos cotidianos, pero ¿y mi familia? Los últimos seis años yo había sido el hombre de la casa. ¿Podrían mantenerse sin mí? Yo estaría ausente como mínimo tres años.

La mañana de mi partida para iniciar mis estudios, mamá se sentó a la entrada de la tienda.

—No permitiré que vivas con los israelíes —me apuntó con el dedo—. Podrían matarte.

—No todos son malos —dije—. Mira cómo nos ayudó Yossi.

—¿Ayudarnos? Después de que casi me matan. —Abbas sacudió la cabeza—. Les di una oportunidad. No les daré otra.

Mis hermanos se habían sentado en torno a la tienda, tristes y con lágrimas en los ojos.

—Me marchó a estudiar ciencias y matemáticas —repetí por enésima vez.

—Un hombre no precisa saber más de lo que necesita para ganarse la vida —sentenció mamá con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ya sé demasiado como para conformarme con el trabajo en el matadero, mamá. Quiero descubrir lo que no conozco. Quiero ganarme la vida con la ciencia y las matemáticas.

Revolvió los ojos como si yo fuera la persona más estúpida del mundo.

—Si te marchas ahora, nunca más regreses.

—Mis estudios serán la solución a nuestros problemas. Si lo logro, estaré en condiciones de mantener a toda la familia.

—¡Tú no sabes nada del mundo! —espetó—. ¡Tus sueños son solo sueños! Aquí

gobiernan los israelíes y para ellos nunca serás otra cosa que el enemigo: un palestino. Es hora de que abras los ojos y aprendas cómo son las cosas.

—Algún día podré compensarte. —Bajé la cabeza.

—No tendremos dinero —dijo—. No nos hagas esto.

—Debo irme.

—Por favor... —Iba a decirme algo, pero rompió a llorar.

Se acuclilló en el suelo y se tapó la cara con las manos.

—Ten. —Le di casi todo mi estipendio—. Compra una cabra y un pollo. Planta verduras. No hay mucha tierra, pero al menos así tendréis comida.

—¿Tienes dinero para ti? —preguntó mamá.

—Si las cosas se complican, suspenderé mis estudios y regresaré. Por favor, concededme al menos un mes.

Contuve la respiración y esperé su respuesta.

Finalmente asintió con la cabeza. La estreché entre mis brazos y ella me susurró al oído:

—No te juntes con los israelíes.

Me despedí saludándolos con la mano.

—Pones tu vida en peligro —dijo Abbas.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

Mientras caminaba hacia la parada del autobús, la brisa me empujaba como incitándome a partir. Sabía de dónde venía el viento.

Gracias, Baba.

SEGUNDA PARTE

(1966)

La disposición simétrica de los edificios me serenó. Fui andando por la acera de cemento de la tercera hilera y pasé por delante de once pabellones, hasta que llegué al número 12, la Residencia de Estudiantes Shikouney Elef.

Tiré de las perneras del pantalón tratando de estirarlas para que me taparan los tobillos, pero no había forma. Mamá me los había hecho hacía tres años, y en esa época yo era mucho más bajo. Pero esa ropa hecha con sábanas viejas, y las pocas cosas que había metido en una bolsa arrugada que llevaba bajo el brazo, era la única que tenía.

Me recibió el aroma a salsa de tomate que salía de la primera habitación de la izquierda. Era la cocina comunitaria. Una chica vestida con vaqueros y un ceñido top rojo escarlata manipulaba una cazuela de estofado de verduras, las manos protegidas con guantes de horno. Mientras iba de un lado a otro, su pelo largo hasta los hombros se movía cadenciosamente.

—Hola —me dijo en árabe.

No me salió la voz, así que la saludé con la cabeza.

—Disculpa.

Pasó por delante de mí con la cazuela y salió al pasillo.

Del vestíbulo llegaban voces que hablaban hebreo. ¿Qué estarían haciendo en nuestro pabellón? Debían de ser soldados. Pensé en ocultarme. Pero ¿dónde? La ventana tenía barrotes. La puerta de la cocina daba al exterior. No había donde ir. Lo último que deseaba era tener problemas. Creía que me había preparado para vivir rodeado de judíos, pero ahora, confrontado a la realidad, me di cuenta de lo errado que estaba.

Se me cayó el alma a los pies cuando entraron en la cocina... pero no vestían uniforme.

—*Shalom. Mah neshmah?* —me saludó Zoher en hebreo, tendiéndome la mano.

Apenas lo reconocí así vestido, con vaqueros y una camiseta blanca.

—*Tov, todah.* Bien gracias —repuse en hebreo, casi olvidándome de respirar. Había otro muchacho de pie en el vano de la puerta.

—Es el as de las matemáticas, de quien te hablé —le dijo Zoher.

—Soy Rafael, como el ángel, pero todos me llaman Rafi. —El muchacho, que tenía manchas en la piel, me tendió la mano—. Puedes estar orgulloso. Pocas personas impresionan a Zoher.

Le di la mano.

—Estamos empezando a formar un grupo de estudios —dijo Zoher—. Mi hermano sobrevivió al programa y yo he heredado sus notas. ¿Te interesa participar?

¿Qué se proponían? ¿Hacerme fracasar? ¿Humillarme? Tal vez Zoher estaba resentido porque yo lo había derrotado. Tenía que ser una trampa. Nunca había oído

que un israelí invitara a un palestino a tomar parte en un grupo. No deseaba provocarlos. Zoher poseía una agudísima inteligencia para las matemáticas, y las notas. ¿Tenía opción?

—¿Por qué no? —acepté ensayando una sonrisa.

—El domingo a las seis de la tarde —dijo Zoher—. Habitación número cuatro.

Ellos iban a ocupar la habitación contigua a la mía. Nunca me hubiera imaginado que tendría que vivir en el mismo pabellón que los judíos. ¿Y si mi compañero de cuarto también era judío? Me vería obligado a dormir con los ojos abiertos.

—¿Dónde queda el baño? —pregunté.

—Detrás de ti —contestó Rafi.

Los saludé con la mano y entré en el lavabo. Había tres compartimientos, tres lavamanos blancos y tres espejos rectangulares en los que vi reflejada mi imagen. ¿Cómo era posible que yo viviera así cuando mi familia se lavaba a la intemperie, en una tina de hojalata y con el agua que subían a cuestras desde la plaza de la aldea? El rostro de Baba me miraba desde el espejo.

Pensé en cómo se comportaría él en esta situación. Una vez le pregunté cómo hacía para parecer tan alegre en sus cartas, y me dijo que no iba a permitir que nadie quebrantara su espíritu. Y me contó que cuando estaba con gente trataba siempre de encontrar intereses comunes. Si Baba podía ganarse el respeto de los guardias de la prisión con su canto, sus dibujos y su música, yo debía tratar de hacer lo mismo con mis aptitudes. Sí, me dije, tal vez fuera una buena idea integrarme en ese grupo de estudio.

Salí del lavabo y me alejé andando por el pasillo iluminado. Eso era la electricidad. Con mi llave abrí la puerta de mi nuevo cuarto. Compartiría con un solo compañero un espacio que era tres veces el tamaño de la tienda de campaña donde vivía toda mi familia. Iba a dormir en una cama de verdad, mientras que ellos lo hacían en esteras tendidas en el suelo. Disponía de mi propio escritorio, lavabo en la habitación y un armario para mí solo.

—Bienvenido. Soy Jameel —dijo en árabe un joven de cinceladas facciones simétricas. Estaba sentado en el centro de la habitación. Una versión más vieja de Jameel y una mujer que debía de ser su madre estaban sentados frente a él. Delante de ellos, sobre un mantel blanco, había un estofado de verduras, tabulé, humus, baba *ganush* y pan de pita.

¿Qué era todo eso? Tres chicas vestidas como judías comían sentadas en las camas. La voz de Fairouz sonaba en una radio que había detrás de ellas.

—Soy Ichmad.

—¿De qué planeta vienes, Ahmad? —Jameel pronunció Ichmad sin acento campesino. Las chicas rieron echando atrás sus cabezas.

—No le hagas caso —dijo una de ellas, que se puso de pie—. Es el único varón. Le dio un coscorrón.

—No hagas caso a mis hermanas. —Jameel empujó hacia mí la comida que tenía

delante—. Por favor.

Su madre llenó un plato con estofado y me lo dio. Me quedé mirándolo. Cómo me gustaría guardarlo para mi familia.

—Por favor, empieza —dijo Um Jameel.

Me senté al lado de Jameel y devoré el guiso. El rostro de Um Jameel se iluminó y me sirvió un poco más. Me lo zampé. Me sirvió más.

—Está riquísimo.

No comía un estofado así desde que Baba había ido a la cárcel, hacía seis años. Aunque consciente de que me observaban, seguí comiendo.

Um Jameel sonrió.

—Mirad cómo aprecia nuestra comida.

—¿Dónde está tu maleta?

Jameel se inclinó para mirar.

—Me agrada viajar ligero de equipaje.

En mi bolsa llevaba mi único pantalón de repuesto y una camisa, más el libro que el maestro Mohamed me había dado. Nada más.

Um Jameel recogió las cosas y se prepararon para marcharse.

—Os veré, a ti y a Ichmad, el dieciséis.

—Nadie regresa a casa cada quince días —replicó Jameel con voz suave pero firme.

—No me vengas con eso de nuevo. No quiero tener que preocuparme por lo que comes o si tienes ropa limpia que ponerte. Quédate aquí si quieres, pero nosotros iremos.

Jameel se sonrojó.

—Iré.

—Tú también, Ahmad. —Um Jameel volvió a pronunciar mi nombre correctamente, no como los de mi aldea—. Necesitará ayuda para transportar la comida. —Se acercó a Jameel, pero me hablaba a mí—. No creo que vaya a permitir que tú también te mueras de hambre.

Jameel acompañó a su familia a la parada del autobús. Después de acomodar mi única camisa y mi pantalón en mi armario, eché un vistazo al armario de Jameel. Había chaquetas y camisas con botones y pantalones de variados colores ordenadamente colgados, cada cosa en su percha. En los estantes de arriba había jerséis de diversos grosores, camisetas y pijamas. En la parte de abajo había un par de sandalias de piel, lustrosas botas negras con plataforma y unas inmaculadas zapatillas de deporte blancas.

Jameel regresó al cuarto y cerró la puerta.

—No creo que mi madre haya dormido en toda la semana. La ansiedad motivada por la separación, ya sabes.

Se encogió de hombros, fue hasta la radio y puso música occidental. Del bolsillo de su camisa extrajo una cajetilla de cigarrillos Time y me ofreció uno.

—¿Fumas?

—No, nunca —contesté.

—Prueba.

Extrajo uno, lo encendió y me lo dio.

Me recosté en mi cama apreciando su blandura.

—Más tarde, quizá. Fuma tú.

Jameel se llevó el pitillo a la boca y empezó a mover la cabeza, menear las caderas y saltar por la habitación como un místico sufí en éxtasis. Dio unos golpecitos con su cigarrillo en el cenicero y luego se desplomó en su cama. Mirando al techo, se puso a dar perezosas caladas.

—Vayamos a recorrer el campus.

—Necesito libros.

El maestro Mohamed me había advertido que debía pedir los libros en la biblioteca en cuanto llegara a la universidad, pues eran demasiado caros para comprarlos.

Fuimos andando a la biblioteca a través de un parque de césped verde y tupido. Jameel me dio un golpecito en el pecho.

—Mira ese pedazo de sabrosa oveja.

Seguí su mirada, que se había posado en una muchacha israelí sentada en un banco enfrente de la biblioteca. Llevaba el cuello de la camisa abierto y alcancé a ver el nacimiento de sus senos. Tenía las piernas cruzadas y sus *shorts* eran tan cortos que apenas cubrían las bragas.

—Querría apoyar mi cabeza sobre esas almohadas. —Jameel enseñó sus dientes, sacudió la cabeza y gruñó cual perro en celo—. Cómo me gustaría cabalgar con mi camello entre esas montañas.

—Para ya. —Escudriñé el campus para ver si había guardias a la vista—. ¿Y si alguien te oye?

Se rio, me palmeó la espalda y seguimos andando.

Cuando entré en mi primera clase, Introducción al Cálculo, tuve que detenerme un instante para asimilar todo lo que vi: paredes recién pintadas, hileras de pupitres, la gran tarima del profesor, con su silla con ruedas tapizada en piel, y pizarras relucientes, como nuevas. El aula se llenó rápidamente de estudiantes que charlaban, todos a la vez, en hebreo. Evité las miradas y tomé asiento en el fondo.

Era el último libre en la última fila, gracias a Alá, pues ya solo quedaban los situados justo delante del profesor. Había israelíes por todos lados. El que estaba a mi lado dijo «*Yiksah*», se levantó y se sentó delante.

Mi mirada se encontró con la del profesor, que se atusó la poblada barba y se apoyó contra su escritorio. Pocos minutos después, se incorporó y se arregló la kipá.

—Soy el profesor Mizrahi —se presentó.

De su camisa colgaban flecos blancos, lo cual indicaba que era religioso. Esa clase de judíos creía que Dios les había prometido la tierra de Israel.

Su acento, así como su apellido, me indicaron que era sefardí. Tenía suerte: mi primer profesor iba a odiarme. El sudor perlaba mi frente.

—Cuando los llame por su apellido, se sentarán donde yo les indique; será el asiento que ocuparán todo el semestre. —El profesor Mizrahi miró la lista que tenía en la mano—. Aaron Levi, Boaz Cohen, Yossi Levine...

Llamó a un judío tras otro y fue redistribuyéndolos por el aula. Señaló el pupitre enfrente del suyo y llamó:

—Ahmad Hamid —con perfecta pronunciación.

Me sentí como un bicho bajo el microscopio, entre dos judíos sefardíes. Yo era el único árabe no judío de la clase. Me comerían vivo.

—Comencemos.

El profesor Mizrahi cogió la tiza y escribió en la pizarra « $3x - (x - 7) = 4x - 5$ ».

—¿Señor Hamid? —me apuntó con la tiza.

— x igual a 6 —repuse desde mi asiento.

—¿Qué ha dicho? —El profesor ladeó la cabeza.

Mi corazón retumbaba como una aldaba contra una puerta.

— x igual a 6.

El profesor parpadeó y leyó el problema siguiente.

—Señor Hamid, ¿puede encontrar la velocidad instantánea o la variación instantánea de la distancia respecto al tiempo a $t = 5$ de un objeto que cae de acuerdo a la fórmula $s = 16t^2 + 96t$?

—El límite es 256, y esta es la velocidad instantánea al final de los cinco segundos de caída.

El tictac del reloj de pared era ensordecedor.

—Gracias, señor Hamid. Realmente impresionante.

Tenía clases de Matemáticas y Ciencias desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde. De camino a la biblioteca para estudiar, di un rodeo y pasé por el jardín botánico, situado entre el edificio de la administración, en el norte, y la Biblioteca Nacional, en el sur. Las *Sequoia sempervirens* y las *Sequoiadendron* eran tan gigantescas que sus copas se erguían por encima de los edificios. Cómo me hubiera gustado traer a mamá para que viera este jardín. Me imaginé a Baba dibujando su retrato frente a aquellos árboles.

Cuando me encontré delante de la biblioteca, estiré el cuello para ver los grandes vitrales, iluminados desde el interior, como si el conocimiento y la luz no fueran más que uno. Abrí la puerta, como si fuese a entrar en un lugar sagrado, y el resplandor de aquella luz se derramó sobre mí.

—La bolsa sobre la mesa.

Las palabras del guardia armado me abofetearon como una ráfaga de aire frío. Obedecí. Volcó sobre la mesa mi cuaderno y mi lápiz.

—Contra la pared —ordenó, y la señaló con el dedo—. Quítese los zapatos.

Sentía mi rostro caliente. No quería llamar la atención sobre las sandalias que mamá me había hecho con una goma de bicicleta, pero no tenía más remedio que hacer lo que me decía. Desaté despacio los lazos de caucho. El guardia pasó el lápiz por el bucle de uno de los lazos, lo izó en el aire y lo examinó por los cuatro lados.

—Por aquí —dijo—. Piernas abiertas, brazos extendidos.

Mientras me cacheaba la pierna izquierda, un judío, con un Uzi y una mochila, entró en la biblioteca. En Jerusalén, todos los soldados israelíes y los reservistas debían llevar sus Uzis cargados.

—Motie, te creía en el norte —le dijo el guardia mientras me cacheaba la pierna derecha—. ¿Te has fugado?

—Me transfirieron —contestó Motie—. Por suerte para mí, esta ciudad está llena de árabes. Nunca habrá aquí soldados suficientes. Lo malo es que tengo que repetir el año, pero no quería perder también la primera semana.

Por una fracción de segundo deseé haber sido judío, para poder entrar en la biblioteca sin que me fastidiaran.

Cuatro israelíes, con aspecto de ser capaces de partir nueces con las manos, hicieron una seña a Motie para que se acercara a la gran mesa donde ellos estaban.

Había mesas vacías por todas partes, pero yo quería encontrar un escritorio individual. Con el rabillo del ojo vi uno y fui a sentarme allí, como si fuera lo más natural, y saqué mis programas de estudio.

Unas voces inapropiadamente altas llamaron mi atención y miré en esa dirección. Mi mirada encontró la de Motie. Volví la cabeza, pero ya era tarde. Me había visto.

Mis ojos se negaban a fijarse en el programa de Introducción al Cálculo. Las voces roncadas sonaban cada vez más altas.

—Ve tú —dijo Motie.

—Tú llevas un arma —le respondió una voz grave.

Se rieron a carcajadas.

Pegué la vista al programa: observé que el papel se humedecía al contacto con mis dedos.

El chirrido de una silla al ser apartada de la mesa. El ruido de unas botas que se acercaban. Respira hondo, me dije. Levanté la vista. Venía hacia mí, con el Uzi en la mano.

—Perdone. ¿Es usted Motie Moaz? —le preguntó la bibliotecaria interceptándolo.

—Sí, soy yo.

—Aún nos debe libros del año pasado.

—Leo muy despacio —sonrió.

Era un hombre acostumbrado a salirse con la suya.

Pero ella no dio el brazo a torcer.

—Venga conmigo. Le daré la lista.

Las botas se alejaron. Por el momento. Necesitaba encontrar el *Calculus* de W. L. Wilks antes de que Motie regresara. «Cálculo», rezaba uno de los anaqueles, justo detrás de su mesa. ¿Mejor esperar a que sus amigos se marcharan? Pero ¿y si se quedaban en la biblioteca toda la noche? ¿Y si un alumno lo retiraba antes? ¿Por qué no nos daban la lista de los libros que necesitaríamos durante el curso antes del comienzo de las clases? Respiré hondo, me levanté y fui hasta allá circundando la sala cavernosa. Me acerqué a las estanterías por detrás, hasta la sección «Cálculo».

Las voces graves de los hombres enmudecieron cuando llegué. Revisé el estante. Lo encontré y lo cogí. Tenía varias páginas pegadas. ¿Dónde estaba el índice? Dos siluetas que cuchicheaban entre sí entraron en mi visión periférica. ¿Dónde estaba el índice? Aquí. Cerré el libro.

Con el libro bajo el brazo y la cabeza gacha, me dispuse a regresar por el largo y estrecho pasillo. Antes de que pudiera salir, surgió Motie, como una barrera en medio de una carretera. Di media vuelta para irme en sentido contrario. Dos israelíes me detuvieron en el pasillo y me cerraron el paso.

¿Por qué había contestado a las preguntas en clase? Motie me pinchó el estómago con el cañón de su Uzi.

—¿No estarás colocando algo aquí detrás?

Me pinchó de nuevo.

—Es que necesito este libro. Para la clase. —No podía respirar—. Disculpa, tengo que pasar.

Se le hincharon las venas del cuello.

—Disculpa. Por favor. Déjame pasar.

—Ven conmigo —dijo Motie.

—¿Adónde?

—Si todo va bien, no te dolerá.

Con el cañón de su arma señaló la mesa.

Me condujo allá con el cañón encajado en mi riñón.

—Siéntate ahí. —Con el arma señaló una silla. Me hundí en ella. Volvió a servirse del cañón para empujar un papel hacia mí—. Resuelve el primer problema.

Miré el problema. Sea $c(a) = 2000 + 8,6a + 0,5a^2$, entonces $c^1(300) = ?$

—308,6. —Me tembló la voz.

Enarcó la ceja izquierda.

—¿Cuál es tu secreto?

—Ninguno.

Casi no podía hablar. Motie señaló con su Uzi el problema siguiente.

—Supongo que no tiene importancia mientras sigas dándonos las respuestas.

—¿Cómo sabes que te da las respuestas correctas? —preguntó uno de los forzudos.

Motie arrancó una hoja de su cuaderno.

—Haz tus deberes al mismo tiempo.

Un bibliotecario de barba oscura venía hacia nosotros. Caminaba con los brazos cruzados y su cara me resultaba familiar. Nos miramos. Era el concursante número seis. No presagiaba nada bueno.

—¿Os está fastidiando? —preguntó el bibliotecario a Motie.

—Todo bien, Daaveed —dijo Motie—. Es nuestra primera reunión del grupo de estudio, ¿verdad, Mohamed?

—Sí —murmuré.

—Más fuerte, Mohamed.

—Sí, es un grupo de estudio.

Mi voz sonó algo más audible que mi anterior susurro.

Daaveed me miró con sorna antes de marcharse.

Yo miré a mi «grupo de estudio». El de Zoher y Rafi, el domingo por la noche, ¿sería también a punta de fusil? Eché un vistazo al reloj. Eran las 16.45. ¿Cuánto tiempo más me retendrían? ¿Me iba a alcanzar el tiempo para hacer mi tarea? Me quedaría despierto toda la noche. Yo no necesitaba dormir. Motie, en cambio, a lo mejor se cansaba.

Motie sacó un libro de su mochila y lo arrojó sobre la mesa. La palabra «Física» estaba garabateada en hebreo con rotulador negro, y debajo «Mar y Jue 9-10. Profesor Sharon». La sangre me latía en las venas. ¿No era suficiente con preparar juntos una clase?

—Nu. Vamos. —Motie dio un golpecito en el siguiente problema.

La biblioteca se había llenado de gente. Todas las mesas grandes estaban ocupadas por estudiantes con sus libros. Miré el reloj: las 16.46. Al menos permitió que yo hiciera mi tarea. Entraba luz por la ventana. ¿Nunca terminaría este día?

Si Baba estuviese aquí, pensé, me diría que le enseñase a Motie a resolver los problemas él solo, en vez de darle yo las soluciones. Así que me puse a resolver los problemas siguientes explicándole previamente cada una de las operaciones. Cuando estábamos por acabar, Motie ya resolvía los problemas solo limitándose a pedirme

que comprobara si sus respuestas eran correctas. Y me hablaba sin ayuda de su Uzi.

—Necesito comer algo, pero volveré. —Me sonrió—. Ha sido muy provechoso.

¿Pretendía que lo esperase sentado en la biblioteca? Cargando en mis brazos los once libros que había sacado, regresé a la residencia. Ojalá no necesitara volver a la biblioteca en mucho tiempo.

—¡Ábreme! —grité a Jameel desde el pasillo.

Los libros me lastimaban la palma de las manos y los antebrazos. La pila me llegaba a la cabeza. Jameel no respondía. Cuando intenté extraer la llave de mi bolsa de papel, desequilibré los libros y se cayeron al suelo. Asustado, los examiné uno por uno. ¿Y si alguno se había estropeado? ¿Cómo haría para pagarlo? Le había entregado casi todo el dinero de la ayuda a mamá. Apenas si tenía para el billete de autobús de regreso a mi aldea y para seis hogazas de pan.

Con el corazón palpitante, abrí la puerta con la llave, limpié cada uno de los libros y los acomodé con sumo cuidado sobre mi escritorio.

Pasaba de la una de la mañana cuando oí la llave de Jameel en la puerta.

—¿Te has montado una biblioteca propia?

—Y tú ¿aún no has empezado a preparar la clase? —repuse.

—Estoy puliendo mi inglés para el baile del sábado por la noche. —Sonrió—. Tendrías que ver a esas norteamericanas. ¡Uy, uy, uy! —Sacudió la cabeza—. Ven conmigo mañana por la noche.

No podía ir. Estaba allí para estudiar. Jameel no tenía la menor idea de los sacrificios que mi familia se veía obligada a hacer por mí.

—Necesitas ir de tiendas. —Jameel se alisó las solapas—. Tengo que enseñarte a vestirme.

¿Cómo justificar la compra de unos pantalones nuevos cuando mamá ni siquiera tenía un jersey para protegerse del viento cortante en invierno?

—Oye, te presto lo que quieras —dijo Jameel—. Ya sé que eres un tacaño —añadió riéndose.

A la mañana siguiente, desperté pensando con pavor en mi clase de Física. Jameel me contó que nuestro profesor era famoso por su mente científica rápida y penetrante y por su aversión a los árabes. La física había sido siempre mi materia favorita, pero ahora hubiera preferido que no fuera una asignatura obligatoria.

—Vas más ceñido que una momia —me dijo Jameel de camino a clase.

Con su pantalón negro y su jersey de cuello alto del mismo color, y el maletín de piel colgado al hombro, parecía un profesor. Yo caminaba a su lado, vestido con la ropa confeccionada por mamá, y sentía en mí las miradas de la gente. Jameel y yo entramos juntos en clase y fuimos directamente al fondo del aula.

A diferencia de los demás profesores, que vestían tejanos y camisetas de algodón, el profesor Sharon entró pavoneándose con un traje a rayas impecablemente planchado y corbata. Sus gruesas gafas, su prominente barba y su desaliñado bigote desentonaban con el resto de su atuendo.

—¿Ichmad Hamid? —preguntó.

Me tembló el labio superior al oír su voz.

—Presente.

—¿De dónde es usted, señor Hamid?

—De la aldea El Kuriyah, contesté con voz trémula.

Cuando el profesor Sharon hubo terminado de pasar lista, nos miró a Jameel y a mí como si fuésemos dos miembros de una especie inferior.

—Son tiempos adversos. —Su tono de voz era solemne—. Cada ciudadano israelí debe permanecer alerta. Vengan a verme si tienen alguna sospecha, por mínima que sea. Nada es irrelevante. —Carraspeó—. Si un rifle de asalto de gran potencia, cuya masa es de cinco kilos, dispara una bala de quince gramos a una velocidad inicial de

300 m/seg, ¿cuál es la velocidad de retroceso, señor Abu Hussein?

Todos los ojos se fijaron en Jameel.

—No estoy preparado para responder.

—Pero esto es algo elemental. ¿Quiere que le ponga un cero? Es preciso que se sacuda la arena que tiene en la cabeza. Usted y los de su clase son unos inútiles.

La mirada del profesor se encontró con la mía.

—Señor Hamid, ¿puede decírnoslo?

—Menos noventa centímetros por segundo —contesté.

Sharon sacudió la cabeza.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—El momento lineal del sistema después de que el rifle haya disparado debe ser igual al momento lineal antes del disparo. Al principio, el momento lineal de la bala y del rifle era nulo, pues estaban en reposo. Empleando la ecuación de la conservación del momento lineal ($m^1 + m^2$)...

—Motie, ¿es esta una velocidad de retroceso importante? —preguntó el profesor.

—Sí —dijo Motie.

—¿Y qué sucedería si el rifle no estuviera firmemente encajado en el hombro de quien lo dispara? —Sharon se apoyó contra su escritorio.

—El tirador recibiría un culatazo considerable —contestó Motie.

—Si el tirador sujeta el rifle con firmeza contra su cuerpo, ¿qué sucedería?

—Su cuerpo absorbería la cantidad de movimiento.

—Excelente, Motie. —El profesor me miró—. Si la masa del tirador es de cien ¿kilos, cuál es entonces la velocidad de retroceso a partir del tiro, señor Hamid?

—4,3 cm/seg —repuse.

—Explíquese.

Por su tono, me pareció que esperaba que me equivocara.

—He usado m_1 para indicar la suma de la masa del tirador, cien kilos, y la masa del rifle, cinco kilos, o sea ciento cinco kilos; luego he calculado la velocidad de retroceso, que ahora es el arma más el tirador, es $v_1 = (15) \times (30\,000 \text{ cm/seg}) (5000 + 100\,000) = 4,3 \text{ cm/seg}$.

El profesor se volvió hacia Motie.

—¿Cómo es la magnitud de este retroceso?

—Bastante tolerable —dijo.

—Excelente, Motie. —Sharon sonrió.

Sonó la campana y Jameel fue el primero en salir del aula. Yo me apresuraba a salir detrás de él cuando alguien me tocó el hombro.

—Lo hemos bordado. —Motie enarcó las cejas—. Vayamos a preparar la del profesor Sharon. Trabajamos bien juntos.

Si le decía que tenía un curso o algo así, Motie iría a comprobarlo. Si se daba cuenta de que le había mentado, quién sabe lo que sería capaz de hacer. Hablaría de este problema con Jameel más tarde, en nuestro cuarto.

Mientras Motie y yo nos encaminábamos a la biblioteca, me preguntaba si era así como se sentían los condenados que partían a las galeras.

—Bolsa sobre la mesa —ordenó el guardia—. Póngalo todo a la vista.

—Viene conmigo y no disponemos de mucho tiempo —terció Motie.

Detrás de él pasé delante del guardia y entramos en la biblioteca. En media hora habíamos acabado la tarea. Le expliqué, como había hecho la vez anterior, la forma de resolver los problemas. Motie me propuso que una vez por semana hiciéramos juntos la tarea del profesor Sharon. Asentí. ¿Por qué no? De todos modos, yo tenía que hacerla.

Jameel estaba sentado en la cama fumando un cigarrillo.

—Nosotros los árabes inventamos el cero —dijo—. Mohamed Ibn Ahmad lo introdujo en 967 a. C. Occidente no lo obtuvo hasta el siglo XIII. Inventamos el álgebra. Enseñamos al mundo a separar la trigonometría de la astronomía. Fundamos la geometría no euclidiana. Los europeos estaban viviendo en cuevas cuando nosotros inventábamos la física y la medicina. ¿Se olvidó de que otrora dominábamos el mundo, de España a la China?

Respiró hondo y agitó el puño.

—Estudiaremos juntos.

—¡Que Alá envíe oscuridad al alma del profesor Sharon!

Jameel casi escupió el humo de su pitillo.

Después de la clase del profesor Sharon, Motie, Jameel y yo íbamos juntos a la biblioteca. Como Motie venía con nosotros, a Jameel y a mí no nos registraban. Les explicaba a ambos los problemas que teníamos como tarea y ellos los entendían. Al terminar el mes ya eran capaces de hacerlo solos, pero seguimos trabajando juntos.

A veces, Motie pasaba por nuestra habitación para pedirnos que lo ayudáramos con otra asignatura. En una ocasión nos trajo un pastel ruso que había preparado su madre. Era riquísimo y me hizo pensar en la rosquilla de mermelada que Baba me había dado a probar años atrás.

Al cabo de un mes, el profesor Sharon entregó las tareas de cada uno de los alumnos, menos la mía.

—La tarea es parte integrante de vuestro curso. —Su voz era severa—. No toleraré que no hagan sus deberes. —Me miró—. Usted, señor Hamid, ¿se burla de mí?

¿A qué se refería? Lo miré sin saber qué responder.

—No hizo la tarea de ayer.

—La entregué ayer.

Junté las manos y las apreté para que no se viera que temblaban.

Las venas del cuello del profesor se hincharon.

—¡Está mintiendo, señor Hamid!

—Profesor... —intervino Motie.

Sharon se volvió hacia él.

—¿Qué quiere?

—Ichmad y yo hicimos juntos nuestra tarea ayer.

—Bien, entonces es que el señor Hamid olvidó entregarla.

—No, no. —Motie negó con la cabeza—. Yo vi cuando la entregaba.

—Bueno, lo verificaré nuevamente.

Sonó la campana.

Jameel se contempló en el espejo. Con sus vaqueros acampanados y su jersey de cuello alto podrían tomarlo por un judío.

—A estos bailes acuden chicas norteamericanas guapísimas. Ven conmigo. Yo elegiré la mía primero y te dejaré a ti el resto.

—Debo estudiar ciertos números.

—Lo único que haces es estudiar. Mira cómo vistes. ¿Por qué actúas como un mártir? En el nombre de Dios, por favor, elige algo que ponerte de mi armario. Me da vergüenza que me vean contigo. Pareces un refugiado, no un estudiante.

Y se marchó al baile. Como no podía concentrarme, abrí su armario, me quité la ropa con la que había llegado de casa y me puse un jersey negro de cuello alto y unos de sus vaqueros acampanados.

Me estudié en el espejo. Cerré los ojos y me imaginé en la fiesta. La orquesta tocaba. Los chicos y las chicas bailaban, como en el *moshav*, cuando yo los observaba con mi telescopio.

Llamaron a la puerta y me asusté.

—¿Hay alguien?

El picaporte giró y entró Zoher.

¿Por qué no la había cerrado con llave?

—La dinámica de las partículas me da problemas. —Se sentó en mi cama y me miró de arriba abajo—. ¿Vas a salir?

—Sí.

La mentira salió de mi boca antes de que pudiera evitarlo. Ahora estaba obligado a ir al baile. ¿Qué explicación le daría a Jameel?

—¿Mañana puedes pasarte por mi habitación? Tengo que hacerte una pregunta.

—De acuerdo.

El baile se celebraba en el auditorio situado en el otro extremo del campus, cerca de la entrada. Tardaría una media hora en llegar andando.

Me maldije cuando pasé por delante de la bandera israelí que flameaba en lo alto de un mástil y de la lujosa residencia Kiriya. ¿Por qué no podía adaptarme a este lugar? ¿Por qué había ayudado a Ali? ¿Por qué no había nacido en Estados Unidos o en Canadá?

Me acordé de cuando cursaba quinto: el maestro Fouad había levantado en alto un ejemplar de nuestro libro de historia israelí obligatorio. «Los israelíes exigen que os enseñe con esto. —Sacudió el libro—. Pero los israelíes han borrado nuestra historia de este libro. A Palestina, la de antes de 1948, la llaman *Eretz Yisrael*, la tierra de Israel, y a nosotros, los árabes de la tierra de Israel. Pero, por mucho que se empeñen, la historia de nuestro pueblo no puede ser borrada. Somos palestinos y esta es nuestra tierra».

Cantamos ¡*Filistea!* ¡Palestina!

El maestro Fouad nos dijo que, de no haberse producido el auge del antisemitismo en Europa a finales del siglo XIX, los judíos no habrían aceptado volver a su tierra natal. Y que cuando Gran Bretaña, después de enfrentar a los judíos contra los árabes, comprendió que la situación no tenía salida, sometió la cuestión palestina a la consideración de la Asamblea de las Naciones Unidas. ¿Podía alguien sorprenderse cuando, después del Holocausto, las Naciones Unidas dividieron la mayor parte de Palestina y se la adjudicaron a la minoría judía? Ojalá mi pueblo se hubiera limitado a aceptar la partición, pero Palestina había sido borrada del mapa antes de que yo naciera.

Chicas en minifalda, *shorts* y tacones altos se meneaban y sacudían al ritmo de la música occidental que tocaba una orquesta israelí. Jameel no había exagerado. Lo vi —su estampa llamaba la atención— en el centro del salón en penumbra conversando con una muchacha bajita de cabello rubio, como los pétalos de girasol.

Al acercarme, Jameel me vio:

—Vaya por Dios...

—¿Con quién estás conversando? —lo interrumpí.

—Te presento a Deborah.

El efecto estroboscópico de las luces hacía brillar la estrella de David incrustada de diamantes que lucía la joven en su collar de oro. Centelleaba como si fuera mágica. En el trabajo, los judíos sefardíes se ponían esas estrellas para que no los confundieran con árabes.

—Un momento, por favor —le dije a ella en hebreo.

Agarré a Jameel de un brazo y lo llevé hacia la puerta.

—¿Tratas de dislocarme el hombro?

Una vez fuera, escudriñé la zona. Nadie a la vista.

—¿Estás en tus cabales?

Se soltó de un tirón.

—¿Qué pasa?

Puse los ojos en blanco.

—Tío, no entiendes nada.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—¿De qué planeta vienes? —Tenía ganas de sacudirlo—. Ella es judía y tú eres palestino.

—¿Qué quieres decir?

—No me hagas pensar que tu coeficiente intelectual no llega a sesenta.

—He salido antes con chicas judías israelíes. Y ella, para que lo sepas, es norteamericana. Me está esperando. Debo regresar.

Se alejó. Yo lo miré incrédulo. Cuando llegó a la entrada, se volvió:

—Me alegro de que por fin te hayas decidido a tomar prestada mi ropa. Luces mejor que nunca. —Sonrió—. Anda, ven.

Mantuvo la puerta abierta invitándome a seguirlo, pero yo regresé a nuestro cuarto.

Zoher abrió la puerta de su habitación. Había un tablero de backgammon sobre una mesa de plástico.

—¿Juegas? —preguntó.

—Solía jugar.

—Soy el campeón del estado.

—No has jugado con todos los ciudadanos —contesté.

—¿Es un reto? —preguntó sonriente.

No deseaba presumir. No es una buena estrategia.

—Hace mucho que no juego —dije.

—Dame una oportunidad.

Antes de que me hiciera rogar una vez más, cogió la mesa, la acercó a la cama y empujó una silla para ponerla del otro lado. Se sentó en la cama y con un gesto me indicó la silla. Llevaba una camisa con botones y sin una sola arruga.

Esto era lo que a mí más me gustaba: una partida entre dos y con un digno adversario. Como solían decir los muchachos israelíes en el campus: «¡Vamos allá!».

Tiró primero él los dados con sus manos tersas como la piel de un recién nacido, y luego yo con mis manos callosas e incrustadas de tierra. Zoher sacó un cinco y yo un seis. Adopté la estrategia del escape. Sin perder un instante, desplazé mis fichas desde su tablero interior hacia su tablero exterior; pensé dejar algunas a fin de que pudieran ser usadas como trampolín para entablar una fuerte ofensiva.

Este era también el juego de Baba, la guerra que le encantaba librar. Habíamos jugado a menudo juntos. Zoher cogió los dados. Una ancha sonrisa apareció en su cara y un brillo de sudor cubrió su amplia frente. Lanzó el controvertido cinco-tres. Me enderecé en la silla y miré brevemente a sus ojos color café. Cogió sus fichas negras, pero no sacó mayor partido del cinco-tres. Lo tenía en mis manos. Baba me había explicado este movimiento: dejaba expuestas las fichas desamparadas o *blots*, y si acertaba, otorgaba inmediata ventaja al contrincante, se perdía la oportunidad de marcar el punto 3. Zoher sacó un pañuelo del bolsillo.

Empecé a mover mis fichas sin dejar posiciones vacías, directamente enfrente de las suyas para crear una posición bloqueada. Una vez que hube colocado seis fichas en las posiciones que no estaban vacías en una casilla, sus fichas no podían escapar. Cuando llevé mis fichas a mi tablero interior, empecé a liberarlas.

Manchas de sudor aparecieron en la impecable camisa de Zoher.

Cuando terminé, se quedó boquiabierto.

—Magnífica partida —dijo—. ¿Cuándo me darás la revancha?

—Dentro de una semana justa.

Sonrió.

—Vale.

Nos dimos un apretón de manos y yo volví a mi cuarto. Durante el resto del año

lectivo, todos los sábados por la noche, Zoher y yo jugamos al backgammon y nunca me ganó, ni una sola vez.

Jameel y yo estábamos en nuestro cuarto empaquetando los libros que nos llevaríamos en el viaje que cada quince días emprendíamos a Acre, cuando oí que llamaban a la puerta. Era Deborah.

—*Shalom* —la saludó Jameel—. ¿Ya estás lista?

Un bolso más grande que uno de mano colgaba de su hombro derecho.

—Me encanta Acre.

Hablaba bien el hebreo, aunque con fuerte acento norteamericano.

Jameel me miró y sonreí. Advertí que la joven llevaba su estrella de David. ¿Acaso Jameel había perdido la cabeza? ¿Y si nos veían los soldados? ¿Qué pensarían todos?

—¿Listo? —me preguntó en hebreo.

—Tú te sientas al lado de ella —le dije en árabe—. Haré como que no os conozco.

—Haz lo que te parezca. Vamos —replicó en árabe.

Deborah me sonrió y yo me obligué a mover los labios.

En la estación de autobuses, Deborah se marchó a comprar algo en el quiosco. Jameel se encogió de hombros.

—Quiere nueces para el viaje.

—¡Ni el Profeta podrá salvarte!

—Dale una oportunidad.

Deborah regresó con una bolsa de nueces calientes y me ofreció una.

—No, gracias.

Sus ojos azules brillaron como el océano a la luz del sol. Era ciertamente la chica más bonita que había visto en mi vida.

Jameel y Deborah se sentaron juntos en el medio del autobús y yo atrás, solo, haciendo mi ejercicio de química orgánica. Cuando llegamos, bajé detrás de ellos.

Deborah se volvió.

—Ven.

Esperaron a que yo los alcanzara. Temía la reacción de los padres de Jameel. Yo solo podía imaginarme lo que habría hecho mamá si yo hubiera llevado a casa a una chica con la estrella de David colgada al cuello. Era como si la estuviera viendo: se habría fijado inmediatamente en esa estrella.

—He venido con una amiga —le diría yo.

Mamá se quedaría helada, con la boca abierta y mirada de terror. Daría un chillido agudo y se pondría a recitar el Corán, invocaría a Alá, al profeta Mahoma o a cualquier otro que según ella pudiera salvarme.

Entonces vendría Abbas.

—¿La has traído para fornicar en nuestra tienda?

Mamá me diría:

—Mi corazón está contigo como el fuego y tu corazón está conmigo como una piedra.

Y después armaría un escándalo.

Um Jameel nos recibió con una sonrisa, un té humeante y una variedad de platillos que había dispuesto sobre la mesa de la cocina con tabulé, humus, aceitunas, queso Halloumi frito, falafel, hojas de vid calientes, *labneh*, baba *ganush* y *lubia bi zeit*.

—Bienvenidos a nuestro humilde hogar —dijo en un hebreo chapurreado—. Pasad, por favor, ojalá hubiera preparado más.

Deborah, Jameel y Um Jameel se acercaron a la mesa de la cocina. Yo no me moví.

—Ven —me llamó Um Jameel.

Los seguí a la mesa.

Apareció Abu Jameel trayendo una fuente con brochetas de carne, pollo, cordero y *kafta*, de la parrilla que tenían fuera. Nos pusimos de pie. Jameel lo besó en las mejillas y yo le tendí la mano.

—Te presento a mi amiga Deborah —dijo Jameel.

Abu Jameel estrechó la mano de la chica.

—Nuestra casa es tu casa.

Después de comer, Deborah, Jameel y yo nos marchamos al bazar árabe. Los puestos estaban repletos de juegos de ajedrez de madera taraceada, narguiles, encajes, amuletos contra el mal de ojo, collares beduinos de monedas de plata, alfombras orientales, pañuelos y túnicas árabes, y también camisetas, sombreros y toallas con la palabra «Israel» impresa en la tela.

Mientras bebíamos un zumo de naranja exprimida que habíamos comprado en un carrito de la calle, oí la voz de un hombre que llamaba a Jameel desde el interior de un puesto. Nos abrimos paso entre túnicas de vivos colores y brazaletes de oro y plata, collares y anillos, hasta el fondo de la tienda.

Jameel y el hombre se abrazaron. Tenía una barba gris y llevaba pañuelo a cuadros rojos. Con un gesto nos indicó que tomáramos asiento en un diván con cojines. Apareció una mujer con una fuente de cobre con tacitas de café negro. Después de beberlo nos marchamos y atravesamos el mercado en dirección a donde vendían pasteles orientales.

Me estremecí al ver al carnicero con un pedazo de carne cruda colgando de un gancho. Pensé en el matadero de los judíos. Era obvio por qué no podíamos competir: mi pueblo no era ni de lejos tan eficiente como los judíos israelíes. Probablemente ese carnicero troceaba una vaca por mes.

Los vendedores de especias pesaban bolsitas llenas de azafrán, cúrcuma, comino y canela.

Me fijé en una gran bandeja redonda de *kanafi* en la ventana y supe que esa era la

pastelería preferida de Jameel. Un hombre nos sirvió tres porciones y tres vasos de agua de una jarra, y comimos: Jameel, la chica judía y yo.

De camino a la casa de Jameel, divisé a un grupo de soldados que venía corriendo en nuestra dirección. Me puse delante de Deborah hasta que ellos pasaron de largo.

Jameel me dio un coscorrón.

—¿Sabes lo que nos harían si se dan cuenta de que ella es judía? —Traté de no levantar la voz para no llamar la atención—. Podrían matarnos. Te estoy hablando en árabe. ¿Me entiendes?

—Puede que eso suceda en las aldeas de donde tú vienes, pero en las ciudades es diferente. Aquí vivimos en paz con los judíos.

—Debes de ser ciego.

Jameel y yo estuvimos cinco minutos riñendo, hasta que nos dimos cuenta de que Deborah había desaparecido.

—¿Dónde está? —Había pánico en su voz.

—No debimos traerla.

—¡Vamos a buscarla!

—¿Sabes lo que nos harán si a ella le sucede algo? —pregunté.

Recorrimos todos los puestos del bazar corriendo y gritando el nombre de Deborah. Había gente por todas partes. Niños en cochecitos, ancianos con bastón. Franceses, ingleses, árabes, hebreos, rusos. Pero ni rastro de Deborah. Y nos llevarían a la cárcel si a ella le ocurría algo.

La busqué en el interior de cada tienda hasta que la encontré en la que vendía instrumentos musicales, sentada en una silla rasgueando un *oud*, muy tranquila, sin enterarse del susto que nos había dado. Me pregunté si no estaría jugando con nosotros. ¿Podrían ser tan diferentes las cosas en América?

Jameel interrumpió al dueño, que le estaba mostrando cómo se toca el *oud*.

—¿Qué haces aquí?

Jameel estaba sin aliento.

—Toco la guitarra desde hace años. Quería probar el *oud*. Lo escuché en un concierto que dieron en la escuela y me enamoré de él. —Se volvió hacia el tendero y le dijo—: Me llevo este.

Le pagó una suma equivalente a la que ganaba yo trabajando dos meses en el matadero.

Esa noche, Jameel, sus padres y yo nos sentamos en torno a la mesa de café y aguardamos a que Deborah tocara su nuevo instrumento.

Trató de rasguearlo de pie, pero resultaba raro.

—Los *oud* fueron pensados para que las personas toquen sentadas —dije.

Se sentó en una silla, frente a mí, y probó de nuevo, pero el *oud* se giró.

—Tengo que acostumbrarme a sostenerlo. —Sacudió la cabeza y me miró—. Se resbala de mi regazo. Quiere mirar al techo, no al público.

—Póntelo contra el pecho, no contra la barriga —dije—. Así no se moverá.

Aquello era muy injusto. Él era incapaz de tocar ese instrumento tan caro. Un día se iba a aburrir de él y no volvería a usarlo.

—¿Así? —Lo apoyó sobre el regazo.

—Sí, pero endereza más el cuello.

—Me cuesta habituarme a un instrumento sin trastes. Estoy acostumbrada a que los trastes de la guitarra marquen el lugar exacto del tono.

Se quejaba de eso como si fuera un gran problema. Rasgueó unas pocas veces más.

—¿Por qué no empiezas con el Maqam Hijaz? —sugerí, suavizando un poco el tono. A lo mejor su admiración por nuestra música era sincera y merecía una oportunidad.

—¿El qué?

No sabía qué era, por supuesto.

—Un *maqam* es un concepto relacionado con las ideas occidentales de «escala» y «modo». —La miraba mientras se lo decía—. El Maqam Hijaz tiene un si bemol, un mi bemol y un fa mayor en la armadura de clave, siendo re la tónica.

Tocó las notas.

Me miró con sus hermosos ojos.

—¿Cómo ha estado?

—Tu punteo falla. —Yo estaba hablando como Baba—. Es la muñeca lo que rige el movimiento del punteo. Tú lo llevas con el antebrazo. Sostén la púa como si fuera una extensión de tu mano.

—¿Así? —Rasgueó las cuerdas.

—Mantén la muñeca doblada lo más que puedas, sin que ello te impida tocar.

Lo hizo y rasgueó las cuerdas.

—Así es —aprobé—. No dejes que el codo y la muñeca hagan el trabajo.

Tocó el Maqam Hijaz perfectamente. Sonreí como sonreía Baba cuando lograba enseñarme una melodía.

Cuando terminó, todos aplaudimos.

—Ojalá no tuviera que marcharme de vuelta a casa la semana que viene —dijo.

—¿A casa?

¿No era que todos los judíos creían que Israel era su hogar, el que Dios les había prometido?

—Mi casa; ya sabes, California —aclaró.

El día antes de marcharse, Deborah vino a nuestro cuarto con una caja.

—Pensé que podríamos compartir nuestra última cena juntos, estilo norteamericano. —Sonrió—. *Pizza*, *Coca-Cola* y *Sonny y Cher*.

Puso la caja sobre el escritorio de Jameel y enchufó su casete en la pared. Se oyó la voz de Cher cantando *I've got you babe*. Deborah nos dio un trozo de *pizza* a cada uno. Empezábamos a comer cuando alguien llamó a la puerta.

Era mi hermano Abbas. Examinó mi habitación. Se fijó en la estrella de David de

Deborah y palideció. Lo empujé fuera y cerré la puerta dejándola un poco entornada. Se tapó los oídos y se puso como una fiera.

—¡Estás de juerga con nuestros enemigos!

Agitó los puños y respiró hondo varias veces.

—Él es Jameel, mi compañero de cuarto. Es palestino, como nosotros.

—¿Y la rubia con la estrella de David? —espetó—. Supongo que esperas que te crea que ella también es palestina. —Me entregó una carta—. Llegó ayer.

No reconocí el remitente, Abud Aziz, pero sí su dirección. El Centro de Detención Dror. La extraje del sobre.

Estimado Ichmad:

Usted no me conoce, pero estoy en la cárcel con su padre. Se ha caído. Los días de visita son el primer martes de cada mes de 12 a 14 horas.

Atentamente,

Abud Aziz

Yo había prometido a Baba que no lo visitaría, pero, en el fondo de mi corazón, estaba buscando una excusa. ¿Y si lo torturaban y en sus cartas mentía cuando me decía que se encontraba bien?

—¿Debo ir? —pregunté a Abbas.

—¿Te queda algo de conciencia?

¿Cómo podía Baba, que era tan apolítico y le gustaba tanto contar chistes, sobrevivir en la cárcel? ¿Y si otros presos le pegaban por ser demasiado complaciente con los israelíes?

—Me pidió que no fuera —repuse.

Sentí un retortijón en la boca del estómago cuando me di cuenta de que era lunes, el primer lunes del mes.

—Iré mañana —dije.

Después de dieciocho años, los árabes israelíes ya no necesitaban un permiso para viajar.

—Mamá le envía esto. —Abbas me entregó una bolsa de papel con almendras—. Ahora debo regresar.

—Quédate aquí esta noche —le ofrecí—. Duerme en mi cama.

—De ninguna manera. Me niego a confraternizar con el enemigo.

—Espera.

Lo llevé a la cocina para darle lo que guardaba para mi familia.

—Por favor, quédate —rogué una vez más.

Le entregué una bolsa de comida congelada y se marchó.

—¿Qué sucede? —preguntó Jameel cuando regresé al cuarto.

—Mi padre ha sufrido un accidente. Debo ir.

—¿Quién era ese? —Y se metió el último bocado de *pizza* en la boca.

—Mi hermano.

—¿Y no lo invitas a que pase? —Se dirigió a la puerta.

—No —contesté en un tono más fuerte del que hubiera deseado—. Se ha marchado a casa. Mi madre lo necesita.

—¿Y tú no vas?

—Mañana.

Sí. Iría mañana. Abbas me había dado el dinero necesario.

Mientras Jameel dormía, lavé la camisa y el pantalón en el fregadero y los colgué fuera, en el tendedero. Quería pedirle prestado algo, pero no deseaba llamar la atención. Limpié mis sandalias con un trapo húmedo.

Cuando oí al almuédano que llamaba a la oración, me duché y me lavé el pelo con jabón. Delante del portal del campus cogí el primero de los cinco autobuses que debía tomar. A mi regreso pediría los apuntes y las tareas a Motie, Zoher, Rafi y Jameel.

Durante el viaje me preguntaba qué podría sucederle a Baba si los demás presos se enteraban de que había construido viviendas para los judíos. ¿Habrían detenido a alguien de nuestra aldea últimamente? Los israelíes, por supuesto, querían que todo el mundo lo supiera. Pasaron por mi mente imágenes de Baba golpeado por los presos palestinos y por los guardias israelíes y apreté fuertemente la bolsa de almendras que había mandado mamá.

El sol pegaba fuerte y en el autobús hacía un calor agobiante. Me sentía mareado, deshidratado. Me acordé del primer viaje, años atrás, cuando sin preparación alguna salí prematuramente de la inocencia de la infancia.

Estudiaba matemáticas, química, física, cualquier cosa con tal de mantener la mente ocupada. Pero, a pesar de mis esfuerzos, cuando llegué a la prisión, estaba nervioso y enfermo. Trastabillando, me dirigí a la cárcel diciéndome que Baba debía de estar muy malherido para que otro prisionero se sintiera en la obligación de escribirme. ¿Lo reconocería?

Olvidé mi malestar en cuanto oí un grito desgarrador que provenía del corral. Instintivamente, corrí hacia allí. Un guardia incrustaba su Uzi en las costillas de un prisionero tumbado en el suelo en posición fetal. ¿Era Baba? No quería mirar, pero los gemidos me obligaron a hacerlo. El hombre dejó de moverse. ¿Estaba muerto?

Corrí a la entrada y aguardé allí muerto de impaciencia mientras el guardia voceaba los nombres de los presos uno tras otro. Si había muerto, ¿se molestarían en gritar su nombre? Pensé en las veces que habían gritado el nombre de Baba, pero nadie había venido a verlo.

El sol era como un atizador candente. Había varias personas sentadas en la arena. Un anciano con bastón se desmayó y su familia le mojó la cabeza con agua de una botella. ¿Por qué no habían construido un pequeño refugio para nosotros? Mano de obra no les faltaba. Los bebés y los niños lloraban, y yo esperaba. Tenía la boca seca y la piel me ardía. Por fin, al cabo de dos horas, el guardia gritó el nombre de Baba.

—¿A quién viene a ver? —me preguntó cuando me acerqué a la puerta.

—A Mahmud Hamid, mi padre —dije, mirando el suelo.

—Ah, ¿usted es el hijo de Mahmud? Una gran voz. Me ha enseñado a tocar el *oud*.

Lo miré fijamente y le entregué la bolsa con almendras. Inspeccionó el contenido.

—No puede entrar con esto, pero si quiere yo se la daré luego.

—Gracias —dije.

—Debéis aguardar todos aquí —informó el guardia—. Lamentablemente, todos los visitantes serán registrados. —Dio media vuelta—. Yo Bo'az, este es el hijo de Mahmud Hamid; ocúpate de él. —Y luego, volviéndose hacia mí—: Encantado de conocerlo.

—Lo mismo digo —contesté, y fui al encuentro de Bo'az.

Entré en la habitación con otros hombres. Bo'az me cacheó de arriba abajo sin hacerme quitar la ropa y me dejó pasar.

Baba apareció en la ventanilla. Tenía la cara curtida como cuero, con profundas patas de gallo y arrugas verticales en la frente. Me sentí abrumado. ¿Era todo mentira lo que contaba en sus cartas? Sonrió y vi un destello del padre que yo recordaba.

—¿Le ha ocurrido algo a tu madre o a alguno de tus hermanos?

—Me enteré de tu caída.

Baba sacudió la cabeza.

—Di un traspié y tuve una ligera conmoción. Ya estoy bien.

—Me temí lo peor.

Baba sonrió.

—Estoy muy orgulloso de ti. Un estudiante universitario. ¿Has perdido alguna clase por venir aquí?

—Puedo recuperarlas. Vendré cada mes —dije.

—De ninguna manera. No quiero que pierdas una sola clase. En la vida, si uno desea lograr algo importante, él y sus seres queridos han de hacer sacrificios.

Cuando llegó la hora de retirarme, Baba me miró a los ojos:

—Me siento muy orgulloso de ti.

Puso la mano contra el cristal de la ventanilla y yo hice lo mismo. Cuando se lo llevaban escoltado me quedé mirándolo hasta que abandonaron la habitación y cerraron la puerta. Después, lloré como un niño.

El profesor Sharon no estaba en clase. En su lugar, apoyado en su escritorio, había un hombre pecos, rubio, de pelo ensortijado, con unos tejanos desgarrados y la camisa por fuera.

—Reemplazaré al profesor Sharon durante el período de cumplimiento de sus deberes militares como reservista —anunció.

Recé para que las obligaciones del profesor Sharon se prolongaran veinte días más, hasta el final del semestre.

Después de la clase, al pasar por delante del despacho del profesor, alcancé a ver a un soldado uniformado y bien afeitado hablando con el sustituto de Sharon y me quedé paralizado. Me vino a la memoria la imagen de Baba, en el suelo de casa, ovillado en posición fetal, mientras el soldado le aporreaba las costillas con su metralleta. Pensé en el comandante aquel, cruel y desdeñoso, muy parecido al soldado que se hallaba en el despacho del profesor Sharon.

El mundo se tambaleó ante mis ojos. Los ojos, la nariz, los labios... era el profesor Sharon, afeitado. Lo miré fijamente. Cuando me vio, bajé la vista y me marché de allí a trompicones.

Fue hace muchos años y en aquella habitación a oscuras no había más luz que el resplandor de las linternas con que enfocaban a mi familia. No estaba seguro. Recordé nuevamente al comandante lleno de odio que se había burlado de Baba, que lo había escupido y le había hundido la metralleta en el cuerpo. Aquel militar era el profesor Sharon. Moví la cabeza. No, no era. No podía ser.

Quizá sí.

Quince días después, entré en el aula y me quedé helado, incapaz de avanzar. Recostado en su silla, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, el profesor Sharon me miraba fijamente. Si no hubiera sido por los alumnos que empujaban para entrar en clase, habría dado media vuelta y me habría marchado. Mi corazón palpitaba con fuerza. Cinco días y termina el semestre, pensé.

Sharon nos entregó un examen práctico para que hiciéramos en casa y que luego, nos informó, corregiríamos en clase.

—Quería corregirlos personalmente —añadió el profesor Sharon en tono solemne—. Pero, debido a la creciente hostilidad de los árabes, he adelantado vuestro examen a pasado mañana.

En los últimos años habían aumentado las tensiones entre Israel, Jordania, Siria y Egipto por sus derechos sobre el agua y la tierra. Ello dio lugar a una situación prolongada de guerra y violencia en la zona fronteriza.

Jameel y yo nos encontrábamos en el cuarto de la residencia, sentados a nuestros respectivos escritorios, aspirando el aroma de un estofado de verduras que nos llegaba de la cocina, cuando oí los tres golpecitos rápidos típicos de Motie cuando

llamaba a mi puerta.

—Pasa —dije en hebreo.

—Traed vuestros exámenes prácticos a la cocina —nos pidió—. Saquémonos esto de encima cuanto antes. Tenemos que ponernos a estudiar cosas más importantes.

Sobre la mesa de la cocina había cinco platos y un gran bol de cereal blanco cocido, suelto y vaporoso.

Rafi y Zoher ya se habían sentado a la mesa.

—¿Has probado el cuscús? —preguntó Zoher.

Negué con la cabeza.

—Estudiaremos el estilo de Marruecos. —Zoher sirvió cuscús en el plato de cada uno y Rafi lo cubrió con un cucharón de estofado de verduras—. El cuscús de mi madre es el mejor de Casablanca.

Comimos y resolvimos entre todos las preguntas de la prueba.

El día del examen entré en el auditorio y me senté al fondo. Fijé la mirada en mi pupitre, como para despejarme la mente, cuando oí que una voz desconocida nos informaba que el profesor Sharon no vendría. Se me quitó un peso del corazón.

Cogí la hoja de mi examen, miré la primera pregunta, luego la segunda y la tercera. Debía de haber un error. El israelí sentado a mi lado también revisaba su examen. Esa prueba era la misma que la de la clase de repaso.

Había mucha actividad en el aparcamiento frente a las residencias universitarias. Padres que cargaban maletas en sus coches y grupos de estudiantes con bolsas y mochilas al hombro en la parada de autobuses y en la calle. El año escolar había concluido.

Cuando a la mañana siguiente oí que llamaban a mi puerta, lo primero que pensé fue que era un error. Las habitaciones estaban vacías. Jameel ya se había marchado y yo estaba a punto de salir para mi aldea a pasar el verano.

Un estudiante israelí, judío, estaba allí de pie, con los brazos en jarras.

—El profesor Sharon desea verte en su despacho. ¡Ahora mismo!

El miedo me paralizó. Fui incapaz de contestarle.

—¿Qué te pasa? —preguntó con sorna.

Mi primer impulso fue huir, retornar a mi pueblo. Sharon seguramente había estado esperando a que acabara el semestre para tomarla conmigo. Aunque también cabía que quisiera felicitarme por el resultado de mi examen. Estaba seguro de que todas mis respuestas eran correctas. Además, si sabía algo sobre Baba, ¿por qué habría esperado a que terminaran las clases para decírmelo?

Seguía tentado de recoger mis cosas y regresar a mi aldea sin ir a verlo, pero recordé mi promesa. «Esto no tiene que ver con Baba», intenté convencerme mientras me dirigía a su despacho. Seguramente él ni siquiera sabía quién era Baba. Con mano temblorosa, llamé a la puerta.

—Pase —dijo el profesor Sharon.

Colgada detrás de su escritorio había una fotografía de Einstein, con la

inscripción de la ecuación $E = mc^2$ debajo. No podía ser tan malo si admiraba a Einstein.

—¿Creyó que no me daría cuenta?

El profesor Sharon se irguió con toda su corpulencia detrás de su escritorio y me clavó una mirada amenazadora.

¿De qué estaba hablando?

—Ha copiado en el examen.

¿Había oído bien? No se trataba de Baba.

—Esto estaba en el suelo, cerca de su asiento.

Agitó en el aire un papel que parecía mi hoja de respuestas de la prueba de repaso.

—Mi prueba está en mi cuarto.

—Vaya a buscarla. He informado al director del departamento. Será usted expulsado, a menos que pueda dar una explicación. Aplicamos la política de tolerancia cero para esta clase de cosas. —Sacudió la cabeza—. Es usted igual que el terrorista de su padre.

No quería entrar en esa discusión. Sabía que, en Israel, cualquiera que fuera acusado de apoyar a la OLP era deportado, encarcelado o asesinado. El profesor tenía mi destino en sus manos. Cada milímetro de mi cuerpo deseaba gritarle: «Lo único que hacemos es defendernos del terrorismo israelí».

—¿Por qué ustedes los palestinos no se dan por vencidos? Nadie los quiere.

—¿Debieron darse por vencidos los judíos en los campos de concentración?

—Usted no tiene idea de lo que dice. —Su rostro enrojeció de ira.

—¿Acaso Hitler y los nazis querían a los judíos? ¿Quién quería a los judíos?

—¡Cállese! —ladró.

—Nadie quería a los judíos, pero ustedes se defendieron del exterminio. Los palestinos somos como ustedes.

—No se puede comparar. —Cortó el aire con un dedo—. ¡Fuera de aquí!

Había dado rienda suelta a mi bronca. ¿Cómo se me había ocurrido hablarle de esa forma? Ahora él no se privaría de contarles a todos lo que sabía sobre Baba. Abrí la puerta y salí corriendo.

Llamaron a la puerta de mi habitación justo cuando estaba buscando desesperadamente la prueba de repaso. Mis músculos se tensaron. La puerta se abrió.

—El profesor Sharon se ha vuelto perezoso —dijo Zoher—. Me pregunto en qué estaría pensando.

Seguí buscando sin contestarle.

—Aquí tienes papel negro y cinta adhesiva —dijo—. Cada uno debe tapar sus ventanas.

No tenía la menor idea de qué me estaba hablando.

—¿Qué?

—Para que desde el exterior no se vea la luz en caso de guerra —explicó.

En las últimas semanas, debido a las crecientes tensiones, todo el mundo hablaba de la posibilidad de una guerra, pero yo no lo había tomado en serio.

Me senté en el borde de la cama y me cubrí los ojos con las manos.

—¿Algún problema?

—El profesor Sharon me ha acusado de copiar.

—Eres el más inteligente de la clase.

—¿Quién me va a creer a mí, un árabe?

—Es absurdo —afirmó con voz serena.

Sharon les contaría a todos que Baba estaba en la cárcel acusado de terrorista. Yo quería desaparecer antes de que lo supieran.

—Por favor, debo irme.

Metí los libros en una bolsa y salí disparado del cuarto dejando a Zoher sentado en mi cama. Necesitaba estar solo para pensar.

—¡Espera! —gritó Zoher, pero yo ya estaba abajo.

En el camino de regreso a mi aldea vi militares por todas partes. La policía había bloqueado la carretera entre Tel Aviv y Jerusalén y paraba a los vehículos para pintar sus luces de azul oscuro, una medida de precaución por si estallaba la guerra. Cuando por fin llegué a la aldea, por la tarde, vi a mamá bajando la colina.

—¿Hay combates en Jerusalén? —preguntó.

Bajé la cabeza.

—Me han echado de la universidad.

—Bien. Necesitamos comprar arroz, lentejas y patatas —dijo—, y llenar nuestros cántaros con agua.

Bajé con ella por el sendero de tierra que discurría entre las casas hasta el llano y desde allí nos dirigimos a la plaza del pueblo. La plaza bullía de gente; las mujeres iban deprisa de un lado a otro con los cestos de la compra sobre las cabezas. Cuando llegamos a la tienda, la cola llegaba hasta la casa de té.

—Tenemos que almacenar provisiones —dijo sin mirarme—. La cabra, los pollos y las verduras que tenemos no serán suficientes, dado que tal vez no podamos movernos de allí arriba.

Al parecer, la guerra estaba próxima.

A la mañana siguiente, bajé a la plaza a esperar la llegada de los empleadores israelíes, pero no apareció ninguno. Entonces fui a la casa de té, me senté con los demás hombres y escuché las noticias que transmitían las emisoras egipcias.

«Regresa por donde has venido. No tienes posibilidades», decía por la radio una voz en árabe con acento hebreo. No pude reprimir una sonrisa. Toda esa pesadilla acabaría pronto. Si los árabes ganaban, Baba sería liberado.

Devoramos el *Haaretz*, el periódico israelí. El titular de la primera plana decía: «Los árabes amenazan con arrojarnos al mar». El peso que yo arrastraba desde hacía siete años se aligeró de pronto. Había esperanza.

El 16 de mayo de 1967, cuando Egipto expulsó a la Fuerza de Emergencia de las

Naciones Unidas del Sinaí, bailamos el *dabke* en la plaza del pueblo, frente a la casa de té. El Mujtar, haciendo girar una ristra de cuentas, nos guio, a mí y a los demás hombres, cogidos del brazo mientras zapateábamos y saltábamos con brío. A cada zapateo afirmábamos nuestra relación con la tierra.

Una explosión de llamas y humo se expandió por la plaza como un súbito vendaval de fuego. Caí hacia atrás y me golpeé la cabeza con la punta de una mesa. El té caliente se derramó y me cayó en la cara, quemándome la piel. A mi alrededor volaban vasos que se hacían añicos en el suelo. Abu Hassan se desplomó encima de mí y otros cayeron encima de él. Se oyó un grito visceral. Me pasé la mano por la cabeza y la nuca. No había sangre.

—Han alcanzado a Abdul Karim Alwali.

Empujé para liberarme de aquellos hombres que tenía encima, me puse en pie y miré. No quedaba nada de él más que sangre, pedazos de carne y fragmentos de huesos. Ziad, su hermano, se hallaba a su lado en el suelo. Tenía trozos de carne roja donde segundos antes habían estado sus manos. Tenía agujeros de metralla en la cara y el ojo izquierdo cerrado, tumescente, y sus gritos eran desgarradores.

La camioneta del Mujtar bajó a todo velocidad por la carretera y frenó delante de nosotros. Los aldeanos levantaron a Ziad y lo pusieron atrás. Su madre corrió hasta el vehículo, miró a su hijo, pegó un grito y rompió a llorar.

Subió a la camioneta y se sentó a su lado. El Mujtar arrancó y se fue. Algunos niños salieron de sus casas con cubos de plástico y se pusieron a juntar los trocitos de carne de Abdul Karim.

Abbas no se había movido de la tienda. Le costaba mucho bajar la colina y no podía correr. No había razón para que él viera aquello y yo daba gracias al cielo de que estuviera vivo. Me preguntaba qué estarían haciendo Rafi, Zoher y Motie.

El 22 de mayo me encontraba en la casa de té cuando Egipto anunció que cerraba los estrechos de Tirán a todos los buques de pabellón israelí. Desfilamos por la plaza de la aldea con los puños levantados y cantando «Con nuestra alma y nuestra sangre te liberaremos, Palestina». Se nos unieron más vecinos y recorrimos toda la aldea.

El 5 de junio, a las 7.45 de la mañana, sonaron las sirenas de la defensa civil. Renació mi esperanza. Bajé la colina a toda carrera hasta la destrozada casa de té. Cantábamos mientras hacíamos la «V» de la victoria con la mano en alto. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Palestina volvería a pertenecer a los árabes.

«Los bombarderos israelíes cruzaron el espacio aéreo egipcio —informó la voz de los árabes desde El Cairo—. El fuego de la aviación egipcia derribó las tres cuartas partes de los cazas israelíes».

Hipnotizado por la radio, yo bebía una taza de café tras otra.

«La fuerza aérea egipcia contraatacó Israel. Las fuerzas israelíes penetraron en el Sinaí, pero las tropas egipcias las enfrentaron y han pasado a la ofensiva».

Golpeamos las mesas con los puños. Los árabes estaban ganando. Baba recuperaría la libertad. La victoria estaba a nuestro alcance.

«En El Cairo, la gente está celebrando. Cientos de miles de ciudadanos egipcios han tomado las calles cantando “¡Abajo Israel! ¡Ganaremos la guerra!” —seguía informando la radio—. Hemos derribado ocho aviones enemigos».

Yo rogaba que hubiera supervivientes, para que luego se produjera un canje de prisioneros.

«En este momento, nuestros aviones y nuestra artillería están bombardeando todas las ciudades y aldeas de Israel. Vengaremos la dignidad que perdimos en 1948».

Yo sentía que por fin cambiaba mi suerte. Fui a compartir las buenas noticias con mi familia.

El fragor de un helicóptero que se acercaba llenó el cielo. Se cernió sobre nuestra aldea y a continuación una explosión ensordecedora sacudió la tierra. El helicóptero había disparado un cohete a la mezquita. Me quedé paralizado. El almuédano había llamado a los aldeanos a orar minutos antes. Corrí hacia allí.

Había cuerpos tendidos en el suelo, sangrando por las heridas causadas por la metralla. Manos que sobresalían de los escombros. Pedazos de brazos, piernas, torsos y cabezas desparramados por toda la plaza. Reconocí el rostro de Um Tariq boca abajo en el suelo, quieta, inmóvil, mientras la sangre brotaba por debajo de la cabeza y anegaba la tierra. Tenía pedacitos de masa encefálica pegados en el pelo negro. Sus cuatro hijos jalaban de su túnica, pidiéndole a gritos que se levantara. ¿Por qué disparaban a las aldeas indefensas?

La gente gritaba y corría presa del pánico. Se empujaban y chocaban unos con otros. Familiares aterrados llamaban a gritos a sus seres queridos y sus nombres quedaban suspendidos en el aire. Se levantó una densa humareda que impedía ver y escocía los ojos. Con la cabeza gacha me puse a remover escombros hasta que me sangraron las manos, pero no me detuve. Podía haber gente enterrada viva. Otros también removían escombros cerca de allí. Oscureció. Ya no se veía nada. Debía regresar a la tienda, junto mi familia. Encontré a mamá y Nadia abrazadas, llorando.

—Los israelíes pagarán por esto —le dijo Abbas a Fadi. Temblaba de furia.

Mamá, Abbas, Nadia, Fadi, Hani y yo pasamos la noche abrazados. Sabíamos que cualquiera de nosotros podía morir en cualquier momento.

A la mañana siguiente, ansioso por escuchar alguna noticia alentadora, bajé a la casa de té. A eso de las once, la radio anunció que la artillería jordana de largo alcance había comenzado a disparar artillería contra las zonas suburbanas de Tel Aviv. Una hora más tarde, se informó que los cazas jordanos, sirios e iraquíes surcaban el espacio aéreo israelí.

«Los cuarteles sionistas en Palestina están a punto de ser destruidos», aseguró

la radio egipcia.

Las explosiones y el rumor de los cazabombarderos amigos glorificaban el cielo. Nuestros hermanos árabes estaban por llegar.

«Las Fuerza Aérea siria ha comenzado a bombardear ciudades israelíes y a destruir posiciones israelíes», anunció la radio de Damasco.

«Estamos viviendo las horas más sagradas de nuestra vida; unidos a los demás ejércitos de la nación árabe, estamos luchando con heroísmo y honor contra nuestro enemigo común —declaró por radio el primer ministro Juna—. Hemos esperado años esta batalla para borrar la mancha del pasado. Tomad las armas y recuperad vuestro país robado por los judíos».

De pronto, oí tiros fuera. Salimos a toda prisa de la casa de té. Vimos soldados israelíes por todas partes. Unos pocos soldados jordanos, descalzos y con fusiles rudimentarios, habían entrado en la aldea. Un tanque israelí disparó un obús. Los jordanos, con el cuerpo en llamas, echaron a correr dando vueltas en círculo. Se arrojaron al suelo y rodaron por la tierra para apagar el fuego, pero las llamas finalmente los devoraron. Trece jordanos calcinados yacían en la plaza del pueblo; sus brazos y piernas retorcidos, en posturas antinaturales, y su carne abrasada. Lo único que quedaba de ellos eran huesos calcinados.

Esa noche ninguno de nosotros pudo dormir. Escuchamos las lejanas explosiones de morteros y cohetes. Tras dos horas de bombardeos, volvió el silencio. Entonces, un disparo de mortero explotó cerca de nuestra tienda de campaña e iluminó el cielo con su resplandor. Otro disparo detonó muy cerca de nosotros.

—¡Salgamos de la tienda! —gritó mamá.

La parte de atrás estaba en llamas. Mis hermanos escaparon hacia la noche. No teníamos donde guarecernos. Nos cubría una nube de humo negro. El rostro de mamá sangraba. Nadia tenía salpicaduras de sangre en la cara. Hani lloraba. Me pasé las manos por la cara y se llenaron de sangre tibia. La metralla había alcanzado la tienda y nos había herido.

Nos guarecimos bajo el almendro y una vez más vimos como el fuego destruía lo poco que teníamos. Las llamas que salían de la tienda iluminaron el rostro angustiado de mamá. El fragor de los helicópteros que sobrevolaban nuestras cabezas ahogó mis pensamientos.

Dormimos a la intemperie. En plena noche, otra explosión iluminó el cielo. Los aviones lanzaban misiles a nuestra aldea. Las casas estaban en llamas. Soñé que el profesor Sharon me llamaba a la pizarra para resolver una ecuación matemática y yo no podía ver los números. Sonreía y los israelíes reían y se burlaban de mí. A lo lejos, los morteros y cohetes seguían explotando.

Por la mañana, me despertó el agudo silbido de un misil. Nadia consolaba a Hani, que lloraba. Oí tiros y gritos y bajé la colina a la carrera.

La gente deambulaba aturdida y llorando. Había escombros humeantes por todas

partes. El olor a carne humana quemada era penetrante, intenso. En el camino, donde la sangre palestina había sido derramada, había manchas marrón rojizo.

Lo único que quedaba de la mezquita era la aguja del alminar con su corona en forma de cebolla.

La casa de té estaba atestada de vecinos cantando.

«¡Filistea! ¡Filistea!». Me uní a ellos y repetí el mantra una y otra vez. Mi cuerpo se mecía atrás y adelante. Dos tanques israelíes irrumpieron en la plaza.

—¡Márchense a Jordania o los mataremos! ¡Esta tierra no les pertenece! —gritaba el megáfono de los soldados israelíes—. ¡Esta vez no dejaremos ni a uno solo vivo!

Los tanques comenzaron a disparar a los aldeanos. Salimos a trompicones por la puerta trasera. Yo subí a todo correr por el sendero hasta mi almendro.

Mamá estaba cocinando arroz en una cazuela sobre un pequeño fogón encendido cerca de *Shahida*. Decidí no contarle lo que los soldados nos habían dicho. Si nos obligaban a cruzar la frontera, ya veríamos lo que haríamos. No nos llevaría mucho tiempo reunir nuestras escasas pertenencias.

—Quiero oír las noticias. Ayúdame a bajar al pueblo —me pidió Abbas.

—Es muy peligroso.

Él no sería capaz de ponerse a resguardo y no había ningún lugar seguro en el pueblo. Le montaría una radio. Abrí el contenedor de plástico que guardaba debajo del almendro.

Separé los cables telefónicos, enrosqué un extremo a una rama, el segundo a un sujetapapeles insertado en un pedazo de cartón y el tercero alrededor de un tubo metálico que clavé en el suelo. Enrollé un cuarto alambre alrededor de un tubo de papel higiénico y conecté ambos extremos del cable a un sujetapapeles.

Conecté el cable del auricular al primer sujetapapeles calentando el cobre con un mechero, dejando que se enfriara y pasándolo luego por debajo del clip. Doblé un pedazo de cable semejando una «V» y enganché el extremo romo en el sujetapapeles. Arrimé el extremo en punta al cobre y conecté el otro auricular al otro sujetapapeles. Con los auriculares puestos moví lentamente la punta del cable retorcido por la superficie de cobre hasta que oí hablar en árabe. Abbas escuchó las noticias toda la noche.

El 10 de junio, a las 6.30 de la mañana, la radio israelí informó que la guerra había terminado. Las Naciones Unidas habían impuesto un alto el fuego. Los israelíes habían destruido la fuerza aérea egipcia el primer día, antes de que esta pudiera despegar. Se habían apoderado de la Ribera Occidental, o Cisjordania, la Franja de Gaza, la península egipcia del Sinaí, los Altos del Golán sirio, Jerusalén Oriental y la Ciudad Vieja, así como de sus lugares sagrados más importantes. Los aldeanos lloraban y se abrazaban. Apoyé la cabeza sobre la mesa y cerré los ojos. Todas las emisoras de radio árabes habían mentido.

«Comenzó a las 7.10 de la mañana —informó la radio israelí de Kol HaShalom—. Doscientos aviones nuestros llegaron a Egipto volando tan bajo que

ni uno solo de los ochenta y dos radares egipcios los detectó. Nuestros expertos pilotos fueron capaces de volar en el más absoluto silencio».

Me tapé los oídos con las manos, pero seguía oyendo.

«Disponíamos de antemano de información sobre nuestros objetivos egipcios. Conocíamos la ubicación exacta de cada uno de sus aviones de combate, teníamos una lista completa de todos los pilotos egipcios y hasta podíamos reconocer la voz de cada uno de ellos. Los egipcios concentraron sus aviones por tipo: Mig, Ilyushin, Topolev, y cada uno en su propia base, lo cual nos permitió priorizar nuestros objetivos.

»Los cazas egipcios estaban aparcados al aire libre. Casi todos se hallaban en tierra y sus pilotos estaban desayunando. Las condiciones para el ataque no podían ser mejores. La visibilidad era excelente. La sensación térmica por viento y frío era próxima a cero. Los pilotos egipcios no tuvieron tiempo de llegar a sus aparatos».

Era muy injusto.

«No solo destruimos todos los aviones egipcios, sino también sus pistas de aterrizaje con bombas Durandal, que dejaron cráteres de cinco metros de diámetro y más de metro y medio de profundidad. Los aviones egipcios quedaron atrapados, sin salida posible, y fueron presa fácil para los cañones de treinta milímetros y los cohetes termodirigidos que después los barrieron. Cuando dieron las ocho de la mañana, hora israelí, habíamos efectuado treinta y cinco salidas. Cuatro aeródromos en el Sinaí y dos en Egipto habían sido destruidos. El principal cable de comunicaciones entre las tropas egipcias y su cuartel general había sido cortado. En menos de una hora, nuestra fuerza aérea destruyó doscientos cuatro aviones. No solo nuestros tanques, nuestra artillería y nuestra aviación eran superiores a los del enemigo, sino que sabíamos usarlos con mayor eficacia».

Israel decidió anexionarse únicamente Jerusalén Oriental y sus alrededores, y dejó la Ribera Occidental y la Franja de Gaza como zonas de ocupación militar para tener algún día la posibilidad de canjearlas por la paz.

El territorio de Israel se multiplicó por tres, dejando a cerca de un millón más de palestinos bajo el control directo de Israel. Sentía como si me hubieran dado una patada en el estómago. Israel había demostrado a los árabes que era capaz de lanzar ataques estratégicos que podían modificar el equilibrio regional, y que estaba dispuesto a hacerlo. Israel, ahora, tenía una moneda de cambio. Tierra a cambio de paz. La guerra había terminado.

Fadi y yo trabajamos en el matadero toda la semana para poder comprar los materiales para confeccionar una nueva tienda de campaña. Una vez terminada, entramos a comer arroz con almendras.

—¡Ichmad Hamid! ¡Salga! —tronó una voz por un megáfono.

Se nos heló la sangre. Los soldados siempre ordenaban a los aldeanos que salieran de sus casas antes de dinamitarlas, pero yo nunca había oído que llamaran por el nombre y apellido. Cuando llegaban en busca de alguien determinado, lo hacían siempre de noche para sorprenderlo dormido. Esto debía de tener que ver con el profesor Sharon. ¿Y si el profesor les había dicho que me arrestaran? Yo no podía esperar a que entraran a buscarme y perjudicaran de paso a mi familia. Cuando iba a incorporarme, mamá me cogió por los hombros y me atrajo hacia sí.

—No, Ichmad, por favor, no vayas —me dijo en voz muy baja al oído.

Fadi, Nadia y Hani parecían estatuas de sal. Fadi sostenía un pan de pita suspendido sobre su plato. Abbas probablemente ni se daba cuenta de que maldecía muy fuerte porque tenía los auriculares puestos para escuchar las noticias. Siempre estaba escuchando la radio que yo le había hecho. Nadia abrazó a Hani.

—¡Ichmad Hamid, salga!

Me separé de mamá y ella se tapó la boca con las manos.

—¡Ichmad! —murmuró con una desesperación estremecedora. Me volví a mirarla. Me tendió los brazos.

—Todo saldrá bien —le dije.

Salí y cerré la lona de la tienda.

—¿Es usted Ichmad Hamid? —El soldado usó el megáfono a pesar de que yo estaba delante de él—. Identifíquese.

—Sí, soy Ichmad Hamid.

Él levantó el megáfono y lo orientó en dirección a la aldea.

—Tenemos a Ichmad Hamid. Que suba —dijo.

—¿Qué quieren de mí? —pregunté en hebreo.

—Alguien desea verlo.

Distinguí a lo lejos la silueta de un civil que subía la colina escoltado por soldados. Entre los uniformes verdes, los cascos metálicos y los M16 reconocí los ojos enrojecidos de Rafi. Fui a su encuentro.

—Zohar ha muerto —me anunció—. Lo mataron en el Sinaí cuando su tanque se averió.

Sacudí la cabeza. ¿Qué estaba haciendo Rafi con los militares en mi aldea? ¿Era cómplice del plan del profesor Sharon para expulsarme? Y yo que tanto lo había ayudado. Siempre había creído que era mi amigo, por ridículo que eso pudiera parecer ahora. Quizá Sharon le había contado lo de Baba.

—Esparcieron sus cenizas en el mar.

¿Había venido hasta aquí para culparme? ¿Por qué otro motivo si no habría hecho Rafi un viaje de cinco horas para presentarse en una aldea palestina con escolta militar?

Bajé la cabeza. ¿Sabía Rafi lo de Baba?

—Comprendió lo ocurrido y fue a hablar con el decano. Has sido exculpado.

Levanté la cabeza y lo miré. Tenía lágrimas en los ojos.

—Verás, el destino del profesor Sharon está en nuestras manos.

Los pensamientos se agolparon en mi mente. Era difícil creer que Zoher hubiese tomado partido por mí en contra de los suyos y que Rafi hubiera viajado hasta mi aldea en mi busca. De repente pensé: «Nunca más volveré a ver a Zoher», y sentí un vacío interior.

—¿Dónde está tu casa? —preguntó.

Señalé la tienda.

Pareció sorprendido.

—¿Tratas de volver a tus raíces beduinas?

—No nos dan permiso para otra cosa.

Creció el rugido de los helicópteros en la lejanía. Temblé, pero me contuve de correr junto a mi familia para protegerlos.

Rafi se volvió hacia un soldado y le preguntó, incrédulo:

—¿Es que la guerra no ha terminado?

—Nunca termina —contestó el otro.

Rafi señaló con la cabeza el pie de la colina.

—¿Vienes?

—¡Ichmad! —gritó mamá. Detrás de ella, Abbas salió de la tienda cojeando.

—¡Regreso a la universidad! —grité para que ella pudiera oírme por encima del ruido del helicóptero.

Tenía un cántaro en la mano.

—Tenemos que hablar.

—¿No puedes esperar?

El rostro de Abbas perdió el color. Se quitó los auriculares.

—¿Te marchas con ellos?

Rafi ya estaba al pie de la colina.

—¿Vienes?

—Dame un minuto.

Miró al helicóptero.

Mamá tiró el cántaro al suelo. Se hizo añicos.

—Tú no vas a ninguna parte —afirmó cruzándose de brazos.

Di dos pasos hacia ella.

—Debo ir.

—No me hagas esto —suplicó al borde de las lágrimas.

Yo sabía perfectamente que no podía discutir con ella cuando se ponía así.

—Lo hago por nosotros.

—Te matarán.

—¡Ichmad! —llamó Rafi—. Tenemos que marcharnos.

—¡Un momento! —le grité en hebreo.

Mamá me agarró de los brazos y me sacudió.

—No vayas con ellos —dijo Abbas.

—Es por poco tiempo.

El helicóptero revoloteaba sobre nosotros.

Empecé a caminar.

—Lo siento —dije.

—¡Ichmad! —insistió mamá.

Me volví para mirarla. Me tendió los brazos y me acerqué a ella. Me abrazó con fuerza.

—¿Qué hemos hecho para merecer esto? —me dijo al oído.

Traté de apartarme, pero ella me estrechó aún más.

—Lo estoy haciendo por nosotros.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Matarnos?

—Ichmad, está oscureciendo —dijo Rafi.

Ella no me soltaba.

—Quiero que te cases y formes una familia.

—Debo irme.

—Por favor, no me dejes.

Me deshice de su abrazo y me marché. Debía regresar a la universidad. Por Baba. No me importaba que todos me odiaran por lo que ellos creían que él había hecho. Zohar me había defendido, Rafi había venido a buscarme y Baba creía en mí. Si los demás se oponían, yo resistiría. No veía el momento de escribir una carta a Baba. Tenía tantas cosas que contarle.

El decano me informó que de mí dependía que el profesor Sharon fuera despedido. Le pedí que me concediera plazo hasta el martes del mes siguiente para tomar una decisión. Aceptó. Ese día, viajé al Centro de Detención Dror para cambiar ideas sobre la situación con Baba.

Habían cercado con alambre de púa un terreno del tamaño de un campo de fútbol, creando así una especie de corral provisional gigantesco no muy lejos del primero. Había allí tantos presos que apenas tenían espacio para caminar. Me recordó a una gigantesca lata de sardinas. No había suelo alguno debajo de la tienda, solo tierra. Había guardias por todas partes. Hombres, mujeres, chicos y chicas se apiñaban esperando escuchar el nombre de algún ser querido.

Apareció Baba.

—Dile al decano que no deseas que el profesor Sharon sea despedido, siempre y cuando él te contrate como ayudante de investigación.

Lo miré a través del cristal, con el auricular en la mano. ¿Cómo podía proponer algo semejante? Noté que le pesaban los ojos. Haría cualquier cosa que Baba me pidiera.

—¿Y si me sabotea?

—Entonces el decano lo echará. Las personas odian por miedo e ignorancia. Si se tomaran la molestia de conocer a aquellos a quienes odian y se centraran en sus intereses comunes, podrían superar ese odio.

—Eres muy optimista. El profesor Sharon es malvado.

—Averigua qué motiva su odio y trata de comprenderlo —me recomendó Baba.

Pensé en Einstein, cuando le dijo a Jaim Weizmann que si los sionistas eran incapaces de establecer una cooperación sincera y pactos sinceros con los árabes, entonces no habrían aprendido absolutamente nada de sus dos mil años de sufrimiento. Einstein había advertido que si los judíos no eran capaces de garantizar que ambas partes vivieran en armonía, no conocerían otra cosa que problemas y conflictos durante décadas. El sabio pensaba que los dos grandes pueblos semitas podían tener un gran futuro común. Quizá Baba tenía razón.

—El decano amenazó con despedirme si no lo contrato a usted como mi ayudante de investigación —dijo el profesor Sharon—. La verdad, estaba dispuesto a marcharme. Si no hubiera sido por el padre de Zoher, habría encontrado empleo en otra parte. Que quede claro: lo hago por Zoher, no por usted.

Y yo lo hacía por Baba.

—Gracias por darme esta oportunidad. Puedo comenzar mañana.

—Sí, lo sé. El decano me ha dicho que usted desea empezar inmediatamente. No tendremos necesidad de vernos. Estoy tratando de mejorar el silicio como un semiconductor. —Sonrió satisfecho—. No vuelva a verme hasta que haya descubierto

cómo lograrlo.

Probablemente creyó que me encomendaba una tarea imposible y que, cuando volviera a verlo sin ningún resultado, le diría al decano que yo era un inútil. Pues le iba a demostrar que estaba muy equivocado. Salí de su despacho y fui directamente a la biblioteca.

El profesor Sharon levantó la vista de su lectura.
—Buenas tardes —saludé.

Al verme, abrió el cajón de su escritorio y sacó algo que apoyó sobre su regazo. Sus ojos eran negros como la muerte.

—Le dije que no me molestara.

—Tengo una idea.

Se me había ocurrido después de leer dos artículos. El primero era una conferencia pronunciada por el físico Richard Feynman en el Caltech, en 1959, titulada «Hay mucho lugar al fondo», en la que consideraba la posibilidad de manipular los átomos uno por uno. Creía que su teoría nos ayudaría en nuestras investigaciones. El segundo era un artículo de 1965, publicado por Gordon E. Moore en la revista *Electronics*, en el cual predecía que la capacidad de los transistores en circuitos integrados se duplicaría cada dos años.

—Esto es inaudito. —Dio una palmada en el escritorio—. Voy a decirle al decano que esto no puede ser.

—No quiero tener que contarle al decano que usted se ha negado a escuchar mi idea.

Tamborileó con los dedos, como si le estuviera haciendo perder el tiempo.

—¿Cuál es su estúpida idea?

—Sé que usted desea que me centre en potenciar el silicio como material semiconductor, pero pienso que, a la larga, el silicio tiene sus limitaciones; problemas con la generación de calor, los defectos y la física elemental. —Me temblaba la voz.

Descartó mi idea con un gesto de la mano.

—El silicio es lo mejor —dijo.

—Sé muy bien que la tecnología basada en el silicio ha posibilitado el desarrollo de revolucionarias aplicaciones del microchip en informática, comunicaciones, electrónica y medicina, pero...

—¿A qué se refiere?

—A las leyes de Moore.

—¿Las leyes de Moore? —Revolvió los ojos.

—Su primera ley dice que la cantidad de espacio requerida para instalar un transistor en un chip o circuito integrado se reduce aproximadamente a la mitad cada año y medio.

—Por eso mismo necesitamos potenciar el silicio.

—La segunda ley presupone que el coste de construcción de una planta de fabricación de chips se duplica aproximadamente cada tres años. Finalmente, cuando se haga el chip a nanoescala, no solo los precios estarán por las nubes, sino que además, como las propiedades cambian con el tamaño a nanoescala, será necesaria

una nueva metodología de diseño. Cuando pasemos del microchip al nanochip, será preciso reconsiderar los principios fundamentales en que se basa la fabricación de los chips.

—¿De qué está hablando?

—Sobre que la mejor alternativa aún está por inventarse.

—¿Tiene pensado revolucionar el chip usted solo?

—No deberíamos enfocar esto a partir de un modelo *top-down*, empezando con el material en grandes cantidades y cortándolo, moliéndolo, mezclándolo y moldeándolo o imponiéndole formas aprovechables. Deberíamos tratar de desarrollar cosas a partir del diseño *bottom-up* armando los componentes básicos.

—Ya veo que usted es muy ambicioso. ¿Sabe lo que me parece que es usted, así vestido con esos harapos? El hijo de un terrorista, señor Hamid. Se crio en una tienda de campaña, sin agua y sin luz eléctrica, y ¿quiere revolucionar la ciencia? ¿Se atreve a estar en desacuerdo con mi enfoque?

Lo miré a los ojos.

—Usted ve muchas cosas, profesor Sharon. No voy a negar lo que usted acaba de decir. Pero el hecho de que yo me haya criado en una tienda no tiene nada que ver con el enfoque que recomiendo.

—Adiós, señor Hamid.

—A usted no le interesa porque soy árabe. Preferiría un enfoque de menor alcance antes que escuchar mi idea. De acuerdo, no me tenga en cuenta, pero dentro de unos años verá que yo tenía razón y que usted hubiera podido ser un pionero. Que yo podría haberlo ayudado a progresar.

—¡No me diga!

—Comprender la nanoescala es importante para entender cómo se construye la materia y cómo las propiedades de los materiales reflejan sus componentes, su composición atómica, sus formas y tamaños. Las propiedades excepcionales de la nanoescala significan que el nanodiseño puede producir resultados sorprendentes que no se pueden alcanzar de otra manera. Necesitamos entender la estructura del átomo a fin de manipular mejor sus propiedades, de manera que a nivel atómico podamos desarrollar materiales combinando átomos.

—Para lograr lo que usted dice haría falta tener una ambición tremenda y dedicar toda la vida a ello.

—Lo sé.

—¿Y si no se obtiene el resultado esperado?

Repetí lo que Baba siempre me había dicho:

—Solo si nos atrevemos a fracasar, podremos lograr algo extraordinario.

—¿Qué es lo que usted propone?

—Es relativamente sencillo calcular ecuaciones generales para saber cómo se mueven dos cuerpos aislados bajo la influencia gravitacional de cada uno ellos, pero es imposible si uno añade un cuerpo más al sistema.

—¿Cómo propone usted que lo hagamos?

—Podemos insertar los números relativos de posiciones, velocidades y fuerzas en un instante y calcular cómo habrán cambiado en lapsos de tiempo muy breves. Luego podríamos repetirlo teniendo en cuenta las nuevas circunstancias, y así sucesivamente. Si lo repetimos varias veces a intervalos lo bastante breves, podremos obtener una descripción muy precisa de cómo funciona el sistema.

—Cuanto más cortos sean los intervalos, más precisa la descripción. Pero habría que efectuar muchísimos cálculos. —Arrugó el entrecejo.

—Los ordenadores pueden hacer el procesamiento de los datos numéricos a gran escala —afirmé.

—¿Ahora también es experto en informática?

—Los fines de semana y por las tardes puedo ayudar a incorporar los datos en la perforadora de tarjetas y en el lector de tarjetas. Podemos utilizar el ordenador para simular configuraciones químicas a fin de entender qué fuerzas actúan entre todos los átomos en una combinación específica. Una vez que sepamos esto, podremos determinar cuáles serán las combinaciones y disposiciones estables, así como sus propiedades.

Sus facciones se habían suavizado, a tal punto que su odio se había transformado en curiosidad científica. Eso significaba que yo tenía una oportunidad.

—¿Por qué no trabaja en su idea este verano? No hay necesidad de vernos para trabajar en esto. En septiembre echaré un vistazo a sus resultados. Si no son prometedores, usted le comunicará al decano que no desea seguir trabajando conmigo. Si lo son, lo mantendré conmigo todo el año.

—Acepto.

Sharon sonrió. Sabía que de esa manera buscaba cómo eludir la promesa que le había hecho al decano, pero yo no me dejaría derrotar tan fácilmente.

Ese verano viví prácticamente en el laboratorio de informática, insertando números, concentrándome en las formas más simples. A principios de otoño emergieron patrones nuevos. Organicé todas mis tarjetas perforadas, puse por escrito los datos para el profesor Sharon y aguardé a que no hubiera luz en su despacho para deslizar el material por debajo de la puerta. Rogué que su amor a la ciencia fuera más grande que su odio a mi pueblo.

Al día siguiente, me encontraba en el laboratorio de informática introduciendo números cuando entró el profesor.

—He examinado sus cálculos iniciales. —Cogió mis últimas tarjetas perforadas y las revisó—. ¿Cómo ha llegado a estos resultados?

Se sentó a mi lado y yo le mostré cómo introducía los números, modificando apenas las condiciones cada vez y volviendo a introducir los números.

—Le permito quedarse conmigo un poco más y entonces procederé a una nueva evaluación. ¿Me mostrará sus progresos al final de cada semana?

Su tono era de indiferencia, pero yo sabía que ahora comprendía las posibilidades

que ofrecía mi investigación.

Jameel regresó a la universidad para cursar el segundo año y volvimos a compartir habitación. Rafi, quien ahora vivía solo, trasladó el escritorio de Zoher a nuestro cuarto, donde pasaba la mayor parte de su tiempo libre. Motie se había casado en verano con su novia del instituto y se mudó a la residencia destinada a los matrimonios. Pero yo los veía poco, pues dedicaba casi todo mi tiempo libre a trabajar en el laboratorio.

A los pocos días del regreso de los estudiantes, el profesor Sharon me llamó a su despacho. Estaba sentado a su pulido escritorio de nogal, rodeado de baldas con libros de ciencia y matemáticas. Miré la fotografía de Einstein. Me enseñó el único objeto que había sobre su escritorio: una fotografía en un marco dorado.

—Mi familia —dijo.

—Ah. —Como nos habían robado la tierra, ¿temía por la seguridad de ellos? ¿Tenían miedo de que volviéramos a recuperarla?—. ¿Viven en Jerusalén?

—Están muertos.

Me miró.

Abrí la boca, pero no atiné a decir nada. ¿Iba a culparme de sus muertes?

—Los nazis los mataron.

Me tendió otra fotografía. No estaba enmarcada y sus bordes se veían muy gastados.

—Este soy yo, a mi llegada al puerto de Haifa.

Se quitó las gafas de montura metálica y las limpió con el pañuelo que extrajo de su chaqueta de *tweed* marrón con refuerzos de ante en los codos.

El hombre de la fotografía parecía más muerto que vivo.

—Lo siento.

¿Acaso no comprendía que fueron los nazis, no mi pueblo, los que habían hecho eso a su familia? ¿Justificaba eso lo que los israelíes nos hacían a nosotros?

—No, no lo siente. —Volvió a ponerse las gafas—. ¿Cómo podría usted entender? Israel no ha gaseado a personas inocentes ni ha enterrado sus cuerpos como basura.

Había prometido a Baba, y a mí mismo, que aunque me provocara no discutiría con él de temas políticos. Pero ¿cómo podía quedarme callado?

—Israel ha causado mucho sufrimiento a mi pueblo.

Aparté los ojos, incapaz de mirarlo de frente. «Y mi pueblo no es responsable de los gaseos durante la Segunda Guerra Mundial».

—¿Sufrimiento? —Negó con la cabeza—. Usted no sabe lo que es eso. ¿Qué hicieron mis padres a los nazis? Nada. ¿Y qué consiguieron? Recuerdo a mi padre en un vagón para ganado, sujetando una bolsa con tres collares de oro, el anillo de compromiso de mi abuela y candelabros de plata. Las únicas posesiones que nos quedaban. —Se detuvo a tomar aliento antes de proseguir—. Se proponía comprar nuestra libertad.

Crucé los brazos. Pero luego los dejé caer.

—Cuando llegamos a Auschwitz, los nazis separaron a los hombres de las mujeres. —Se quitó las gafas y se presionó las comisuras de los ojos—. *Bishanah habaah bieretz Yisrael* fueron las últimas palabras de mi madre. «El año que viene en Israel».

Volvió a ponerse las gafas.

Yo quería aceptar el consejo de Baba: «Antes de juzgar a una persona, trata de imaginar cómo te habrías sentido tú si te hubiera sucedido lo mismo».

—Un soldado SS echó un vistazo a mi hermano pequeño, Abraham, que apenas tenía seis años, y señaló con el dedo en dirección a la muerte. —El profesor apretó el puño derecho—. Mi hermano se aferró a la pierna de mi padre gritando: «¡No me dejes solo!».

—¿Su padre vive? —pregunté.

En el fondo, en algún rincón de mi mente, me seguía sublevando. El sufrimiento de su familia no le otorgaba el derecho de infligir sufrimiento a los demás.

—Mi padre me dijo en voz baja: «Haz lo que haga falta para sobrevivir. Lucha por tu vida con todo lo que tengas, y cuando no te sientas con ánimos de seguir luchando, piensa en mí y lucha un poco más». Y echó a correr tras mi hermano.

¿Acaso creía el profesor Sharon que eso justificaba lo que me había hecho a mí? No, pensé, aunque en realidad no estaba siendo justo con el profesor. Baba quería que yo me pusiera en su lugar.

—¿Por qué no fue usted con ellos?

Su rostro se tensó.

—Prometí a mi padre que lucharía hasta el último aliento.

Algo sabía yo de promesas.

—¿Qué les ocurrió a su madre y su hermana?

—Cuando terminó la guerra pregunté a todo el mundo si tenían noticias de mi madre y de Leah, mi hermana, pero nadie sabía nada. —Miró el jardín por la ventana—. Circularon listas de supervivientes. Examiné todas aquellas listas buscando sus nombres, en vano. —Sacudió la cabeza—. Entonces, un día vi a una mujer a quien reconocí como una de las que viajaban en aquel vagón para ganado. Le rogué que me contara todo lo que supiese. Le dije que no podía interrumpir mi búsqueda sin haber averiguado lo que les había sucedido.

—¿Lo sabía?

Asintió.

—Vio a un SS enviar a Leah a la muerte. —Hizo una pausa y se aflojó la corbata—. Mi madre corrió tras ella y otro soldado le pegó un tiro en la nuca.

Permanecimos un rato en silencio.

—Mi pueblo no cometió esos crímenes —dije luego con más vehemencia de la que hubiera deseado. Bajé la mirada al reluciente piso de linóleo blanco.

—No, pero amenazáis a mi pueblo.

—¿Amenazar? Si no poseemos nada.

El profesor Sharon se puso de pie.

—Su pueblo tiene el legítimo derecho de reivindicar esta tierra. —Lo miré boquiabierto—. No vaya a creer que soy tan estúpido. —Se acercó a la ventana—. No había otra opción. El Holocausto demostró que los judíos no pueden vivir como una minoría en el seno de otras naciones. Necesitábamos una patria que fuera nuestra.

—Nosotros no causamos el Holocausto. —Inspiré hondo y añadí—: El hambriento tiene derecho a tomar un poco de la única comida disponible aunque ello signifique que otro tendrá menos, siempre y cuando deje suficiente para que ese otro también pueda comer.

—¿Por qué habría que obligar a alguien a compartir?

—Es la obligación moral del hombre que posee comida.

—Los ganadores hacen lo que quieren. Yo lucho por la vida y la libertad, no por los derechos ancestrales —dijo.

—¿Y la promesa que Dios hizo a los judíos? —pregunté.

Dio un puñetazo sobre el escritorio y replicó:

—Dios no existe. —Luego se quedó un instante con la mirada abstraída. Su voz sonó diferente, más suave—: Usted no tiene idea de cuánto he trabajado para llegar aquí.

Me tendió su mano. Yo la miré. No permitiría que mi odio me impidiera cumplir con la promesa que le había hecho a Baba. Alargué mi mano y él la estrechó, sin apretar.

—Esto es para usted. —Me entregó un montón de tarjetas perforadas—. Ha dado usted con algo.

Pensé que si seguía guardando rencor sufriría. Se me presentaba una oportunidad y necesitaba aprovecharla al ciento por ciento.

Una vez por semana deslizaba mis resultados por debajo de la puerta del despacho del profesor. Y él empezó a venir al laboratorio a observar cómo insertaba yo las simulaciones. El potencial de mi investigación iba en aumento de semana en semana. Al cabo de poco tiempo, venía al laboratorio e introducía números él mismo. Cuando los patrones resultaron más claros y pudimos comprender mejor el comportamiento de los átomos, yo llegaba al laboratorio de informática y encontraba al profesor introduciendo simulaciones.

Empezamos a vernos en su despacho una vez por semana, y luego, a medida que avanzábamos en nuestros resultados, casi a diario. Llegó un momento en que yo acudía a su despacho tan a menudo, que él hizo trasladar allí otro escritorio para mí. Cuando yo no estaba en clase o en mi cuarto con mis tareas, estaba ocupado tratando de comprender cómo funcionaban los diferentes sistemas.

El 23 de octubre de 1967, justo cuando acababa de entregarle la última simulación, llamaron a la puerta de su despacho.

—Está abierta —dijo el profesor Sharon sin levantar la vista de mis resultados.

Era Abbas.

Antes de que Abbas dijera nada, supe que había sucedido algo horrible.

—Que Alá proteja a Baba —murmuró.

—¿Le ha pasado algo?

—Debemos ir al hospital inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —terció el profesor.

Me volví y le dije:

—Debo ir a ver a mi padre.

—No puede marcharse ahora. Estamos a punto de lograr algo.

—¿Qué haría usted si se tratara de su padre, lo dejaría para más tarde?

Sharon reflexionó un instante y luego negó con la cabeza.

—Vaya. —Posó su mano en mi hombro y me lo apretó suavemente—. Vaya.

Abbas nos miraba boquiabierto, incrédulo.

El profesor le tendió la mano.

—Soy el profesor Sharon. Su hermano es mi ayudante de investigación.

Abbasladeó la cabeza y le dio la mano tímida y fugazmente.

Mi hermano y yo abandonamos el edificio y cruzamos el jardín en dirección a la parada de autobuses. Abbas caminaba como un cojo.

—¿Quién es tu nuevo mejor amigo? —me preguntó.

—Mi profesor.

—¿Estabas solo con él, trabajando? —Abbas apenas controlaba su agitación—. Yo creía que había clases separadas para los árabes. Ya sabes, como nuestras escuelas, que están separadas de las de ellos. —Se rio, pero no había humor en sus palabras—. Y resulta que te encuentro solo con un israelí.

Me sorprendí tanto que no atiné a contestar.

—Tú eres un árabe —añadió—. No eres judío. En este país solo quieren judíos. Cuanto antes lo entiendas, mejor te irá en la vida. No te llenes la cabeza con ideas falsas, como la igualdad y la amistad.

—Él quiere trabajar conmigo.

—Son nuestros enemigos. ¿No lo ves?

—¿Qué tal la casa nueva? —pregunté para cambiar de tema.

—El padre de Zoher debe de haber tenido bastantes problemas de culpa, y muy serios, por la muerte de su hijo —contestó Abbas—. ¿Por qué otro motivo un judío se habría tomado la molestia de edificarnos una casa?

—Zoher era mi amigo. Como tú, yo me figuraba que no podía ser un verdadero amigo, pero me demostró que sí lo era. Zoher estaba distanciado de su padre, pero, a pesar de ello, este hombre opta por hacer esto por nosotros en nombre de su hijo. —Le hablaba con calma, como lo hubiera hecho Baba—. Su padre no tenía por qué construirnos una casa, pero lo ha hecho.

—Probablemente no le ha llevado ni cinco minutos obtener el permiso —opinó Abbas—. Para eso es judío. Tiene su propia constructora. Estoy seguro de que no le ha costado mucho.

—Tiene tres dormitorios, un cuarto de baño y una gran cocina. Ha colocado una estufa de leña, ventanas de cristal, una puerta principal y otra atrás. Es una bonita casa —aduje.

Anduvimos unos minutos en silencio; yo caminaba despacio para adecuarme a su paso. Finalmente, le puse una mano en el hombro y le dije:

—Me alegro de que hayas venido.

Las palabras que él no pronunció me pesaban. Tragué saliva. No sabía cómo rebajar la tensión.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté cuando llegamos a la parada.

—Baba está en el hospital y no sé qué le ha sucedido. Soy un lisiado de dieciocho años. Amal y Sara están muertas. Y mi hermano toma partido por sus asesinos. ¿Cómo crees que me encuentro? —Sus ojos saltones se clavaron en los míos—. Me alegro de que te haya dejado venir.

—No es mal tipo.

—Que Dios perdone tu estupidez. —Se apartó de mí—. El diablo te ha seducido.

—¿Adónde nos conduce odiarlos?

Abbas puso las manos con las palmas hacia arriba.

—Tienes que escuchar al doctor Habash.

Miré rápidamente alrededor. Si los israelíes se enteraban de que Abbas apoyaba al doctor Habash, podrían encarcelarlo, enviarlo al exilio o matarlo. Era ilegal apoyar a un partido que se oponía a que Israel fuera un estado judío.

—Ten cuidado —dije.

—¿No quieres que yo crea que deberíamos tener un estado laico, democrático y no confesional?

—Él es partidario de la violencia.

—¿Y de qué otra forma vamos a liberar Palestina? ¿Tú crees que basta con pedirles que queremos un país laico?

—Solo el perdón te hará libre —repetí las palabras de Baba—. ¿Qué es mejor? ¿Perdonar y olvidar, o recordar y amargarse?

—Tú nos traicionas, a Baba y a mí y a nuestras hermanas muertas, trabando amistad con nuestros opresores. Deben pagar por lo que nos han hecho. No hay un solo día en que yo no sienta dolor. No puedo trabajar. Baba sigue en la cárcel. Ruego que llegue el día en que los machaquemos como a dientes de ajo.

—Si nos vengamos de sus actos, seremos iguales a ellos; pero si los perdonamos, seremos mejores que ellos —dije citando una vez más a Baba.

—Los odio.

—El odio es un castigo que uno se inflige a sí mismo. ¿Crees que ellos sufren porque tú los odias?

—Si dejo de odiarlos, ¿pondrán a Baba en libertad, aliviarán mis dolores y nos devolverán a Amal y Sara?

—¿Y si sigues odiándolos conseguirás todas esas cosas?

Me lanzó una mirada furibunda.

—Ya no te conozco, la verdad.

Suspiré. En realidad, mi hermano no se acordaba mucho de Baba. Hablar con él de los israelíes era una pérdida de tiempo. Tenía serias dudas de que nuestra relación volviera a ser un día tan estrecha como antaño. ¿No había sensatez en el mundo?

Durante el viaje al hospital, que quedaba en Beerseba, Abbas apenas me dirigió la palabra. Me puse a pensar en el profesor Sharon y en mi nueva forma de encarar nuestra investigación. Analicé mentalmente los datos tratando de encontrar el modo de aumentar la predictibilidad.

Las sirenas atronaban a medida que nos acercábamos al hospital. Había olor a muerte en el aire. Entré temblando de miedo.

El guardia apostado en la puerta nos pidió nuestros carnés de identidad y se los dimos.

—¿A quién vienen a ver? —preguntó.

—A Mahmud Hamid, nuestro padre —respondí.

El guardia examinó los papeles y levantó las cejas.

—¿El convicto? —preguntó.

—Sí —dije.

Él sacó el *walkie-talkie* que llevaba sujeto al cinturón y pidió una escolta para el pabellón de prisioneros. Aparecieron dos soldados con casco, armados con Uzis, granadas y porras, y esposas colgando de sus cinturones. Nos escoltaron hasta una habitación.

—Desvístanse —ordenó uno de ellos.

Me quité el pantalón.

Abbas abrió los ojos como platos, como si acabara de presenciar un asesinato.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—Me desvisto.

—Pues yo no lo haré.

—Le diré a Baba que has venido.

—Bueno... Tengo muchas cosas que contarle.

Intentó sacarse la túnica por la cabeza, pero no podía alzar los brazos lo suficiente; era mamá quien lo ayudaba a desvestirse. Los soldados nos miraban, así que me acerqué y le quité la túnica. Nos quedamos de pie, uno al lado del otro, en ropa interior.

—¡Todo! —ordenó el mismo soldado.

Abbas bajó la vista y se quitó la ropa interior, maldiciendo por lo bajo.

—¡Silencio! —El soldado lo apuntó con su Uzi a la cabeza.

—¡Por favor! —supliqué—. Se está recuperando de su espalda herida. —Miré a

mi hermano y le pedí en árabe—: ¡Por Dios, Abbas, deja ya de murmurar!

Calló.

Los guardias nos escoltaron hasta el sótano. Había dos guardias más sentados en la puerta y tres de pie en el interior. Baba estaba encadenado a una camilla ubicada en un rincón.

La emoción no me permitió hablar. Tomé una de sus manos y Abbas la otra.

—¡Qué grande estás! —le dijo Baba—. Siete años han pasado.

Abbas lo miraba con miedo.

—No te preocupes —dijo Baba—. Me pondré bien.

Acostado en esa camilla, encadenado, parecía un anciano cansado. Miré la tablilla con su historial. Tenía tres costillas rotas y una severa conmoción.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó Abbas entre dientes.

—Hay un nuevo comandante. —Baba sacudió la cabeza—. Un hombre lleno de odio. Se le fue la mano. Los demás guardias se sintieron muy mal.

Abbas enrojeció.

—Los guardias me lo quitaron de encima. Soy resistente.

Baba trató de sonreír, pero no podía.

Nos habló de los retratos que había dibujado y de la música que había empezado a componer. Preguntó por mamá y por el resto de la familia. Nos aseguró que se sentía bien y casi diría que trató de levantarme el ánimo.

Sonó una campanilla y los visitantes comenzaron a despedirse.

—Volveremos —dije.

—No —contestó Baba—. Tienes que centrarte en tus estudios y ahorrar dinero. Con tus cartas me basta.

—Hora de marcharse. —El guardia señaló con su Uzi la puerta.

Abbas y yo salimos de allí con la cabeza gacha.

El autobús me dejó delante de la entrada principal del campus de Givat Ram, que ya estaba a oscuras. Abbas apenas me dirigió la palabra. La luz del despacho del profesor Sharon estaba encendida. A lo mejor aún estaba trabajando. Entré en el edificio. Iba por el pasillo en penumbra cuando de pronto oí voces en su despacho.

—Ni siquiera son humanos.

Reconocí la voz de la mujer. Era Aliyah, o así se hacía llamar desde que había cambiado su nombre a su llegada a Israel procedente de Sudáfrica. Era la esposa de Sharon.

Era obvio que Aliyah no veía con buenos ojos que su esposo trabajara con un árabe. Unas semanas antes, el profesor había pillado la gripe y me había pedido que le llevara los últimos datos a su casa, una antigua casona árabe situada en las cercanías de la estación central. Se los había entregado a ella pasándole el sobre por encima de la cadena de la puerta.

—¡Hazlo pasar! —gritó él desde su cuarto.

—¿Qué van a pensar los vecinos?

Y me cerró la puerta en las narices. Oí gritos en el interior de la casa. Un minuto después, Sharon abrió la puerta y me hizo pasar. Su mujer no se dejó ver en ningún momento.

—Este chico es un genio —decía ahora la voz del profesor Sharon—. Su idea tiene fundamento.

Él tenía problemas en su matrimonio. Le había escuchado decir a otras personas que Aliyah se quejaba constantemente: que él trabajaba demasiado y no ganaba bastante dinero, que lo único que le interesaba era la ciencia y nunca hacían algo juntos porque a él no le apetecía. El profesor argumentaba que ella gozaba de muchos privilegios: nunca había trabajado en su vida y pasaba el santo día de compras. Quería que él se dedicara a la industria porque como profesor no ganaba suficiente dinero. En una ocasión le oí decir que hubiera preferido no haberse casado con ella.

—¿A partir del modelo *bottom-up*? —Aliyah hablaba como si fuera una experta en la materia—. Es ridículo.

—Tú ni has terminado la secundaria. Él tiene razón. Ahora lo pequeño es lo grande. La ciencia va en esa dirección.

—No entiendo cómo puedes trabajar con él. —Su voz rezumaba asco—. Ese puesto debería ocuparlo un judío.

—Para mí es más importante el progreso de la humanidad.

No pude creerlo. El profesor Sharon defendía mi idea.

—¿Dónde está ese terrorista que tienes de ayudante?

Quise correr a mi cuarto, pero las piernas no me obedecían. ¿Cuándo volvería a tener otra oportunidad de oír al profesor Sharon defendiéndome, aunque lo hubiera hecho solo para fastidiar a su esposa?

—Su padre está en el hospital —respondió el profesor.

—Todos esos árabes solo quieren exterminarnos.

—Nosotros tenemos una baza. Tierra a cambio de paz. ¿Qué vamos a hacer con Cisjordania y Gaza? Allí hay millones de árabes. Y al ritmo que se reproducen, un día serán muchos más que nosotros.

—Los árabes no son humanos. Son todos terroristas. Lo llevan en la sangre.

—Hablas como una nazi. A largo plazo, si trabajamos juntos, todos saldremos ganando.

—Esas cucarachas no estarán contentas hasta que recuperen la totalidad de Israel.

Alguien arrastró una silla por el suelo. Me alejé precipitadamente.

A la mañana siguiente, llegué temprano. El profesor ya estaba en su despacho. Me fijé que había una maleta en un rincón, y una almohada y una manta sobre el diván. A partir de ese día trabajamos juntos de la mañana a la noche. Yo aguardaba con impaciencia la taza de café que bebíamos juntos cada mañana. Me había dado la oportunidad de mi vida, o yo se la había dado a él. O nos la habíamos dado mutuamente. Quién sabe.

El año 1969 comenzó con un milagro. La bibliotecaria anunció que estaba nevando y todos nos precipitamos fuera. Me quedé allí, en camiseta y pantalones cortos, asombrado, contemplando con qué perfección caían del cielo los copos. Era la primera vez en mi vida que veía nevar.

Cuando volví a mi cuarto, no podía flexionar los dedos. Me castañeteaban los dientes. Encendí la estufa de parafina que nos habían dado para calentarnos en las noches frías y lo coloqué en el centro de la habitación. Jameel entró enfundado en un abrigo de invierno, con guantes, sombrero y bufanda. Llevaba en la mano una gran bolsa de la compra.

—Tienes que ir a comprarte algo de abrigo —dijo.

—La nieve no durará.

—Aquí siempre hace frío en invierno cuando llueve. —Jameel sacudió la cabeza—. Gasta un poquito de tu dinero, no seas tan tacaño. No puedo creer cómo vives.

Jameel se acostó y yo me quedé despierto con mis libros. Pasaba de la medianoche cuando noté olor a humo. Me asomé al pasillo con la manta echada sobre los hombros.

Salían llamas de un calefactor de parafina que había junto a la puerta del cuarto número 5, donde vivían dos israelíes. Seguramente tenían demasiado calor y habían sacado la estufa al pasillo.

—¡Fuego! —grité lo más fuerte que pude—. ¡Yonatan, Shamuel, saltad por la ventana!

Me enrollé la manta en la mano y rompí el cristal del extintor de incendios. Sin dejar de gritar para despertarlos, rocié las llamas. Una espuma blanca cubrió la puerta y el suelo. Jameel salió en camisa de dormir, con los pelos de punta. Otras puertas se abrieron y aparecieron israelíes en pijama, ropa interior o albornoces. Algunos estaban descalzos, otros en zapatillas, botas militares o deportivas. Jameel agarró otro extintor y me ayudó a combatir las llamas. Los demás intentaban sofocar el fuego con mantas.

La puerta de la calle se abrió y entraron Yonatan y Shamuel. Habían saltado por la ventana cuando me oyeron gritar. Había espuma por todas partes y un humo denso inundaba el pasillo. Abrimos las puertas de ambos lados para que corriera el aire frío. Jameel, los israelíes y yo trajinamos en medio del frío durante horas limpiando la espuma. Tiritando, descolgué la puerta quemada y coloqué otra que saqué de un cuarto vacío.

Cuando hube terminado, todos aplaudieron.

—Eres un héroe, tío. —Yonatan me palmeó la espalda—. ¡Todos a la cocina, a brindar por Ichmad!

Nos reunimos en la cocina, judíos y árabes, y bebimos *sahlab* con canela, coco

molido y pistachos troceados.

Me licencié en Física, Química y Matemáticas con las mejores notas de mi clase. El profesor Sharon me propuso que, además de seguir con nuestros trabajos de investigación, fuera su auxiliar de cátedra, remunerado. Con lo organizada que era mamá, mi salario era más que suficiente para alimentar y vestir a toda la familia.

El profesor insistió en ser mi director de tesis de doctorado. Habíamos publicado juntos cinco artículos en la prestigiosa *Journal of Physics*. El profesor había publicado en dicha revista los resultados de sus investigaciones en tres ocasiones en toda su carrera. Jameel estaba haciendo su doctorado en Matemáticas y seguíamos viviendo juntos.

Cuando empecé a trabajar como auxiliar de cátedra del profesor Sharon, precisamente esa misma semana me enamoré.

—Amani —dijo cuando le tocó presentarse en clase.

Mis ojos se encontraron con los suyos, melosos como los de una gacela, y tardamos en apartarlos. Antes de Amani, en todo el tiempo que llevaba en la universidad no había visto una sola muchacha árabe que me pareciera atractiva. Las chicas bonitas siempre se casaban antes de los dieciocho años.

Sharon también se enamoró aquel semestre. La Asociación por la Paz Mundial envió a su periodista, Justice Levy, una norteamericana, a entrevistarnos en relación con el trabajo que hacíamos juntos. Justice tenía un rebelde pelo rojizo que le caía sobre los ojos, y todo el tiempo que estuvo sentada en el despacho del profesor no hacía más que echárselo hacia atrás. Le chispeaban los ojos cuando paseó su mirada por las estanterías de libros. Con su falda larga y vaporosa, su colorida camiseta, la chaqueta de macramé y signos de paz en plata, del tamaño de un puño, colgando del cuello y las orejas, era el polo opuesto de Aliyah.

Durante la entrevista, el profesor Sharon no dejaba de mirar a Justice. Ella lo felicitó por haberme aceptado como ayudante de investigación. Empezaron a salir juntos. Pocas semanas después, él se mudó al apartamento de ella. Al menos una vez por semana, como mínimo, Justice se empeñaba en que él me invitara a cenar con ellos. Mi relación con Amani, en cambio, existía solo en mi imaginación. Poco tiempo después de que yo pusiera mis ojos en ella por primera vez, le conté a Jameel que la joven estaba en mi clase. Me dijo que venía de Acre.

—¿Por qué no está casada?

—Ha tenido varias propuestas —explicó Jameel—, pero las ha rechazado. Hizo una huelga de hambre cuando su padre quiso obligarla a casarse con su primo. ¿Sabes que está entre las graduadas con mejor nota de su clase?

Quería seguir preguntándole, pero no hubiese sido prudente.

Toda la semana yo esperaba la llegada del martes y jueves por la mañana, de nueve a diez, los únicos momentos en que podíamos mirarnos.

Al término del primer semestre, recogí los exámenes finales y me dirigí a mi despacho. El profesor Sharon se había ocupado de que yo dispusiera de una pequeña

habitación con un escritorio, una lámpara y tres sillas de plástico para recibir a los estudiantes. Pasé rápidamente con el dedo los cuadernillos azules que contenían las pruebas hasta que encontré el de Amani. Su calificación era de sesenta y cuatro por ciento. Me sentí un poco decepcionado. Había creído que era tan hermosa como brillante, pero sabía que podría ayudarla.

Después de entregar las pruebas corregidas, anuncié a mis alumnos que estaría disponible en mi despacho para ayudar a los que desearan aprobar el examen *Moed Bet*, la segunda oportunidad de pasar el examen que se ofrecía a los estudiantes que aspirasen a mejorar sus calificaciones.

Me hallaba leyendo un libro sobre cuántica cuando alguien llamó a la puerta.

—Pase —dije en hebreo.

Era Amani, en vaqueros de campana y camiseta roja. Su largo pelo azabache enmarcaba su rostro de porcelana. Respiré hondo. Venía con una amiga, una chica obesa y con acné que al parecer la acompañaba en funciones de carabina.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunté en árabe, sorprendido por haber sido capaz de decir algo coherente. Era sumamente impropio por parte de un hombre soltero ayudar a una mujer soltera. Las chicas buenas no hablaban con un hombre que no fuera su esposo. Pero no estábamos en la aldea. A mi entender, la única regla que yo debía respetar era que mi puerta permaneciera siempre abierta.

—¿Puede ayudarme? —preguntó Amani.

—¿Está dispuesta a trabajar?

—Haré todo lo que haga falta —dijo mirándome a los ojos—. La ciencia es mi vida.

—¿Por qué razón?

—Las leyes de la naturaleza —sonrió— me fascinan.

Señalé con la mano las dos sillas ubicadas delante de mi escritorio.

—Por favor. —Ambas tomaron asiento—. ¿Ha traído su examen?

Amani colocó su bolso negro sobre el escritorio y sacó la hoja del examen. Mientras me la tendía, ladeó la cabeza y echó atrás su cabello sedoso sin dejar de mirarme.

Traté de no mirarla.

—Empecemos por la primera pregunta. Un motor eléctrico con una potencia de salida de 0,2 hp se utiliza para levantar un contenedor a la velocidad de 5,0 cm/s. ¿Cuál es la mayor masa que este motor puede elevar a esta velocidad constante? —Carraspeé—. Supongamos que la potencia de salida del motor es de 0,25 hp = 186,5 W. En 1,0 s, el contenedor mg es elevado a una distancia de 0,050 m.

Cuando iba a abrir la boca para concluir, Amani me interrumpió.

—Por lo tanto, el trabajo realizado en $1,0 = (\text{peso}) (\text{la altura cambia en } 1,0 \text{ s}) = (0,050 \text{ m})$. Por definición, potencia = trabajo/tiempo, de modo que $186,5 \text{ W} = (mg) (0,00 \text{ m}) 1,0 \text{ s}$. Utilizando $g = 9,81 \text{ m/s}^2$, encontramos que $m = 381 \text{ kg}$. El motor puede levantar un contenedor de aproximadamente $0,38 \times 10^3 \text{ kg}$ a esta velocidad

constante.

Me quedé mirándola.

Ella me guiñó un ojo.

Eché un vistazo al reloj. Debía marcharme al cabo de cinco minutos a dictar mi clase de Física Avanzada. Le propuse que nos viéramos nuevamente por la mañana, aunque sospechaba que en realidad ella no precisaba mi ayuda. Me pregunté por qué habría hecho tan mal su examen.

Me sentía seguro al frente de la clase, por más que vistiese la ropa hecha por mamá. El equilibrio de poderes había cambiado. En mis clases, la autoridad era yo. Y cuando enseñaba, especialmente en presencia de Amani, tenía confianza en mí mismo.

Tanto los israelíes como los árabes me decían que me parecía al actor Omar Sharif. Yo había visto su foto en un diario israelí. El gobierno de Nasser estuvo a punto de quitarle la ciudadanía cuando la prensa egipcia dio a conocer su romance con Barbara Streisand, una firme partidaria del Estado de Israel. A veces me daba cuenta de que las chicas israelíes me miraban, pero nunca me había sentido seguro hasta que empecé a enseñar.

Todas las mañanas durante una semana Amani acudió a mi despacho acompañada por su carabina, pero una mañana por fin vino sola. Cuando abrí la puerta para hacerla pasar, no entró.

—Silwah está enferma —dijo. Sonrió y alzó las cejas.

Me encogí de hombros.

—Dejaré la puerta abierta.

Con una amplia sonrisa, entró y tomó asiento en su silla de costumbre. Yo me senté a su lado. Volvió la cabeza hacia mí y nuestros ojos se encontraron. Ninguno de los dos lo reconoció, pero yo estaba seguro de que nos habíamos enamorado.

Amani aprobó el *Moed Bet* con una nota excelente. Me hubiera gustado atribuir su éxito a mis clases particulares, pero estaba empezando a sospechar que había suspendido adrede su primer examen. ¿Lo había hecho para conocerme mejor?

Nadia, mi hermana menor, se había casado hacía un mes con un viudo de nombre Ziad. Este hombre tenía siete niños. Mamá no cabía en sí de alegría. La esposa del novio acababa de fallecer y ni él ni nuestra familia podían costear una boda. Mamá llevó a casa el contrato de matrimonio para que Nadia lo firmase.

Nadia vio a su esposo por primera vez después de casarse, cuando se mudó a vivir a una habitación que era la mitad del tamaño de mi cuarto de estudiante, en la casa de sus suegros, con su flamante marido y sus siete hijos. Me sentí mal pensando que Baba no había podido estar presente para ver a su hija marcharse al hogar de la familia de su esposo, y me prometí que esperaría a que él recuperase la libertad para casarme. Se alegró mucho cuando le escribí para contarle que me había enamorado de Amani. Le dije que no me casaría hasta que él saliera de la cárcel. Mi madre estaba deseando que yo formara una familia, pero también ella quería que Baba

estuviera presente. En su contestación me dijo que no tenía por qué esperar, pero lo convencí de que, para mi carrera, era mejor graduarme primero. Aceptó.

Hacia el final de mi doctorado, el profesor Sharon y yo estábamos a punto de hacernos una idea de cómo construir materiales con el enfoque *bottom-up*. Me propuso que escribiera mi tesis sobre el tema, pero argumenté que el proyecto aún estaba en pañales. Tenía, en efecto, un potencial extraordinario, pero podría llevarnos décadas, y yo necesitaba algo maduro, seguro y rápido. Por Baba.

—Si deseas coger el fruto, debes arriesgarte —me dijo, y explicó que se trataba de una inversión a largo plazo—. Podemos lograrlo si trabajamos juntos.

—Pero mi familia...

—¿Quieres el camino seguro y fácil o el que conduce a la gloria?

—Es que mi padre...

—¿Acaso quiere él un hijo que se contente con el mínimo de su capacidad, o uno que despliegue al máximo su potencial?

No pude menos que estar de acuerdo con él.

El profesor Sharon y Justice se casaron cuando estaba a punto de obtener mi título de doctorado. Amani y yo manteníamos una relación platónica y seguíamos viéndonos para conversar sobre sus deberes de Física. No hacía falta que habláramos de la química y atracción que nos unía. Por otra parte, yo sabía perfectamente que nada sexual ocurriría entre nosotros hasta que estuviéramos casados. Sin embargo, todos sabían que éramos pareja, puesto que Amani siguió viniendo a mi despacho después de haber aprobado mi curso, semestre tras semestre, durante los dos años y medio siguientes. Estaba previsto que ella terminaría su licenciatura el mismo año en que yo acabaría el primer año de mi doctorado. Figuraba en la lista de honor de la universidad y era la mejor de su clase.

Dos semanas antes de graduarse y regresar a su aldea, Amani y yo estábamos sentados en mi despacho. Amani preparaba su prueba final de astrofísica. La miré a los ojos, esos ojos suyos color miel. Deseaba acariciarle su sedoso pelo negro y bajar la cremallera de su vestido color crema, pero sabía que no podía darle ni un beso.

—¿Me harás el honor de ser mi esposa? —le pregunté.

Tenía que habérselo pedido primero a su padre, pero esas reglas solo se aplicaban en la aldea.

Sonrió.

—Mi padre está preso —añadí.

Miré al escritorio, temeroso de ver su reacción. Cada vez que surgía el tema de Baba, yo encontraba la forma de soslayarlo. Nuestra relación se limitaba a las veces que ella venía a verme al despacho. Cualquier otra cosa le hubiera ocasionado problemas con su familia.

—No lo sabía —dijo.

—Saldrá libre al finalizar el año escolar. —No mencioné que había estado en la cárcel mucho tiempo—. Me gustaría casarme contigo entonces.

—Mi padre —puso una cara como si acabara de beber leche agria— no me autorizará a casarme a menos que la boda se celebre conforme a la tradición.

—¿Dónde? —pregunté.

—En cualquier parte, menos en Acre —contestó sonriendo.

—¿Y dónde viviremos?

Se encogió de hombros.

—Te amo. —La miré a los ojos. Ansiaba tocar su mano, apretarla en la mía.

Amani se inclinó y me besó, cogiéndome desprevenido. Deseé que lo repitiera, ansioso. Cerré los ojos un instante. Olía a brisa fresca.

—Amani —dije, y cogí su rostro entre mis manos.

Sonrió y me besó de nuevo. Consciente de que sería la única vez que podría besarla hasta nuestra boda, retuve su rostro lo más que pude. Agitó las pestañas.

—¿Está Jameel en tu cuarto? —preguntó.

¿Había entendido bien? No debíamos ir más lejos. Si alguien nos descubría, no solo la reputación de Amani quedaría arruinada, sino también la de toda su familia. Nadie se casaría con sus hermanas solteras y la gente hablaría mal de sus padres. Si su familia era conservadora, hasta podía ocurrir que la castigaran o incluso la mataran. ¿En qué estaba pensando?

Abbas y yo aguardábamos en la entrada del Centro de Detención Dror. Yo pensaba en lo que habría sucedido si Jameel no hubiera estado en la habitación. No, me dije, nos habríamos casado enseguida. Mamá y Nadia se habían quedado en casa preparando la fiesta de bienvenida para Baba. Hani estaba nervioso, pues no conservaba el menor recuerdo de Baba. Fadi quiso acompañarnos, pero, según la ley israelí, solo podían acudir dos personas a recibir a un prisionero liberado. No deseaban que la puesta en libertad diera lugar a una celebración.

Quise que fuera Abbas quien me acompañara. Confiaba en que Baba podría cambiar su manera de pensar, convencerlo de que la violencia no era el camino. Abbas estaba obsesionado con el doctor George Habash y su Frente Popular para la Liberación de Palestina.

Al mediodía, cinco soldados abrieron el portal de entrada y nos apuntaron con sus armas, a mí, a Abbas y a la docena de palestinos que esperábamos ansiosos la liberación de nuestros seres queridos.

Así estábamos, en esa incómoda confrontación, cuando de pronto el viento sopló más fuerte. Las partículas de arena se aflojaron y luego comenzaron a saltar, lo que indujo un campo eléctrico estático por la fricción. La arena saltando adquirió una carga negativa respecto al suelo, que a su vez aflojó más partículas de arena. Y así, en un periquete nos vimos envueltos en una tormenta de arena. De pronto no se veía nada. Tenía arena en la boca, los oídos y los ojos. Los niños gritaban. Los hombres se tapaban la cara con sus *kufiyyas*, lo mismo que las mujeres con sus velos. Abbas levantó los brazos para protegerse la cara e hizo una mueca de dolor. Cuando todo pasó, me sacudí la arena del cuerpo y luego traté de quitarla de la cara de Abbas para que no tuviera que volver a levantar los brazos, pero no quiso que lo hiciera. La tensión entre ambos era palpable. Me resultaba difícil creer que nos hubiéramos distanciado tanto. Pese a mis esfuerzos por encontrar algo que nos uniera, Abbas saboteaba cada una de mis tentativas. No toleraba que yo trabajara con el profesor Sharon.

Los prisioneros se hallaban sentados en el suelo, en hilera, cubiertos de arena. Un soldado comenzó a llamarlos por números. Hasta que llegó al número 2023.

Cuando un prisionero oía su número, se adelantaba un paso. Reconocí a Baba entre la multitud.

El soldado encargado ordenó a los veintiocho presos que saldrían en libertad que se pusieran en fila. Cuando Baba se incorporó a la fila, los demás presos le estrecharon la mano y lo felicitaron batiendo palmas. Los guardias que se encontraban por allí se despidieron de él y le desearon buena suerte. Y cada vez que Abbas los oía reaccionaba como si le dieran un latigazo. Dos soldados cacheaban a cada uno de los prisioneros a medida que la fila avanzaba y cruzaban el portal,

dirigiéndose entonces hacia donde nos encontrábamos esperándonos. Los escoltaban guardias armados.

Los liberados, vestidos de negro, eran de todas las edades. Algunos no parecían tener más de doce o trece años, y algunos rondaban los setenta. Los guardias ayudaron a tenerse en pie a cinco que no podían caminar sin ayuda. A causa de las tantas despedidas, Baba acabó siendo el último de la fila. Hasta los guardias apostados en la entrada le palmearon la espalda.

Incapaz de esperar, corrí hacia él. Le faltaban los dos dientes frontales y su rostro semejava una bolsa de papel arrugado. Abbas y yo le besamos la mano derecha. Tío Kamal aguardaba a la vuelta de la esquina, en el coche que usaba como taxi. Habían pasado muchos años desde la detención de Baba, los suficientes como para que los israelíes ya no tuvieran a nuestros amigos y familiares en el punto de mira.

Mamá y Nadia habían pegado flores de plástico encima del coche y puesto dentro galletas con dátiles, pistachos y almendras, higos, albaricoques, naranjas, uvas y botellas de agua. Baba se sentó al lado de tío Kamal, pero volvía la cabeza hacia atrás asiduamente y no paraba de repetirme:

—No puedo creer que seas un estudiante universitario.

Abbas, obcecado, hizo todo el trayecto mirando por la ventanilla. Ni Baba ni yo sabíamos qué decirle para consolarlo.

El patio de la nueva casa de mi familia estaba lleno de gente: la gente de la aldea había llegado antes que nosotros. Yo me alegraba de que Baba ignorase que nos habían obligado a vivir durante años en unas infectas tiendas de campaña. No había alcanzado a apearse del coche cuando mamá, Nadia y Fadi ya lo abrazaban y besaban. Lloraba cuando dijo:

—Ojalá Amal y Sara estuvieran aquí, con nosotros.

Hani se mantenía apartado. Lo acerqué y se lo presenté a Baba. Hani le tendió la mano y mi padre se la estrechó largamente. Era una situación incómoda, pero yo confiaba en que, con el tiempo, entrarían en confianza. Los miembros de la familia y la gente del pueblo rodearon a Baba prodigándole muestras de afecto.

Abu Sayeed trajo su violín y mamá le regaló a Baba un *oud* de segunda mano. En cuestión de minutos, como si no hubieran transcurrido catorce largos años, Baba y Abu Sayeed se pusieron a tocar juntos. Baba rasgueaba las cuerdas y cantaba a voz en cuello. Reímos y bailamos hasta altas horas de la madrugada.

El control militar de nuestra aldea había cesado en 1966 y ya no estábamos sometidos a toques de queda. Ahora los militares controlaban Cisjordania y Gaza. Del otro lado de la frontera, en el campo de refugiados de Cisjordania, las tiendas se habían transformado en un laberinto de paredes de bloques y tejados de chapa ondulada. Durante el día oíamos el ruido de los *bulldozers* y disparos. Las noches eran tranquilas, pues la gente, después del toque de queda, se encerraba en sus casas.

A la mañana siguiente, llevé a Baba a la parte trasera de la casa para enseñarle los catorce olivos que habíamos plantado en su nombre. *Amal* y *Sa'dah*, los dos

primeros, eran árboles muy altos y gruesos. Me recordaban a la gente de mi pueblo. Yo había pasado horas y horas observando a los israelíes cosechar las aceitunas de los olivos que habían confiscado a nuestra aldea. Golpeaban violentamente los árboles con palos para hacerlas caer. A mí me maravillaba comprobar que, a pesar de los golpes, la aridez del paisaje y el horrendo calor, aquellos árboles sobrevivían y daban frutos cada año, siglo tras siglo.

Sabía que su fuerza estaba en sus raíces, tan profundas que, aun si los talaban, volverían a echar retoños para crear las nuevas generaciones. Siempre he creído que la fuerza de mi pueblo, como la del olivo, está en nuestras raíces.

A la sombra del almendro, le dije a Baba una vez más que deseaba casarme con Amani. Me dio su bendición. Esa noche, mientras mamá, mis hermanos y yo estábamos sentados fuera bebiendo té, les comuniqué mi inminente boda.

—¡Por fin! —exclamó mamá.

Decidí ir a casa de Amani y pedir su mano.

En el autobús que me conducía a casa de Amani, pensé en lo que diría a su padre y en cómo sería nuestra vida juntos. Nos casaríamos en mi aldea. Nuestro primer varón se llamaría Mahmud. Me imaginé cómo sería besarla, acariciarla. Una vez finalizado mi doctorado, viajaría al extranjero, quizás a Norteamérica, a hacer un trabajo de investigación posdoctoral.

Cuando llamé a la puerta, me asaltó la duda sobre mi aliento. Tenía la garganta seca. ¿Cómo iba a pedir su mano con mal aliento? Un hombre abrió la puerta.

—Buenas tardes. Soy Ichmad Hamid.

El hombre, casi un cincuentón, tenía los pómulos y el mentón de Amani. Esperé, pero él no respondía. ¿Por qué no me invitaba a pasar?

—Soy candidato a la obtención de un doctorado en Física, en la Universidad Hebrea. Desearía hablar con usted.

Impasible, me hizo un gesto para que pasara. Luego miró fuera como si quisiera asegurarse de que nadie me había visto entrar. Una vez dentro, me quedé de pie, pues él no me invitó a tomar asiento en los cojines dispuestos en el suelo. El olor de mi aliento me enfermaba.

—He conocido a su hija Amani en la universidad —empecé.

No podía creer que su padre no me ofreciera ni un vaso de agua. Me fulminó con la mirada. El silencio en la habitación era aplastante. Cada minuto me parecía un día.

—Soy del Triángulo —me dijo de pronto.

Olvidé todo lo que quería decirle. Se produjo un silencio aún más incómodo. Su padre debía de haberse enterado de mis intenciones. ¿Por qué otro motivo habría ido yo a verlo a su casa? Era un candidato al doctorado en Física. Me había ganado el respeto de profesores y estudiantes, tanto judíos como árabes.

Amani había cumplido veintiún años. En mi país, la mayor parte de las chicas árabes de su edad no solo estaban casadas sino que ya tenían varios hijos.

Pensé en mamá, que había saltado de alegría cuando Ziad le propuso matrimonio a mi hermana Nadia sin tener otra cosa que ofrecerle que un cuarto en casa de sus padres. Nadia y Ziad tuvieron dos hijos y mi hermana estaba embarazada nuevamente. Eran once los que vivían en esa habitación.

El padre de Amani, con los brazos en jarras, se conducía como si yo le estuviera haciendo perder el tiempo.

—He venido a pedirle la mano de su hija Amani.

—No lo consiento. —Su negativa fue tajante.

Me sentí como si me hubieran dado una bofetada, aturdido. Nunca había contemplado la posibilidad de que su padre fuera a negarse. Quizá se había enterado de que Baba acababa de salir de la cárcel. ¿Se lo habrían contado los israelíes?

—¿Por qué no? —pregunté.

—Se ha casado con el hijo de mi hermano.

Un cuchillo en mi corazón habría sido más amable.

—¿Dónde está? —pregunté—. Quiero hablar con ella.

—Ahora vive con su esposo.

—Gracias. Gracias por su tiempo —me esforcé en decirle al marcharme de allí.

Una vez en la calle, maldije mi cultura, que privaba a las mujeres del derecho de elegir esposo. Yo había creído que Amani esperaba que yo fuera a su casa a pedir su mano. ¿Sería capaz de decirle a Baba que me habían rechazado? Ya había sufrido bastante. ¿Y yo? ¿Cómo haría para seguir adelante sin ella? ¿Sabía Amani que su primo iba a casarse con ella? ¿Fue por ese hombre que había hecho la huelga de hambre, para no tener que casarse con él? ¿Por eso había salido conmigo? ¿Para que él la considerara una indeseable? ¿Quiso acostarse conmigo para dejar de ser virgen, y así, si la obligaban a casarse con su primo, él la repudiara y la devolviera a su familia?

Fui directamente a casa de Jameel. Él conocía mi proyecto, sabía que iba a pedirle a Amani que se casara conmigo. ¿Por qué no me había mencionado a ese primo?

Abu Jameel, con su bigote bien recortado y su impecable túnica blanca, abrió la puerta.

—¡Qué honor! —exclamó—. Pasa, pasa. Por favor, ponte cómodo, estás en tu casa. Um Jameel, tráenos té, tenemos un invitado muy especial. Ichmad está aquí.

Um Jameel apareció con dos vasos de té.

—Voy a traeros una bandeja con mis más ricas galletas en honor de tu visitante —dijo sonriente.

—Jameel me ha contado que estás haciendo el doctorado. Me alegra mucho que los dos podáis seguir viviendo juntos —dijo Abu Jameel.

Um Jameel regresó con unas galletas de dátiles aún calientes y una fuente de *baklava*. Estuvimos conversando en el salón durante más de una hora sobre mis éxitos académicos, física, química y la universidad, hasta que entró Jameel.

—¡Qué gran honor! Quiero enseñarte algo —dijo, y me condujo a su habitación.

Me sentí aliviado, pues podría hablar a solas con él, si bien después del rechazo del padre de Amani, el hecho de que Abu Jameel, director del instituto árabe de Acre, me tratara con tanto respeto me había reconfortado.

—Supongo que te has enterado de lo de Amani —dijo Jameel nada más entrar en su cuarto.

—¿Tú lo sabías?

—Fue ayer.

Ayer; mientras festejábamos mi familia y yo mi decisión de ir a pedir su mano, como si nuestro matrimonio fuera algo seguro.

—¿La merece?

—Abandonó sus estudios en la Universidad de Haifa. Apuesto a que Amani tendrá que mantenerlo.

—¿Y mi amistad con ella?

—El cotilleo es como una tormenta en el desierto.

Bajé la vista. Me sentía muy triste.

—¿Sabía que debía casarse con él? —pregunté.

—Creo que sí.

Me faltó la respiración. Así pues, ella solo me había usado.

En el autobús, de regreso a casa, pensé en Amani y sentí mucha rabia. De pronto recordé que mi familia estaba esperando a que yo les llevara noticias de mi novia.

Cuando llegué a la cresta de la colina, mamá y Nadia corrieron hacia mí ululando. Baba, rezagado y sonriente, venía tras ellas. Bajé la cabeza. Ellas me rodearon y siguieron ululando. ¿Qué iba a decirles?

—Al fin algo bueno —comentó mamá.

Mamá y una muy preñada Nadia, con sus dos niños y sus siete hijastros, me siguieron al interior de la casa, locos de alegría.

—Felicitaciones, hijo. —Baba alargó sus brazos para abrazarme, pero se detuvo de repente—. Dejádme un minuto a solas con Ichmad —pidió.

Caminamos juntos hacia el almendro. Yo miraba al suelo. Baba me puso una mano en el hombro.

—¿Qué sucede, hijo?

—No habrá boda.

—Pues entonces no tenía que haberla.

Baba me abrazó. Lo aparté.

—¿Qué haré ahora?

—El éxito en la vida no tiene que ver con nuestros fracasos, ya sean pocos o muchos, sino con nuestra forma de reaccionar ante ellos. Esto ha sucedido por alguna razón. Y esa razón te está esperando ahí fuera. Lo único que tienes que hacer es encontrarla.

Me palmeó la espalda. El peso de mis sueños rotos me agobiaba y tuve que apoyarme en mi padre para caminar de regreso a la casa.

—Céntrate en tus estudios y sé paciente. La encontrarás donde menos lo esperes.

El profesor Sharon dirigió mi tesis doctoral durante los tres años siguientes. Mi tesis sobre el desarrollo de un material sin silicio a partir del diseño *bottom-up* suscitó interés internacional y me concedieron el Premio Israel de Física. El profesor Smart, un premio Nobel del Instituto Tecnológico de Massachusetts, se puso en contacto con el profesor Sharon con vistas a una posible colaboración, y lo instó a que se tomara el próximo año sabático en el ITM. Sharon le dijo que no iría sin mí.

—No puedo marcharme —le dije al profesor—. Mi familia me necesita.

Me miró desde su escritorio.

—Yo también te necesito.

—No puedo abandonarlos —insistí.

Pese a que seguía siendo un estudiante a tiempo completo, podía mantenerlos con

el dinero que ganaba como auxiliar del profesor Sharon en su cátedra y en la investigación. Si me marchaba, no tendrían más remedio que vivir todos del miserable sueldo de Fadi en el matadero. Sharon conocía mis circunstancias.

—Ya he hablado con el profesor Smart. —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. Podrás trabajar como nuestro investigador posdoctoral. Te pagaremos diez mil dólares al año. Sabes que ni por asomo podrías ganar semejante cantidad de dinero quedándote aquí.

Tenía razón. En Israel no había puestos académicos disponibles y los empleos a los que podía aspirar alguien con mis calificaciones requerían haber cumplido con el servicio militar.

—Déjeme pensarlo.

Iría a casa a pasar el fin de semana y lo hablaría con Baba. Tras catorce años de separación no me apetecía marcharme a trabajar tan lejos.

Aquel fin de semana, en casa, le conté a Baba que me habían ofrecido un empleo como investigador posdoctoral. Me dijo que debía aceptar y que no admitiría una negativa por mi parte.

Enseguida de terminar mi doctorado, el profesor Sharon, Justice y yo nos embarcamos en un avión rumbo a América. Tenía pensado vivir frugalmente a fin de poder enviar a casa cada dólar que me sobrara. Veía desfilan los edificios del aeropuerto por mi ventanilla a medida que cogíamos velocidad. La propulsión aumentó y antes de que me diera cuenta habíamos abandonado la tierra.

—Gracias, profesor Sharon.

—Llámame Menájem —me dijo, y sonrió.

TERCERA PARTE

(1974)

A través de los grandes ventanales de Baker House veía la ribera del río Charles. Menájem y yo nos paseábamos por los edificios intercomunicados, entre las columnas y cúpulas del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Su planta libre nos permitía pasar de un edificio a otro sin necesidad de salir al exterior, algo que yo apreciaba sobremanera pues nunca había experimentado un frío como el que hacía en Nueva Inglaterra.

—Tengo algo para ti en nuestra oficina —me dijo Menájem.

Justice nos estaba esperando. Sacó un paquete de regalo de debajo del escritorio arrastrándolo por su ancha cinta dorada. Hacía dieciséis años que yo no recibía un regalo, desde el día en que cumplí los doce y Baba me regaló las lentes para mi telescopio.

—Por haber aceptado dar clases particulares a Nora —dijo Justice—. Un regalito que te hacemos Menájem y yo.

Nora era la presidenta de Judíos por la Justicia, el grupo de paz de Justice. Era una de las mujeres judías que Justice pensaba llevar a Gaza en agosto y me había preguntado si yo podría darle clases particulares de árabe. Yo era incapaz de negarle algo a Justice, pero temía que esas clases me quitaran tiempo para mis investigaciones.

Desaté con cuidado la cinta dorada del regalo, pues no deseaba rasgar el papel blanco con signos de la paz dorados en que estaba envuelto. Dentro había una chaqueta de *tweed* con refuerzos de ante en los codos, un jersey negro de cuello alto, un pantalón negro de lanilla y un largo abrigo negro. La chaqueta era idéntica a las que siempre usaba Menájem; y él también tenía el mismo jersey de cuello alto y el mismo abrigo.

—Es demasiado —dije.

—No es bastante. —Justice abrió los brazos y me abrazó—. Vamos, pónelo.

Me cambié el vaquero por el pantalón en el cuarto de baño.

—Ahora sí pareces un posdoctoral del MIT —comentó Menájem.

Íbamos a encontrarnos con la amiga de Justice y mi futura alumna en el restaurante Habibi. Fuera, la bandera estadounidense flameaba al viento suave y fresco del otoño. Normalmente no me apetecía caminar por la calle, pues siempre tenía frío, pero esa vez, con mi ropa nueva, me sentí bien abrigado y la brisa en la cara era refrescante.

El frío había empezado a comienzos de noviembre y Menájem debió de fijarse que yo tiritaba a menudo. Si bien disponía de dinero suficiente para comprarme un abrigo, aún no lo había hecho. Ahorraba todo lo que podía para enviarlo a mi familia. Nadie quería contratar a Baba a causa de sus antecedentes penales. Su única fuente de ingresos era tocar el *oud* en las bodas, pero la mayoría de las veces su música era su

regalo de bodas. Abbas no podía trabajar y Fadi ganaba muy poco en el matadero.

Las velas arrojaban su resplandor sobre el suelo de mosaico y la madera oscura del comedor del Habibi. Vestido con mi ropa nueva, escuchaba la música de Fairouz, que provenía de unos altavoces invisibles, cuando entró en el restaurante la chica más bonita que había visto en mi vida. Las cabezas se volvieron para mirarla. Era como si irradiara luz. Su rubia cabellera caía como una cascada de rizos de oro sobre su espalda. Su piel era luminosa, como la luna.

Cuando se encaminó hacia nosotros, sentí que la sangre me subía a la cara. El comedor se abrió como el mar Rojo. Nos pusimos de pie.

—Os presento a Nora —dijo Justice.

Me quedé mirando a la muchacha de cabello dorado. Su vestido me recordó a los trajes bordados tradicionales de mi pueblo.

Justice presentó a Menájem y luego dijo:

—Y él es Ichmad, tu nuevo profesor de árabe.

No podía creer que hubieran tenido que convencerme de que le diera clases.

—*Tasharafna*. Encantada de conocerte —dijo ella en árabe, con el tono más sensual que había oído en mi vida—. *Inta takun mualami?* ¿Vas a ser mi profesor?

Para ella estaría disponible día y noche. Sería su esclavo.

Nos sentamos y Justice alzó su copa de agua.

—Brindemos por los nuevos amigos —propuso.

Alzamos las copas.

—Por la victoria de Jimmy Carter —agregó Justice—. Y por la paz en Oriente Próximo.

Entrechocamos las copas. Nora habría podido ser una reina de la belleza, nos explicó Justice, pero en cambio era una estudiante de primer año de Derecho en Harvard.

—Dos veces por semana trabaja como voluntaria en Dorchester, ayudando a las mujeres maltratadas a obtener órdenes de alejamiento. Los fines de semana los dedica a un comedor social. El verano pasado enseñó inglés en un campo de refugiados palestinos en Jordania —contó Justice.

Nora se ruborizó y bajó la cabeza.

—Bah, no tiene tanta importancia.

—He leído sobre ese campo —dijo Justice—. Las condiciones allí eran atroces. —Meneó la cabeza y me miró—: Nora ha tenido una vida realmente fascinante. —Justice la miró, esperando que la muchacha dijera algo, pero Nora permaneció callada—. Siempre ha sido una activista. Ella y sus padres viajaron a Sudáfrica para protestar contra el *apartheid*. Esta chica es una inspiración.

—Es muy poco lo que he hecho —dijo Nora.

—¿Sabes que Ichmad es un científico brillante? —prosiguió Justice.

Mis ojos encontraron los de Nora, que eran del color del cielo en primavera después de la lluvia. Se sonrojó y bajó la vista. Quizá no era solo bonita y lista, quizá

también era un pelín modesta. Sonreí al pensar que podría tener algo en común con las mujeres de mi aldea, entre quienes la modestia era casi una forma de arte.

Nora se inclinó hacia mí. Olía a flores recién cortadas.

—Esta semana habrá en el campus una conferencia sobre la poesía de Mahmud Darwish —me dijo con suavidad—. Tal vez te interese.

Antes de siquiera pensar qué hacer o decir, me oí a mí mismo preguntarle:

—¿Puedo llamarte?

—Dame una pluma. Te apuntaré mi número.

—Dímelo. Soy bueno con los números.

La comida terminó, pero yo tenía su número de teléfono y, antes de desaparecer en la noche, Nora me dedicó otra de sus maravillosas sonrisas. Era hermosa, compasiva, dulce. Estudiaba Derecho en Harvard. Podía tener lo que quisiera y vivir en cualquier parte cuando terminara sus estudios. ¿Por qué querría ir a Gaza?

Con su cabellera rubia era como una naranja en una cesta de manzanas. Estaba sentada en la primera fila y llevaba puesta una blusa roja tachonada de espejitos. Me hizo señas con la mano para que me acercara y sus pulseras de plata tintinearón. Su sonrisa era radiante.

—Acabo de empezar un curso sobre poetas árabes. Mahmud Darwish es impresionante.

Quitó el cuaderno que había en el asiento y me indicó que me sentara a su lado.

Yo no tenía la menor idea de quién era Mahmud Darwish.

El profesor Elsamoodi, un docente visitante que venía de la Universidad de Birzet, subió al podio. Los estudiantes aplaudieron.

Según decía el folleto que había en mi asiento, Mahmud Darwish nació en Palestina, huyó de allí en 1948 y retornó clandestinamente al año siguiente. Como no estaba el día que Israel realizó el censo de los palestinos que se encontraban en el territorio que pasó a ser el Estado de Israel, lo consideraron un refugiado interior y le otorgaron el estatus de «extranjero presente-ausente». Fue arrestado en numerosas ocasiones por viajar sin un permiso válido y hostigado continuamente por recitar su poesía. Finalmente, en 1970 se marchó del país.

—Ni borrando su aldea de la faz de la Tierra podrían los israelíes acallar su nostalgia por Palestina, su patria —afirmó el profesor Elsamoodi—. A continuación, leeré el poema titulado «Carné de identidad», que se ha convertido en el grito de guerra del pueblo palestino. Los israelíes, de hecho, arrestaron a Darwish por escribir este poema.

Cuando el profesor Elsamoodi acabó de leerlo, aplaudí con todas mis fuerzas. No podía creer que aquel poema me emocionara tanto. Mahmud Darwish había encontrado las palabras para expresar mis sentimientos. No sabía que aquello fuera posible. Agradecido, miré a Nora.

—¡Es prodigioso! —Se enjugó las lágrimas con un pañuelo de papel—. Me da vergüenza llorar... pero ha sido muy fuerte.

Nunca se me había ocurrido que las palabras pudieran tener tanta fuerza y belleza. Ojalá mi hermano Abbas lo leyera. A través de la poesía quizá podría canalizar su ira, en vez de andar todo el tiempo citando al doctor Habash. Sin embargo, no me atreví a enviarle una copia del poema. Seguro que en Israel estaba prohibido.

—«Identidad» y «Carné de identidad» eran palabras muy cargadas de significado en el mundo árabe en los años sesenta —explicó Elsamoodi—. Y esto era particularmente cierto en el caso de los palestinos, quienes luchaban por conservar su identidad nacional. Los israelíes utilizan aún hoy el sistema del carné de identidad.

—¡Ichmad!

Alguien pronunció mi nombre casi en voz alta. Me volví y vi a Justice. Menájem

estaba sentado junto a ella. Los saludé con la mano y me devolvieron el saludo.

Después de la conferencia, Menájem, Justice, Nora y yo fuimos a un café llamado Casablanca. Justice y Nora hablaban de la opresión israelí y la resistencia de los palestinos, y de qué podía hacerse para lograr la paz. Menájem y yo cambiábamos opiniones sobre cómo controlar y manipular los átomos de la forma más apropiada para nuestros propósitos. Era como si viviéramos en dos mundos diferentes y, sin embargo, Justice y Menájem parecían muy felices juntos. Tal vez entre ellos nunca hablaban.

Ambos se marcharon después de la primera ronda de té, pero Nora y yo nos quedamos en el café hasta la hora de cierre. Yo seguía echando más agua caliente. Al final mi bolsita de té ya no sabía a nada.

Nora me refirió más detalles acerca de su increíble vida. Una vez, cuando ella tenía doce años, había vivido con sus padres en una tienda de campaña con moros nómadas, en el desierto del Sahara, durante un mes. Cada vez que se desplazaban, las mujeres desmontaban las tiendas, hechas con estacas, un toldo de esteras de palmera y anchas tiras de cáñamo, y cargaban el camello en menos de una hora.

—¿Te gustaba vivir en una tienda? —pregunté.

—Era guay. ¡Qué aventura!

Me abstuve de contarle que las moscas y los mosquitos se abrían paso en nuestras bocas mientras dormíamos, o hablarle de las lluvias torrenciales y los veranos abrasadores. Nora era sincera, pero no había conocido el sufrimiento: su visión era de turista, una de esas personas que hacen una visita al padecimiento de otros y luego cogen otro avión o se montan en un *jeep* para embarcarse en una nueva aventura. Me pareció que tenía mucho que aprender, no solo el árabe, sino de la vida. Y yo deseaba enseñarle.

Me dijo que yo necesitaba reír más y comer *pizza*. Convinimos en volver a vernos el domingo siguiente, a ver si yo comenzaba a enmendarme.

Esa noche soñé que me conducían en un autobús por el desierto hasta el fin del mundo. De pronto llegó Nora montada en un camello, con un vaporoso vestido blanco, y me llevó consigo velozmente hasta un oasis cercano.

Al día siguiente, de camino a mi oficina, me fijé en que de los árboles caían hojas rojizas y en que las aves gorjeaban bellas melodías y los estudiantes reían y charlaban en los pasillos, felices de estar vivos. ¿Por qué nunca había reparado en esa clase de belleza?

Como habíamos convenido, nos vimos el domingo. Yo le di una clase de árabe, tomamos el té y quedamos en volver a reunirnos el fin de semana siguiente. Los días que mediaron entre una y otra cita fueron un martirio. Luego empezamos a salir más seguido; Nora me llevaba a conferencias y salíamos a pasear por Cambridge.

Yo la esperaba a la salida del centro de acogida, donde trabajaba como voluntaria. Me sentaba en un banco delante de la antigua casona que había sido transformada en una residencia para mujeres con niños que huían de esposos maltratadores. Nunca

hablaba demasiado de ello, se limitaba a decir que le preocupaban los niños que quedaban atrapados en medio de la violencia y se colaban a través de las fisuras de un sistema que apenas podía atender a sus madres.

A mis espaldas había un pequeño jardín con juegos y columpios. Cuatro niños correteaban por allí. Mientras esperaba a que ella saliera de la casona, oí una pelea en la zona de los juegos: dos niños reñían a gritos. Uno le pegó al otro en el pecho y este se puso a llorar. Me volví para mirarlos.

Entonces oí la voz de Nora, que se acercó a consolar al niño.

—No pasa nada —le dijo, y lo abrazó. El pequeño se puso a llorar en su hombro. Con el otro brazo ella cogió al niño agresor.

Me pregunté por qué no regañaba a este último.

—Ya sé que te da miedo estar aquí —le dijo ella con dulzura.

—Yo no tengo miedo, lo odio. —Y el chico trató de zafarse del brazo de Nora, pero ella lo retuvo suavemente.

—Yo también te odio —saltó el llorica, de pronto envalentonado—. Eres un idiota.

—¿Sabes?, no tiene nada de malo tener miedo —insistió Nora—. Yo tengo miedo muchas veces.

El niño agresor la miraba incrédulo.

—¿Y por qué tienes miedo?

—A veces añoro mi casa, y a mi papá. A veces no sé lo que va a ocurrir. Me preocupo por muchas cosas.

Los dos niños la miraban.

—Está bien que echas de menos a tu papá y a tus amigos —se enterneció el niño—. Yo tampoco quiero estar aquí. Quiero irme a casa.

Nora se sentó en el suelo y los niños lo hicieron a su lado, como ovillándose en un poco de humanidad.

—Entiendo. A veces debemos hacer cosas difíciles. Pero cuando estéis enfadados, quiero que habléis de ello. Que se lo contéis a alguien. Nadie os castigará. No tiene nada de malo sentirse así, pero no os peguéis más, ¿vale?

Ambos asintieron con la cabeza.

—Si os mantenéis unidos, será más fácil; no estaréis solos. —Puso una mano abierta entre los dos—. ¿Lo prometéis?

Los niños rieron y la engancharon con sus meñiques. Instantes después jugaban juntos en el arenero con grandes camiones amarillos de plástico. Me volví antes de que Nora advirtiese que los había estado escuchando. Un día sería una madre maravillosa.

Estaba enamorado y lo sabía. Pero también sabía que nuestra relación era imposible. ¿Cómo iba a estar yo con una chica judía? Mas tampoco podía dejar de verla.

Cada vez que Harvard organizaba algo relacionado con Oriente Próximo,

nosotros acudíamos: una comida en el Habibi; la proyección de una película sobre tres refugiados palestinos que trataban de llegar a Kuwait escondidos en un camión cisterna; una conferencia del rey Hussein de Jordania en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy; una charla sobre las violaciones de los derechos humanos en Cisjordania y Gaza; una función a cargo del grupo de danza *dabkede* del campo de refugiados de Dheishe; una velada nocturna de música árabe. Justice y Menájem nos acompañaron varias veces y al menos una vez por semana Nora y yo cenábamos en casa de ellos. Nora a veces iba a mi despacho con una *pizza*. Me invitó a una barbacoa en casa de una amiga, al cine a ver *American Graffiti*, a un concierto de Bob Dylan en el Boston Garden. Cuando le dije que yo no tenía dinero para asistir a esos espectáculos, que debía mantener a mi familia, se conmovió tanto que las lágrimas afloraron a sus ojos. Creí que mis palabras la alejarían de mí, pero produjeron el efecto contrario. Insistió diciéndome que disponía de entradas gratis. Y yo disfrutaba con todo. Empecé a comprender que en el mundo hay otras cosas que aprender, no solo la ciencia.

Cuatro meses después de habernos conocido, nos hallábamos bebiendo té en la cafetería Algiers, uno de nuestros lugares preferidos. Nora estaba sentada frente a mí, con mi mano en la suya.

—Quiero que seamos algo más que amigos —dijo—. Vayamos a mi habitación.

Sonrió y enarcó las cejas.

Hasta ese día, yo me había limitado a tomar su mano, nada más. Sabía que ese momento llegaría —quizás una parte de mí lo deseaba, pero nunca había cedido a mi deseo—. Era consciente de lo que se esperaba de mí: que me casara con una chica de mi aldea, que tuviera hijos, que retornara a la familia. Nunca me casaría con Nora y la respetaba demasiado como para seguir avanzando por esa senda. Pero era incapaz de decirle la verdad.

Me puse de pie tan intempestivamente que derramé el té.

—No —dije—. Imposible. Tengo trabajo que hacer.

Se le humedecieron los ojos.

Traté de pensar en Nora solo como mi alumna, como una amiga, pero todas las noches soñaba con ella. Una batalla se libraba en mi corazón. ¿Cómo podría aceptar la idea de un matrimonio concertado? ¿Cómo podría estar con otra mujer que no fuera ella? Nora era inteligente y bonita, y estaba aprendiendo árabe. Cuanto más la conocía, más me daba cuenta de que yo quería un matrimonio cimentado en el amor. Deseaba una esposa de quien sentirme orgulloso. Una esposa con personalidad y vida propias. Pero en el fondo de mi corazón sabía que esa esposa no podía ser Nora. ¿Decepcionar a mis padres? Imposible.

Cada vez que me invitaba a su habitación en la residencia estudiantil, yo encontraba una excusa para no ir: «tengo mucho trabajo»; «creo que estoy incubando una gripe»; «me duele la cabeza». Esto último la hizo reír mucho.

—¿No lo sabías? —preguntó—. Es la excusa típica de las mujeres.

Una noche, cenando en el Casablanca, sentados a una mesa cerca de la chimenea,

a la luz tenue de las velas cuyos parpadeos se reflejaban en su rostro, de repente dejó de comer, posó su pan de pita sobre la mesa y se enderezó en su silla. Yo unté mi pita con humus y estaba por comérmelo cuando me dijo:

—Deseo estar contigo, Ichmad.

Quedé con la mano suspendida en el aire. ¿Cómo explicarle que yo no la deseaba porque era judía? Trabajar con una judía era una cosa, casarme con ella y tener hijos era otra muy distinta. En Israel, mis hijos serían considerados judíos y tendrían que servir en el ejército. El trozo de pita doblado que tenía en la mano empezó a chorrear. Me lo puse en la boca y mastiqué tratando de ganar tiempo. Deglutí y carraspeé.

—Prometí a mi madre que me casaría con una muchacha de nuestra aldea —me sinceré.

—Pero no podemos seguir así. Es muy doloroso. ¿No puedes decirle a tu madre que has conocido a alguien?

—No lo entendería.

—¿Por qué no?

—No quiere que yo esté con una chica occidental.

—Te amo. —Esperó una respuesta. Las lágrimas brotaban de la comisura de sus ojos—. Tú piensas que soy una tonta, que no entiendo nada. Pero no es así. Yo elijo creer en el amor.

Se levantó y salió a toda prisa del restaurante.

Me dolió el corazón, pero la dejé marchar.

Nora no volvió a sus clases particulares. Cada vez que sonaba el teléfono en mi despacho, yo pegaba un respingo, pero no era ella, nunca era ella. Cuando Justice me preguntó, le dije que no era la chica adecuada para mí. Trabajaba de la mañana a la noche. Mientras me mantuviera ocupado, me parecía que controlaba la situación. No la necesitaba.

El Instituto para el Desarrollo de la Nanotecnología otorgó a Menájem una beca de veinte mil dólares. Fuimos a celebrarlo al Habibi. Estábamos conversando acerca de lo que haría él con el dinero cuando vi a Nora, sentada a otra mesa con Justice y varias personas del grupo pacifista.

—Me encuentro mal —dije.

Menájem dirigió su mirada hacia donde se encontraban Justice y Nora.

—Ha sido idea de Justice —dijo—. Está convencida de que vosotros estáis hechos el uno para el otro.

—No es viable.

Cogí el abrigo que Justice me había regalado y caminé hacia Harvard Yard, en medio de una tormenta de nieve, en busca del banco donde Nora y yo solíamos sentarnos. Habían caído varios centímetros de nieve. Aún no me había puesto el abrigo a pesar de que hacía un frío glacial. Me senté en el banco y dejé que el viento helado me castigara.

Cuando más distancia ponía entre Nora y yo, más la deseaba. Tenía que

sobreponerme. Seguía allí, sentado en plena tormenta, cuando ella apareció. Me puse de pie. Antes de que yo atinara a algo, ella me abrazó. Lloraba. Se pegó a mí con fuerza.

—No puedo seguir alejada de ti —sollozó.

—No llores.

—Lo siento. No sabía qué hacer. —Su pelo olía a manzanas verdes y canela—. Te amo.

—Por favor, Nora, no.

—No soy tan fuerte como tú.

—Yo soy débil —dije—. ¿No lo ves?

—¿Es que no me deseas? ¿Ni un poquito?

Mis brazos no se movían, seguían caídos a los costados de mi cuerpo.

—Claro que sí.

—¿Entonces?

—Es mi obligación. Mi familia.

—Por favor, no me vengas con que no soy lo bastante buena para ti. —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Demuéstrales que puedes amar a una chica judía. Predica con el ejemplo.

Nora me besó en los labios y yo la correspondí. Por un momento me concedí el goce de sus dulces labios, tan suaves y tentadores como los imaginaba, pero enseguida la aparté y la acompañé hasta su coche. Cuando se marchó, me puse a pensar en que tal vez pudiera casarme con ella. Le pediría a Baba su bendición.

Con el dinero que había ganado, había hecho instalar un teléfono en casa de mis padres. Fui a mi despacho y lo llamé.

—Baba —dije sin preámbulos ni cumplidos—. Por favor, escúchame. He conocido a una chica y quiero casarme. Es muy bonita, inteligente y afectuosa. Habla árabe y aspira a convertirse en una abogada defensora de los derechos humanos. Solo que... —respiré hondo— es judía.

Se produjo un silencio.

Al fin, dijo:

—Los judíos no son nuestros enemigos. —Habló despacio, escogiendo las palabras—. Antes de la idea de la creación del Estado de Israel, los judíos y los árabes vivían juntos en paz. ¿Esta muchacha te hace feliz? ¿Te quiere? ¿Tú la quieres? ¿Tenéis los mismos valores y la misma manera de ver la vida?

—Sí. Sí a todo —respondí con entusiasmo.

—Entonces, cuenta con mi bendición —dijo Baba—. Has sufrido demasiado. Ahora eres un hombre. No está bien que yo te diga con quién debes casarte. Es tu decisión.

Mamá se puso al teléfono.

—En el nombre de Dios, ¿tratas de arrancarme el corazón con las manos?

—¡Se ha pasado al enemigo! —gritó Abbas.

Después se produjo un forcejeo y un ruido, como si el auricular se hubiera caído al suelo.

—Llámame luego —me pidió Baba.

Oí la voz de Abbas aullando:

—¡Ha perdido la cabeza!

Y se cortó la comunicación.

Aguardé fuera a que Nora saliera de la biblioteca de la facultad de Derecho. Cuando me vio, fue como si un nubarrón desapareciera de su rostro y un rayo de sol lo iluminase, pese a que era de noche. Fuimos andando por Harvard Yard. Brillaban las estrellas y del cielo caían copos de nieve que aterrizaban sobre su gorro de esquiar azul. Era una noche hermosa. La acompañé hasta su residencia.

—¿Puedo subir? —pregunté.

Abrió los ojos como platos.

—¡Claro!

La seguí por la escalera hasta su habitación. Abrió la puerta y entramos. Me quedé perplejo. Las paredes estaban llenas de fotografías enmarcadas de sus viajes.

Había una foto de ella a la edad de ocho o nueve años, de rodillas, con unas niñas de pelo oscuro y lacio que llevaban un palo sobre los hombros con un cubo colgando de cada extremo.

—¡Eres tú! —exclamé maravillado ante la Nora niña.

—En Laos. El torrente no era seguro, pero era todo lo que tenían en la aldea. Tres meses por año se secaba. Los niños marchaban ocho kilómetros diarios cada día para conseguir agua y la traían a través de las colinas y cruzando un puente derruido. Mis padres instalaron una bomba de agua en el centro de la aldea y financiaron la construcción de un puente nuevo.

En otra foto se veía a Nora arrodillada en una parcela plantada con coles, en compañía de tres muchachas negras muy flacas.

—Eso fue en Ruanda. ¿Sabías que el catorce por ciento de la población mundial se acuesta con hambre todas las noches? Mis padres eran miembros de una organización que brindaba asesoramiento a los habitantes de regiones empobrecidas para que cultivaran sus propias verduras.

¿Por qué ninguno había ido a mi aldea? ¿Por qué, ahora que estábamos solos en su habitación, Nora no trataba de besarme?

—¿Sabías que prácticamente el cien por cien de los niños de Estados Unidos y Europa van al colegio, mientras que en los países más pobres solo el cuarenta y cinco por ciento de las niñas y el cincuenta y cinco por ciento de los varones accede a la enseñanza secundaria? Quinientos cincuenta millones de mujeres y trescientos veinte millones de hombres en el mundo no saben leer y escribir.

Pensé en mamá, que nunca había tenido la oportunidad de ir al colegio. Y en Amal y Sara, que murieron. Y en Nadia, Abbas y Fadi, que tuvieron que dejar de estudiar. Solo Hani había seguido. Acabaría el instituto a fin de año.

Cogí a Nora e hice que se volviera hacia mí. La miré a los ojos.

—¿Me harías el honor de ser mi esposa?

—Ichmad... —dijo como anonadada—. Sí, claro que sí.

Me incliné y la besé. Deseaba besarla eternamente.

—Ven a mi oficina. Debo telefonear a mis padres.

—Llama desde aquí.

—Es muy caro.

—Llama. Tu familia necesita todo el dinero que ganas. Nosotros podemos vivir de mi fondo fiduciario. Por favor, no discutas. De otro modo no aceptaré. No podría vivir feliz si sé que los estoy privando de dinero.

Me alcanzó el auricular y marcó el número.

—Ha dicho que sí —le conté a Baba—. Nos vamos a casar.

—Que Dios os dé muchos años de felicidad conyugal. ¿Puedo hablar con tu novia?

Le pasé el auricular a Nora.

—Cuidaré bien de vuestro hijo —dijo en árabe con una sonrisa ancha como el mar.

Luego nos sentamos en la cama.

—Deseo casarme lo antes posible.

—Yo también.

Se inclinó sobre mí y me besó.

—Aguarda —me aparté—. Deberíamos esperar a estar casados. —Quería hacerlo por Baba.

Nora se rio.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

Se puso de pie y, apoyando las manos en las caderas, dijo:

—Entonces, vayamos a casarnos ahora mismo.

—¿Y tus padres?

Me había dicho que sus padres eran liberales, pero yo sabía que además eran judíos.

—Durante toda mi vida me han inculcado que las personas son iguales, que las diferencias enriquecen las relaciones personales. Lo verás tú mismo. Ya los conocerás. Te encantarán.

—Deseo casarme contigo este verano en mi aldea.

—No podré esperar tanto.

—Es preciso que mi familia esté presente.

—Entonces celebraremos la ceremonia allí —dijo Nora—. Y aquí firmaremos el matrimonio civil. Así será más fácil. De todos modos, Israel no permite bodas interreligiosas. Tus padres no tienen por qué saberlo. Si lo deseas, podemos firmar aquí un contrato musulmán. Puedes empezar a tramitar la ciudadanía dentro de poco

tiempo. Me ocuparé de ello.

Acepté. Al fin y al cabo yo tenía veintiocho años y era virgen. No hicimos el amor esa noche, pero, antes de abandonar su habitación, besé a Nora otra vez. Éramos novios.

— **L**os azahares representan el amor eterno —dijo Nora al abrirme la puerta con las flores en su cabeza. Después me dio una caja—. Ropas nuevas para tu nueva vida.

Me cambié en el lavabo de caballeros del juzgado. Me puse el jersey de cuello alto de algodón blanco y el pantalón del mismo color.

—Ichmad —dijo el juez de paz—. Empiece, por favor.

Miré el papel que tenía en la mano y leí.

—«Tú me has enseñado que el amor es una emoción que no podemos controlar. —Miré un instante a Nora y ella sonrió—. Nunca quise enamorarme de ti, pero no tuve opción. Dios te ha hecho especialmente para mí. —Nora me tomó de mi mano libre. Volví mis ojos al papel—. Tú has iluminado mi oscuridad. No podría imaginar mi vida sin ti. Eres mi sol». —Tomé sus manos entre las mías y la miré intensamente a los ojos. El papel cayó al suelo—. Tenemos los mejores años de nuestra vida por delante. Estoy deseando formar una familia y que envejecamos juntos. Te prometo amor eterno.

El secretario la miró.

—Nora.

Sacó el papel de entre los pliegues de las túnicas blancas de seda que prestaban a su rubia cabellera el brillo de un claro de luna.

—«Que nuestro matrimonio sea el primer paso hacia la reunión de dos pueblos». —Nora levantó la vista del papel y compartió su anhelo conmigo manteniendo su mirada fija en mí—. Nuestro amor confirma lo que yo ya sabía. El amor trasciende las barreras que levantan los seres humanos. Tú eres el único para mí. —Eché una ojeada al papel—. Creo que la base de un buen matrimonio no reside solo en encontrar a la persona adecuada, sino en ser uno también la persona adecuada. Confío en que al final de tus días seas capaz de rememorar este día como el día en que me amaste menos. —Posó el papel sobre el escritorio del juez de paz y tomó mis manos—. Que mi amor te libere. Te prometo amor eterno.

El secretario tendió a Nora la jarra de dos picos llena de agua, que ella había traído para nosotros, y bebió un sorbo.

—«El agua simboliza la santidad de vuestra unión» —leyó las palabras escritas por Nora y después me dio la jarra. Bebí del otro pico—. El agua es el elemento básico; sin ella no hay vida. —El juez de paz apoyó la jarra sobre su escritorio y me miró—. Ichmad Hamid, ¿quieres recibir a Nora Gold como tu legítima esposa?

Tomé las manos de mi amada entre las mías.

—Sí, quiero.

Le brillaban los ojos de lágrimas.

—¿La amarás, la respetarás y la honrarás todos los días de vuestra vida?

—Sí.

—¿Prometes amarla y cuidarla en la salud y en la enfermedad, en la prosperidad y en la adversidad, para bien y para mal, renunciar a todas las demás, preservándote solo para ella por el resto de vuestra vida?

—Sí, lo prometo.

Sonreí a Nora, que apretó mi mano, y nos reímos juntos.

—Esta alianza, sin principio ni fin, significa amor eterno e infinito.

Nos dio a cada uno el anillo del otro, pero antes nos pidió que pronunciáramos las palabras finales de la ceremonia.

—Repetid conmigo —dijo—: Con este anillo, yo te desposo.

Con aquellas sencillas alianzas de oro en nuestros dedos, el juez de paz nos declaró marido y mujer.

Más tarde, en el cuarto de su residencia estudiantil, Nora, antes de ir a su cama, me tendió la mano. Fui hacia ella como hipnotizado. Nuestros labios se encontraron. Ella me quitó mi chaqueta nueva y la colocó bien doblada en el sillón de tela escocesa que había junto a su cama. Mi camisa quedó en el suelo, donde había aterrizado.

Tenía miedo de no saber qué hacer, pero cuando ella se inclinó hacia mí, sentí la tibieza de su cuerpo y empecé a relajarme. Nos besamos. Con su lengua apartó mis labios. Nora me guio hacia un placer que yo creía imposible. Pura adrenalina corría por mis venas.

Mis manos vagaron por su cintura y acariciaron la región lumbar. Dio un paso atrás y se bajó la cremallera del vestido. Miré las uñas pintadas de rosa de sus pies mientras ella los sacaba de la piscina blanca en que se había transformado su vestido. Y pensé que hasta los dedos de sus pies eran magníficos. Quedé maravillado frente a la belleza que tenía delante mientras mis ojos apreciaban las curvas y la textura de su cuerpo sedoso, ahora con solo una prenda interior de encaje blanco brillante perfectamente ajustada a la plenitud de sus pechos redondos. Que una prenda como aquella pudiera existir era otra maravilla. Y también cayó al suelo.

Nora se recostó en su cama como uno de aquellos desnudos de mármol que yo había visto en los libros de arte de Baba. Vacilante, me acerqué. ¿Congeniaríamos? ¿No iría yo a aplastarla?

Me miró con una sonrisa traviesa y buscó la cremallera de mi pantalón. Quiso bajarla, pero no cedió.

—Ayúdame —susurró.

La sangre me subió a la cara. ¿Cómo me iba a desnudar con ella delante mirándome?

Como si leyera mi mente, se deslizó bajo las mantas y las abrió para mí. Me quité rápidamente el pantalón y la ropa interior, y de un salto me metí a su lado. Mis movimientos fueron tan bruscos que el colchón se hundió. Nos reímos. Yo estaba feliz.

Me rozó el pecho con sus manos.

—¡Qué hombre más guapo es mi esposo! —Su árabe era melodioso.

Respiré hondo.

—No tanto como tú, esposa mía.

La miré; sus ojos chispeaban de dicha. Pasó sus dedos blancos por mi cabello negro. Iba a hacer el amor con ella. Antes de ella, no había habido ninguna mujer en todo el universo. En cierta forma, casi como una ironía del destino, esta muchacha judía me recordaba mi hogar. Al abrazarla, me embargó una sensación de plenitud, de seguridad y amor. Ni en mis sueños más desaforados podía haber imaginado que una mujer judía despertaría en mí esas sensaciones.

Después del amor, permanecemos acostados, jadeando los dos, tratando de recobrar aliento, con las mantas por el suelo y mi pudor disipado. Me dio un ataque de risa y no pude parar.

Alquilamos un apartamento en Somerville. Traspuse el umbral llevando a Nora en brazos y casi muero en el intento, pues quedaba en el tercer piso de un edificio sin ascensor. Ella insistió en pagar el alquiler con el dinero de su fondo fiduciario. Sabía que no era propio de un hombre permitir que pagara su esposa, pero mi familia significaba mucho para mí y opté por tragarme el orgullo.

La habitación principal solo tenía unos ocho metros cuadrados, pero era nuestra. A la izquierda estaba la *kitchenette* con electrodomésticos color aguacate y dos ventanas a los lados. Una mullida moqueta de un vivo naranja cubría el suelo y se extendía hasta el cuarto de baño, donde había una cortina estampada en flores verdes y anaranjadas.

—¡Me encanta! —Nora parecía sinceramente entusiasmada—. ¡Nuestro propio apartamento!

Sentí que mi vida por fin comenzaba.

Con el dinero del fondo de Nora compramos un colchón, un cubrecama color aguacate con grandes flores anaranjadas, dos mesas a juego, dos sillas plegables, una mesa de formica naranja para la cocina, un canapé de vinilo negro, una cortina de cuentas que Nora colgó en la entrada de nuestra pequeña alcoba, una lámpara de ambiente color naranja y un póster anaranjado con el símbolo de la paz en el centro y debajo la leyenda «Haced el amor, no la guerra». Pusimos el canapé contra la pared pegada a la cocina y el colchón en la pequeña alcoba. Las dos mesitas y las sillas plegables ocuparon el centro de la habitación principal y, para que nos resultara cómodo a la hora de cocinar, la mesa de formica justo delante de la *kitchenette*.

Tal como había hecho en su cuarto de la residencia de estudiantes, y como Baba con sus retratos, Nora tapizó las paredes con sus fotografías. Mezclados entre las fotos también colgó algunos *souvenirs* de sus viajes: un retablo de madera traído de la ciudad de Ayacucho, en Perú, que consistía en una escena de Domingo de Ramos con los personajes en papel maché; un cuerno *kudu* masái; un cinturón de cuentas zulú; y un arco y una flecha procedentes de los bosquimanos del desierto de Kalahari.

Sobre el alféizar del dormitorio coloqué la jarra de dos picos y al lado una cuchara de plata con nuestros nombres grabados, regalo de Justice y Menájem. «Así nunca tendréis hambre», había dicho Justice.

En la pared encima del canapé colgué los dos retratos que me había dado Baba como regalo de despedida. En el primero aparecíamos todos nosotros, antes de que Amal y Sara fueran asesinadas. Las dibujó a ambas tal como eran la última vez que las vio. Junto a ese cuadro, colgué el dibujo que la semana antes de mi partida hizo de todos los miembros vivos de la familia. Me dio mucha tristeza verlos uno al lado del otro, de manera que colgué el más reciente cerca de nuestra cama.

Era la primera casa que yo podía llamar mía, y me gustaba. Me gustaban el gusto

ecléctico de Nora, sus fotografías, mi hermosa esposa, las artesanías y la brillante lámpara de ambiente.

—Estamos cerca —dijo Nora apretándome levemente la mano.

El taxi discurría por calles arboladas con casas grandes como castillos. Había Ferraris, Lamborghinis y Rolls Royces aparcados en sus caminos de entrada para coches. Finalmente el chófer enfiló uno de ellos. La verja de hierro se abrió y avanzamos por el sinuoso camino a la mansión de la familia de Nora.

—No sabía que fuerais tan ricos.

—Para mí no es importante. Mi padre heredó la mayor parte. Mis padres utilizan la casa para patrocinar eventos de caridad. —El tema, evidentemente, la incomodaba—. Tendrías que ver las fiestas que se montan para recaudar fondos.

La brecha entre nuestras familias se ensanchaba. Y yo estaba más nervioso que antes.

Nora tocó el timbre que había junto al enorme portal.

Abrió un hombre.

—Su madre está en la logia —informó. Tenía acento español.

Nora parecía sentirse obligada a dar explicaciones por la inmensa fortuna de sus padres.

—Les agrada dar empleo a la mayor cantidad de gente posible.

Señaló a una mujer africana, vestida con un caftán en brillantes tonos de rojo, amarillo y naranja, que estaba arreglando unas flores.

—Todos son cabezas de familia —añadió.

Llegamos a una galería en forma de rotonda, de diez metros de altura, con una amplia escalinata. Me condujo por un espacioso corredor. Antes de llegar a la logia, o lo que fuera eso que llamaban logia, pasamos por delante de un salón con una enorme chimenea, un comedor, una biblioteca revestida con madera de cerezo y una chimenea de mármol, y lo que Nora llamó «las salas preescolares».

Me sudaban las manos.

—Todos los trabajadores traen aquí a sus niños en edad preescolar —explicó.

Sus padres contrataban a tres maestras. Disponían de tres salas: bebés, pequeñines y preescolares. Les daban tres comidas diarias, ropa y camas para la hora de la siesta.

Fuera se veía una piscina rodeada de jardines.

—¡Mami! —gritó Nora.

Una mujer, obviamente su madre, se hallaba en el patio de baldosas, sentada bajo una sombrilla amarilla. Había papeles desparramados a su lado. Su madre posó la pluma.

—¡Qué sorpresa! —Se puso de pie—. ¿Todo bien?

—Mejor que bien —sonrió Nora—. Te presento a Ichmad.

—¿Tu profesor de árabe?

—El único.

La madre de Nora me tendió la mano.

—Encantada de conocerlo.

Vestía una blusa y una falda campesinas, muy coloridas ambas, semejantes a las que Nora había comprado en Ghana. Llevaba al cuello un símbolo de la paz.

—Mi hija no para de contar maravillas de usted —añadió.

—¿Dónde está papi? —preguntó Nora entre risas.

—Vendrá de un momento a otro.

—Lo esperaré. —Me cogió la mano.

Su madre ladeó la cabeza.

—¿Para qué? —preguntó.

—¡Nos hemos casado! —exclamó Nora con entusiasmo—. Soy tan feliz... ¿No te alegras por mí?

La madre nos miró fijamente un instante y luego se reclinó en su asiento.

—¿Que habéis hecho qué?

Parecía como si le hubiera dado una apoplejía. Yo le había dicho a Nora que debíamos contárselo a sus padres, pero ella estaba convencida de que nuestra felicidad los haría felices. Deseaba darles una sorpresa.

Nora se precipitó a abrazar a su madre, pero ella no reaccionó de la misma forma.

Cuando llegó su padre, Nora se echó a sus brazos y exclamó:

—¡Me he casado!

Su padre me miró. Quizá supuso que yo era el criado que llevaba la bolsa de Nora a la piscina.

—Con Ichmad, por supuesto. —Y dio un saltito en el aire—. Queríamos daros una sorpresa.

Los padres se miraron entre sí. Su madre parecía desencajada.

—¡¿Qué?! —preguntó el padre casi gritando.

—Nos amamos. —La sonrisa de Nora se desvaneció—. ¿No estáis contentos por nosotros?

Sus padres volvieron a intercambiar miradas.

—¿Nos disculpas un momento?

El padre cogió a su mujer de la mano y la llevó dentro de la casa.

—No sé qué les ocurre. —Nora se comía las uñas e iba de un lado a otro. Trataba de que yo no le viera la cara, pero atisbé las lágrimas—. No parecen ellos.

Miré a la piscina. Ojalá ella los hubiera preparado para esto, como yo había hecho con los míos. Nora daba la impresión de tener mucho mundo, pero en varios aspectos era una niña ingenua, incapaz de comprender la profundidad del odio o los estereotipos tras los que este se oculta. Le rodeé los hombros.

Nos sentamos todos en el salón. El padre posó su vaso de *whisky* en un posavasos que había sobre la mesita de café de mármol.

—¿Tenías que casarte?

—Sí, teníamos que casarnos —contestó Nora. Había dejado de comportarse como una chiquilla atolondrada.

—¿Cuándo esperas que nazca? —preguntó su madre—. Sabes que tienes opciones, ¿verdad?

El padre abrazó a su mujer como si quisiera protegerla.

—No estoy embarazada —replicó Nora.

—Entonces, ¿por qué te has precipitado? —Su padre estaba sentado en el borde del sofá—. Aún no has terminado la facultad.

—Deseábamos estar juntos. Estamos enamorados.

La franqueza de Nora me impresionó.

—Podríais haber vivido juntos —dijo la madre—. ¿Por qué casarse?

Sentí fuego en la cara.

—No es mi costumbre —respondí—. Respeto mucho a su hija.

—Podemos obtener la anulación. —El padre bebió un trago de *whisky*—. Nadie tendría por qué enterarse.

—¡Jamás! —Nora se puso de pie—. Vamos, Ichmad.

Me tomó de la mano y nos dirigimos hacia la puerta, pero de repente se detuvo y dio media vuelta:

—¡Sois unos hipócritas! ¡Impostores! —les echó en cara—. Y pensar que yo creía en vuestro compromiso... No os agrada porque es palestino. ¡Admitidlo!

El padre alzó las manos con las palmas hacia arriba en señal de rendición.

—Tienes razón. Es demasiado para nosotros.

—No me llaméis mientras no estéis dispuestos a aceptarlo.

Y salimos de la casa.

Pasaban los meses, pero sus padres nunca llamaron. Sin embargo, no le cortaron a Nora la renta de su fondo fiduciario, de manera que siguió cursando sus estudios y no abandonó su proyecto de viajar a Gaza en verano, después de nuestra boda en mi aldea. Aún podíamos enviar a mi familia la totalidad de mi sueldo.

—No necesito que vayan a mi boda.

Nora sacó el cajón con su ropa interior y lo vació en la maleta.

Sonó el teléfono y atendí.

—¿Lo vas a hacer realmente? —preguntó Abbas.

—¿A qué te refieres?

—Casarte con la judía. —Había rabia en su voz.

—Ella no es como crees —dije—. Es una activista proderechos humanos.

—Por supuesto. Todos los son. Si te casas con ella, habrás muerto para mí.

—Conócela primero. Cambiarás de idea.

Nora me hizo señas de que le pasara el auricular, pero con un gesto le indiqué que se apartara. Ella no sabía cómo tratar a Abbas.

—Ella o yo —dijo—. Y no la traigas aquí.

Se oyó un ruido muy fuerte y la comunicación se cortó.

«Hablaré con él mañana, cuando lleguemos», pensé.

Cuatro soldados seguían nuestros movimientos mirándonos a través de las miras telescópicas de sus fusiles.

—Eres demasiado obvio —bromeó Nora cuando pisamos la pista asfaltada.

—¡Baja la voz! —le dije al oído.

¿Por qué llamaba la atención? Mi impetuosa esposa era a veces muy provocadora. Y aquellos soldados eran israelíes.

Subimos con los demás pasajeros al autobús que nos llevaría a la terminal. Los soldados se pegaron a nosotros. Podía sentir su respiración en mi nuca. Nora se volvió hacia ellos y les dijo:

—Deberíais dejar de fumar. —Amagó una sonrisa y les dio la espalda.

¿En qué estaba pensando? A Nora no le harían daño, pero a mí podían encerrarme indefinidamente.

Los soldados nos siguieron al interior y nos flanquearon mientras hacíamos la cola, y después nos acompañaron hasta la ventanilla de los pasaportes.

El uniformado revisó los nuestros sin mirarnos. Sobre su mesa tenía una banderita israelí. Escudriñó mi fotografía un buen rato, sin duda demasiado largo. Las personas que eran judías pasaban rápidamente por delante de nosotros. Yo era el único palestino de ese vuelo.

Nora se volvió hacia los soldados.

—Hemos elegido la cola más lenta.

Aparecieron tres soldados más y me indicaron que los acompañara.

—Enseguida vuelvo —le dije a Nora.

—Voy contigo. —Dio un paso hacia mí.

—No será necesario, señorita —terció un soldado.

—Insisto.

Nora me tomó de la mano.

Recogimos nuestro equipaje y nos llevaron a una mesa lateral.

—Por favor, abran sus bolsas —pidió el soldado.

Sin prisa alguna empezó a sacar uno por uno los artículos que contenían: la ropa interior de Nora, su cepillo dental, una caja de preservativos.

Ella miraba al soldado sin pestañear. Extrajo mi revista *Atomic Physics* y la hojeó.

—¿Piensa fabricar una bomba?

—Está haciendo su posdoctorado en física, en el MIT —informó Nora muy orgullosa.

El soldado volvió a meter la revista en mi bolso.

—Gracias por su cooperación.

Empujó hacia nosotros las bolsas por encima de la mesa. Quizás era yo el ingenuo. No podía creer que el soldado no hubiera reaccionado ni una sola vez a las

provocaciones de Nora.

Fadi nos condujo a casa en un pequeño Nissan, pura chatarra con flores de plástico pegadas. Pasamos por instalaciones eléctricas y urbanizaciones nuevas, cruzamos modernos coches extranjeros y vimos carteles de mujeres en bañador, señales de tráfico en hebreo e inglés y vehículos militares que se abrían paso entre el tráfico. Como Nora necesitaba ir al baño, paramos en una gasolinera. Cuando ella estuvo lo suficientemente lejos para escucharnos, Fadi me dijo:

—Abbas se ha marchado.

—¿Adónde?

—Dejó una nota.

Fadi me entregó un papel.

Ichmad:

No me has dejado otra opción. Me marché del país para ayudar a mi pueblo. No trates de buscarme, pues ya no somos hermanos. Has muerto para mí.

Abbas

La portezuela del coche se abrió y Nora subió al asiento trasero. Me sentía como si me hubieran pateado la cara con botas de puntera de acero.

Nora estuvo muy conversadora durante todo el viaje. Afortunadamente, Fadi le contestaba. Yo apenas podía concentrarme.

—Esta es nuestra aldea —dijo cuando llegamos.

—La colina. —Nora asomó la cabeza entre los asientos delanteros.

—La mayor parte de las aldeas árabes se construyen en lo alto de las colinas —explicó Fadi.

—¿Porque tienen mejores vistas?

—Se divisa mejor la llegada del enemigo. —Fadi se encogió de hombros—. Muchos pueblos han querido conquistarnos, los romanos, los turcos, los británicos, pero al final siempre los hemos rechazado y han tenido que retirarse.

El coche entró en la aldea y avanzó despacio por el camino.

Todo seguía igual: las casas de ladrillo de adobe de una sola habitación, las sendas de tierra, los niños descalzos jugando en las calles, las mujeres lavando la ropa con tablas de lavar en tinas metálicas, ropa colgada de cuerdas, cabras y pollos correteando por doquier.

—Cada familia se construye su casa —explicó Fadi—. Usamos un molde especial para hacer los ladrillos.

Allá donde mirara veía moscas, pobreza, casas a punto de desmoronarse. El olor a cloaca y estiércol de burro era más penetrante de lo que recordaba.

Cuando ya estábamos cerca de nuestra casa, Fadi tocó la bocina. La gente salió

para vernos: todo el mundo sabía que yo retornaba con mi prometida. Mamá corrió hacia nosotros llorando. Me estrechó con fuerza en sus brazos y me dijo al oído: «Tienes que traerlo de vuelta. No te cases con ella o nunca volverá».

Nora aún no se había apeado del coche. Me dejó que fuera al encuentro de Nadia, quien me abrazó. «Se ha marchado», murmuró. Detrás de Nadia estaban su esposo, sus tres hijos y siete hijastros. Sentí que Nora cogía mi mano y me volví con una sonrisa forzada.

Baba parecía contento: estaba sentado en el murete de piedra, rasgueando el *oud*, entonando una canción de bienvenida, acompañado al violín por Abu Sayyid. El grupo local de bailarines de *dabke*, ataviados con sus típicos pantalones de satén negro y sus blusas blancas de la misma tela y fajas rojas a la cintura, zapateaban y saltaban. Algunos aldeanos se habían acercado a la mesa de los dulces y otros bailaban.

Mamá, que llevaba una túnica negra con la delantera bordada con dibujos geométricos rojos, se había negado a mirar a Nora.

—Mamá, te presento a Nora.

Mamá la miró directamente a los ojos.

—¿Por qué no se ha buscado algún judío?

—Ya basta, mamá. —Me volví hacia Nora y le dije en inglés—: No se muerde la lengua. Cuando te conozca será distinto, ya verás.

Nora sonrió.

—No hay problema.

Baba terminó su canción, se acercó, me abrazó y abrazó a Nora sin titubeos.

—¡Bienvenido! Y ¡bienvenida, hija! Estamos muy felices de recibirte en nuestra familia. La canción que acabamos de interpretar la escribí para vosotros.

Los hijos e hijastros de Nadia rodearon a Nora. La abrazaron, le dieron besos en las mejillas y le acariciaron el pelo. Nora se acuclilló y les repartió piruletas. Reía y sonreía. Yo tuve un mal presentimiento.

Finalizados los saludos y presentaciones, mamá entró en la casa.

—¿Dónde está Abbas? —preguntó Nora.

—Ahora mismo no está aquí —respondí.

Seguimos a Nadia al patio. Los niños cogieron las manos de Nora y jugaron a la ronda.

—¡Atención! ¡Atención, distinguidos huéspedes! —Baba se servía de sus manos como megáfono—. Estáis todos invitados a la boda de mi hijo Ichmad, el viernes. Por favor, ayudadme a recibir en nuestra familia a su encantadora novia, Nora, y compartid nuestra dicha.

Las mujeres ulularon y Nora sonrió.

A ella le asignaron un cuarto en la casa de mis padres y yo dormí en casa de tío Kamal.

Después de desayunar, Nora y yo trepamos al almendro del que tanto le había

hablado. Quiso mirar por el telescopio que yo me había fabricado cuando era pequeño. Lo dirigió hacia el *moshav* Dan.

—Chicos, estáis confinados en una tierra cubierta de bosta y grasa —dijo—. El ácido carbónico borbotea de vuestro suelo, mientras que el *moshav* dispone de abundante tierra fértil, y hay cercados en tres lados, de manera que vuestra aldea no pueda expandirse. ¿Cuánta gente vive embutida aquí?

—Más de diez mil —contesté.

—¿Cuánta tierra os han dejado?

—No lo sé con certeza. —Tragué saliva.

—No me mientas.

—Alrededor de cero coma dos de un kilómetro cuadrado.

—Hacen lo mismo que en los territorios ocupados —dijo Nora—. Confiscan la tierra fértil de la periferia y construyen allí colonias que estrangulan las aldeas árabes.

¿Por qué Abbas se había marchado tan intempestivamente? ¿Por qué no esperó a conocerla? Nora le habría encantado.

Enfocó con el telescopio el matadero.

—Mira ese humo negro que se dirige a vuestra aldea. Estoy cubierta de hollín. — Enfocó el ganado—. Pobres animales; puedo oír sus gritos desde aquí.

—¿Por qué no entramos? —propuse—. Tengo hambre.

—¿Después del succulento desayuno que has tomado?

Giró el telescopio en dirección a Cisjordania.

Yo tenía la frente perlada de sudor.

—Vamos, Nora, por favor, tengo mucha sed.

—Ve tú —dijo sin bajar el telescopio—. Hay soldados por todas partes. Tienen a la gente haciendo cola en el puesto de control. ¿Confinan a todos los palestinos en corrales?

Sonaron disparos en el campamento y se veía humo. Nora miró con el telescopio en esa dirección.

—Será mejor que bajemos —dije—. Pronto llegará la gente que viene a conocerte.

Le quité el telescopio y bajamos del árbol.

Familiares y amigos llegaban en tropel a nuestra casa. Nora se mostró cortés y respetuosa con cada uno de ellos y a todos les cayó muy bien. Um Osammah, después de que Nora elogiara el collar que llevaba puesto, se lo quitó e insistió en dárselo. La prole de Nadia dibujó retratos de Nora, Baba pintó uno de ella y lo colgó en la pared. Y mamá la evitaba todo el tiempo.

—Es para usted. —Nora le entregó a mamá una caja.

Mamá la cogió y la miró con desconfianza.

—¿Qué es?

—Un regalo para usted.

Yo no tenía la menor idea de lo que podía ser. Mamá la abrió y extrajo un vestido

bordado con jardines de flores geométricas. Me pareció muy juvenil para mamá, cuyo rostro era un tapiz de arrugas. Extendió el vestido y lo miró como si no pudiera creer en su belleza.

—Es el diseño de mi pueblo —dijo secamente—. ¿Cómo lo supo?

—Conocí a una costurera palestina y le conté de dónde era usted, y ella confeccionó el vestido —explicó Nora—. Lo encargué especialmente para usted.

Mamá le dio fríamente las gracias.

Nora se volvió hacia Baba.

—Y esto es para usted. —Y le entregó un paquete envuelto para regalo.

—Gracias, hija —sonrió Baba.

Era un libro de arte de gran tamaño, en árabe, sobre los grandes maestros: Monet, Van Gogh, Gauguin y Picasso. Baba se puso a hojearlo con cuidado y luego lo apretó contra su pecho.

—Mil gracias —dijo—. Será mi libro máspreciado.

Se sentó a la mesa de la cocina y abrió el libro deteniéndose maravillado ante *La noche estrellada* de Van Gogh.

Mamá entró trayendo un traje de novia.

—Esto es para que se lo ponga. No lo ensucie porque es alquilado. Y, sobre todo, no le diga a nadie que es judía.

Era un traje de novia tradicional, con varias capas bordadas en oro y adornadas con monedas y piedras preciosas en abundancia.

Después de la oración matinal, Nadia y algunas mujeres, salvo mamá, se congregaron detrás de la casa, debajo del almendro, y se pusieron a preparar la comida. En torno a unas enormes sartenes, las mujeres picaban perejil, cortaban tomates y preparaban los rellenos de nuez, queso y dátiles. Nadia hacía la masa, mezclándola, amasándola y formando círculos de unos treinta y seis centímetros de diámetro; otras se afanaban alrededor de unos pequeños fogones cocinando arroz y yogur de cabra, y encendían el horno exterior. Con leña y estiércol calentaban una plancha metálica sobre la cual habían colocado unas piedras chatas para hornear el pan. Nora se sentó entre ellas y se puso a amasar.

Debajo del almendro había cajones de tomates, pepinos y naranjas. Al verme, las mujeres se pusieron a ulular. Mamá trabajaba sola dentro de casa.

Delante de la casa, Fadi y Hani cargaban un diván de terciopelo hacia un rincón del patio, cerca de donde se estaba instalando la orquesta. El resto del patio quedaba libre para bailar, salvo el perímetro ocupado por las sábanas blancas tendidas en el suelo que nos servirían de mesas. Al pie de la colina, los hombres habían dispuesto largos bancos de madera a los costados del camino. Como todos estaban entregados a sus ocupaciones, Baba y yo nos marchamos a la casa de té a beber café y jugar al backgammon. Era el único momento que tendríamos para estar juntos antes de que yo me convirtiera en un hombre casado.

De pronto, a mitad de camino por el sendero, Baba se detuvo, miró alrededor y

me dijo en voz muy baja:

—Hijo, estoy preocupado. Tu hermano Abbas está tan lleno de odio que no se puede razonar con él. Tengo miedo de lo que pueda hacer.

—Es por mi culpa —dije—. Cree que me he pasado al enemigo. Es mi boda lo que lo ha llevado a este extremo.

—Está muy confundido. No creo que piense que tú te hayas pasado al enemigo; cree que tú eres el enemigo. No ha sido fácil para él crecer a tu sombra.

—Mamá le echa la culpa a Nora —dije.

Baba meneó la cabeza como diciendo que ya lo sabía.

—Hablaré con ella.

Oímos pasos detrás de nosotros y seguimos caminando hacia la casa de té.

Al atardecer empezaron a llegar los invitados con ovejas y cabras de regalo y obsequios envueltos. El anfitrión daba las gracias a voz en cuello y mi primo Tarik anotaba cada obsequio y el nombre de quien lo había traído.

En casa de mi tío Kamal, tuve que meterme de pie y desnudo en una tina de estaño llena de agua jabonosa colocada en el centro de la habitación. Los hombres cantaban, batían palmas y danzaban a mi alrededor mientras vertían sobre mi cabeza agua con tazas y cántaros. Fadi me enjabonó la cara y me afeitó mientras mis primos me lavaban con esponjas. Baba estaba fuera saludando a los invitados. Me alegraba que estuviera allí para recibir a Menájem, Justice, Tafi y Motie. El corazón me pesaba como si fuera un bloque de cemento.

Una vez limpio, los hombres me secaron el cuerpo y me pusieron una túnica blanca. Mamá entró con un quemador humeante que llenó el aire de incienso, y me bendijo, a mí y a mi matrimonio. Baba debía de haber hablado con ella.

—El caballo está aquí —anunció el tío Kamal.

Los hombres me siguieron afuera batiendo palmas alegremente.

—Nuestro novio ha montado la yegua —cantaban mientras yo montaba el caballo blanco adornado con guirnaldas de calas. Baba, Fadi y Hani iban detrás de mí.

Nos dirigimos a casa de mi familia. Los hombres marchaban cantando «Un caballo de raza árabe / El rostro del novio es suave como una flor». Como yo ascendía por el sendero que conducía a casa de mis padres, veía hombres con túnicas blancas, grises y tostadas, con chaquetas y fajas, y otros con pantalones de campana y camisas de seda, apostados en hilera a lo largo del recorrido, haciéndose a un lado, aplaudiendo y cantando. Miré atrás y vi a mamá y Nadia con sus túnicas negras con bordados geométricos rojos en la pieza cuadrada del pecho. Las mujeres aplaudían y cantaban detrás de los hombres. Niños de todas las edades corrían y reían y se cogían de la mano con sus amiguitos. Los varones se habían puesto sus mejores prendas: camisetas blancas de algodón y pantalones con cintura elástica confeccionados por sus madres. Las chicas lucían vestidos de volantes y encaje de vivos colores.

Cuando llegamos, los hombres se apiñaron a mi alrededor mientras yo me desmontaba. Entre la multitud divisé a Menájem y Justice, que me saludaban con la

mano. Dentro de la casa, Nora se hallaba sentada en el canapé, el rostro cubierto por un velo bordado a mano con hilo de oro y adornado con monedas de oro. Mamá estaba a su izquierda y Nadia a su derecha. Detrás de ellas se veía una sabana blanca con flores de plástico cosidas. Baba me entregó una espada y yo me encaminé hacia Nora. Con la punta de la espada levanté su velo.

Las mujeres ululaban tan fuerte que yo no podía oírme.

—Te ves hermosa —dije, y ella me miró con los ojos llenos de alegría.

¿La había elegido a ella en vez de a mi hermano? Con el rabillo del ojo miré a mis padres. En una esquina se hallaban Menájem con Justice y Rafi y Motie acompañados por sus esposas. Nora y yo nos dirigimos al canapé de terciopelo con respaldo de caoba tallada que se había colocado en el patio. Los invitados nos siguieron en dos grupos que aplaudían y cantaban. El primer grupo cantaba: «Nuestro novio es de todos los jóvenes el mejor». Y el segundo respondía: «El mejor de los jóvenes es nuestro novio».

Nora y yo nos sentamos en el canapé y los invitados bailaron ante nosotros. Mamá y Baba se acercaron y me besaron en las mejillas. Tomaron a Nora de la mano y los tres bailaron juntos. Menájem y Justice, Motie, Rafi y sus esposas, tomados del brazo de los aldeanos, ensayaban los pasos del *dabke*. Repentinamente se me ocurrió que quizá la paz fuera posible. «Ojalá Abbas viera las cosas como yo las veo», pensé.

Baba tocó el *oud* y cantó las alabanzas a nosotros acompañado de violines, tambores y panderetas. Nuestros vecinos nos rodearon cuando nos sentamos en el canapé, en uno de los extremos del patio, uno al lado del otro, como un rey y una reina. Bailaron ante nosotros. Mamá, Justice y Nadia, tomadas de la mano formando un círculo, danzaban alegremente. A pesar de las risas y los rostros sonrientes, yo sabía que la ausencia de Abbas apenaba enormemente a mi familia.

Los aldeanos se encaminaron al pie de la colina. Nora, sentada en una silla de plástico especial, se encontraba a la vera del camino. Los hombres formaron un largo óvalo y danzaron frente a ella, saltando y meneando las caderas, girando, batiendo palmas y cantando. Las mujeres tomaron asiento en los largos bancos dispuestos a ambos lados del camino. Cada vez que alguien entregaba un regalo, el anunciador gritaba la bendición de gracias: «¡Que Alá te bendiga y te dé paz! ¡Que la paz sea contigo! ¡Que el divino Alá vierta sobre ti sus bendiciones!».

—¡Súbete! —dijo Fadi.

Me encaramé a sus hombros y él comenzó a bailar conmigo en medio de los hombres.

—Basta —dije—. Te estoy aplastando.

—No puedo detenerme.

Era como si fuera él quien llevaba el peso en nombre de Abbas. Siguió bailando y bailando. Su delgado cuerpo de muchacho de veinticuatro años era más fuerte de lo que yo creía.

Pasada la medianoche, Nora y yo por fin nos detuvimos ante la puerta de la casa

de mis padres. Todos los demás, a nuestras espaldas, en la colina y en el camino, sostenían velas. Mamá le dio a Nora un trozo de masa.

—¡Pégala en el dintel! —Y señaló el sitio.

Nora me miró.

—Hazlo —dije.

—Te traerá riqueza e hijos —dijo mamá.

Los aldeanos cantaron:

Te damos la bienvenida a tu hogar

mientras florecen rosas y jazmines.

Rogamos al Todopoderoso que derrote a tus enemigos

y te bendiga con muchos varones.

Que todo lo que hemos hecho por ti sea bendito

y que la árida tierra bajo tus pies reverdezca.

Si no fuera tímida ante tus parientes y tu familia,

me arrodillaría y besaría el suelo a tus pies.

Mamá se agachó y con aguja e hilo cosió con puntadas flojas el ruedo del vestido de novia a mi túnica.

—Es para protegerte de los malos espíritus —dijo, y me dio un beso en la mejilla.

Luego se volvió hacia Nora e hizo lo mismo pero a la inversa. Todo el mundo la estaba mirando. Las mujeres nos rodearon ululando y aplaudiendo mientras Nora y yo, unidos por un hilo, entramos en la casa de mis padres.

Al día siguiente, dimos un paseo por la aldea y yo le mostré todos los lugares que habían influido en mi vida, empezando por la plaza de la aldea.

Nora se detuvo en medio de la calle polvorienta y me miró.

—Pero ¿dónde está Abbas?

No pude mirarla.

—De viaje.

—Claro, para un palestino es muy fácil tomarse unas vacaciones y marcharse de turismo por Israel el día de la boda de su hermano, sobre todo si apenas puede caminar.

—No es asunto tuyo, esposa mía.

No me sentía cómodo hablando de eso allí en la plaza, aunque nadie pudiera escucharnos.

—Se ha marchado por mi causa. Porque te has casado conmigo, ¿verdad?

—¿Mi madre te ha dicho algo?

—Estaba en lo cierto —musitó cabizbaja. Luego me miró a los ojos—: Debes ir a

buscarlo.

Di media vuelta para regresar a casa de mi familia.

—No puedo. No es tan sencillo.

Nora se detuvo.

—Debes hacerlo.

Seguí caminando, remontando con esfuerzo la loma hacia la cresta de la colina.

—Adonde Abbas se ha ido, nadie puede seguirlo. Ha pasado a la clandestinidad.

Al finalizar la semana, tomé el autobús a Jerusalén. Menájem y yo habíamos sido invitados a dar una serie de conferencias sobre nuestro trabajo durante tres días. Nora no quiso marcharse de la aldea. Justice se quedaría con ella en casa de mis padres. Deseaban practicar el árabe antes de viajar a Gaza a fin de mes. Traté de convencer a Nora de que cancelara ese viaje. Le dije que era una zona muy peligrosa, que mejor no se moviera de la aldea, pero no quiso escucharme.

—Tú sabes lo que los israelíes están haciendo a los habitantes de Gaza. El mundo los ha abandonado. Te dije antes de casarnos lo que yo iba a hacer con mi vida.

—Hay otras formas de ayudarlos —aduje—. Sírrete de tu diploma de abogada. Recauda fondos. Esta no es la manera.

—No podré vivir con la conciencia tranquila si no voy allí. No puedo vivir en Estados Unidos, con mi seguridad y mis privilegios, mientras ellos sufren y mueren.

¿Qué podía decir? Me había casado sabiendo perfectamente cómo era ella, pero siempre pensé que conseguiría hacerla entrar en razón. Felizmente, aún tenía tres semanas por delante para convencerla de que no se marchara a Gaza. A mi regreso de Jerusalén volvería a insistir en ese asunto.

Al entrar en la estación central de autobuses de Jerusalén, oí gritos:
—¡Pitzizah! ¡Una bomba!

La gente corría en todas direcciones, huyendo de la amenaza de una mochila azul abandonada sobre un banco en la parada del autobús a Haifa.

Hombres y mujeres saltaban por encima de las rejas, como *cowboys*. Una niña pequeña se cayó y su madre la levantó de un tirón. Un anciano con bastón fue embestido por la muchedumbre y cayó al suelo. De la nada salieron dos soldados que lo alzaron y trasladaron a un lugar seguro. El lugar se vació de civiles y empezaron a llegar soldados. Corrí con los demás para pasar lo antes posible al otro lado de la zona vallada.

Un equipo de artificieros explosionó la mochila. Pedacitos de papel volaron por los aires.

Estaba absorto en la lectura de un artículo aparecido en el *Journal of Physics* sobre la invención de un nuevo microscopio que permitiría explorar la densidad de los materiales empleando la corriente de «tunelización». Quería entender cómo los investigadores de IBM desarrollaban un microscopio capaz de tomar imágenes de superficies a nivel atómico. Miré el reloj que había en la oficina de Menájem. Eran apenas las diez de la mañana. Nuestra siguiente conferencia sería a mediodía. Tenía tiempo para terminar de leer el artículo. La conferencia que habíamos dado la tarde anterior había sido un éxito.

—¿Otro té?

Menájem levantó la tetera.

—No, gracias. Todavía tengo.

Sonó el teléfono. Se puso Menájem y yo no presté atención. Siempre con demasiado trabajo que hacer, no me alcanzaba el tiempo.

—Sí —dijo Menájem.

Hubo algo en la forma en que lo dijo que me obligó a levantar la vista. Las manos de Menájem estaban temblando. Casi se le cae la taza de té, pero la sostuvo justo a tiempo. Me miró. Supe que esa llamada no era como las demás. Las lágrimas afloraron a sus ojos.

—Lo siento mucho —dijo, y me tendió el auricular.

Cogí el teléfono pensando que podía haberle sucedido algo a Abbas.

Era Justice, sollozando.

—Ichmad, me temo que he de darte la peor noticia. —Se le quebró la voz—. Estábamos protegiendo la casa de tu familia. Los soldados dijeron que tu hermano se hallaba involucrado en una organización terrorista. Entonces aplastaron a Nora con un *bulldozer*. Murió de camino al hospital. Lo siento... ¡Lo siento mucho!

Colgué. No podía seguir oyendo. Miré a Menájem.

—Nada en mi vida será como antes —dije.

Más tarde supe lo que había ocurrido. Nora y Justice se habían interpuesto entre el *bulldozer* y la casa de mi familia. Llevaban puestos los chalecos naranja fluorescente que las identificaban claramente como civiles desarmadas. Justice las llevaba siempre en su coche. Mi familia les había suplicado que no corrieran riesgos, pero ellas alegaron que los israelíes no harían daño a dos norteamericanas judías. Habían convencido a mi familia de que ellas estarían a salvo. Baba intentó persuadirlas, pero se negaron a escucharlo.

Con su megáfono, Justice gritó en hebreo al conductor del *bulldozer* que parara. Siempre dispuesta a protestar contra la injusticia, Nora agitaba los brazos en alto. Ambas no le quitaban los ojos al conductor del *bulldozer*. En el lugar se encontraba también el comandante de la operación observando desde su vehículo blindado.

El *bulldozer* siguió avanzando. Empujaba la tierra y Justice y Nora se subieron al montículo que se formó. Estaban lo bastante alto como para ver directamente el interior de la cabina. El *bulldozer* seguía avanzando. Justice logró saltar y apartarse de su camino. Nora perdió pie y cayó debajo de la pala. El *bulldozer* no se detuvo. Mis familiares y Justice aporrearon las ventanillas de la cabina, pero el *bulldozer* continuó hasta aplastar completamente a Nora. Entonces dio marcha atrás. Mis familiares y Justice corrieron hacia ella. Nora estaba aún con vida. Dijo algo acerca de una promesa. No sé qué. ¿Era una promesa que me había hecho a mí? ¿Una promesa al pueblo palestino que ella tanto ansiaba ayudar? Nunca lo supe. Nora murió en la ambulancia, pero salvó la casa de mi familia. La demolición fue cancelada.

Sus padres vinieron en avión. Querían llevarse el cuerpo de su hija a América, pero los convencí de que la sepultaran en mi aldea, a la sombra del almendro. Su muerte debía tener un sentido. Miles de personas, palestinos y judíos unidos, marcharon por la aldea cogidos de la mano y gritando *Shalom Acshav!* (¡Paz Ahora!). El cadáver de Nora estaba demasiado dañado para transportarlo sobre un tablón como hacíamos con los mártires. La enterramos debajo del almendro, en un ataúd de pino.

Repetí los detalles de lo ocurrido a todo aquel que preguntaba —amigos, familiares, estudiantes—, diciéndoles que el *bulldozer* había aplastado el pequeño cuerpo perfecto de Nora. Después del funeral, me acosté y no me moví de casa de mis padres. Me quedé en la cama de Abbas, la única cama de verdad, y que me recordaba constantemente que yo había optado por Nora en lugar de mi hermano y que ahora no tenía a ninguno de los dos. A los pies de la cama puse el retrato de ella y yo sentados en el canapé de terciopelo dibujado por Baba.

No sentía el sabor de la comida. Mamá me traía mis platos favoritos, pero yo no podía comer. A veces se sentaba a mi lado con una galleta de dátiles o un trozo de pita y me lo ponía delante de la boca, y con palabras cariñosas trataba de persuadirme

de que comiera, como había hecho con Abbas después de su accidente.

—Mamá, por favor. Déjame. No soy un crío.

—Un hijo es un hijo, aunque haya construido una ciudad. —Me pellizcaba la cara con dulzura—. No puedes reunirte con Nora, hijo. Tu lugar está aquí. Debes comer.

Para que me dejara en paz, yo tomaba un par de bocados.

Ni Baba conseguía consolarme. Yo sabía que le había fallado a Nora. Debí haberla protegido; ella era mi esposa. Pero ella no deseaba que la protegiera. ¿Qué podía haber hecho yo?

Baba escuchó y dijo:

—Aporreas el agua y al final sigue siendo agua.

Los padres de Nora exigieron una autopsia y una investigación, pero no se presentaron cargos. El Gobierno israelí calificó su muerte como accidental. Justice les dijo a todos que no fue un accidente, y mi familia declaró otro tanto. Mi esposa fue asesinada a sangre fría.

Cuando llegamos a la aldea, Nora me hizo prometerle que un día yo escribiría mi historia. Traté de decirle que no le interesaría a nadie, pero ella era muy tenaz. ¿Era esa la promesa a la que se había referido?

Yo también quería morir, nada me importaba. Pero sabía que no podía hacerle algo así a Baba. Había sufrido demasiado.

Al acabar el mes, Menájem se presentó en casa. Le pedí a Baba que le dijera que yo estaba durmiendo, pero en cambio Baba lo acompañó hasta mi pequeño dormitorio.

—Cuando la mujer de Einstein se estaba muriendo, él le escribió a un amigo diciéndole que el trabajo intelectual le permitiría superar todas las tribulaciones de la vida —dijo Menájem—. Harías bien en seguir su consejo.

Lentamente, me senté en la cama.

—Te lo aseguro: la única manera de superar las complejidades de las emociones humanas es ahondar en la ciencia y tratar de explicar lo inexplicable —añadió.

No quería escucharlo, pero sabía que lo que decía era verdad. No podía cerrar los ojos ante el ejemplo de Einstein. Fue un gran científico. El más grande.

—No me iré de aquí sin ti —remachó Menájem, y se sentó a los pies de mi cama. Parecía dispuesto a quedarse allí indefinidamente.

Metí mis cosas en la bolsa y nos marchamos esa misma noche.

Cuando llegué al apartamento de Somerville, guardé los recuerdos de Nora en cajas: su fotografía en Sudáfrica con una pancarta que rezaba «*Stop Apartheid Now!*»; Nora a los siete años, desfilando en Washington con sus padres, con un cartel que ponía «*We Shall Overcome!*»; Nora en Los Ángeles, con la letra «P» de *PAZ AHORA*, la frase que ella y sus amigos formaban con sus camisetas con una letra impresa en cada una.

Llené dos cajas con fotografías de antes de que yo la conociera. Pertenecían a sus padres, de manera que las despaché por correo a California. Conservé las fotos en que aparecíamos juntos: firmando el acta del matrimonio civil en el juzgado, ante el juez de paz; en el cuarto de su residencia de estudiantes; sentados en un banco, en Harvard Yard, y todas las fotos de nuestra boda en la aldea. De esa forma siempre estaría junto a mí. También conservé la cuchara y la jarra de dos picos.

El 17 de septiembre de 1978, al año de la muerte de Nora, Israel y Egipto firmaron los Acuerdos de Camp David. Meses después, viendo en el telediario la reunión de la Liga Árabe celebrada en Bagdad, que condenaba los acuerdos, de pronto descubrí a Abbas. Estaba en la escalinata, en el exterior del edificio. No di crédito a mis ojos. Hacía más de un año que mi familia no tenía noticias de él. Las comunicaciones con los árabes no residentes estaban prohibidas en Israel, especialmente tratándose de uno que trabajaba para el doctor Habash. Mis familiares podían ser enviados al exilio o acabar presos y torturados durante años. Pero, aun cuando quisiéramos comunicarnos con él, ¿dónde y cómo encontrarlo? Estaba en el mundo árabe de la clandestinidad y nosotros nunca podríamos ir allí. Aun así, al menos ahora sabíamos que se encontraba en Bagdad.

En febrero de 1979 se produjo la revolución islámica iraní. El sah se vio obligado a dimitir y huyó. Al mes siguiente, el 26 de marzo, Israel y Egipto firmaron un tratado de paz en la Casa Blanca. Pensé en Abbas, en la rabia que debió de sentir al enterarse de que Egipto había firmado un tratado con Israel, especialmente porque lo había hecho sin que constara entre sus principales objetivos la solución del problema palestino. Nora se habría indignado. Yo mismo era consciente de que Egipto había traicionado a mi pueblo.

Cada mañana, al levantarme me dirigía al baño, me cepillaba los dientes, me duchaba, me vestía y salía a la calle. Y después trabajaba. El trabajo era lo único que daba sentido a mi vida. Al principio no lograba concentrarme. Pero ya había experimentado antes la tristeza. El trabajo sería mi salvación. Así pues, me entregué en cuerpo y alma a mi investigación, a tal punto que no me quedaba tiempo para pensar en otra cosa.

Leía todos los artículos que encontraba sobre el efecto túnel. Menájem y yo trabajábamos el día entero, empeñados en observar las excitaciones del espín a fin de

determinar la orientación y la fuerza de las anisotropías de cada uno de los átomos del hierro sobre el cobre.

El efecto túnel me intrigaba. Era como lanzar una pelota de béisbol contra una pared de ladrillos de un kilómetro de altura: en vez de rebotar hacia atrás, la pelota atravesaba la pared y pasaba al otro lado.

Antes de estar en condiciones de aplicar nuestra teoría, teníamos que entender cómo funcionaban las cosas a nivel atómico. Una vez que supiéramos manipular el átomo, se nos abriría un abanico de posibilidades extraordinarias.

El dolor venía en oleadas, pero, como un soldado bien curtido, estaba preparado. Empezaba siempre con una sensación de vacío en el abdomen.

Menájem y Justice querían estar seguros de que yo comía. Justice me mandaba al despacho un bocadillo o *muffins* de desayuno. Preparaba los almuerzos para Menájem y para mí. Menájem se encargaba de calentar nuestra comida. Normalmente Justice preparaba platos típicos de Oriente Próximo: judías verdes, arroz con lentejas, arroz con guisantes. Pero su corazón era más grande que su cocina.

Siempre me había preguntado cómo había hecho Menájem para perder tanto peso después de casarse con Justice y no volver a engordar. Ahora tenía la explicación.

Por las tardes, Menájem preparaba té de menta y lo bebíamos mientras trabajábamos. Me daba vergüenza que me cuidaran tanto, pero no podía rechazar su generosidad. No podía cuidar de mí mismo, pero Menájem estaba satisfecho con mi trabajo. Hacíamos grandes progresos. Nora se habría sentido orgullosa.

La Universidad de Nueva York nos ofreció un puesto a cada uno. Al menos sería profesor.

—Iré si tú vas —me dijo Menájem.

No estaba preparado, pero sabía que necesitaba un cambio, dejar el apartamento que había compartido con Nora.

—Serás profesor —dijo—. Podríamos presentarnos juntos para obtener becas.

—Y Justice, ¿cuál es su deseo?

—Lo que sea mejor para ti —respondió.

Justice se culpaba por la muerte de Nora. No era su culpa. Se lo había dicho mil veces, pero ella no lo veía así. Mi sueldo como profesor sería cuatro veces superior al que recibía en el MIT. Realmente, no podía rehusar. Enviaría ese dinero a mi familia. Fadi ya no trabajaba. Yo había contratado al profesor Mohamed para que le diera clases particulares y ahora era un estudiante a tiempo completo. A fin de año terminaría el instituto y mostraba gran interés por la ciencia. Quería estudiar Medicina en Italia y yo deseaba poder facilitárselo. Hani estaba cursando Estudios Árabes y de Oriente Próximo en la Universidad Hebrea.

Dos semanas después, un hombre con traje negro a rayas vino a recogernos en un Cadillac negro que paró delante del Centro de Ciencias de la Universidad de Nueva York. Era el agente inmobiliario que la universidad había contratado para ayudarme a encontrar vivienda. Justice y Menájem ya habían encontrado la suya.

A pesar de los lujosos pisos en alquiler que los profesores tenían a su disposición, yo quería alquilar el más barato que hubiera. No precisaba mucho. Mi intención era enviar a casa todo el dinero posible. Alquilé un pequeño apartamento de un ambiente, como el que habíamos tenido Nora y yo. Por la ventana se veía un aparcamiento. La universidad pagó a los encargados de trasladar el canapé de vinilo negro, la mesa de formica, el colchón, las dos mesitas de juego, las sillas plegables y el resto de mis pertenencias al nuevo apartamento. Me instalé en el despacho contiguo al de Menájem y reanudamos nuestra labor.

Me encontraba en Nueva York, una ciudad que a Nora le hubiera encantado. Habríamos ido juntos a conferencias y al cine, a los museos y los espectáculos de Broadway. Ella habría participado en todas las manifestaciones de protesta, me habría llevado a comer a restaurantes y a leer en Washington Square Park. Le habría encantado vivir en Nueva York.

A mí me daba lo mismo vivir en cualquier parte.

Había bebés palestinos masacrados encima de montañas de basura, junto a pertrechos militares israelíes y botellas vacías de *whisky*. Las casuchas del campamento de refugiados palestinos de Chatila habían sido dinamitadas. La cámara de la televisión enfocaba los botes de bengalas del ejército israelí, aún sujetos a sus diminutos paracaídas, esparcidos por la zona.

Había cadáveres de mujeres palestinas apilados encima de los escombros; la cámara enfocó a una mujer de espaldas, con el vestido desgarrado y una niña pequeña prendida debajo. La niña tenía el cabello oscuro, largo y ondulado, y los ojos abiertos, pero estaba muerta. Había otra criatura a su lado, tirada como una muñeca, con su vestido blanco embarrado y pringado de sangre.

Justice pegó un grito; Menájem y yo mirábamos las imágenes que transmitía la televisión, incapaces de hablar.

Dos meses antes, noventa mil soldados israelíes habían invadido el Líbano con el propósito de expulsar a los sesenta mil guerrilleros de la OLP. En agosto, el Líbano fue devastado y sus infraestructuras destruidas. Hubo 175 000 civiles muertos, 40 000 heridos y 400 000 desplazados de sus hogares.

—Los israelíes han cometido un genocidio —dijo Justice, y rompió a llorar.

Los estadounidenses habían negociado un cese el fuego. Los miembros de la OLP fueron evacuados e Israel se comprometió a garantizar la seguridad de los civiles palestinos en los campamentos de refugiados, entre ellos los de Sabra y Chatila.

—Sharon es responsable —sentenció Menájem.

Durante tres días, las tropas israelíes a las órdenes de Ariel Sharon, el ministro de Defensa, rodearon los campamentos de Sabra y Chatila a fin de que ningún palestino pudiera escapar. Entretanto, la milicia falangista libanesa masacraba a miles de mujeres y niños palestinos. Los israelíes sabían perfectamente que el único deseo de la Falange era limpiar el Líbano de palestinos.

Yo no podía dejar de pensar en Abbas. No sabía dónde estaba ni si seguía vivo. Una vez que obtuve la ciudadanía estadounidense, contraté a unos investigadores privados, pero no pudieron recabar ninguna información. Tenía la sensación de que se hallaba en el Líbano. Era un tullido. Podían haberlo abandonado en el campamento con las mujeres, niños y ancianos. A los hombres como él los habían ejecutado de un tiro.

Esa noche cogí un taxi para regresar a mi apartamento. Me senté en el canapé negro, rodeado de mis manuales científicos, mis revistas de física, los libros de texto sobre mecánica cuántica, nanotecnología y matemáticas para físicos, la cuchara de plata y la jarra de dos picos.

Mientras esperaba a que mis padres se pusieran al teléfono, decidí no mencionarles mi presentimiento de que Abbas había muerto. A fin de cuentas, solo

era una sensación.

—He encontrado una esposa para ti —me anunció mamá—. Es perfecta.

—Ya tengo esposa.

No debían de haberse enterado de la masacre. «Ojalá nunca lo sepan», pensé.

Baba se puso al teléfono.

—Ichmad, por favor, por tu madre y por mí, piénsalo. Nora ya no está. No tienes por qué dejar de amarla. Tu corazón es lo bastante grande como para compartirlo. Por favor, hijo, aún tienes toda la vida por delante. No la desperdicies.

¿Qué podía decir? Les debía eso a mis padres. Ellos esperaban que yo les diera nietos.

—El matrimonio concertado es lo que se estila en nuestra cultura —dijo mamá.

—Yo ya no vivo en Oriente Próximo.

Encendí el televisor y quité el audio. Se veían cadáveres de ancianos, unos encima de otros, piernas y brazos entreverados y cubiertos de moscas. Me esforcé por distinguir sus rostros. ¿Estaría Abbas entre ellos?

—No importa dónde vivas —dijo mamá—. Es nuestra tradición, transmitida de generación en generación.

—Baba te eligió —contesté.

Apagué el televisor. No quería tener nada que ver con Oriente Próximo.

—Es la hija de Mohamed Abu Mohamed, el curandero de nuestra aldea.

—¿Mohamed, el que estaba tres años más adelantado que yo en la escuela?

—Es muy respetado en la aldea por su capacidad para sanar a la gente. Vienen de otras aldeas a beber sus pociones y recibir sus bendiciones. Ha aceptado darte a su hija en matrimonio.

—¿Y qué edad tiene?

—Acabará el instituto a fin de año.

—¡Vaya! ¡Yo tengo treinta años!

Era absurdo. ¿Qué podíamos tener en común ella y yo? No resistiría la comparación con Nora, que había sido una mujer educada en Occidente y con ideas propias.

—Por favor, hijo —suplicó Baba—, hazlo por mí.

Pensé en él, golpeado con una metralleta, pateado mientras se hallaba inconsciente, consumiéndose día a día en el infierno de la cárcel. Por él me casaría con esa niña. No tenía opción. Era el precio que debía pagar para obtener la absolución.

—De acuerdo, arregladlo —dije—. Me casaré en cuanto ella termine la secundaria.

Con esas palabras estaba admitiendo ante mí mismo que Nora no regresaría.

—Gracias, hijo —dijo mamá—. Me haces muy feliz. ¿Quieres que te envíe una foto de ella?

—Si tú la consideras aceptable, con eso me basta.

Ahora, al menos, cuando se enteraran de la masacre, podrían consolarse pensando en mis próximas nupcias.

Fadi, que había regresado de Italia, donde estudiaba Medicina, a pasar las vacaciones de verano, fue a recogerme al aeropuerto y me llevó a casa en el sedán Nissan de mis padres. Mamá, Baba, Hani, Nadia y Ziad, acompañados por todos sus hijos, nos esperaban en el patio. Siempre que volvía a casa me sentía aliviado de hallarla en pie, y orgulloso de que mi familia viviera bien con el dinero que yo les proporcionaba.

El primero en abrazarme fue Baba y después mamá. Las mujeres empezaron a ulular.

—Ven —dijo Baba, y me condujo al interior de la casa.

No habían obtenido permiso para ampliar la casa, pero la habían decorado de otra manera. En el salón habían puesto un sofá de caoba tallado a mano, con cojines rojos, y sillas y otomanas a juego. Mamá tenía una nevera nueva, lavavajillas, lavadora y secadora. Los suelos eran de mármol, los fregaderos de porcelana. El cuarto de baño disponía de todo lo necesario: lavamanos nuevo, ducha y bañera. Mamá tiró de la cadena del inodoro. Estaba orgullosa y feliz.

Entramos en la cocina y nos sentamos a una mesa de madera oscura con once taburetes alrededor. Mi familia más cercana tomó asiento primero.

Cuando acabamos de comer, mamá y Baba me llevaron a ver la tumba de Nora, a la sombra del almendro. Habían construido un banco debajo de un arco enrejado por el que trepaba una frondosa buganvilia. Habían plantado nomeolvides blancas, enormes girasoles y rosas de todos los colores alrededor de la sepultura.

Mama me besó en las mejillas y yo abracé a Baba.

Al día siguiente, mis padres y yo fuimos andando a casa de la familia de Yasmine. Se parecía mucho a nuestra antigua casa, la que los israelíes habían dinamitado. Era una pequeña estructura de ladrillos de barro con una ventana con postigos y una puerta de lata, y tenía un pequeño patio al frente. Mohamed abrió la puerta y nos recibió con una cálida sonrisa. Baba lo miró con respeto.

—Pasad, por favor.

El padre de mi futura esposa vestía una larga túnica blanca y un turbante árabe. Salió a recibirnos la madre. Un velo negro le cubría el cabello. Con su larga túnica bordada parecía tan ancha y grande como una carpa. Con una amplia sonrisa que dejó al descubierto una boca prácticamente desdentada, me tendió una mano callosa y áspera. En la cara le crecían pelos, como una suerte de barba. Empecé a preguntarme por qué me había avenido a un matrimonio concertado. ¿Por qué no había pedido ver antes una foto?

—Bienvenido, bienvenido —repitió Mohamed, y me besó en ambas mejillas.

—Por favor, pase —dijo mi futura suegra—. Tome asiento.

De repente sentí náuseas. ¿Y si mi novia se parecía a esa mujer? ¿Aún podría

echarme atrás? Pero ¿qué me pasaba? ¿Qué podía importarme todo aquello?

Mis padres y yo nos sentamos en el suelo de tierra. Mi futura suegra y algunas de mis futuras cuñadas, todas con velo, colocaron platitos de comida en el suelo.

—¿Cuál es su ocupación? —preguntó Mohamed.

No era más que una formalidad. Mis futuros suegros estaban al corriente de todo lo relacionado conmigo, de otro modo yo no estaría allí.

—Soy profesor de la Universidad de Nueva York, en Estados Unidos.

—¿Dónde vivirá mi hija?

—Dispongo de un apartamento con una sola habitación y un baño completo, una *kitchenette*, lavadora, secadora y lavavajillas.

—¿Cuánto dinero tiene ahorrado?

Había olvidado que la gente de mi pueblo iba siempre al grano. Le di una cifra para que se quedara tranquilo.

—¿Cuán a menudo podrá ella regresar a casa?

—En el verano y en diciembre, tres semanas. —Le dije todo lo que mamá me había recomendado decirle. Me recordé que accedía a esa boda por mis padres—. Deseo pedir la mano de vuestra hija en matrimonio.

Mohamed arrugó la nariz. Probablemente tenía pensado formular más preguntas, pero se me había agotado la paciencia. Miré a Baba y sonreí.

—Acepto —dijo Mohamed.

Suspiré.

Las mujeres se pusieron a ulular y trajeron el té.

—Ve a buscar a tu hermana a casa de tu abuela —ordenó Mohamed al hermano de mi novia.

Todo en mi novia proclamaba a gritos su ignorancia. Su velo, sus cejas espesas y sin depilar, su túnica tradicional. Me entraron ganas de volver a mi mundo. Yasmine, mi flamante novia, no era tan alta como Nora. Su rostro, con pliegues como de bebé, no tenía las delicadas facciones de Nora. Tenía los dientes amarillentos y torcidos y era regordeta. La gordura, en mi cultura, era un signo de belleza, pero yo le había cogido gusto a un cuerpo menudo y delgado. No alcanzaba a ver su pelo pues llevaba velo, pero supuse que sería tan negro como sus cejas. Y era muy joven. ¿Llevarla a Estados Unidos? Jamás encajaría en el ambiente académico. ¿Qué iba a pensar Menájem?

Nora seguía muy presente dentro de mí.

Yasmine me sonrió con la mirada, pero enseguida bajó la cabeza para observarme con discreto disimulo. Comprendí que con la mirada trataba de expresar sensualidad y sumisión. Yo quería poder sentirme atraído por ella.

—Esta es tu prometida —dijo mi futuro suegro.

Sonreí esforzándome por alejar la imagen de Nora y su rubia cabellera, pero sentí una punzada de dolor en el corazón.

—¿No es bonita? —me preguntó mamá delante de todos.

—Muy bonita —contesté con una sonrisa forzada.

Yasmine y yo firmamos el contrato de esponsales. Ahora estaba legalmente prometido, así de simple. Me embargó una gran tristeza. La ceremonia tendría lugar al día siguiente.

Nos sentamos todos en el suelo, como solía hacer mi familia antes de que yo les enviara dinero. Yasmine y su madre trajeron más platitos de tabulé y un surtido de ensaladas; tomate, judías verdes, judías carillas y alubias, baba *ganush* y humus. Probablemente habían estado cocinando desde el amanecer para la ocasión.

Ninguno de los presentes comió demasiado: la familia de Yasmine por la alegría que sentían y yo por la impresión que me causaba verme de pronto casado de nuevo. Por el bien de Yasmine, por mamá y Baba, ojalá encontrara la forma de quererla. Complacer a mis padres no me había dejado espacio mental para otro tipo de distracciones, pero ahora no sabía cómo demonios iba a hacer para pasar el resto de mi vida casado con esa niña, cuya gordura y oscuros cabellos me recordarían constantemente el cuerpo delgado y el pelo rubio de Nora. Me detesté por mis pensamientos.

A la mañana siguiente, mamá vino a buscarme para el ritual de purificación.

—Es hora —dijo.

Fue como un timbrazo en mis oídos. ¿Era una advertencia? Esta boda sería un motivo de satisfacción para ellos y eso era lo único que importaba. Era mi deber de hijo mayor.

De pie en una tina, mientras los hombres de mi familia y amigos bailaban a mi alrededor, me lavaban y afeitaban, yo sentía que mi cuerpo estaba allí, pero mi mente estaba en otra parte. Pensaba en la noche que conocí a Nora: ella parecía flotar cuando atravesó el salón. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué pensaría ella de esta boda? Nora no querría que me casara con Yasmine. Me diría que primero debía educarla. Meneé la cabeza. Era el día de mi boda. No iba a arruinarlo pensando en Nora. No sería justo para Yasmine. En cambio, me puse a pensar en las pequeñas fluctuaciones que alteraban las variables termodinámicas que podrían dar lugar a cambios significativos en la estructura y comprometer mi trabajo.

Cuando anunciaron que ya estaba limpio, me vestí con una túnica blanca y fui con los hombres caminando a casa de Yasmine. Estaba tan maquillada y su peinado era tan voluminoso que no la hubiera reconocido de no haber sido por el traje de novia.

Tras la ceremonia, llevé a Yasmine, mi esposa, a casa de mis padres, a la misma habitación que antes había compartido con Nora. Me sentí agradecido de que hubieran quitado de allí la fotografía de nuestra boda. Lo último que deseaba en ese momento era que Nora me estuviese mirando mientras yo consumaba mi nuevo matrimonio. Todos los habitantes de la aldea se hallaban fuera, esperando a que yo saliera a mostrar la sábana de la cama.

Me asaltaron de repente los recuerdos de la primera vez que Nora y yo hicimos el amor. Me acordé de cómo me había acariciado el pelo y besado. En voz muy baja me

había dicho unas palabras en árabe para que yo perdiera la timidez. En el mundo no existía nada más. Esa noche la tuve en mis brazos, deseando que aquel momento durase eternamente. Sus caricias me habían hecho sentir una corriente eléctrica atravesando mi cuerpo, con su árabe me había seducido, su belleza me había cautivado y su cuerpo me había excitado. Aquella había sido mi primera vez.

De un vistazo vi que mi esposa estaba temblando.

—No te pongas nerviosa —dije—. Todo irá bien.

Cogí a Yasmine de la mano y la conduje al lecho. Lo hacía por Baba.

—Desvístete.

Era gorda, con algunos rollos de grasa, aunque no por ello dejaba de ser atractiva. Cerré los ojos, la atraje hacia mí y la besé, y volví a pensar en la primera vez que Nora me besó. Me obligué a desterrar aquellos pensamientos. No era justo para Yasmine, pero no podía evitarlo. Aun sabiendo que no estaba bien, mientras hacíamos el amor me imaginé que Yasmine era Nora.

El llanto de Yasmine me devolvió a la realidad. Era virgen y le dolió. Abrí los ojos y vi su cara redonda, infantil. Era muy extraño. Esta era mi nueva vida. Yasmine yacía en la cama sin moverse, como carne muerta. Carecía de las sutilezas de una mujer experimentada. Era tan tímida que, cuando le dije que moviera las caderas, se sonrojó y se puso a llorar. Cuando terminamos, saqué fuera la sábana con sangre y los aldeanos me ovacionaron.

Aquella noche soñé que yo era un pájaro que había caído en una trampa de la cual intentaba escapar. Yasmine me daba pena: merecía un esposo que la quisiera.

En los días que siguieron, yo me marchaba con los hombres y Yasmine se quedaba con las mujeres. Las comidas eran comunitarias. A la noche, Yasmine y yo nos retirábamos a nuestro cuarto. Teníamos sexo y luego nos dormíamos, como dos extraños. Por la mañana, nos reuníamos con mi familia para rezar la oración matinal y desayunar. No conversábamos mucho y teníamos muy poco en común. Ella nunca hablaba, a menos que le dirigieran la palabra. Tampoco era que tuviera mucho que decir.

Dos semanas después de nuestra boda, nos embarcamos en un avión rumbo a Nueva York.

Durante la mayor parte del vuelo permanecimos en silencio. Yasmine iba agarrada a los reposabrazos de su asiento como si temiera salir despedida del avión. Al cabo de ocho horas de vuelo, tomó la iniciativa y habló.

—¿Cómo es Nueva York?

—Todo lo contrario de la aldea.

—¿Has estado en Times Square?

La miré sorprendido.

—¿Qué sabes tú de Times Square?

Turbada, se encogió de hombros.

—¿Has visitado la Estatua de la Libertad?

Negué con la cabeza.

—No tengo tiempo para esa clase de actividades, Yasmine. Estoy siempre muy ocupado.

—¿Tienes muchos amigos en la ciudad?

—Mis mejores amigos, Menájem y su esposa Justice, viven allí. ¿Te entusiasma la idea de vivir en Nueva York? Parece que sí.

—Estoy nerviosa. Echaré mucho de menos a mi familia. —Y rompió a llorar.

Quería consolarla, pero no sabía cómo. No volvimos a hablar hasta que llegamos al apartamento.

—Es aquí.

Y abrí la puerta.

No había hecho mejoras de ninguna clase en los años que llevaba viviendo allí. Justice me había recomendado que comprara muebles nuevos para recibir a mi esposa, pero yo no había querido gastar ese dinero. Yo era su esposo rico de Nueva York y no tenía siquiera una cama decente. Para mí era suficiente, y di por sentado que era más de lo que ella había tenido en su vida. Yasmine se detuvo en la puerta y con la mirada abarcó la mullida moqueta de color malva, la mesa de formica frente a la cocina, el horno, el fregadero y la nevera, y el canapé de vinilo negro contra la pared, y, enfrente, el televisor, mi única nueva adquisición.

La boca de Yasmine formó una O.

—Es precioso —dijo.

Sabía que era sincera. Estaba acostumbrada a los suelos de tierra y al retrete en el exterior de la casa.

—Nunca en mi vida me imaginé, ni soñando, que viviría en un lugar así —añadió bajando la vista.

Se me hizo un nudo en el estómago. ¿En qué me había metido?

Ya no me quedaba trabajando en el despacho por las noches, aunque seguía trabajando tanto como antes. Instalé un escritorio en casa. Yasmine se sentaba cerca

de mí, en el suelo. Cual sierva obediente, cosía o tejía mantitas para bebés que nunca llegaban. Rara vez conversábamos. Nunca salía del apartamento a menos que yo la acompañara. Esperaba sola el día entero a que yo volviera a casa y luego me seguía por todas partes como desesperada por tener algún contacto humano.

—Por favor —la aconsejaba—, toma clases de inglés. Necesitas salir del apartamento. No es saludable. Una esposa debe ir sola a hacer la compra. Yo no puedo ocuparme de eso. Tengo otras cosas que hacer.

Yasmine esgrimía un montón de excusas: «Tengo miedo», «Añoro mi casa», «No preciso saber inglés».

Tenía la impresión de que ella esperaba que yo la distrajera. Cada día la respetaba menos. Me preguntaba si no llevaría el velo para esconder que era una cabezota. Yo era toda su vida y solo pensaba en mí. Era asfixiante.

Por la noche, esperaba pacientemente en la cama a que yo plantara en ella mi semilla, pero todos los meses, invariablemente, le venía el período. Tener un bebé se había transformado en una maldita obligación. Yo detestaba nuestra vida sexual. Apagaba la luz y me ponía boca arriba de mi lado de la cama, esgrimiendo múltiples excusas: «me duele la cabeza», «me duele la espalda», «se me ha acalambrado una pierna».

—¿Estás agotado? —me preguntaba ella.

Yo volvía a intentarlo. Lo único que me faltaba era que fuera a contarle a su padre que yo no cumplía con mis deberes conyugales, pues entonces intervendría toda la familia.

La primera vez que Yasmine me dijo que estaba convencida de que las plegarias y las pociones de su padre la harían fértil, la miré asombrado. ¿Era posible que fuera tan estúpida?

—¿Cómo puedes aceptar semejante superstición? —pregunté indignado—. Debemos acudir a un especialista.

—Mi padre es un especialista —repuso Yasmine.

—Tu padre es un ignorante. Ni siquiera acabó el instituto.

No me agradaba ser tan cruel, pero no tenía otra forma de decírselo.

—Muchas personas creen en los poderes y las bendiciones de mi padre. Ha curado a muchos y yo creo en sus milagros.

—Los milagros no existen.

Se produjo un silencio.

—Tú no eres creyente. —Meneó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

Yasmine no solo creía en las oraciones de su padre, sino que ella también rezaba y me decía cuáles eran las oraciones que debía rezar. Y yo no podía dejar de pensar en que Nora y yo habríamos tenido unos hijos maravillosos.

—Creo en la ciencia.

Me ardían las mejillas. Me imaginaba que así se sentiría un hombre moderno en la época preislámica, cuando enterraban vivas a las niñas recién nacidas.

—¿La ciencia? —Yasmine se quitó las manos del rostro y me miró con lástima.

—Necesitamos ver a un especialista —declaré con brusquedad; nada que ver con el hombre compasivo que yo deseaba ser—. Ya verás cómo ese médico nos ayudará.

—Lo que tú digas —repuso.

Ella no creía en la medicina moderna, pero al menos estaba contenta de ser objeto de mi atención. Nunca salíamos juntos durante el día. Yo acudía a mi despacho y ella se quedaba en casa cocinando y limpiando.

Pedí cita con un especialista en fertilidad, el doctor David Levy, que tenía su consultorio en Manhattan.

Yasmine y yo tomamos asiento en sendas butacas de piel, frente al escritorio de caoba del doctor Levy. De la pared colgaban varios diplomas. Un título de Yale, *suma cum laude*. Un título de Medicina de Harvard, también *suma cum laude*. Su certificación del Consejo Médico garantizaba que era un especialista en infertilidad y endocrinología reproductiva. Había recibido muchos premios y condecoraciones por sus trabajos de investigación, de docencia y atención a los enfermos; su tesis doctoral fue sobre la etapa inicial del desarrollo del embrión.

Al entrar en su despacho, impecablemente peinado hacia atrás, me dio un firme apretón de manos y, con voz de locutor de radio, me dijo:

—He examinado los resultados de sus análisis, doctor Hamid. Su conteo de esperma ha dado normal.

Traté de reprimir una sonrisa. Miré a Yasmine, que llevaba el velo y la túnica negra tradicional —se negaba a usar la ropa moderna que yo le había comprado—, y le traduje lo que acababa de decir el médico.

—¿Qué es esperma? —preguntó.

—Necesito examinar a su esposa —dijo el doctor Levy.

Acompañé a Yasmine al cuarto de reconocimiento.

La enfermera le alcanzó una bata blanca.

—Vendré en un minuto —dijo.

La luz fluorescente no favorecía el cuerpo rollizo de Yasmine. Se desvistió con cuidado de que no se le cayera el velo de la cabeza. Sus bragas eran blancas y grandes y su sujetador abarcaba completamente los senos. Nora nunca había usado sujetador.

Se puso la bata.

En el taxi, de regreso al apartamento, Yasmine iba a mi lado sentada en una posición poco menos que fetal.

—Tu moco cervical era normal —le dije, a sabiendas de que no sabría qué era eso. ¿Cuánto más estaba yo dispuesto a soportar? Ojalá acudiera sola la próxima vez. El médico deseaba examinarla para cerciorarse de que no estuvieran obstruidas sus trompas de Falopio. Pero Yasmine jamás saldría a la calle sin mí. Me odiaba a mí mismo por mis pensamientos.

El doctor Levy no encontró bloqueadas las trompas de Yasmine. Todos los

exámenes dieron normales, pero al cabo de tres meses aún no había quedado embarazada. Las dos sesiones de inseminación intrauterina no arrojaron resultado alguno. El siguiente paso era la fertilización *in vitro*. Costaba diez mil dólares y mi seguro no lo cubría. Así, pues, decidí que lo que necesitábamos era un descanso.

No deseaba retornar a la aldea, pero Baba me había pedido que fuera para la boda de Fadi. Se había graduado en la facultad de Medicina de Italia y había aprobado el examen en Israel. Era el primer médico de nuestra aldea. Abrió su consultorio en la plaza del pueblo y pidió la mano de Mayadah, la hija del tío Kamal. Hani estaba en su último año de doctorado.

Baba también estaba seguro de que el padre de Yasmine curaría nuestro problema de infertilidad. Baba era un hombre sabio, pero yo sabía que en esto se equivocaba. Cada vez que mamá telefoneaba, su primera pregunta era: «Y Yasmine, ¿ya está en estado?».

El padre de Yasmine nos esperaba en casa de mis padres. Cuando llegamos, todos se empeñaron en que fuéramos a su casa. ¿Por qué me había metido en esto? No podía creerlo. Antes de entrar en su casa ya se olía el incienso, pero él encendió más. Después de preparar el té, se acercó a nosotros y tomó nuestras manos entre las suyas.

—Por favor, concédeles un hijo —entonó una y otra vez.

Yasmine se unió a su letanía.

—Ichmad, tú también debes cantar —insistió ella.

—Por favor, concédenos un hijo.

Así, pues, me puse a cantar con ellos con la esperanza de largarme de allí más rápido si les seguía la corriente.

Al cabo de un mes retornamos a Nueva York. Como el período de Yasmine tardaba en venir, compré en la farmacia un kit de prueba de embarazo y le expliqué cómo usarlo. Cuando salió del cuarto de baño, había dos rayas color rosa. Estaba embarazada.

Embarazada.

Recordé algo que había dicho Albert Einstein: «La ciencia sin la religión es ciega».

Mi esposa me sonrió y yo también le sonreí. Íbamos a tener un hijo.

Justice y Menájem nos habían invitado a cenar infinidad de veces, pero yo siempre encontraba una excusa. «Está cansada del viaje», «Tiene gripe», «Tiene jaqueca».

Había transcurrido un año desde la llegada de Yasmine y un buen día Justice entró en mi despacho. Yo estaba corrigiendo exámenes. Se sentó en la silla que había delante de mi escritorio y se apartó los mechones pelirrojos que le caían sobre la cara.

Hacía un tiempo que yo la evitaba. Sabía que quería conocer a mi esposa, pero yo hacía lo posible por postergar un encuentro que de todos modos era inevitable.

—¿Por qué razón no quieres presentarnos a Yasmine? —me preguntó ladeando la cabeza.

—No es como Nora.

—No esperaba que lo fuera.

Permanecí callado, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Es muy joven e inexperta —dije al fin.

Parecía mi hija. Y, por otra parte, ¿de qué hablarían con ella?

—Eres nuestro mejor amigo —sonrió—. Estoy segura de que nos encantará. Vendrás con ella esta noche; cenaremos en casa.

Se puso de pie y me miró.

—Y no aceptaré un no por respuesta.

Antes de que pudiera contestarle, ya había cerrado la puerta. Quise ir tras ella, decirle que no, imposible, pero me di cuenta de que no podía.

Al llegar a casa, me disponía a sacar la llave del bolsillo cuando Yasmine abrió la puerta de par en par. Lucía una túnica negra con bordados geométricos rojos en la pechera, igual que la de mamá. Me pregunté si habría estado esperando mi llegada detrás de la puerta. Pero no había haraganeado: el aroma del pan de pita que se estaba haciendo en la máquina que le había comprado llenaba la habitación, la mesa estaba puesta con dos platos y un *mezze* de varios platitos: baba *ganush*, humus, tabulé, queso de cabra y *falafel*. En la cocina se calentaba su musaca: una berenjena, tomate y estofado de garbanzos.

—¿Quieres cambiarte de ropa, por favor? —le dije—. Menájem y Justice nos han invitado a cenar.

Es cierto que hubiera podido telefonar para avisarla, pero ella nunca contestaba el teléfono.

—¿Y la comida que he preparado? —Pareció decepcionada.

—Guárdala en la nevera.

Las lágrimas asomaron a sus ojos. Bajó la cabeza, dio media vuelta y se dirigió a la mesa. Estaba en el segundo mes de embarazo y se emocionaba por cualquier cosa.

—Aguarda un momento.

Llamé a Justice, le expliqué la situación y los invité a cenar en casa.

—Por favor, Yasmine —traté de ser amable y educado—, ¿puedes ponerte la ropa que te he comprado? Y quítate el velo.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo?

—Ahora vivimos en Occidente. Te ruego que actúes en consonancia.

Se puso una falda campesina floreada y una blusa amplia. Quiso trenzarse el cabello, pero le dije que la hacía parecer demasiado joven. Se lo dejó suelto y me quedé asombrado de lo bonita que estaba.

Cuando Menájem y Justice llegaron, Yasmine se escondió detrás de mí, como una niña. Justice fue hacia ella, la saludó como si fuera una vieja amiga, le dio un ramo de girasoles, la tomó de la mano y la llevó hasta el canapé. Se puso a charlar con ella sin saber que mi esposa apenas hablaba inglés.

—Tienes una esposa bonita. —Menájem inhaló el aroma que venía de la cocina

—. ¿Es pan recién horneado?

Cuando mis amigos terminaron de comer todo el pan de pita con los *mezze*, Yasmine puso más a hornear. Ella siempre lo hacía todo, pasaba el día picando perejil, triturando garbanzos y amasando.

—Tienes que darme la receta de este pan —le pidió Justice.

Menájem sacó la libreta que siempre llevaba en el bolsillo de su chaqueta y anotó algo.

—Te compraré una panificadora; podrías aprender a usarla con Yasmine.

Sonreí para mis adentros; sabía perfectamente por qué Menájem se entusiasmaba tanto con cualquier adelanto en materia culinaria.

Cuando acabamos de comer los *mezze*, Yasmine recogió la mesa. Sirvió la musaca en cuatro platos y los trajo a la mesa. Justice cerró los ojos y saboreó el trozo que se había llevado a la boca.

—Es la mejor *ratatouille* que he probado en mi vida.

Yo desconocía lo que era una *ratatouille*, pero sabía que Justice acababa de felicitarla. Yasmine se sonrojó.

—Ichmad, me sorprende que no te quedes el día entero en tu casa —dijo Menájem—. ¡Tu esposa tiene mucho talento!

Conversamos poco, ya que la mayor parte del tiempo estuvimos comiendo. Yasmine culminó la cena con su *baklava* casero. Ni yo había probado algo tan delicioso en toda mi vida.

—Debes enseñarle a mi mujer a preparar esto —dijo Menájem al tercer bocado.

—¡Me encantaría aprender! —exclamó Justice—. Podría prepararlo la semana que viene. He invitado a cenar a mi grupo por la paz.

—Una esposa maravillosa —me susurró Menájem al oído antes de marcharse. Y era sincero, yo lo sabía.

Después de aquella cena, Justice telefoneó a Yasmine y decidieron encontrarse una vez a la semana. Yasmine le enseñó a cocinar y Justice le enseñó a vestirse, a hablar en inglés y a ser más independiente.

En marzo, Yasmine dio a luz a nuestro hijo Mohamed Hamid. En el instante que lo vi, comprendí los sacrificios que Baba había hecho por mí. Ahora sabía lo que significaba amar a alguien más que a uno mismo. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ampararlo y protegerlo de cualquier peligro.

Yasmine no tendría mundo, pero estaba hecha para ser madre. Bañaba a nuestro hijo, le daba el pecho, se despertaba en plena noche para atenderlo, le cantaba cuando lloraba y le contaba cuentos inventados por ella. Y algo en esta transformación de la madre de mi hijo despertó en mí una auténtica pasión por ella. Ahora estábamos unidos por un vínculo en común. En la vida de Yasmine no había cabida más que para nuestro hijo y yo. Empecé a mirarla con otros ojos. La veía como la habían visto mamá y Baba cuando insistieron en que me casara con ella: una muchacha sencilla de mi aldea. Ella y yo estábamos hechos del mismo paño.

CUARTA PARTE

(2009)

El año 2009 no empezó bien. Hacía una semana que Israel había desplegado una ofensiva sobre Gaza. Yasmine y yo acabábamos de regresar de una fiesta de Nochevieja. Cogí el mando que estaba sobre la mesilla del café y encendí el televisor, ansioso por ver las últimas noticias. Yasmine se acurrucó a mi lado en el canapé.

«Hoy, un avión de combate F-16 ha arrojado una bomba de novecientos kilos sobre la casa del doctor Nizar Rayan —decía el presentador—. Era uno de los dirigentes más importantes de Hamás y servía de enlace entre los líderes políticos y su brazo armado. La bomba lo mató a él, a sus cuatro esposas y a sus once hijos, de edades entre uno y once años».

Las imágenes mostraban secuencias del doctor Rayan antes de su asesinato extrajudicial y de las consecuencias del bombardeo. El edificio de cinco pisos donde vivían el doctor y su familia había sido arrasado. La cámara tomaba, con movimientos nerviosos, imágenes de los cadáveres, el fuego, el humo y niños heridos y ensangrentados. Había gente removiendo los escombros en busca de más víctimas. Otra explosión provocó el pánico entre los residentes, que corrieron a ponerse a salvo.

«Disponemos de información según la cual el doctor Rayan defendía los atentados suicidas desde 1994, cuando el colono judío Baruj Goldstein se introdujo en la mezquita de Hebrón durante el Ramadán y abrió fuego sobre los fieles palestinos. Goldstein mató a veintinueve palestinos e hirió a otros ciento veintinueve antes de quedarse sin munición. En 2001, el doctor Rayan apoyó la acción de su hijo de veintidós años de edad, quien partió a una misión suicida en la cual se inmoló y mató a dos israelíes».

A continuación mostraban imágenes de Rayan rodeado de sus combatientes con capuchas negras y pañuelos verdes en la cabeza. Eran los combatientes de las Brigadas Al Qassam.

Iba a apagar el televisor cuando vi a un hombre encorvado y cojo que se acercaba a los micrófonos. No veía a Abbas desde hacía muchos años, pero lo reconocí por su manera de andar. Ya era un hombre calvo de sesenta y un años, y, como tenía la cara flácida, parecía que llevaba una máscara demasiado grande.

Abbas se inclinó hacia delante y declaró:

«Vengaremos el asesinato de nuestro gran líder, el doctor Nizar Rayan».

Me erguí en el canapé.

—Ese es mi hermano Abbas.

Yasmine se acercó para ver mejor.

—Con todos los investigadores que contrataste y ahora resulta que sale por

televisión.

¿Era miembro de las Brigadas Al Qassam? ¿Había vivido en la clandestinidad? Era cojo, ¿qué podía hacer él para los militares?

—¿Tu hermano tiene el deseo de morir? —preguntó Yasmine.

¿Por qué tenía que vivir en Gaza, el lugar más pobre y peligroso del planeta? Nunca debió haberse marchado de nuestra aldea. Puede que no tengamos iguales derechos, pero vivimos mejor que la gente de Gaza.

—¿Qué crees que los israelíes harán a mi familia? —Me quité las gafas y me froté los ojos—. ¿Por qué Abbas tuvo que meterse en política? —Gaza no podía medirse con Israel, que contaba con uno de los ejércitos más poderosos del mundo y era la única potencia nuclear de Oriente Próximo—. Tengo que ayudar a mi hermano.

—Ahora sabemos dónde está —dijo Yasmine—. Intentemos comunicarnos con él.

Yasmine fue a mi despacho y buscó el número de Abbas por internet. En Gaza había cinco Abbas Hamid y los contacté a todos. Pero ninguno sabía cómo podría encontrarlo.

Me puse en contacto con varias oficinas de gobierno, incluso la del presidente. Dejé recados en todas partes, rogando que Abbas me llamase por teléfono.

Los veintitrés días que duró la ofensiva de Israel los pasé viendo las noticias por televisión e internet y leyéndolas en los periódicos. Un clip que vi por YouTube, en el que un experto en fósforo blanco explicaba que los israelíes lo habían usado en Gaza, me reforzó en mi decisión de sacar a Abbas de Gaza.

Los israelíes habían lanzado bengalas de fósforo blanco, supuestamente con el propósito de crear una cortina de humo en las cercanías del campamento de Jabaliyah, uno de los lugares más densamente poblados del planeta. Pero el experto explicó que el día en que las emplearon fue tan ventoso que era imposible que se formara una cortina de humo. En cambio, los gránulos de fuego llovieron sobre esa zona de enorme población civil. Algo particularmente peligroso porque el fósforo podía ser absorbido a través de las quemaduras y dañar órganos internos como el corazón, el hígado o los riñones, ocasionando en algunos casos insuficiencia orgánica. Además, el fósforo blanco arde hasta que se consume totalmente, a menos que esté privado de oxígeno.

¿Cómo podía abandonar a mi hermano en un lugar como ese? ¿Y si el fósforo lo quemaba? El dolor debía de ser insoportable. Me acordé de la horrible quemadura que había sufrido mi hijo Amir cuando le cayó sopa hirviendo en el brazo. No era nada comparado con el fósforo blanco. Pensé en Abbas, cuando había estado en coma, tumbado en aquel lecho de hospital, y en lo inútil que yo me había sentido.

Pasaba largas horas intentando ponerme en contacto con Abbas, pero era inútil. Hasta que una semana después del cese del fuego, mi suerte cambió repentinamente. Recibí la misteriosa llamada de una mujer.

—Si desea ver a su hermano Abbas, venga a Gaza.

Así pues, iría a Gaza y haría lo posible por salvarlo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Yasmine, en albornoz, desde la puerta de mi estudio—. He oído el teléfono. ¿Era él?

El árbol que veía por la ventana me trajo a la memoria la época en que Abbas y yo nos subíamos al almendro para observar a los judíos con mi telescopio.

—Debo ir a Gaza —dije.

Yasmine abrió los ojos, sorprendida.

—No lo dices en serio.

—Abbas está en peligro. Tengo que hablar con él.

—El que estará en peligro serás tú.

—Es mi hermano.

—No puedes ir —dijo articulando pausadamente cada palabra.

—Es la ocasión de expiar mis culpas. —Pensé en Baba encadenado a la camilla, en Abbas tendido en el suelo, sangrando por la cabeza—. Quiero brindarle la oportunidad que nunca ha tenido.

Yasmine cruzó los brazos.

—¿Por qué tú? ¿Y si le pagas a alguien para que vaya?

—Tengo que ir yo.

—Tienes una esposa, dos hijos y una carrera. Gaza es peligroso. ¿Y si Israel vuelve a atacar mientras tú te encuentras allí? ¿Qué sucederá con nuestras familias en Israel? ¿Y si toman represalias contra ellos? ¿Vas a arriesgarlo todo por tu hermano?

—Sí.

Por primera vez tenía la sensación de que hacía lo que tenía que hacer.

Yasmine respiró hondo. Me conocía y sabía que no cambiaría de idea.

—Voy contigo —dijo entonces.

Y yo sabía que tampoco ella cambiaría de idea.

Fadi fue a buscarnos al aeropuerto y nos llevó a casa de mis padres. No hablamos de Abbas en el coche, por temor de que hubiera algún micrófono oculto. Después de su primera aparición por televisión nadie sabía quién era Abbas, pero al cabo de unos días ya lo habían identificado: Abbas Hamid, un árabe israelí. Revelaron que realizaba actividades de inteligencia para las Brigadas Al Qassam y que había permanecido en la clandestinidad con el resto de los miembros hasta la muerte del doctor Rayan.

Fadi no dejaba de mirar por el retrovisor. Cada vez que cambiábamos de carril, el jeep militar que nos seguía hacía lo mismo. Lo teníamos pegado a nuestro parachoques. Atravesamos Tel Aviv. Fadi creyó que tal vez así los despistaría. Me quedé mudo de asombro al ver los nuevos rascacielos de cristal y acero, los bloques de pisos y oficinas y los nuevos bulevares y autovías de cuatro carriles, las amplias avenidas ajardinadas y las autopistas. Tomamos por un paseo que discurría paralelo a la playa de arena, con elegantes cafés, bares y tiendas. Habían invertido mucho dinero en la ciudad. Cogimos la Kvish 6, la nueva autopista con su compleja red de

puentes y túneles. Llegamos a la aldea en tiempo récord, con el *jeep* siempre detrás. Nos siguió hasta la cresta de la colina.

Delante de nuestra casa había dos soldados apostados. Esta vez Fadi no tocó la bocina y tampoco estaban los familiares y amigos esperándonos.

—Baba.

Corrí a abrazarlo, pero no se movió del canapé del salón, donde estaba sentado viendo el telediario. Nos miró con los ojos enrojecidos. Se incorporó muy despacio y nos abrazó. Era como si de golpe tuviera cien años.

—¿Qué haremos? —me dijo al oído.

—Yasmine y yo vamos a ir a Gaza. Lo llevaremos a América con nosotros —le dije también al oído.

Nos quedamos los dos de pie en el centro del salón, con Yasmine a mi lado.

—Ir allí es demasiado peligroso —me susurró Baba—. No puedo permitir que vayas.

—Cuando las cosas son buenas es difícil elegir. Cuando son malas, no tienes opción —susurré—. ¿Cómo lo está llevando mamá?

Baba sacudió la cabeza.

—Es increíble —me atrajo hacia sí—. Está orgullosa de Abbas.

¿Cómo podía estar orgullosa de que su hijo perteneciera a un partido que creía en la violencia para conseguir la liberación? Se había opuesto a que yo estudiara. Y ahora esto.

—¿Dónde está?

Me dije que no debía olvidar que mamá no era una mujer instruida.

Baba se encaminó a la cocina. Allí estaba ella picando perejil y tarareando una canción. Dos soldados la miraban trabajar a través de la ventana. Mamá los saludó con la mano y rio.

—Mamá —le dije—, ¿qué haces?

—Mira la cara que tienes, como si acabaras de morder un limón. —Contuvo la risa—. ¿Cuándo has llegado? Ven aquí y abrázame. —Me estrechó entre sus brazos y luego abrazó tiernamente a Yasmine—. Me siento tan orgullosa de tu hermano... —susurró—. ¿Te imaginas lo que ha logrado? Y pensar que casi lo matan.

Apareció Fadi con su esposa y sus dos hijos.

—¿Qué tal Roma? —pregunté a Abdulá, el mayor. Cursaba tercer año de Medicina en Italia, en la misma universidad a la que había asistido su padre.

Me dio un fuerte abrazo.

—¡Gracias, tío Ichmad! —exclamó—. ¡El coche es formidable!

—Tú eres un Hamid —repuse—. Tienes que viajar a lo grande. ¿Te agrada el apartamento?

—Gracias, muchísimas gracias —insistió.

—¿Y París? —le pregunté a Hamza, el otro hijo de Fadi.

—Es el sueño de todo artista.

—¿Has podido enseñarle algo a tu abuelo? —Miré a Baba con una sonrisa.

—Ya me ha superado —aseguró Baba.

Nadia, quien ahora vivía en la misma calle que mis padres, se encontraba en Estados Unidos visitando a Hani. Yo le había ofrecido costear la universidad de sus diez hijos y siete hijastros. Pero dos de mis sobrinas se habían casado al terminar el instituto. En cambio, entre los universitarios había dos cardiocirujanos, dos cirujanos ortopedistas, un arquitecto, un profesor de escritura creativa, un abogado especialista en derechos humanos, un maestro de escuela primaria, dos enfermeras y un bibliotecario. De todos mis hermanos, los únicos que no habían terminado el colegio eran Abbas y Nadia.

Hani se había marchado a vivir a California con su esposa. Se habían conocido en la Universidad Hebrea. Una vez que él hubo finalizado su doctorado en Estudios Árabes y de Oriente Próximo y ella su licenciatura en Humanidades, se habían marchado a California. Hani había sido nombrado profesor de Estudios Árabes y de Oriente Próximo en la UCLA.

Por la mañana, Yasmine y yo cogimos el coche y fuimos a la embajada estadounidense de Jerusalén a solicitar información para obtener un permiso del Gobierno israelí para visitar Gaza.

Cuando nos tocó el turno, la empleada se mostró poco receptiva.

—¿No sabe que es una zona de guerra?

Y nos miró como si yo acabara de hablarle de nuestros planes para suicidarnos.

—Mi hermano está allí —expliqué—. Necesito verlo.

—Voy a ser franca con usted: está perdiendo su tiempo. Israel no otorga permisos.

—Es una emergencia —insistí.

—Regrese a América. Es el mejor consejo que puedo darle. —Miró por encima de nosotros—. ¡El siguiente!

La cola era larga y ella era la única de servicio.

—Pero ¿no podríamos al menos presentar nuestra solicitud? —inquirió Yasmine.

—No, imposible. Iría contra las recomendaciones de nuestro gobierno en materia de viajes al extranjero.

Desilusionados pero con la determinación intacta, Yasmine y yo retornamos a Estados Unidos.

Yasmine puso sobre la mesa una bandeja con *kallajs*.

—Nunca los había probado —comentó Menájem mientras se servía uno en su plato.

—Es nuestra especialidad de la semana —dijo Justice—. No damos abasto para atender la demanda.

Hacía diez años que Justice y Yasmine habían abierto una pastelería oriental, Pasteles para la Paz. Y ya contaban con veintitrés locales en Estados Unidos. Todo lo recaudado lo donaban a un programa que ellas mismas habían puesto en marcha y cuya finalidad era otorgar microcréditos a las mujeres palestinas interesadas en crear pequeñas empresas.

Contemplé al Abbas del retrato que Baba me había dado cuando me marché a América y en el que no figuraban mis hermanas fallecidas.

—Como sabes, mi hermano menor Abbas está con Hamás —dije—. Ha tenido una vida difícil. Un israelí lo empujó de un andamio cuando tenía once años. Se quebró la columna. Mi padre estaba preso y vivíamos en una tienda de campaña. ¿Puedes ayudarme?

No me había salido como lo había ensayado antes mentalmente.

Justice abrió los ojos, asombrada, pero Menájem permaneció impasible.

Me levanté las gafas y me presioné las comisuras de los ojos. Yasmine sirvió el café, se sentó a mi lado y me apretó levemente la otra mano. Debía tranquilizarme. Lo estaba haciendo por Abbas. Y estaba dispuesto a suplicar si fuera necesario.

Menájem estuvo un rato callado. Después me miró como si me agradeciera lo que yo le había dicho.

—¿Qué puedo hacer?

Me puse de pie y fui hasta la ventana. Metí las manos en los bolsillos y luego me volví y le pregunté directamente:

—¿Conoces a alguien? Yasmine y yo tenemos que ir a Gaza.

—No es un lugar seguro —repuso—. Allí podrías morir.

Me encogí de hombros.

Yo tenía sesenta y dos años, pero Abbas seguía siendo mi hermano pequeño.

Seis meses más tarde, Yasmine y yo subimos al asiento trasero de un taxi y salimos de Jerusalén rumbo a Gaza. Pasamos por campos de olivares, plantaciones de almendros y naranjales. Cuando vi los trigales se me contrajo el estómago.

En las últimas tres semanas habíamos intentado entrar en Gaza numerosas veces. Cada día perdíamos horas en el paso fronterizo de Erez tratando de convencer a los policías israelíes de que nos permitieran entrar. No importaba que Menájem hubiese movido cielo y tierra para conseguirnos un permiso del Gobierno de Israel. Cada día explicábamos nuestro caso a los agentes de la policía de fronteras y siempre nos pedían un documento distinto. Me levantaba a las cinco de la mañana para realizar a primera hora los trámites para obtener los nuevos documentos.

Llevé cartas de Menájem y de dos premios Nobel judíos que trabajaban conmigo en el MIT. Yasmine y yo escribimos cartas personales asumiendo todas las responsabilidades: no responsabilizaríamos al Gobierno israelí por lo que nos pudiera ocurrir en Gaza, que era, lo reconocíamos, una zona de guerra. Nada sirvió. Cada día la respuesta de los policías era la misma: «Vengan mañana con el documento tal o cual».

Nuestro chófer árabe fumaba sin parar con las ventanillas cerradas, por lo que el aire era casi irrespirable. A pesar de las ventanillas cerradas, del jersey grueso y el impermeable que llevaba puestos, dentro del coche hacía un frío tremendo. Yasmine tiritaba. Yo estaba habituado al invierno, pero ese frío húmedo era completamente distinto.

—¿Puede encender la calefacción? —le pregunté al taxista.

—No funciona. —Se volvió y me miró—: Me piden mil shéqueles por arreglarla. ¿Quién tiene esa cantidad de dinero?

Metí la mano en el bolsillo y conté mil shéqueles.

—Para usted —le dije, y le entregué el dinero.

—¿Qué quiere? —Entornó los párpados—. He estado en la cárcel cuatro veces. No pienso ir otra vez.

—Lo único que necesitamos es que nos lleve al paso de Erez.

—¿Y qué van a hacer ustedes en Gaza?

—Ver a mi hermano.

—Pues necesitarán mucha suerte. —Dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo creando una nubecilla—. Los israelíes nunca los dejarán entrar. Cuando se retiraron de Gaza, en 2005, cerraron la puerta y tiraron la llave. ¿Sabe cuántas veces he llevado gente al puesto fronterizo de Erez? Nadie ha logrado cruzarlo. Nunca. ¿Por qué va a ser distinto con ustedes?

—Tenemos los documentos necesarios —dijo Yasmine, siempre positiva.

—Antes de que Israel instaurara el bloqueo de la Franja de Gaza, los trabajadores palestinos cruzaban masivamente el paso de Erez en busca de trabajo. Israel convirtió Gaza en una fuente de mano de obra barata. ¿Qué otra cosa podían hacer los gazatíes? Les impedían desarrollar su propia economía. —Dio una profunda calada—. Y una vez que se convirtieron en totalmente dependientes, Israel va y se retira de allí.

—Lo sé —dije—. Entiendo.

Me faltaba el aire. Si había algo de lo que no quería hablar era de política.

Nos apeamos del taxi delante de un edificio nuevo. El paso fronterizo de Erez era una fortaleza. Cuando por fin llegó nuestro turno, nos acercamos al soldado israelí y le entregamos nuestros papeles. Yo tenía edad suficiente para ser su abuelo. Examinó nuestros permisos.

—Aguarden allí a que los llamen. —Con un gesto nos indicó que nos pusiéramos a un lado.

—Aquí —nos dijo un hombre acucillado junto a otro—. Jake Crawford. Soy del CRS. Y este es mi colega Ron King.

—Ichmad Hamid —me presenté— y mi esposa Yasmine.

La lluvia nos caía encima y el frío nos calaba los huesos.

—No pongan esa cara —dijo Jake—. Podría ser peor si este fuera el puesto fronterizo de Karni.

—¿Cómo es allí? —pregunté.

—Hay un atasco monumental —explicó Jake—. Un colega nuestro ha estado meses tratando de conseguir que pase un camión cisterna.

—La gente está enfermando. —Ron sacudió la cabeza—. Los sistemas de suministro de agua y de saneamiento están colapsados. Israel no autoriza la importación de los repuestos que hacen falta. Los gazatíes tienen necesidad de agua y los israelíes no dejan entrar en Gaza los camiones cisterna con agua potable.

—Tendrían que ver la cantidad de camiones que hay allí retenidos —suspiró Jake—. Muchos llevan meses esperando poder entrar en Gaza.

Transcurrieron varias horas antes de que nos informaran de que nuestros papeles estaban listos. Nos los entregó el israelí a través de una ventanilla blindada. Nos registraron y cogieron nuestras bolsas para registrarlas meticulosamente. La siguiente parada era el resplandeciente edificio que parecía una mezcla de prisión y terminal aérea. Debió de costarles millones de dólares, con sus máquinas de rayos X, videocámaras, equipos de vigilancia y otros dispositivos de última generación. Había siete cabinas, pero una sola abierta. Pasamos a través de un laberinto de puertas, áreas de espera y torniquetes. Comparado con esto, entrar en el Centro de Detención Dror era un juego de niños. La llamada de Menájem, la noche anterior, al jefe del Estado Mayor israelí debía de haber surtido efecto.

Ya había oscurecido cuando entramos en un largo túnel de hormigón, que me recordó al de los animales camino del matadero, y seguimos las señales que

indicaban Gaza. Tuvimos que cargar con nuestras bolsas durante los casi dos kilómetros de piedra, tierra, polvo y gravilla que había que recorrer hasta llegar a Gaza. Al salir del túnel, una multitud de desesperados taxistas se abalanzó sobre nosotros, como hacen los cuervos sobre los animales muertos.

—¡Yo os llevo! ¡Yo! —gritaban todos a la vez.

Tiritando y empapados, al final nos sentamos en el sucio asiento trasero de un taxi.

Había algunas barreras levantadas en la carretera.

—Un control de Hamás —dijo el chófer—. Una formalidad.

—Buenas tardes —dijo el agente de Hamás. Le entregamos nuestros pasaportes, los examinó y nos los devolvió—. Bienvenidos a Gaza —sonrió.

Era muy tarde para buscar a Abbas, así que fuimos directamente a un hotel.

Pasamos delante de estructuras de hormigón sin pintar con enormes boquetes y casi todas las ventanas tapadas con plásticos. Fuera, bajo la lluvia, las calles estaban atestadas de gente empapada de todas las edades, vehículos desvencijados y carros tirados por burros. Televisores rotos, calentadores, cables y varillas de hierro retorcidas sobresalían de los montículos de escombros. Las calles estrechas estaban bordeadas de edificios de apartamentos derruidos e inhabitables. En cada esquina se veían maltrechos refugios de francotiradores. Chicos descalzos chapoteaban en el barro. Por lo visto, en Gaza todo el mundo padecía necesidades. Yasmine miraba horrorizada.

—¿Por qué no hay árboles? —pregunté al taxista.

Baba me había contado muchas veces que en Gaza había tantos naranjales que su dulce aroma impregnaba el aire. Nuestras naranjas no podían competir con las de Gaza, muy jugosas y prácticamente sin semillas. Me había descrito Gaza como un balneario muy próspero gracias a su ubicación estratégica.

—Israel taló todos los árboles de esta zona —explicó el hombre—. ¿En qué podían constituir una amenaza para su seguridad? Imagínese, debe de haberles caído alguna que otra naranja encima de los tanques.

Giramos en una esquina y llegamos a un barrio de bloques de pisos y casas de piedra y cemento que en su mayor parte estaban intactos, donde se veía algún edificio desfigurado por unas inverosímiles vigas retorcidas. El taxista giró nuevamente y tomó por una carretera pavimentada hacia una mansión blanca con un soportal al frente.

El portero nos dio una cálida bienvenida. Era un hotel construido para alojar a los dignatarios y periodistas extranjeros, y aún exudaba opulencia. De los altos techos abovedados y las cúpulas colgaban arañas de hierro. El vestíbulo era blanco, limpio y espacioso, y yo me sentí agradecido de que fuera un hotel lujoso. En nuestra habitación, con arcos en las paredes, había fotografías de Gaza en las buenas épocas. Por la ventana, nos llegaba el fragor de las olas. La suave brisa del mar se mezclaba con el aroma a sándalo que impregnaba el hotel.

—¿Oyes lo enfadadas que están esas olas? —dijo Yasmine—. Ni a ti te apetecería nadar.

Había aprendido a nadar en el Mediterráneo, durante un viaje a Barcelona para asistir a una conferencia sobre física. Eran las vacaciones de verano y Yasmine y los niños me habían acompañado. Cuando acabó la conferencia, nos marchamos a la Costa Brava y nos alojamos en un hotel en primera línea de playa. Mahmud tenía nueve años y Amir aún no había cumplido los ocho. Nos levantábamos temprano e íbamos a nadar.

—Está claro que no se parecen a las olas de Hampton —comenté, refiriéndome al sitio donde mis hijos me habían enseñado a perfeccionar mi estilo cuando vivíamos en Nueva York.

—Este mar está envenenado —dijo Yasmine.

Mientras nos hallábamos sentados en el salón comedor, los dos solos, bebiendo nuestros jugos de fresa recién exprimidos, un hombre de traje a rayas se acercó a nuestra mesa.

—Bienvenidos —dijo—. Soy Sayeed El Sayeed, el dueño del hotel.

—Por favor —moví una silla para colocarla frente a mí del otro lado de la mesa—, tome asiento y acompáñenos.

—¿Sabe?, tenía muchas esperanzas puestas en esto. —Meneó la cabeza—. Trabajé como arquitecto en Arabia Saudí durante veinte años. Con el dinero ahorrado, retorné a Gaza para construir este hotel.

—¿Es usted de Gaza? —pregunté.

—No, de Jaffa, pero huimos de allí en 1948, antes de la guerra, cuando los judíos tomaron nuestra ciudad.

—No se ven muchos turistas estos días. —Paseé la mirada por el restaurante vacío.

—Solo ustedes —dijo—. Antes, al menos, dejaban entrar a los periodistas y los cooperantes.

—¿Dónde consigue la comida fresca y las provisiones?

Señaló con un gesto hacia el sur.

—Los túneles. Ya sabe, el mercado negro.

—¿Y tiene que traer todas sus provisiones por los túneles?

—No, no. Los israelíes nos permiten comprar algunos alimentos básicos. Me refiero a los ingredientes indispensables para preparar un menú de hotel.

—Y ¿qué piensa hacer? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—¿Conoce a alguien interesado en comprar un hotel de cinco estrellas en una cárcel?

Miré por la ventanilla del taxi.

—¿Dónde está el palacio presidencial? —pregunté al chófer.

—Estaba allí. —Señaló una montaña de escombros de hormigón—. Ahora está al lado.

Con un gesto indicó un edificio parcialmente destruido. Las partes bombardeadas estaban cubiertas con plásticos.

—Buscamos a Abbas Hamid —dije a la recepcionista.

—¿Su nombre?

Tenía un parche en un ojo y le faltaban dos dedos de la mano derecha. Su aspecto era severo con la túnica negra y el pañuelo negro en la cabeza.

—Ichmad Hamid, su hermano, y esta es mi esposa, Yasmine Hamid.

Le mostré nuestros pasaportes estadounidenses.

Miró desdeñosamente el impermeable de Yasmine, amarillo y con frunces en el cuello, que se había comprado en París, y sus ceñidos pantalones negros. Yasmine se mantenía en forma con el pilates y el yoga. La mujer hojeó unos papeles que tenía sujetos a una tablilla.

Levantó el auricular y marcó un número.

—Esperen fuera —ordenó—. No ha llegado aún.

Fuera estaba húmedo, lloviznaba y hacía frío. No teníamos paraguas. Enfrente había una mezquita. Por la calle venía un grupo de chicas, en uniforme algunas y otras con ropa arrugada y andrajosa. Algunas tenían mochilas y otras llevaban bolsas de plástico negras. Se rieron y cuchichearon cuando pasaron junto a nosotros.

Por su manera de andar y su cojera, reconocí a Abbas, que se acercaba caminando muy despacio con la ayuda de un niño.

—Hermano. —Fui hacia él—. ¡Al fin! —Le di un abrazo, pero él no se movió.

Creo que tuvo el impulso de decirme que me marchara, pero miró al niño que lo acompañaba y se abstuvo.

—¿No te arriesgas dejándote ver al aire libre? —pregunté.

Había leído en alguna parte que los combatientes de las Brigadas Al Qassam vivían todos bajo tierra.

—Soy un hombre viejo y tullido —dijo—. Yo, como Nizar, quiero morir peleando por mi país. Él no tuvo miedo de mostrarse a cara descubierta. Me niego a seguir escondido. Cuando los israelíes me maten, que el mundo entero lo vea.

—Te ruego que no te expongas de esta manera —supliqué.

—Demasiado tarde —replicó—. Ahora tengo una reunión.

—¿Dónde?

Señaló con el dedo el edificio parcialmente destruido.

—¿No dispones de un poco de tiempo para que hablemos? —pregunté—. He

viajado desde muy lejos para verte.

—Perdona, pero no puedo dejar todo para tomar el té contigo. Debo asistir a una reunión. —Me miró con desagrado—. La jornada escolar de mi nieto Majid empieza dentro de un rato. —Lo miró—. ¿Por qué no lo acompañas a la escuela? De paso podría acompañarte a dar una vuelta. Hablaremos cuando él salga de clase.

—¿A qué hora? —pregunté.

—En Gaza, los turnos escolares son de cuatro horas. —Abbas se volvió hacia el niño—. Este es mi hermano, tu tío Ichmad, de América.

—Yo soy Yasmine, la esposa de Ichmad —sonrió mi mujer, presentándose por iniciativa propia.

Abbas la saludó con una inclinación de la cabeza y luego se volvió nuevamente a su nieto.

—Enséñales un poco el barrio, preséntales a tus amigos, y luego te acompañarán hasta la escuela.

Antes de que yo pudiera decir algo, Majid ya estaba ayudando a su abuelo a subir la escalinata.

Yasmine y yo aguardamos a que el niño regresara. Al menos mi hermano había aceptado verme después del colegio.

—¿En qué curso estás? —le preguntó Yasmine mientras caminábamos.

—Sexto. —Me miró a los ojos—. ¿Así que tú vives en América?

—Vivimos allí, sí, así es —le contesté con una sonrisa.

Se detuvo, abrió su mochila, sacó una granada de gas lacrimógeno vacía y me la dio.

—Esto es un obsequio que nos llegó de tu país —dijo, y sonrió.

La agarré. En un lado ponía: «*Made in Saltsburg, Pennsylvania*».

—Da las gracias a tus amigos. Diles que hemos recibido su granada. —La guardó en su mochila y sacó algo más—. Esto lo recogí en una escuela. Es un fragmento de un proyectil de artillería cargado con fósforo blanco.

Majid me mostró la marca grabada en el objeto: «*Pine Bluff Arsenal*».

—¿No llevas libros en tu mochila? —pregunté.

—No; fueron destruidos en la guerra.

Fruncí el ceño.

—Entonces ¿por qué cargas con la mochila?

—Intercambiamos proyectiles y fragmentos —dijo—. Mi amigo Bassam tiene uno de una bomba Mark 82 de quinientas libras que yo quiero.

Pensé en mis hermanos fuera de la tienda comparando los casquillos de bala que intercambiaban, como mis hijos cambiaban cromos de béisbol.

Majid señaló con el dedo una serie de tiendas instaladas junto a un edificio escolar arrasado.

—Esa era mi escuela el año pasado.

Algunos abuelos o padres estaban conversando con sus niños delante de las

tiendas, otros se agachaban para entrar.

—¡Fadi! —llamó Majid a un niño de su misma talla.

La manga izquierda de su sudadera azul, ya muy gastada, colgaba vacía. El chico se acercó y Majid le pasó el brazo por el hombro.

—Estos son mi tía y mi tío de América.

—Encantada de conocerte —le dijo Yasmine con voz entrecortada.

—Un misil disparado por un caza F-16 le arrancó el brazo —explicó Majid con la mayor naturalidad.

—Si me das un shéquel te muestro mi muñón —dijo Fadi.

—No hace falta. —Le di un shéquel que tenía en el bolsillo.

—Oye, ¿por qué no me dijiste que tu tío era tan guay? —Fadi le dio una colleja de broma a Majid con su mano buena—. ¡Le hubiera pedido más!

Ambos niños rieron, pero Majid tosió y trató de ponerse serio. Echó un vistazo a las tiendas y reconoció a un niño de seis o siete años.

—¡Amir! —lo llamó. El niño se acercó—. Este es mi tío. Vive en América.

El pequeño Amir nos escudriñó a Yasmine y a mí con su ojo izquierdo. El derecho no se movió.

—Enséñales tu ojo —dijo Majid.

El chico se sacó el ojo derecho, que era de cristal. Yasmine ahogó un gritito y los niños rieron. La cuenca vacía era rosada y carnosa.

—¿Eres tonto o qué? —exclamó Fadi—. ¿Por qué no le has pedido dinero antes? Tienes que actuar como yo, como un hombre de negocios.

Fadi intentó darle a Majid un coscorrón, pero este lo esquivó.

Llegamos a un edificio muy dañado por los tiroteos y la metralla. Tenía partes totalmente quemadas. La lluvia empezó a caer con fuerza sobre el tejado de chapa. Era la escuela.

En el aula de Majid, que no tenía puerta ni ventanas, había cuarenta y seis niños sentados en el suelo. Estaba oscuro y hacía frío, pero no había bombillas de luz en los portalámparas ni calefacción. Algunos niños tenían cicatrices en la cara y casi todos estaban ojerosos. En la estropeada pizarra colgaba una foto de un muchacho joven sonriente, seguramente un mártir. Los niños charlaban entre ellos.

Entró un hombre en silla de ruedas y nos saludó.

Majid fue hacia él.

—Son mi tío y mi tía. Desean acompañarnos hoy. —Y se volvió hacia nosotros —: Es Halim, mi maestro.

—Discúlpenos, por favor —dijo el maestro—. Les habría ofrecido un asiento, pero hemos tenido que quemarlos para calentarnos.

—Soy profesor de Física —dije algo incómodo.

—Entonces, empezaremos con la lección de ciencia. —Me tendió una hoja llena de roturas.

—¿Qué significa esto? —pregunté señalando una rotura.

—Las producen las gomas de borrar. Tenemos que traer el papel de contrabando por los túneles. Su calidad es pésima.

Leí la hoja manuscrita.

Movimiento del calor

sólido	líquido y gases	espacio
↓	↓	↓
conducción	convección	radiación

—¿No es demasiado fácil para niños de once años? —pregunté al maestro.

—Las circunstancias obligan —respondió bajando la voz.

¿Cómo podía ser? La educación era sumamente importante para las comunidades de refugiados palestinos. A lo largo de los años yo me había encontrado con numerosos refugiados palestinos que realizaban un posdoctorado en universidades de primer nivel.

—¿Cada uno de ellos dispone de una hoja como esta?

Negó con la cabeza.

—No. Ya sabe, el bloqueo.

—Claro —dijo Yasmine, que permanecía a un lado del maestro.

No podía creer lo que estaba viendo.

—Hoy tenemos invitados —anunció el maestro a la clase—. El tío y la tía de Majid. El señor es profesor de Física.

De pronto, el ruido de aviones a reacción que pasaban sobrevolando la escuela paralizó la clase. A nuestro lado, un niño se encogió visiblemente asustado. Cuando se alejaron, el maestro preguntó:

—¿Quién de vosotros sabe algo acerca de la transmisión del calor?

Los niños alzaron la mano.

Señaló a un niño pequeño que estaba frente a mí.

—Ahmad.

—Yo... yo n... n... no s... séee —dijo.

Cuando finalizó con la lección de ciencia, el maestro pasó a las matemáticas. Los niños estaban aún estudiando las tablas de multiplicar del dos y el tres.

—¿Dónde están los servicios? —pregunté.

Había bebido demasiado zumo de fresa con el desayuno.

—El cubo está fuera, detrás de una sábana —me indicó el maestro.

Una vez fuera, cogí piedras de los escombros y me llené los bolsillos.

Cuando regresé, el maestro seguía intentando explicar la lección de matemáticas a unos niños que lo miraban con asombro, sin entender.

—¿Me permite? —pregunté.

Yasmine y yo nos sentamos en el suelo, en medio de los niños. Puse dos piedras en el suelo.

—Un grupo de dos es dos. —Usé una piedra para escribir en la tierra $1 \times 2 = 2$.

Al lado puse dos grupos de dos piedras—. Dos grupos de dos son una, dos, tres, cuatro. —Escribí $2 \times 2 = 4$. Puse tres grupos de dos piedras y así sucesivamente hasta llegar a diez. Se les iluminó la cara—. Cuando vayáis a casa, practicad estas tablas con piedras y usad el suelo como papel.

Yasmine les enseñó algunas frases en inglés para que los niños las emplearan en sus conversaciones. Para ello utilizó el mismo método que le había servido a ella para aprender el idioma. Cuando nuestros hijos eran pequeños, Yasmine se inscribió en la universidad y siguió estudiando hasta que se licenció como maestra de enseñanza primaria. Al final prefirió dedicarse a los negocios con Justice, pero si yo hubiera sabido lo talentosa que era dando clase, la habría alentado a que ejerciera de maestra.

Majid nos dejó delante de la improvisada oficina de Abbas. Mi hermano nos invitó a su casa.

—¿Dónde has aparcado? —pregunté. No debía de ser lejos pues lo había visto llegar a pie.

—Vivo cerca de aquí. —Su tono era frío—. El médico dice que debo caminar o terminaré en una silla de ruedas.

Caminamos despacio; Abbas hacía muecas de dolor. Observé en su rostro la misma expresión que cincuenta años atrás ponía cuando caminaba. Fuimos andando entre ruinas de edificios carbonizados. Empezó a caer una llovizna helada. Nos cruzamos con niños que acudían a su turno de cuatro horas en la escuela. Ninguno llevaba un abrigo adecuado ni paraguas, pero no parecía importarles.

Mi hermano abrió la puerta de hojalata de su casa de ladrillos de adobe.

—La edificué como hacíamos en la aldea —dijo—. Les he enseñado a las familias que viven en tiendas de campaña a hacerse la suya.

Dos mujeres sentadas en el suelo tenían en brazos a sus llorosos bebés, mientras que unos niños harapientos jugaban al escondite con alguien que, visto de espaldas, parecía un niño mayor que ellos. Cuando se volvió, se me cortó la respiración: era un muchacho idéntico a mí cuando tenía su edad. El mismo pelo abundante, la barba incipiente y el mismo aspecto desaliñado. Besó la mano de Abbas.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Me siento como un adolescente otra vez!

—Ya —dijo Abbas—. Es mi hijo menor, Jaled. No solo se te parece físicamente, sino que tiene tu talento para las matemáticas y la ciencia. Pero no tiene los mismos fundamentos que tú.

—¿Eres mi tío Ichmad? —preguntó Jaled. Parecía consternado.

¿Abbas le habría hablado de mí? Miré a Abbas, que tenía una expresión tensa. Meneó la cabeza.

—¿Y tú cómo sabes quién es él? —le preguntó a su hijo.

Jaled tragó saliva.

—Leo los artículos suyos que consigo encontrar. ¿Sabes?, ha descubierto la forma de calcular la anisotropía de un átomo.

—¿Es el trabajo que hacías con el israelí? —Abbas me lanzó una mirada

furibunda. Se volvió hacia Jaled—: ¿Sabías que tu tío ha pasado los últimos cuarenta años colaborando con un israelí para lograr esos resultados?

El muchacho bajó la cabeza.

—¿A qué universidad vas? —pregunté.

—Estudiaba Física en la Universidad Islámica...

Abbas lo interrumpió:

—Los israelíes volaron los laboratorios de ciencia durante su ofensiva, y también el archivo.

—Leí algo acerca de que Hamás almacenaba allí armas —dije.

—Tú lees propaganda israelí. ¿Tu colega te lo dio a leer?

—No; lo leí en un periódico.

—Deberías haber leído el informe de la Misión de Investigación de las Naciones Unidas —dijo Abbas—. Eran edificios civiles dedicados a la enseñanza y no hallaron pruebas de que hubieran servido como depósito de armamento, algo que sí habría podido convertirlos en un objetivo para los israelíes.

—¿Estudiabas nanotecnología en la universidad? —le pregunté a Jaled.

—Ojalá. —Negó con la cabeza—. En Gaza no se enseña nanotecnología.

—¿Has pensado alguna vez en viajar al exterior? —pregunté.

—El MIT me ha ofrecido una beca completa, pero los israelíes no me permiten salir. He solicitado el visado infinidad de veces.

—¿Cómo pueden impedirte que aceptes una beca? Lo lógico es que les interese que la población se instruya; es la ignorancia y la superstición lo que fomenta la violencia.

Jaled abrió la boca para responder, pero su padre se le adelantó:

—No; es la pobreza, la tiranía y la desesperación, y negar a los niños una educación y un futuro fomenta todas estas cosas.

—Tal vez pueda ayudarte —dije—. Tengo buenos contactos. —Me ocuparía de ello y le conseguiría el visado.

Jaled sonrió, pero su padre se interpuso entre nosotros.

—Jaled no desea mancharse las manos colaborando con el enemigo —afirmó, y le dio al chico unas palmadas en la espalda.

Miré al muchacho.

—Déjame al menos comprobar si existe la posibilidad.

—Hay más de ochocientos estudiantes becados para ir a estudiar al extranjero, pero no pueden salir de aquí —dijo Abbas—. Ni tú podrías lograr el permiso para Jaled. Los israelíes no quieren palestinos instruidos. Es parte de su política «escolartícida», es decir, de destrucción sistemática de todos los centros de enseñanza palestinos. Quieren que estemos tan desesperados que ya no tengamos motivos para vivir. Quieren convertirnos en terroristas para no tener que reconciliarse con nosotros y devolvernos la tierra que nos han robado.

No podía creer lo paranoico que se había vuelto Abbas. Yo le demostraría que no

era así. Movería cielo y tierra para conseguirle un visado a Jaled. Y también para los demás becados, para todos. Al fin y al cabo, yo había logrado entrar en Gaza.

Quería cambiar de tema y no sabía cómo, cuando de pronto me fijé en unas fotografías enmarcadas: una muchacha con unos hermosos ojos pintados con kohl, dos niños y una niña. Por las flores de plástico que ornaban los marcos me di cuenta de que eran mártires.

Abbas me vio mirarlos.

—Eran mis hijos, Riad y Zajariyá.

Me recordaban a Abbas y a mis hermanos a esa edad.

—Riad tenía siete años. Zajariyá apenas seis. —Señaló a la mujer—. Era su madre, mi esposa, Malaiká. Aún vivían en Chatila. ¿Oíste hablar de las masacres en los campamentos de refugiados de Sabra y Chatila, en el Líbano?

—Sí, Abbas —dije—. Cuando me enteré tuve el presentimiento de que te habían matado.

—No, desgraciadamente no morí yo. Pero sí mis pobres hijos y mi esposa. —Respiró hondo—. Me evacuaron de allí un poco antes, ese mismo mes.

El día que mi hermano perdió a su esposa, yo había aceptado casarme con Yasmine.

—Que sus espíritus no se aparten de tu vida —dije—. Y que Alá los colme de bendiciones en sus tumbas.

—Esta era mi nieta Amal. La alcanzó un misil israelí cuando volvía a casa de la escuela caminando, unos meses después de que Israel le dijera al mundo que se había marchado de Gaza. Jaled encontró lo que quedó de ella.

El muchacho volvió la cabeza y se secó las lágrimas, abochornado de que viéramos su emoción.

Una mujer de aspecto demacrado, con velo y una túnica hecha jirones apareció con una bandeja y tres vasos de té. Pellizcó levemente al muchacho al pasar por su lado, y dijo:

—Jaled y Amal se querían mucho. Ha sido muy difícil para él.

—Esta es Mayada, mi esposa.

Abbas tomó un vaso y le dio las gracias. Yasmine y yo lo imitamos.

Luego, mi hermano nos presentó a sus nueras y nietos. Los otros dos hijos se encontraban fuera buscando trabajo. Mayada, su segunda mujer, sus tres hijos y ocho nietos vivían en su casa, que solo tenía dos habitaciones.

Los llevaría a todos conmigo a América y transformaría sus vidas.

Abbas, Yasmine, Jaled y yo subimos al desvencijado cochecito azul de Abbas, que tenía una puerta pintada de amarillo. Mi mujer y mi sobrino se sentaron atrás. No creí que fuera a arrancar, pero Abbas consiguió ponerlo en marcha.

—¿Cómo has estado? —le pregunté.

—Ahora mismo estoy ocupado. —Su tono recuperó la frialdad—. Tengo un trabajo muy importante que hacer para mi pueblo.

Dos niños pequeños jugaban en el barro y los escombros. Una mujer salió de una improvisada tienda de campaña, pegada a una casa desmoronada, e hizo señas a los niños de que entraran.

—¿Te pagan? —le pregunté.

—¿Por qué lo preguntas?

Apartó la vista del camino y me miró de arriba abajo.

Me limpié el polvo del pantalón.

—Pues porque vives en la miseria.

—Dono mi dinero a quienes realmente lo necesitan. —Sacudió la cabeza—. No puedo vivir bien sabiendo que otros están sufriendo.

Todos los edificios por los que pasábamos estaban dañados o destruidos. Yo había visto otras zonas de Gaza aún intactas. ¿Se proponía Abbas darme un falso sentido de la realidad?

—¿Qué has hecho todos estos años?

—Encontré un empleo en la organización del doctor Habash.

—¿Haciendo qué? —No tenía oficio alguno y apenas podía caminar.

—Inteligencia. —Sonrió—. Traducía los periódicos israelíes y las noticias al árabe. ¿Te acuerdas de la radio que me hiciste? La usaba para escuchar las noticias en hebreo.

—Te busqué. —La contaminación me hizo estornudar—. Era como si hubieras desaparecido de la faz de la Tierra.

Abbas conducía despacio para evitar los enormes baches que había en la calle.

—Vivía bajo tierra —dijo—. El Mossad me perseguía. Ya habían matado a varios colegas míos.

No podía creer que en presencia de su hijo hiciera alarde de trabajar para una conocida organización terrorista. Era preciso que le comunicara lo antes posible el motivo de mi visita. Él y su familia no debían padecer un solo día más allí. Mi esperanza era que Abbas fuera capaz de aparcarse su enfado conmigo e hiciera lo correcto.

—Hemos venido a invitarte a que vengas con nosotros a Estados Unidos. Podemos proporcionarte una vida mejor para ti y tu familia.

Miré atrás, a Jaled. Iba sentado en el borde del asiento.

Yasmine permanecía callada, con los ojos puestos en los carteles de los mártires que bordeaban las lúgubres calles.

—Sí, seguro que te encantaría que yo dejara de hacer lo que hago. —Su voz rezumaba amargura—. Que desertara y me fuera a América, donde podría tener un accidente fatal.

—Abbas, eres mi hermano...

—He seguido tu carrera. Sé que tú y el israelí seguís trabajando juntos. ¿Ha sido él quien te mandó aquí?

Me quedé estupefacto.

—Nadie me ha mandado. El odio te ha cegado y ya no eres capaz ver el bien que aún queda en el mundo. Solo deseo compartir mi buena suerte contigo y con tu familia.

—A ti jamás te he importado, ni yo ni mi pueblo. Hace mucho que te has pasado al enemigo.

—Me he ocupado de nuestra familia yo solo. Mamá y Baba tienen una hermosa casa con todas las comodidades, y he logrado que Fadi, sus hijos y los de Nadia estudien y se gradúen en la universidad. Y ahora estoy aquí, por ti y por tu familia. No me he pasado a ningún lado ni me he puesto de parte de nadie.

—Como dijo el obispo Desmond Tutu, «si eres neutral en situaciones injustas, has elegido el lado del opresor».

Sus palabras me golpearon como una bofetada. Si tan solo entendiera...

—He tratado de alcanzar la paz a mi manera.

—Has hecho lo que te convenía. Te has olvidado de nuestro pueblo. Eres un colaboracionista. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que no todos tenemos aptitudes que los israelíes puedan explotar?

No quise levantar la voz, pero no pude contenerme:

—¡Yo no trabajo para los israelíes! Nunca lo he hecho. Soy estadounidense. Trabajo para la ciencia, para el mundo. —No contestó—. Estás arriesgando tu vida —añadí.

—El bienestar de mi pueblo es mi vida.

—Piensa en ti, Abbas, en tu familia. Puedo proporcionarte una vida grata, segura, sin sufrimientos. Un futuro para tu familia. Tus hijos y nietos podrán tener la educación que merecen.

Se veía tan viejo que podía ser mi padre. Yo tenía algunas arrugas en la cara, pero mi cuerpo, tras años de correr, era firme y fuerte.

—Yo no soy como tú; tú eres diferente —dijo—. Yo deseo hacer algo por mi pueblo, pero sabes tan bien como yo que Israel quiere imponer un Estado judío para judíos solamente en toda la Palestina histórica. Y en tu nuevo país, los judíos son quienes determinan la política en Oriente Próximo. Israel sabe que puede hacer lo que le venga en gana pues cuenta con el respaldo de los judíos norteamericanos.

Puse los ojos en blanco.

—Atribuyes demasiada importancia a los judíos de América. Te olvidas de los cristianos. Ellos creen que los judíos necesitan estar aquí para esperar la segunda venida de Jesús, o algo así.

—¿Es por eso, entonces, que debo abandonar a mi pueblo y marcharme a América, porque todos quieren destruirnos?

—Abbas, sé razonable. Hamás utiliza terroristas suicidas.

—Israel no necesita recurrir a los terroristas suicidas. —Los músculos de su cara se tensaron—. Tiene tanques y aviones de sobra. El atentado suicida es el arma de los desesperados. Los israelíes han matado a muchísimos más de los nuestros que nosotros a los de ellos. Intentan erradicarnos de Palestina desde 1940.

—Yo no me remontaría tan lejos. —Me fijé en la mancha de barro que tenía en la manga de mi camisa blanca de lino—. ¿Por qué aferrarse al pasado si podemos mirar al futuro?

—¿Qué futuro? Mira a tu alrededor. Israel quiere hoy lo mismo que quería entonces. Nuestra tierra sin nosotros.

—Escucha. No soy un gran admirador de Israel, pero no puedo creerlo. Antes de lograr la paz, Israel quiere seguridad.

—La paz contribuye a la seguridad. La seguridad no trae paz.

Pensé en la frase del Dalai Lama que Justice tenía colgada en su casa. Decía, creo: «Si deseas experimentar paz, brinda paz a otro. Si deseas sentir que estás seguro, haz que el otro se sienta seguro».

Abbas prosiguió:

—Israel dijo que no podía negociar la paz con nosotros mientras no tuviera seguridad. Interrumpimos nuestros ataques. ¿Hubo conversaciones? Donde hay opresión, habrá resistencia.

—Superemos todo este odio, Abbas; ven con nosotros a Estados Unidos. Puedes ayudar a la gente desde allí, donde estarás a salvo. Haré lo necesario para que toda tu familia pueda venir.

—Aunque quisiera —paró delante de un semáforo para dejar pasar a un grupo de niños—, Israel nunca nos permitiría salir, ni a mí ni a mi familia. Sería más fácil para nosotros viajar a Júpiter que marcharnos de Gaza.

El semáforo pasó al verde y Abbas arrancó nuevamente.

—¿Adónde vamos?

—No son muchos los turistas que visitan Gaza. —Me miró—. Pensaba llevaros a dar una vuelta y visitar los alrededores.

—Somos tan palestinos como tú.

—Tú nos has dado la espalda. —Miró por el retrovisor—. Ambos.

—¿Cómo te atreves? —Yasmine no aguantó más el fariseísmo de Abbas—. ¿Qué sabes tú de mí o de lo que he hecho por nuestro pueblo? Nada.

Me volví hacia Abbas.

—¿Cómo te involucraste con Hamás? Tú nunca has sido religioso.

—Durante los acuerdos de Oslo, nuestra organización se unió con Hamás y con el resto del frente que rechazó estos acuerdos.

—¿Y por qué rechazasteis Oslo? —pregunté—. ¿No queréis la paz?

—No era paz lo que nos ofrecían. Israel quería ejercer sobre nosotros un control por tierra, mar y aire, crear una cárcel al aire libre con sus propios vigilantes. El doctor Habash lo vio con claridad. Era un cristiano, pero no importaba: todos éramos palestinos. —Señaló con un gesto el paisaje de alrededor—. ¿Te parece que estamos liberados?

—Bueno, no —respondí—. Pero Hamás forzó las cosas. Estaban lanzando cohetes contra la población israelí.

—Eres tan ingenuo, crees ciegamente todo lo que dice la propaganda israelí. Este bloqueo, esta prisión en la que estamos atrapados, ¿realmente piensas que lo han hecho para impedir que les tiremos unos cuantos cohetes de fabricación casera? Quieren matar nuestras esperanzas y nuestros sueños, destruir nuestra humanidad. En la actualidad, la mayoría de nosotros vive de las donaciones. Nos han convertido en una nación de mendigos. Éramos un pueblo industrial, orgulloso y trabajador; ahora no podemos dar trabajo a nuestros hombres ni educación a nuestros niños, ni la esperanza de que trabajando nuestro futuro será mejor. ¿Quiero que mis hijos y mis nietos sean mendigos o quiero que se mueran de hambre? Es una decisión salomónica.

Lo miré.

—Lo que dices es imposible. El mundo entero está observando la situación de los palestinos.

—Israel está infringiendo todas las leyes de derechos humanos imaginables y nadie les pone freno. De nosotros dicen que somos crueles, taimados, sanguinarios, extremistas. Es mucho más fácil matar extremistas y hacer la vista gorda a sus infinitos sufrimientos.

—Entonces, ¿crees que Israel os va a matar a todos?

—Sus políticas son calculadas y sistemáticas.

—Entonces, ¿por qué tanta gente ha votado por Hamás, que es una organización terrorista? ¿Por qué, si eso es hacerles el juego?

—¿Qué piensas que sucedió en 2005, cuando Israel le dijo al mundo que se había retirado de Gaza? ¿Nos devolvieron nuestro país? Pues no; trajeron colonos para así estrangularnos de otra manera. No teníamos posibilidades. Fatah no nos liberó. Nuestra economía se desmoronó. Israel nunca permitió que Fatah desarrollara la infraestructura necesaria a nuestro crecimiento, pero en cambio dejó que los Hermanos Musulmanes, que más tarde se convirtieron en Hamás, desarrollaran a lo largo de los años su propia infraestructura. Cuando no puedes dar de comer a tus hijos, ¿adónde vas? Hamás nos suministraba comida, escuelas, clínicas y los medios para mejorar nuestras vidas. Cuando Fatah no pudo cumplir, las masas se volcaron al partido que sí los ayudaba. Es una cuestión de supervivencia. Y mi trabajo consiste en

representar a las masas.

—Pero los métodos de Hamás, de lanzar cohetes al territorio de Israel —dije—, ¿no ves que son contraproducentes?

—¿Qué harías si tú y tu familia hubierais quedado atrapados en una cárcel, muriendo de hambre y frío en una tienda en invierno, sin agua potable y sin manera de conseguir dinero, y el mundo te hubiera dado la espalda? ¿De qué otra manera podíamos atraer la atención del mundo?

—No es la mejor manera, Abbas. Ojalá lo comprendas.

Aparcó el coche delante de un hospital. Las ventanas que miraban al sur estaban tapadas con plásticos.

—Los israelíes no nos dejan importar los materiales necesarios para reconstruir. No nos engañemos. La destrucción que nos han infligido durante la Operación Plomo Fundido no es producto del azar. Los israelíes querían obligar a Gaza a retroceder varias décadas.

Los pacientes llegaban al hospital en ambulancias o en taxis, acompañados por sus parientes. En el interior, nos abrimos paso entre una multitud de heridos de diversa consideración, enfermos y familiares de estos; todos reclamaban atención. Abbas nos llevó al pabellón de pediatría.

Había diez camas en una habitación que solo tenía capacidad para dos. No vimos enfermeras. El niño de la primera cama tenía vendajes donde antes habían estado sus piernas; sus brazos y el lado izquierdo de su cara también estaban vendados. Los demás niños también tenían miembros amputados.

Yasmine palideció.

—Este es Salih —dijo Abbas—. Tiene cinco años. Lo único que hizo fue salir de su casa a buscar agua. Lo alcanzó un misil.

—¿Qué tal, tío? —dijo Jaled al niño.

—¿Has traído el libro hoy? Estoy ansioso por saber lo que le sucede a Gulliver.

—Mañana, tío.

Jaled lo saludó y nos marchamos.

Recorrimos las habitaciones una por una.

Se fue la luz. Las lámparas se apagaron y las máquinas pararon. La gente no pareció preocuparse demasiado.

A continuación, Abbas nos condujo al depósito de cadáveres. Un hombre nos mostró, uno por uno, los bebés que allí había iluminando sus caritas con una gran linterna.

—Todos murieron de cianosis, o síndrome del bebé azul —explicó Abbas—. Envenenamiento con nitratos.

El rostro de Yasmine estaba más blanco que mi camisa. ¿Adónde nos llevaría Abbas después del hospital?

Nos condujo en su coche hasta el muro que Israel había levantado en la Franja de Gaza. Se acercó lo más que pudo evitando correr riesgos.

A juzgar por la destrucción, habían arrasado con todos los edificios situados a unos trescientos metros de la frontera. Barrios enteros destruidos. Los edificios más alejados de esta zona muerta seguían en pie.

Visitamos el campamento de refugiados de Shati, un laberinto de casuchas de hormigón y cloacas abiertas próximo a una playa. Un buque de la armada israelí disparaba a un barco de pesca.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Como Israel no permite que nadie arregle nuestro sistema de alcantarillado, nuestras cloacas se vierten en el mar y lo contaminan. Nuestros pescadores están autorizados a pescar solamente dentro del perímetro de las aguas contaminadas. En otras épocas la pesca era aquí una actividad muy próspera, pero ahora tenemos que comprar pescado congelado en el mercado negro o arriesgarnos a que nos tiroteen en el mar.

Nadie podía escapar de Gaza.

Fuimos a Jabaliyah, el lugar al que Nora y Justice habían planeado ir. Pasamos por allí de camino al hotel. Más de cien mil personas vivían apiñadas en unos quinientos metros cuadrados. Por todas partes se veían escombros, tiendas, muros acribillados y niños descalzos en el barro. Así me imaginaba yo el infierno.

El coche empezó a hacer un ruido raro, pero Abbas no pareció notarlo.

—Israel no necesita lograr la paz con nosotros mientras Estados Unidos siga prestándole ayuda —dijo.

Aparcó delante de un enorme montículo de escombros, abrió la guantera y nos mostró fotografías de las colonias israelíes en Gaza, sus lujosas casas con patios de juego y piscinas. Otrora nosotros habíamos ayudado a construir viviendas muy parecidas a esas.

—Así vivían antes de que los trasladaran a otro lugar —dijo Abbas—. Los dólares de los contribuyentes estadounidenses ayudaron a financiar la construcción de estas colonias. —Señaló el paisaje arrasado que se veía por la ventanilla—. Antes de marcharse dinamitaron todo.

Me imaginé la cantidad de familias que hubieran podido ser trasladadas aquí desde las zonas fronterizas que los israelíes habían devastado. No les habría costado un centavo.

Abbas reanudó la marcha con la atención puesta en la carretera llena de cráteres.

—Sé que olvidarás todo esto mañana, cuando regreses a tu confortable vida en América.

—No me marchó mañana. —Me volví hacia Jaled—. Tal vez puedas venir al

hotel. Te explicaré en qué consiste mi investigación.

Le brillaron los ojos.

—¡Me encantaría!

Abbas nos dejó a Yasmine y a mí en nuestro suntuoso hotel. Desanimados, subimos a nuestra *suite*. Rodeados de aquel lujo que el primer día habíamos apreciado tanto, éramos incapaces de todo, hasta de hablar. Abbas tenía razón: yo era un egoísta. Lo único que me importaba era mi trabajo. Les compraba a mis sobrinos Mercedes descapotables mientras que otros niños carecían de comida o agua potable. Creía que bastaba con enviar dinero a mi familia, pero ¿no eran estos niños también mi familia? Yo había alcanzado mi propia paz olvidándome de mi pueblo. Sabiendo que sufrían, había cerrado los ojos.

No me acosté hasta la medianoche, pues quería telefonear a Menájem. Eran las siete de la mañana en Boston. Le expliqué la situación de mi sobrino y me prometió que conseguiría un visado.

Quedé con Jaled en el restaurante del hotel por la mañana. Le expliqué en qué consistía mi trabajo mientras tomábamos un copioso desayuno y contemplábamos las olas que rompían en la playa.

—¿Vendrías a estudiar a América si te consiguiera un visado?

—¿Estás de broma? —Sus ojos chispearon de esperanza—. Es mi sueño. —Pero enseguida hundió los hombros—. Nunca podrás sacarme de aquí.

—¿Qué harías si yo te dijera que sí puedo?

—Me convertiría en tu esclavo —respondió entusiasmado.

—¿Y si tu padre se opone? —No deseaba ser negativo, pero tenía que ser realista—. Ya sabes que él no quiere que te marches de Gaza.

—Si tú me consigues un visado... —Sonrió—. Podré convencer a mi padre, descuida.

—Bien, hablaremos más tarde. Quiero llevar a tus sobrinas y sobrinos al zoológico. El portero me lo ha recomendado.

La agencia de coches de alquiler nos llevó una furgoneta y fuimos a recoger a los niños. Mi propósito era mostrarles que la vida podía ser mejor.

Majid reconoció a su amigo Fadi delante del zoo y lo llamó. Estaba charlando con un grupo de niños. Cuando me vio, se acercó corriendo.

—Tienes que ver nuestro hermoso zoo —dijo—. Como fuiste tan generoso conmigo ayer por la mañana, os dejo entrar a todos por el módico precio de diez shéqueles el billete. Es realmente espectacular. Tenemos dos cebras únicas en su género. Las cebras gazanas.

—Las cebras no son autóctonas de Gaza —dije.

Yasmine le pagó.

—Seguidme, por favor. —Fadi nos hizo señas con su único brazo. Se detuvo ante una taquilla vacía, de espaldas a nosotros, y dijo muy serio—: Entrad. Ahora estoy ocupado. Pero por diez shéqueles más puedo ser vuestro guía.

Majid se rio.

Yasmine le dio el dinero y Fadi sonrió e hizo una reverencia indicándonos con un gesto el torniquete. Lo observé mientras le pagaba al taquillero con dinero de su otro bolsillo. Y entramos.

—Las dos cebras murieron de hambre durante la ofensiva —explicó Fadi con autoridad, como si fuera el encargado del zoológico.

Jaled y Yasmine se pusieron en la cola con los nietos de Abbas. Se reían y señalaban con el dedo. Querían dar un paseo a lomos de las cebras. Fadi y yo continuamos hasta la jaula del león.

—Aquí tenéis un león que se escapó y se comió a un hombre. —Señaló una jaula con un león dentro—. Durante tres semanas fue muy peligroso venir a dar de comer a

los animales o ayudar a los heridos por los tiros o las bombas. Por esa razón, murieron todos los animales menos diez. —Con el brazo abarcó unas grandes jaulas vacías.

En la que estaba más cerca se veía un cartel roto que rezaba: «Camellos». Mientras regresábamos a donde se hallaban las cebras, él siguió explicando:

—Reemplazar una cebra nos costaría cien mil shéqueles. Tendríamos que entrarla de contrabando por los túneles. Si deseas comprarnos dos nuevas, habla conmigo. Estoy a cargo de las compras.

—Lo tendré en cuenta —dije.

Unos niños se habían apiñado detrás de Fadi a mirar lo que hacía.

—Tú sabes que no son cebras —me dijo en voz baja—. Pero no se lo digas a los niños.

—¿Qué son? —le pregunté también en voz baja.

—Le pedí a dos de mis empleados que cortaran el pelo a dos burros blancos y que luego, con tintura negra, les pintaran rayas.

Se mostró orgulloso, como si realmente hubiera sido él el cerebro de tan brillante operación.

Las falsas cebras eran escuálidas y sus patas bien frágiles, pero a los niños no les importaba. Yo tenía la impresión de haber entrado en un mundo diferente. Tanto los niños como sus padres pasaban de todo. Algunos niños corrían de una jaula a la otra riendo jubilosos. Otros iban a hombros de sus padres señalando con el dedo y muertos de risa.

La mayor parte de las jaulas estaban ocupadas por perros y gatos domésticos, y los niños se apiñaban alrededor agitando los brazos y riéndose a carcajadas. Yo era feliz viendo lo agradable que podía ser la vida, incluso en Gaza.

—Me alegro mucho de ver que todos se divierten —le dije a Jaled cuando se acercó con los niños.

Él meneó la cabeza.

—Tenías que haber visto la carcasa quemada de la camella preñada, con la boca abierta del dolor. En el lomo, donde la alcanzó una bala trazadora, tenía un gran agujero.

—Bueno, los cuidadores del zoo han hecho un excelente trabajo poniéndolo en condiciones.

Yasmine se volvió y con la mano señaló en derredor.

—Los niños lo están pasando muy bien.

Cuando salíamos del zoo, Jaled nos preguntó si podíamos hacer un par de paradas en el camino de regreso. La furgoneta nos venía muy bien para hacer recados. Delante del zoo, varios vendedores habían instalado un mercadillo. Uno de ellos ofrecía brotes de plantas en macetas con turba. Reconocí muchas de las que a Yasmine le encantaban, que comprábamos en centros de jardinería y que luego ella cultivaba y regalábamos a nuestros vecinos y colegas. Jaled sacó una raída billetera

de su mochila.

Lo detuve con la mano.

—Tu dinero no sirve aquí, hijo. ¿Qué necesitas?

—Algunas plantas de tomate, calabacín, berenjena, pepino, menta y salvia.

Una vez en el coche, le pregunté a Jaled dónde más deseaba ir y me contestó que a varios sitios, pues esas plantas no eran para su familia.

Paramos delante de un edificio en las afueras de la ciudad. Las paredes de estuco tenían enormes agujeros.

—Durante la invasión, los soldados se apoderaron de la casa de esta familia, destrozaron sus muebles y perforaron las paredes a tiros —explicó Jaled mientras abría la puerta trasera de la furgoneta—. Cuando se marcharon, dejaron casquillos por todas partes y unas bolsas de desperdicios que apestaban; contenían los inodoros portátiles de la tropa.

Qué chico tan bueno había criado Abbas. Pese a toda su ira, debía de ser un buen padre para tener un hijo así. Entramos en lo que quedaba de aquella casa. Habían quitado los escombros, pero dejaron las pintadas. Algunas eran en hebreo, pero la mayor parte en inglés: «Los árabes deben morir», aullaba una de las paredes. «1 caído, faltan 999 999», proclamaba otra, y había garabatos sobre la imagen de una lápida en la que se leía: «Árabes 1948-2009».

En aquella casa vivían, aparentemente solos, cinco niños. Jaled y Yasmine colocaron las plantas donde el mayor, que aparentaba doce o trece años, les indicó, cerca de la puerta de entrada.

De regreso, todos iban muy callados. Había pensado invitar a la familia de Abbas a cenar al hotel. Deseaba mostrarles que en la vida había algo más que sufrimiento, pero, en cierto modo, en aquel momento no estaba seguro de que fuera del todo cierto. De manera que me abstuve de comentar nada.

Esa noche telefoneó Menájem.

—No puedo —dijo—. He hablado incluso con el primer ministro.

—¿Por qué? —Me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Su padre trabaja para Hamás —dijo Menájem—. Créeme. Nunca podrás sacarlo de allí.

A la mañana siguiente, Jaled me estaba esperando en el restaurante. Llevaba una gorra de béisbol de los Red Sox de Boston y vaqueros. Se quitó los auriculares de su *walkman* como cualquier adolescente en cualquier parte del mundo.

—¿Qué estás escuchando? —pregunté.

—Eminem. Me encanta el rap. Espero que no te importe que haya venido. Quería saber más acerca de tu investigación. Soñé que eras mi consejero.

Yasmine y yo nos sentamos a la mesa con él. Había un brillo de esperanza en sus ojos. Debía decírselo.

—Tengo muy malas noticias —dije—. No podré conseguir el visado. Lo siento mucho.

Se desinfló como un globo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Quizás otra vez, en el futuro, cuando las cosas se calmen... —Ni yo lo creía. Él tampoco.

Yasmine se acercó a su lado y le acarició el pelo. La impotencia me paralizaba. ¿Por qué le había dado falsas esperanzas? ¿Quién me creía yo que era? ¿Que era mejor que mis parientes de aquí? ¿Que podía resolver sus problemas por arte de magia? Hasta ahora lo único que había hecho era apenarlos. Tenía que encontrar una solución.

—Pensemos en algo —dije—. Tal vez haya una salida. Quiero decir, si entran comida y provisiones de contrabando en Gaza, podríamos sacarte también a ti clandestinamente.

Hubiera preferido tragarme lo que acababa de decir, pero ya era tarde.

Jaled se enjugó las lágrimas y me miró.

—¿Te refieres a los túneles?

—¿Pasan gente a escondidas por allí?

—Mi vecino pasa cada semana. Tiene un cáncer incurable y no hay quimioterapia en Gaza.

—Bien, contemplemos esa posibilidad —dije—. Pero antes debemos hablar con tu padre.

Él meneó la cabeza.

—Primero veamos si es factible y entonces, si lo es, se lo preguntaremos.

Pensé en que yo había esperado a tener los resultados del examen del concurso de matemáticas para ganar la beca antes de decírselo a mamá. Si se lo hubiera

preguntado antes, no me habría dejado ir.

—Me parece razonable —contesté.

—¿Podemos ir ahora? —preguntó—. ¿A los túneles?

Subimos a la furgoneta alquilada y nos dirigimos a Rafah.

Las tiendas de Rafah estaban abarrotadas de mercancías de contrabando a precios exorbitantes: comida para bebés, medicinas, ordenadores, botellas de agua. En los escaparates se veían fotografías de los mártires del túnel, con palas y perforadoras. Parecía muy peligroso.

Miré los precios.

—¿Cómo puede la gente pagar estos precios?

—No tienen opción. —El dueño de la tienda se encogió de hombros—. Es muy caro entrar algo de contrabando. Hay que pagar a los egipcios y sumar, además, el coste del túnel.

—Vayamos a ver los túneles —propuso Jaled.

Acepté, pero mi decisión estaba tomada. Tantos hombres muertos... No permitiría que mi sobrino arriesgara su vida.

Pasamos por la plaza Nijma, en el centro de Rafah. Vimos mesas con televisores, ventiladores, licuadoras, neveras y otros electrodomésticos expuestos a la venta. Al oeste, en dirección a la frontera, se veían cajas de cigarrillos y gigantescas bolsas de patatas fritas. Antes de llegar a las entradas de los túneles, pasamos por delante de la ferretería que vendía las herramientas para construirlos: palas, cuerdas, cables eléctricos, picos, martillos, tuercas, pernos y tornillos de todos los tamaños y medidas. Algunos pregonaban sus mercancías, que transportaban en carretillas, y nos hacían señas de que nos acercáramos. Debajo de un amasijo de tiendas de campaña y precarias chabolas, tendida a lo largo de la frontera entre Gaza y Egipto, estaba la cuerda de salvamento de Gaza: una red de túneles.

Un hombre me presentó a su jefe, quien me enseñó las distintas clases de túneles. Eran de diversos tamaños y formas, según su finalidad. Sus explicaciones no hicieron más que confirmar la decisión que yo acababa de tomar. No iba a poner en peligro la vida de mi sobrino. Vimos unos de muy frágil construcción y estrechas aberturas, y otros con pasadizos anchos y paredes reforzadas con madera. Era menos probable que estos últimos se derrumbaran, pero podían bombardearlos.

—¿Por qué este túnel tiene una entrada en pendiente? —preguntó Yasmine.

—Es para el ganado —contestó el hombre—. Es más fácil para las vacas y los burros. De lo contrario habría que sacarlos jalando con una polea eléctrica, para lo cual hace falta un grupo electrógeno.

Jaled se rio.

—¡Me disfrazaré de burro y pasaré por este! Mi madre dice que soy tozudo como una mula.

Como no le reímos la gracia, advirtió que algo no iba bien. Le dije que era demasiado peligroso, que no iba a permitir que escapara a través de los túneles. El

brillo de sus ojos se apagó.

—No puedo poner en peligro tu vida —concluí.

—¿Qué vida? —preguntó—. Si ya estoy muerto. —Me miró buscando algo de compasión—. ¿Cómo habría sido tu vida si no te hubieran permitido estudiar?

Me acordé de cómo me sentí cuando me expulsaron de la Universidad Hebrea: atrapado, como muerto por dentro.

—Escucha, podemos quedarnos aquí más tiempo —dije tratando de que mi voz sonara alegre—. Puedo darte clases particulares.

Avanzó hasta el lúgubre muro que teníamos delante, donde colgaban las fotografías de los mártires. No dijo una palabra, solo apoyó su mano sobre la fotografía de un chico sonriente y lleno de vida. Tal vez era una foto tomada el día de su cumpleaños, pero todos sabíamos que estaba muerto, de lo contrario no estaría allí. En cierto modo, resultaba peor ver cómo era en vida, cuando aún tenía esperanzas.

—Llévame a casa. —Jaled se volvió bruscamente. Su parecido con el chico de la foto era sorprendente—. ¿Qué importa? A veces querría... querría ser tan valiente como ellos.

—¿Como quiénes? —preguntó Yasmine.

—Como los mártires. Ellos no permiten que Israel convierta sus muertes en algo carente de sentido, como sus vidas.

—Hay muchas formas pacíficas de luchar —dijo Yasmine.

—Tu padre fue a la cárcel por ayudar a un luchador por la libertad —me dijo él, y me miró fijamente.

Se apartó de la pared y salimos del túnel todos juntos. Miró atrás, pero luego, mientras nos alejábamos andando, no apartó los ojos del camino y dijo:

—Estoy seguro de que estás orgulloso de tu padre.

—Mi padre sería el primero en decirte que hay otras formas de luchar por la causa —repuse—. Te diría que estudiaras y te olvidaras de la política.

—Soy un prisionero en mi propia ciudad. No puedo remediarlo. Lo que necesito es libertad.

—El mundo cambia constantemente y sabe Dios lo que sucederá —dijo Yasmine.

—Dios no existe —murmuró Jaled entre dientes—. Los israelíes controlan nuestro futuro.

Jaled telefoneó a la mañana siguiente.

—Me preguntaba si podría llevar a mi familia a tu hotel, a comer. Querría hacer una celebración. Creo que he encontrado la forma de salir de Gaza. Tengo una entrevista esta tarde. He pensado que sería bueno que mi familia sepa que aún hay esperanzas.

—Claro que sí, puedes traerlos —respondí—. Nada nos complacería más a Yasmine y a mí. ¿Con quién tienes la entrevista?

—Quiero que sea una sorpresa —dijo—. Lo diré cuando esté seguro, aunque lo celebremos antes de que ellos lo sepan. ¿Te importa que yo vaya un poco antes? Quiero saber algo más sobre tus investigaciones. Podría serme útil en la entrevista.

—Ven ahora —dije.

—De momento no se lo digas a mi padre. No deseo disgustarlo. Quiero decírselo cuando sea seguro. Él cree que voy a una boda.

—No diré una palabra —prometí.

Sentí que mi cuerpo se relajaba. Yasmine y yo habíamos estado muy preocupados por él desde la visita a los túneles. Por fin, una buena noticia.

Abbas, su esposa, Yasmine, Jaled, cuatro de sus nietos y yo nos hallábamos en el restaurante, sentados a una gran mesa redonda, contemplando las olas que rompían en la playa. Era extraño ver a Abbas y su familia, vestidos con sus ropas gastadas, comiendo en platos de porcelana, con cubiertos de plata y copas de cristal. El único que no desentonaba era Jaled. Se había transformado completamente para acudir a la entrevista. Vestía traje negro y camisa blanca almidonada y corbata. Se había rapado el pelo y le sentaba muy bien, se había afeitado, bañado y aseado, como si se hubiera frotado a fondo. Realmente daba la impresión de haberse sacado un peso de encima. Ojalá le fuera bien en su entrevista.

Terminamos la comida con una tarta de almendras y café árabe.

—Déjame ver tu taza —dije a Jaled.

Quería leer su futuro como siempre hacía mamá con nosotros. Miré el fondo de la taza, pero todos los signos que mamá me había enseñado hablaban de un futuro negro.

—Tu futuro es venturoso —mentí.

Sonrió y de pronto sentí que había esperanzas. Yo era un hombre de ciencia. No creía en supersticiones. Jaled miró a su padre con amor.

La cinta de vídeo llegó en plena noche. Abbas y su esposa corrieron a nuestro hotel pues no tenían reproductor de vídeo. Nos apiñamos delante del televisor, intuyendo que se trataba de noticias muy malas y, sin embargo, sin decirlo, esperando que no lo fueran.

Apareció una imagen de Jaled. Llevaba una *kufiyya* blanca y negra al cuello. En

una mano sostenía una metralleta apuntando hacia arriba y en la otra un papel escrito. Le temblaba la mano.

Yasmine se desplomó en la silla que tenía más cerca, en estado de *shock*. Mayada empezó a llorar en silencio.

«No hago esto para ir al paraíso y rodearme de vírgenes. Lo hago porque los israelíes no me han dejado otra opción».

Mayada y Yasmine rompieron a llorar abiertamente. Mi mujer se acercó a la desconsolada madre y la abrazó. Lloraban juntas.

«Hago esto por la causa palestina. Lo hago para contribuir a nuestra resistencia. Prefiero morir con esperanza que vivir preso toda la vida. Prefiero morir combatiendo por una causa justa que atrapado en el infierno sobre la tierra. Esta es mi única salida. No hay libertad sin lucha. Los israelíes deben entender esto: si nos encarcelan, pagarán por ello. Solo puedo decidir cómo quiero morir. Los crímenes de Israel contra mi pueblo son incontables. No solo nos oprimen, sino que además han convencido al mundo de que ellos son las víctimas. Israel posee uno de los ejércitos más poderosos del mundo. Nosotros tenemos unos pocos míseros cohetes y sin embargo han persuadido al mundo de que es preciso protegerlos de nosotros. No solo el mundo cree en sus mentiras sino que los apoya. Me han prohibido que haga uso de mi mente, de manera que debo usar mi cuerpo, la única arma que me queda».

El vídeo se puso borroso y creí que habíamos perdido la imagen, pero volvió enseguida.

«A mis amados padres: os pido perdón por despedirme de esta manera. Sé cuánto habéis sufrido y confío en que estaréis orgullosos de mí».

Bajó el arma.

«Baba, por favor, entrégale al tío Ichmad mi cuaderno. Está en el fondo del cajón de mi armario, debajo de mis pantalones.

»Hasta que volvamos a vernos, os digo adiós».

El vídeo se oscureció.

—¿Qué he hecho? —Abbas ocultó la cara entre sus manos, sollozando—. Es por mi culpa. ¿Dejé acaso que creyera que yo deseaba que fuera un mártir?

—Claro que no —dije—. Sabía lo mucho que lo amabas. Nadie pone en duda que hubieras preferido clavarte una daga en el corazón antes que verlo sufrir algún daño.

Abracé a Abbas. Por primera vez en cincuenta años él también me abrazó. Pobre hermano mío. Se culpaba de algo que yo sabía que era culpa mía. Había dado una esperanza a Jaled en medio de su desesperación y la vida se le había hecho insostenible. Yo era tan ingenuo que había creído que podía ayudarlo gracias a mis relaciones.

Había matado al hijo de mi hermano.

Cuando sonó el móvil, desperté sobresaltado, el corazón latiendo con fuerza. La habitación estaba a oscuras, salvo por el leve resplandor del reloj sobre mi mesilla de noche, que marcaba las 3.32. A tientas busqué el teléfono. Se deslizó de mis manos y cayó al suelo.

Alguien más debía de haber muerto.

Apenas había transcurrido una semana desde el funeral de Jaled. Detonó su chaleco antes de tiempo. No había funcionado bien, explicaron, pero nosotros sabíamos que él hubiera sido incapaz de arrastrar consigo a gente inocente. Aunque a algunos sí había arrastrado: toda su familia estaba sufriendo.

Ahora, cualquier llamada nocturna intempestiva era motivo de alarma.

—¡Rápido, contesta! —Había pánico en la voz de Yasmine.

Ninguno de los dos podía dormir con tranquilidad desde la muerte de Jaled.

Cogí el teléfono. Abbas había muerto, estaba seguro. Su muerte destrozaría a mamá, le partiría el corazón.

—¿Sí? —dije con cierta brusquedad.

Yasmine encendió la lámpara de su lado. Se sentó en la cama, con los ojos hinchados, como un espejo de mi propio terror.

—¿Hablo con el profesor Ichmad Hamid? —preguntó un hombre con amabilidad. No pude reconocer su acento.

—Sí —dije con temor—. ¿Quién llama?

—Soy Alfred Edlund.

Se me encogió el corazón. Conocía ese nombre de alguna parte. ¿Era un amigo de Mahmud, mi hijo, de Yale? A esas horas no podía ser nada bueno.

—¿Quién es? —preguntó Yasmine.

—¿Mahmud se encuentra bien? —pregunté, y contuve la respiración.

Yasmine ahogó un grito y empezó a mecerse desesperada.

—No entiendo —dijo el hombre.

—¿No se trata de mi hijo?

—No. Soy el secretario general de la Real Academia Sueca de Ciencias.

Miré a Yasmine y alargué la mano.

—Ningún herido, tranquila —le susurré.

—Profesor Hamid, ¿sigue ahí?

—¿Cómo me ha encontrado?

—El profesor Sharon me dio su número.

Me incorporé y me senté mejor en la cama a la vez que calibraba la importancia de la llamada.

—Lo llamo en nombre de la Real Academia Sueca de Ciencias.

Desde hacía diez años, Menájem y yo éramos nominados cada año para el Premio

Nobel. Pero ¿a quién se le ocurría llamar a esas horas?

—En nombre de la Real Academia Sueca, tenemos el agrado de informarle que usted y el profesor Sharon recibirán este año el Premio Nobel de Física.

Me quedé sin habla.

—Su trabajo en equipo que ha resultado en el descubrimiento de la forma de medir la anisotropía magnética en un solo átomo constituye un avance extraordinario. Ha conducido al descubrimiento de nuevos tipos de estructuras y dispositivos que tendrán suma importancia en el desarrollo de la nueva generación de componentes electrónicos, ordenadores y satélites.

—Gracias. Me siento muy honrado —dije en un tono que yo mismo percibí opaco.

—¿Qué sucede? —Yasmine me cogió del brazo—. ¿Con quién hablas?

—El premio les será entregado en la Sala de Conciertos de Estocolmo el diez de diciembre.

—En este momento me encuentro en Gaza —dije—. Me siento muy honrado, pero no podré asistir.

No podía marcharme de Gaza después de la muerte de Jaled.

—Como hay tiempo hasta diciembre, podremos comunicarnos antes.

—¿Qué llamada es esta? —Yasmine me tiraba del brazo—. ¿Quién es?

—He examinado las investigaciones que usted ha realizado a lo largo de su vida y estoy muy impresionado. Ha contribuido enormemente al avance de la humanidad.

—Ichmad, dime algo —rogó Yasmine.

Colgué.

—He ganado el Premio Nobel. —Mi voz carecía de entusiasmo.

El teléfono sonó de nuevo y de nuevo me asusté.

—¿Qué pasa? ¿Quién llama ahora? —preguntó Yasmine—. Es Menájem —me dijo.

Sabía que el móvil no pararía de sonar hasta que yo respondiera. Lo cogí.

—Todavía me acuerdo del día en que me dijiste que tenías una idea mejor. Y pensar que yo no quería hacerte caso —me dijo Menájem con la voz entrecortada por la emoción.

Habíamos trabajado mucho para conseguirlo. No deseaba que mi pena lo afligiera. Me llamaba todos los días para saber cómo me encontraba.

—Cuando pienso en cuánto odiaba... —añadió.

—¿Lamentas algo?

—Únicamente no haber visto la verdad desde el principio.

En cuanto colgué, el móvil volvió a sonar.

—¿El profesor Hamid? —preguntó una voz con acento español.

—El mismo.

—Soy Jorge De León, del periódico *El Mundo* de Madrid, España.

—Son casi las cuatro de la mañana.

—Lo siento, profesor. El tiempo nos apremia. Tenemos una fecha de entrega.

Y así, durante toda la mañana, se sucedieron las llamadas de periodistas europeos y de Oriente Próximo.

Hablé por videoconferencia con mi familia en el Triángulo, con el equipo que les había llegado de contrabando por los túneles. Desde que yo tenía doce años aguardaba el día en que le anunciaría a mi padre que había hecho algo importante con mi vida. Y ahora había ganado el premio más prestigioso del mundo. Mi voz les llegó a través de internet y la escucharon por los altavoces instalados en su casa. Mamá apareció en mi monitor.

—Ve a llamar a Baba —le pedí.

—¿Algún problema? —preguntó—. ¿Malas noticias?

—No, todo lo contrario, mamá. Una buena noticia, la mejor.

—Dímelo ahora. No puedo esperar.

—Por favor.

Corrió a la cocina y regresó con Baba.

—Tengo algo que anunciarte —dije esmerándome por sonreír.

Mamá se llevó la mano al corazón. Baba aguardó serenamente.

—Acaban de llamarme de Suecia. He ganado el Premio Nobel de Física de este año, junto con Menájem.

Mis padres permanecieron callados. Se miraron y se encogieron de hombros.

—¿Qué es un Premio Nobel? —preguntó Baba.

—Se lo otorgan cada año a aquellos que consiguen el mayor beneficio para la humanidad mediante el descubrimiento o el invento más importante en el campo de la física.

Normalmente no me habría jactado tanto de la importancia de mi premio, pero quería que Baba entendiera que yo había triunfado en la vida.

Baba miró a mamá.

—Ichmad ha ganado un premio.

Y ambos volvieron a encogerse de hombros como si yo no los estuviera viendo.

—Lleva el nombre del químico sueco que a finales del siglo diecinueve inventó la dinamita —expliqué—. Le preocupaba el impacto de la ciencia en la humanidad.

—¿Se enteró de que usaron dinamita para volar nuestra casa? —preguntó mamá—. ¿Se refería a esa clase de impacto?

¿Cómo explicarle a Baba que yo había conseguido cumplir con la promesa que le había hecho hacía tantos años? Traté de explicar mejor el premio.

—Nobel utilizó su fortuna para crear los Premios Nobel. Desde 1901, cada año un comité selecciona a los hombres y mujeres que hayan realizado los más importantes logros en diversos campos, la física es uno de ellos. Es el galardón más prestigioso que un físico puede recibir.

Baba sonrió. Mamá no parecía demasiado impresionada.

—Olvidaba decirte que nuestra yegua está preñada —dijo mamá.

Mis móviles sonaban sin parar.

—Está bien. Esperad a verlo en televisión. Lo vais a entender mejor. Tendré que pronunciar un discurso.

—**G**racias a todos por estar aquí hoy —dijo el presentador—. La Real Academia Sueca se enorgullece de otorgar el Premio Nobel de Física de este año al profesor Menájem Sharon y al profesor Ichmad Hamid por sus investigaciones iniciadas hace cuarenta años.

»En el pasado, el almacenamiento de datos estaba limitado por el tamaño. Antes de que pudiéramos determinar la anisotropía magnética de un solo átomo, la tecnología no podía encontrar nada más pequeño. La anisotropía magnética es significativa porque determina la capacidad de un átomo para almacenar información. Los profesores Sharon y Hamid comprendieron cómo calcular la anisotropía magnética de un solo átomo.

»Además de ensanchar las capacidades de almacenamiento y mejorar los chips informáticos, sus descubrimientos han permitido desarrollar sensores, satélites y mucho más. Han abierto las posibilidades a nuevos tipos de estructuras y dispositivos que pueden ser fabricados a partir de un único átomo. El almacenamiento atómico que ellos han perfeccionado para un solo átomo nos permite almacenar cincuenta mil largometrajes o más de tres mil millones de bits de datos en un dispositivo del tamaño de un iPod.

»Los galardonados empezaron con una idea cuyas aplicaciones eran desconocidas entonces. Exigía visión y fuerza de voluntad hacer esa profesión de fe. Tengo el honor de felicitar, en nombre de la Academia, al profesor Menájem Sharon y al profesor Ichmad Hamid. Con su común esfuerzo, han hecho historia».

El aplauso fue atronador. A continuación se produjo un silencio en la sala cuando las mentes más brillantes del mundo volvieron la mirada hacia nosotros. Vestidos con idénticos fracs con pajarita blanca, subimos al escenario perfectamente sincronizados; lo habíamos ensayado el día anterior. Nos detuvimos frente al rey de Suecia y la familia real. Menájem dio un paso adelante. Tendió su mano y su majestad se la estrechó antes de entregarle una medalla y un diploma. Luego mi amigo dio un paso atrás y yo di un paso adelante para recibir mi galardón.

La Real Orquesta Filarmónica de Estocolmo estaba tocando cuando Menájem y yo nos encaminamos al podio situado en medio de la sala ricamente decorada. Menájem se inclinó ligeramente hacia delante y comenzó a hablar por el micrófono.

—El mayor impulso a nuestro trabajo se debió al profesor Hamid. Me fijé por primera vez en su talento en 1966, cuando era alumno mío. Siento vergüenza de decirlo, pero al principio yo percibía su inteligencia como una amenaza. Y solo cuando estuve a punto de perderlo todo, me vi obligado a darle una oportunidad. Recuerdo el día que entró en mi despacho: un chico vestido con andrajos y sandalias hechas con restos de neumáticos. Me dijo que tenía una idea mejor. Lo rechacé, pero no por su idea, sino porque no podía imaginar que un muchacho palestino pudiera

ofrecerme a mí algo. Me demostró que yo estaba equivocado. Me dio la oportunidad de mi vida. Nos llevó cuarenta años, pero el profesor Hamid y yo, trabajando juntos, fuimos capaces de lograr más de lo que podíamos soñar. Es, además, mi amigo más apreciado. Espero que nuestro ejemplo sea una lección para Israel, los palestinos, Estados Unidos y el resto del mundo.

Menájem estaba llorando. A mí también se me llenaron los ojos de lágrimas.

Luego me tocó el turno. Me acerqué al micrófono.

—En primer lugar, quiero dar las gracias a mi padre, quien hizo más por mí que nadie. —Levanté la vista hacia la sala llena y las cámaras—. Me enseñó lo que significa hacer sacrificios. Soy quien soy gracias a él. También quiero expresar mi gratitud a mi madre, quien me educó para que perseverara, y a mi primer maestro, el profesor Mohamed, por creer en mí. Quiero expresar mi agradecimiento al profesor Sharon, mi querido amigo y colega, por juzgarme por mi capacidad y no por mi raza o religión, por tener el talento de ver lo que otros no podían ver, y por presentarme al profesor Smart. Quiero asimismo agradecer a mi familia la paciencia que tuvieron conmigo mientras yo estudiaba, y a mi esposa e hijos por enseñarme lo que es el amor. —Hice una pausa—. Les digo a mis hijos: haced lo que os apasione. Mi infancia me enseñó que las gotas de agua constantes perforan las piedras. Aprendí que la vida no se trata de lo que nos sucede sino de cómo reaccionamos ante lo que nos sucede. Mi respuesta fue la educación. Y gracias a ella fui capaz de superar mis circunstancias. Pero ahora me doy cuenta de que, al hacerlo, me olvidé de mucha gente. He llegado a comprender que cuando una persona sufre, todos sufrimos. Hasta ahora he dedicado mi vida a mi familia, mi educación y mi investigación. Esta noche espero poner en conocimiento de ustedes lo que está ocurriendo en Gaza, donde me encontraba cuando recibí la llamada que me notificó este gran honor que acabo de recibir.

»La educación es un derecho fundamental de cada niño. Gaza, tal como es hoy, resulta un caldo de cultivo de futuros terroristas. Sus esperanzas y sus sueños han sido aplastados. La educación, la única salida que tienen los oprimidos, es allí algo virtualmente imposible. Los israelíes, que vigilan las fronteras, han prohibido a centenares de niños acreedores de becas para estudiar en Occidente salir de Gaza y asistir a esas universidades. No permiten la entrada de material didáctico, libros o materiales de construcción. Si yo hubiera vivido en Gaza, no habría podido conseguir ningún logro. No podemos dejar que continúe este “escolarticidio”. Ninguno puede vivir en paz mientras otros malviven en la pobreza y la desigualdad. Antes soñaba con manipular átomos, ahora sueño con un mundo en el cual podamos elevarnos por encima de las razas, las religiones y los demás factores de división que existen, y hallar un propósito más alto. Como Martin Luther King antes que yo, tengo la audacia de soñar con la paz.

El público se puso de pie y aplaudió. Levanté en alto una foto de Jaled. Las cámaras ampliaron el *zoom* para captar un primer plano.

—Deseo dedicar este premio a mi sobrino Jaled, quien eligió la muerte en lugar de una vida desprovista de sueños o esperanza. Hemos creado una fundación en su nombre a fin de suministrar material escolar, libros y oportunidades a los jóvenes. Profesores del MIT, Harvard, Yale y Columbia se han asociado a fin de ejercer presión sobre Israel para que permita a los estudiantes destacados ocupar los lugares que les corresponden en los colegios y facultades de todo el mundo, para que luego hagan su contribución, como yo he hecho la mía. Insto a todos ustedes a unirse a nosotros.

Menájem dio un paso adelante y se colocó a mi lado, hombro con hombro. Habló por el micrófono:

—Deseo donar mi mitad de la dotación de este premio, quinientos mil dólares, al Fondo Jaled Hamid para becas a palestinos en el ámbito de la ciencia.

»La cooperación entre palestinos e israelíes es la única esperanza real de lograr la paz. La Historia ha demostrado que un pueblo no puede alcanzar su seguridad a expensas de otro pueblo. Un estado democrático laico que incluya toda la Palestina histórica, con iguales derechos para todos los ciudadanos independientemente de sus creencias religiosas, es la única forma de alcanzar una paz verdadera. Una persona, un voto. Debemos dejar de pelear y empezar a construir.

El atronador aplauso del eufórico público ahogó mi respuesta, pero nuestro abrazo lo dijo todo.

De nuevo en la aldea, coloqué la medalla del Premio Nobel sobre el estante, en el salón de mis padres, y miré por la ventana nueva, que mis padres habían puesto para ver desde allí el lugar que yo más quería en todo el mundo: mi almendro. Estaba lleno de flores, aunque faltaba un mes para su floración. *Amal* y *Sa'dah*, los dos árboles que, con el almendro, fueron testigos de nuestros padecimientos y nos protegieron del hambre y los elementos, se mantenían fuertes y orgullosos.

Había regresado a casa para recoger a toda mi familia y llevarlos a Gaza, a visitar a Abbas.

La muerte de Jaled había transformado a mi hermano. Cuando le conté mi idea de la fundación, lloró. Me dijo que esperaba que un día sus nietos pudieran estudiar en Estados Unidos. Se había acercado nuevamente a su familia. Empezábamos a sanar juntos nuestras heridas. Seguía siendo imposible lograr que ellos salieran de Gaza, pero para nosotros no era imposible ir una vez por semana, aprovechando mi notoriedad y actual peso político. Era el último sueño de mis padres, y quería hacerlo realidad.

Salí y me senté en el banco junto al almendro. Era realmente un milagro que ese árbol siguiera en pie. Me acordaba de cuando me refugiaba entre sus ramas, a la edad de doce años, siendo un niño lleno de sueños, sin saber todo lo que sucedería después. Pensé en Nora, mi hermosa esposa, mi ángel judío de pelo rubio como el oro, y en el beso que le había dado bajo esas ramas donde ahora estaba enterrada.

Por la ventana de la cocina vi a mis hijos, Mahmud y Amir, con sus esposas y mis nietos, sentados a la mesa con mis padres, Yasmine, Fadi, Nadia y Hani. Oí las voces profundas de mis hijos y la risa suave de Yasmine, a quien, como mis padres habían vaticinado, había llegado a amar profundamente.

—Estoy listo —le dije a Nora. Recordé la promesa que le había hecho, una que por fin iba a cumplir.

Le contaría al mundo mi historia.

